Juan Filloy

Caterva



conabip
Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares

Promover la lectura, la inclusión cultural y dar sentido ciudadano al acceso a la información, son algunas de las razones de ser de las Bibliotecas Populares.

La **Colección Biblioteca Popular** pretende ser un instrumento de reflexión y debate sobre el país, la cultura popular y el propio quehacer de estas asociaciones.

Con la aspiración de dar espacio a la diversidad y pluralidad de necesidades, representaciones y voces, esta Colección se organiza en tres series:

SERIE AUTOR:

Rescata producciones literarias de la cultura nacional y latinoamericana.

SERIE DOCUMENTOS:

Proporciona materiales para el debate ciudadano sobre temas sociales, de derechos humanos, memoria histórica, y política, entre otros.

SERIE HERRAMIENTAS:

Ofrece elementos técnicos, tanto bibliotecológicos como de gestión e informática, para promover el mejor desarrollo de las organizaciones sociales.

Juan Filloy

CATERVA



el cuenco de plata

Filloy, Juan
Caterva - 1ª ed. – Buenos Aires : El Cuenco de Plata, 2006.
384 p. ; 20x13 cm. – (Biblioteca Juan Filloy)

ISBN-10: 987-1228-18-X
ISBN-13: 978-987-1228-18-8

1. Narrativa Argentina-Novela I. Título
CDD A863

el cuenco de plata / biblioteca Juan Filloy

Director editorial: Edgardo Russo

Diseño y producción: Pablo Hernández

México 474 D$^{to.}$ 23 (1097) Buenos Aires, Argentina
www.elcuencodeplata.com.ar

Impreso en marzo de 2006

CATERVA

NOTICIAS

NO SE BUSQUE UN CARÁCTER AGONAL A ESTA DERIVA DE FRACASOS, QUE SE CONVIERTE EN MILICIA ASTUTA, YENDO EN VIAJE DE TURISMO AL IDEAL DE LOS DEMÁS.

NADIE ASIGNE A SU PERIPECIA OTRA INTENCIÓN QUE UN ODIO REVERENTE: VALE DECIR UN AMOR DESAHUCIADO DE ESPERANZAS.

CATERVA DE AVENTUREROS SIN FATIGA, SU HEROÍSMO EN MARCHA NO PROCURA NADA MÁS QUE VENCER A LA MUERTE EN LA CERCANA DIMISIÓN DE LA VIDA.

J. F.

....	....
MACKENNA	UCACHA
MOLDES	BENGOLEA
BULNES	OLAETA
SAMPACHO	CHARRAS
JAGUELES	CHUCUL
HOLMBERG	HIGUERAS
RÍO CUARTO:	RÍO CUARTO:

Estaban juntos bajo el puente. No se habían reunido como los cantos rodados: porque sí, rodando... Sino en virtud de una corriente secreta. Una corriente espiritual que los empujó a ese cauce, desde diversos confines. Aparentemente, porque sí, rodando...

Estaban juntos, bajo el puente.

Cielo atormentado. Venía del norte un viento nauseabundo, pertinaz. En el sopor grasoso de la tarde, la fetidez impregnaba la atmósfera fácilmente; pues, en los días limpios, tersos, la fetidez resbala hacia remotas zonas.

Cielo de tormenta. Nubes bajas, moviéndose de un lado a otro, como amas de casa en apuros de parto. Nubes bajas, olor a sexo. En el horizonte, los relámpagos iluminaban fugazmente el interior de sus faldas.

El viento, nauseabundo, insistía. Revoloteaba alrededor de los vagabundos igual que una bandada de moscardones de humo. Escarnecía sus olfatos. Remontaba. Ondulaba en curvas graciosas, para esquivar las pechinas del puente. Flotaba sobre el río, reflejando su tul de miasmas. Ascendía a los carriles, hilvanando los durmientes de quebracho. Jugaba entre el encaje férreo de las barandas. Y volando, volando –terca ban-

dada de moscardones de humo–, el viento volvía a refregar la hediondez por sus narices. A beber el sudor de sus andrajos. A lamer la roña de los muros orinados.

–¡Qué tufo!

–¿En qué estercolero estamos?

–Paciencia. Un poco de paciencia. Ya pasará. Es el basural vecino. La «quema», viejo...

El que leía, dejó el diario. Y le espetó con rabia:

–Usted siempre lo mismo. Tolerante con todo...

–Y... ¿Qué podemos hacer? Si fuese posible apagar la «quema», meando en ella, iría. Hay que soportar... Seguí leyendo. Dentro de un rato la lluvia sepultará al fuego.

–Eso cree. El fuego nace del agua. El agua aviva la llama.

Los dos restantes le clavaron la vista. Extendieron el belfo, irónicamente. Y, notando que agarraba el diario otra vez, acomodaron el oído:

–... el nuevo monarca se llamará Eduardo VIII, Rex, Imperator. Como príncipe tuvo los siguientes nombres: Eduardo, Alberto, Cristián, Jorge, Andrés...

–¡Eh, bárbaro!

–... Patricio, David; Príncipe de Gales, Conde de Cambridge, Conde de Garrick, Conde de Chester...

–¡Buen queso!

–... Duque de Cornwall, Duque de Lancaster, Duque de Rothesay, Duque de Cornouaille...

–¡Qué carnaval!

–... Barón de Renfrew...

–¿Varón? Está por verse. Si es como el her...

–... Lord de las Islas Británicas, Gran Mayordomo de Windsor...

–¿De qué estancia dijiste, che?

–... Protector de la fe anglicana...

–Macanudo. De la fe de erratas...

–... Caballero de la Orden de la Liga, Caballero de Thistle...

–Sí; muy caballero: deslomado a golpes...

–... Gran Maestre de la Orden de San Miguel, Gran Maestre de la Orden de San Jorge, Gran Maestre de Escocia...

–¡Sofrená: mirá la zanja!

–... Gran Comandante de la Orden del Imperio Indio, Gran Comandante de la Estrella...

–Comandante de la otra banda...

–... Gran Cruz de la Orden Victoriana, Gran Maestre del Imperio Británico, Poseedor del Servicio Imperial...

–¡Del «servicio» imperial! ¿Donde defecan australianos, hindúes, egipcios? ¡Qué honor!

–... Poseedor de la Cruz Militar, Miembro de la Real Sociedad, Ayudante de Campo...

–¡Ufa! ¡Basta! ¡Acabala!

–Eso no convence a nadie. ¡Ayudante de campo! ¿Dónde? ¿Cuándo?

El lector arrojó el diario. Las hojas, sueltas, rodaron saltando los churcales como escolares de guardapolvo en días de rabona.

Nervioso por los comentarios y las vaharadas pestíferas del basural, trazó una serie de ademanes convulsivos. Parecía espantar los malos olores con gestos y puteadas proferidas entre dientes.

Chascó la lengua. Y gruñó:

–Mayordomo... Ayudante de campo... Títulos. ¿Qué saben de campo los farabutes de la nobleza? Oprimirlo. Estrujarlo. Puro nombre, puro título. No van al campo calentando ensueños de trabajo, prontas las manos y la voluntad para el esfuerzo. No conocen el hacinamiento de los galpones ni la intemperie de los arreos. No conocen los callos del esquilador ni los sofocones del pistín. No van al campo con fiebre de libertad, a chairar en el aire filoso del alba la esperanza que vuela hacia el ideal. Son puro nombre, puro título. No han hecho un carajo en la vida. Nada substantivo. Nada humano. Van al campo a pasear, confortables, mimados, entre cortejos de lacayos. Van a engrupir otarios con la apostura llena de galones y brademburgos. Con la ilusión barata de cazar venados ya cazados. O con la estupidez presunta de ganar matches de polo a perdedores complacientes... Ayudante de campo... Entelequias. Títulos. Farsas. Frente a la desolada inquietud de los colonos, frente al sudor útil del labriego, ellos ensillan el ocio. Relinchan sus ínfulas. Y salen a los pedos entre el aplauso de los cretinos. ¡Son puro nombre, puro título!

–Bien: no te enojés. Es el «prontuario» de ellos.

–Total: están lejos...

–No importa. Jovencitos que no tienen otro mérito que ser hijos de sus papás, nietos de borrachos, choznos de degenerados, refriegan en la jeta de la humanidad todo el sarcasmo del privilegio con la retahíla de sus nombres y sus títulos. Acepto que es su «prontuario»; pero es un prontuario incompleto. Porque ellos heredan los nombres y los títulos como heredan la sífilis. La savia de los árboles genealógicos está henchida de treponemas. Los historiales nobiliarios hieden a virus rancios. Sangre azul: sangre podrida, que florece sus pechos con bubones de esmalte, con chancros de decoraciones. Cada nombre, cada título de nobleza, es una llaga viva de ignominia.

Se calló en seco. Pero no dejó resquicio a la interrupción. Viraba rabioso por otro sendero del raciocinio:

–Y pensar que nosotros no tenemos ningún nombre, ninguna palabra que nos pertenezca; pues hemos abdicado hasta de eso. Pensar que cuando alguien de nosotros muere, tratan con dos equis –así: XX–, con dos cruces chuecas, ladeadas, la doble incógnita de nuestra identidad. Pensar que la gente de campaña nos computa con dos enes mayúsculas, como significado: Nadie. Nada... ¡Ah, pero esto cambiará! Un día se nivelará su menosprecio con nuestro vilipendio. No habrá esclusas sociales. Ni «diques»... Es necesario reaccionar, entonces. Es necesario boicotear reyes, príncipes, duques y demás comparsas, dejándolos que se asfixien en la antipatía pública y el ambiente nocivo de los discursos oficiales. Es necesario...

–Acabala, vos también.

Se convulsionaban los odres del cielo.

Caían gruesos goterones. La lluvia preparaba el ataque con su artillería pesada. Reventaban, espaciadas, sus granadas líquidas. Aquí, allá, doquiera. En la arista de los hierros. Sobre la mole de los pilares. En la calva de los cantos rodados. Sobre la calva de los vagabundos...

El calibre de las gotas se hizo menor. Un tableteo espantoso y ceñido de líneas de agua se generalizó en la tarde. Sharpnells

y fusilería de chaparrón. Entre la atmósfera rayada, se filtraban gases y resplandores.

–¡La gran puta, cómo llueve!

–Vamos a guarecernos.

–Rápido.

Hubo un revuelo de pilchas y blasfemias.

Pasado el chubasco, volvían.

Eran tres vagabundos calvos.

Uno de pelada socrática, redonda. Sus patillas, prolongándose en barba de rizos grisáceos, ponían bajo de la cara el adorno capilar que debía estar arriba.

Otro, el más joven, tenía una calva circular, en forma de tonsura: pista sagrada de ideas diabólicas.

El tercero, el más viejo, mostraba un cráneo agudo, terminado en nariz corva. La piel suelta –granulosa y rojiza– le daba el aspecto de una cabeza de águila desplumada.

La tarde estaba más fresca. Aunque el cielo seguía blanco, tuerto, con el ojo del sol vaciado... Aunque la hediondez de la «quema» seguía contaminando, contaminando...

Olores de basura apagada. Olores de meconium. Olores de axilas de prostitutas. Olores de emanaciones cianhídricas. Olores típicamente agrios, volaban ahora, casi a ras de tierra, sustentados por las alas vaporosas de la humedad.

–¿Qué les parece si juntamos los cacharros y piantamos a otra parte?

–Si es lo mismo, «Katanga». O peor... Siquiera en este tramo no hay inmundicias. Y el agua está a mano. Ni bien cambie el viento...

–¡Ah! Ahora debe cambiar el viento... Recién bastaba con la lluvia...

Su sorna fue vencida por dos sonrisas. Se quedaron.

«Katanga», el más joven, se sentó en un rebarbo del basamento. Calzó la cara en el hueco de ambas manos, cuyos brazos se afirmaban como dos puntales sobre los muslos abiertos. Contempló así, inmóvil, largo rato, la corriente del río.

La playa alisada por la lluvia. Y una planta de cebadilla –lunar de tallitos glaucos entre la arena– relamiéndose graciosamente en la frescura de la brisa. Y murmuró:

–Todo es correspondencia. Una gota de rocío para cada poro de la tierra. Un chorrito de lluvia para cada tallo de cereal. Una estrella para cada grano de la espiga. Todo es correspondencia. Sólo el hombre es disgregado, arisco, disímil. ¡Sólo el hombre no tiene correspondencia!

–¿Hablabas? –demandó «Viejo Amor», secándose con la palma derecha el sudor perlificado en su calva socrática.

–¡Sólo uno no tiene correspondencia! –continuó hablando para sí, ajeno a la incomprensión de los otros.

–¡Sabe que está lindo! ¿Cómo vas a tener correspondencia si no tenés domicilio?

Apenas alzó los ojos. Sonrió nasalmente:

–¡Debiera haber poste-restante en los espíritus! ¡Sitios donde rescatar al olvido o al silencio las emociones afines de misteriosos corresponsales metapsíquicos! ¡Debiera!...

Pero no valía la pena explicar. Y volvió a bañar sus pensamientos en la corriente diáfana. A gozar con la coquetería de la planta –lunar de tallitos glaucos en la arena.

Sus compañeros, salvo uno o dos, eran notables camaradas. Aptos como pocos para afrontar las vicisitudes de la vida trashumante. Pero andaban casi todos con el cerebro incrustado en las nalgas, la mente localizada al nivel de los zócalos, a la altura exacta de los escaparates de almacenes y fiambrerías. No les interesaba atisbar a los recintos del más allá, ni curiosear –como a través de las ventanas– la intimidad de los enigmas próximos. ¿Qué podían entender, por tanto, de las sutiles correspondencias que enlazan y traban los seres y las cosas? ¿Cómo imbuirles, entonces, de los secretos amores que reinan en el panteísmo del mundo?

Miró de reojo. «Longines» y «Viejo Amor» se afanaban seriamente en los preparativos de la cena.

Sus labios finos se plegaron en un rictus desdeñoso...

Muchas veces, en su obstinada vagancia, se había detenido de improviso ante los anuncios enigmáticos, ante las alarmas

inauditas de lo intrascendente. Si descubría ahí, en lo nimio, en lo que nadie respeta, en lo que todos ultrajan, correspondencias sublimes, ¿qué fantasmas, qué genios, qué númenes no habría en las comarcas de lo trascendente? Su mirada se adecuó desde entonces a profundizar el sentido de lo que veía. No recalaba como un barco cualquiera en su rada de color o en sus muelles de líneas. No. Penetraba a su esencia, a su arcano, a los sutiles puertos donde reside la *hierarcheia:* el orden divino del mundo. El universo no era para él, en consecuencia, un conglomerado físico de seres y de astros. Odiaba lo concreto: lo que puede ponderarse objetivamente, ¡que es lo que «pondera» la vulgaridad! El universo era para él: la huella, el rastro, la estela... No la chispa eléctrica del rayo, sino su trayectoria zigzagueante. No el agua del río, sino el recuerdo de su paso en la rama del sauce. No los hombres, sino la trama inconsútil de sus acciones. En la leve urdimbre de una tela de araña percibió, cierta ocasión, la propia alegoría de su vida. Sentíase maneado por filamentos tenuísimos, que eran verdaderas amarras telúricas. Pasó largas noches de insomnio, meditando. Hasta que Rimbaud le dio la clave:

Par délicatesse
j'ai perdu ma vie.

Y supo el encandilamiento de los símbolos.

Balanceó cavilosamente la cabeza:

El destino se jactaba en decretarle yugos, en infringirle a cada paso la derrota de frenarle. Su marcha se hizo ficticia: mera vanagloria superficial. Era un «detenido» de la conciencia. Y en el dolor de saberse triste, por exceso de inteligencia, se tornó alegre por carencia de afectos.

–Che: vení a ayudar.

Hacía años que ambulaba por la Argentina. La vida nómade tonificaba su carne: hurtándola, descentrándola, desparramándola. No cobijaba ya egoísmos ni preocupaciones. Sólo nutría un ideal. Constatar cómo se muere poco a poco viviendo lo más posible. Constatar cómo se vive mucho ubicando el alma en la

inestabilidad y la lucha de una agonía eterna. Así, cuando la muerte lo ahogase, obtendría lo que no pudo lograr su espíritu. Bastaba superar escrúpulos. Sobre lechos de escrúpulos se desborda la virilidad. Sobre lechos de escrúpulos engendra la muerte los hechos máximos de la vida.

–Oí, che: vení a ayudar.

Arrancó lentamente la cara del hueco de las manos. Liberó sus muslos de la presión de los codos. Flexionó los brazos para extender cardinalmente sus bostezos. E incorporando su cachaza, ni bien abrió los ojos, topó con la espejería de una tarde esplendorosa.

Las nueve de la noche.

–Vamos a cenar. El asado está a punto.

–Esperemos. «Fortunato», «Lon Chaney» y «Dijunto» no tardarán en llegar.

–¡Pero es que ya debían estar acá! Es lo convenido. Vos siempre lo mismo. Compasivo con ellos...

«Katanga» rumió la lección del suizo. Estricta. Cabal. Su bondad, que lo hacía «tolerante con todo», no admitía disculpas en materia de puntualidad. Por algo lo apodaban «Longines»...

–Hagamos una excepción. Si no vienen dentro de cuarto de hora, morfamos.

–Es que ya tiene limón la ensalada. Se va a echar a perder.

–Con no comerla...

Para él la puntualidad era una pavada: una constricción voluntaria a la desfachatez de los demás; puesto que el hombre puntual es siempre el que sufre la angustia irascible de la espera. Por eso, al revés, no siendo puntual, no habiendo incurrido en la petulancia de pactar con el albur que retarda las cosas y demora los hombres, era «compasivo con ellos».

«Longines» no aceptó la propuesta.

Lento, prolijo, meticuloso, extrajo su cortaplumas-tenedor-cuchara-punzón-abrelata-tirabuzón-lezna-destornillador-cortavidrio-tijera. «Los diez mandamientos», como solía decir. El utensilio radiaba de limpio. Era fetiche más que prenda.

Regalo de un oficial teutón, que hospedara en Friburgo en trances difíciles, acompañaba sus andanzas igual que un escapulario. Lento, prolijo, meticuloso, se arrimó a la parrilla. Y empezó a comer, sin pausa y sin prisa, masticando tan bien, tan sin ruido, que parecía masticarse las mejillas.

De vez en cuando volvía el rostro para observar a «Katanga» y «Viejo Amor». Miraba como los loros: de lado. Era casi tuerto: un ojo le supuraba siempre. Viéndolos dialogar despreocupadamente, su apetito se trancaba. Juzgaba afrentoso su afán. E inmovilizadas las mandíbulas, detenía la deglución. Mas, de súbito, cambiaba de criterio. Reputaba desdeñosa aquella indiferencia. Y tragaba el bolo alimenticio –papilla suavísima– con el gesto altivo conque los antifascistas, en vez de claudicar, tragaban la dosis bárbara de aceite de ricino...

Los compañeros seguían charlando:

–Fijate. ¡Qué soberbia noche! Todavía se ve en el poniente la herencia del sol. Oro fundido en sombras. Fuego filtrados en arambeles de bruma. ¡Esa franja!... Notá, «Viejo Amor», esa franja de seda fulgurante. Ni más ni menos que el muslo de una doncella recostada...

–¿Dónde?

–Allá. Sobre el campanario. Donde se frunce en mil arrugas el ropaje de las nubes.

–¿A la izquierda?

–No. Aquellas que tienen una especie de ruedo de plata. ¿No te acordás de los trajes antiguos? ¡Lo que es la naturaleza! Esta tarde nos pesaban las nubes como si fueran de estopa. Ahora nos entusiasman por su ligereza. ¡Las robustas matronas del día convertidas en gráciles muchachas! A propósito. Mirá. ¡Mirá! ¿No te parece una chiquilla desnuda?

–¿Dónde, dónde?

–No, hombre, no. ¡Arriba! En el cielo... Allá. En dirección a la torre de la municipalidad. Fijate bien, pronto; porque los escultores del firmamento trizan las creaciones ni bien alguien las mira. ¿Ves? Una chiquilla agachada hacia una fuente. Iluminada por la espalda, desde la nuca a las nalgas, por un reflejo cobrizo.

–Verdad. ¡Qué pebeta! ¡Quién pudiera ser nube!

–Nube macho, por cierto...

«Viejo Amor» continuó embebido contemplando la justeza del perfil. La voz de «Katanga» lo arrancó del éxtasis:

–Vamos. Los tipos no vienen. Dejate de suspirar. Vos ya no podés ser nube. No podés volver atrás. ¡La ley de Karma, viejo! Toda tu vida es un nubarrón...

En realidad, se distraía, distrayéndole. Y lo distraía con la magia profunda de las cosas frívolas. A pesar de la tosquedad primitiva de sus instintos, «Viejo Amor» era susceptible a los matices más recoletos de la belleza. «Katanga» conocía su monstruosidad psíquica, traducida en dos procesos por estupro y uno por incesto. Conocía muchos relatos de sus aberraciones homosexuales y bastantes evidencias de su actual vocación a la sodomía. Pero no se asustaba. Al contrario, gustaba su proximidad. Por estudio. Para analizar su enorme lubricidad –especie de macrocefalia interior– que hacía bambolear su psiquismo a cada instante. Y, además, porque tras la pintura de emociones o paisajes, solía contemplar el alma de «Viejo Amor» dulcificada, apaciguada, relamiéndose en ternuras inefables, como si todos sus desbordes y excesos pasados, toda su abruptez erótica, en una palabra, no fuera más que resultancia de la incapacidad expresiva de su instinto genésico.

El amor es elocuente en unos, tartamudo en otros. Es un don. «Katanga» lo sabía. En su larga odisea a través del albur, había visto cómo toscos galanes persuaden y cogen las flores más finas. Y, al revés, cómo sabios notables maceran sus ansias sin llegar jamás al deleite del sexo. El instinto es igual en todos los varones: una enorme cisterna de deseos perdida en la maraña del ser. Pero los canales que desembocan en los labios se atragantan de emoción en las personas cultas.

«Viejo Amor» era un tartamudo nato. Si le faltaban palabras para convencer, le sobraban, en cambio, fuerzas para vencer. Su brutalidad compensaba así la carencia de expresión de su alma. Y perentorio, sin admitir ruegos ni promesas, satisfizo, doquiera, su capricho. Desgraciadamente, la moral existe. Y pagó en cárceles y prontuarios el desenfado de contradecir-

la. Esa rebeldía consustancial entusiasmaba a «Katanga». Nunca había pescado un espécimen así. Por ello, disimulando samaritanamente su superioridad, condescendía, bajando de su cetro intelectual, a explicarle así, con palabras entrecortadas que rimaran con su tartamudez, la elocuencia del amor en las cosas bellas de la naturaleza.

El asado estaba seco ya.

El perfume del costillar, que hasta media hora antes flameaba al nivel de las narices como una bandera de apetitosa suculencia, era ahora un jirón de humo irritante.

Apenas probaron bocado.

El olor de la carne quemada torcía el gesto y la cara.

«Viejo Amor» arremetió al pan y al queso. «Katanga» atrajo para sí la fuente de ensalada. El berro estaba amazacotado: las hojitas crespas y los tallitos frágiles sumidos por el ácido. De reojo sorprendió a «Longines» que mondaba una pera de agua. Lento, prolijo, meticuloso, parecía extraer de su boca una espiral de sornas, tan fina como la espiral dorada que extraía de la fruta. Le oyó murmurar:

–Con no comerla...

«Katanga» rugió una sorda diatriba. Y, briosamente, apechugando el escarnio, se atosigó con la pulpa sangrienta de los tomates.

«Longines» y «Viejo Amor» estaban acostados. Sus catres plegadizos chirriaban al girar sus cuerpos en busca de la postura propicia al sueño.

Pero el sueño aún no entraba. Porque el sueño entra por los oídos, conducido por falanges de elfos sagaces y misteriosos, ni bien los párpados ceden y bajan.

Ambos conversaban todavía.

Las falanges del sueño rondaban sus cabezas. Infundían los susurros monótonos que ablandan la carne y la distienden. Irradiaban las corrientes de fluido, que inundan el cerebro y lo prolongan horizontalmente.

Balbucearon las buenas noches.

Y las falanges del sueño penetraron de inmediato. Taponaron por dentro las orejas. Y en zarabanda alegre y macabra llenaron la cavidad interna con la dicha y la zozobra del deliquio y la pesadilla.

«Katanga» desplegó su catre. Hizo algunas flexiones con el tórax desnudo. Y se apartó a orinar entre los yuyos.

Noche lisa, tirante como un raso en el bastidor de los horizontes. El fruncido de nubes de la tormenta había desaparecido. Noche de obsidiana, con fulgencias verdinegras de vidrio volcánico.

¡Caerse para arriba! Sí. Hay emociones paradójicas. «Katanga» cayó en éxtasis en la magnificencia del gran hueco de arriba. Éxtasis tranquilo. Arrobamiento en la luz hilada de lo inmaterial. Pero su carne, adicta a la tierra, seguía en la rutina, ausente a su embeleso. Y mientras la imaginación imantada por las estrellas cruzaba las áreas siderales, su mano continuaba sacudiendo el pene laxo en la acostumbrada tarea de desmoronar hasta la más rebelde gotita de orina.

Es difícil cronometrar el éxtasis. Los segundos tienen en él la eternidad del cosmos. Se injertan a los vuelos astrales. Y mientras dura la efusión contemplativa, los ojos –dos huevos miríficos– empollan para adentro la verdad de una cosmogonía maravillosa.

En ella vio «Katanga» el rostro de su padre. Su cabeza de degollado era el eje de una constelación sangrienta. Giraba a su alrededor, al modo de las sierras sin fin, un collar de estrellas con escintilaciones filosas de alfanjes y cimitarras. ¡Ronda trágica de héroes decapitados! Cada estrella era un símbolo en la coordinación total del sacrificio. Habían sido hombres de honor en medio de las llanuras de Armenia. Y su brillo argénteo, que resaltó en el ocre de los eriales, radiaba ahora en los negros desiertos del cielo.

«Katanga» vibró estremecido: afloraba un recuerdo inédito. Y casi mudo, moviendo apenas los labios, moduló:

–¡Almudafar! ¡Almudafar!

Sí. Estaba escrito. ¡Era él! Almudafar: «el Valeroso».

–¡Almudafar! ¡Almudafar!

Siendo niño, una noche esplendorosa igual a ésta, a la vera de su tienda, su padre le previno:

–Es bueno, hijo mío, que te afirmes en ti mismo; porque el dolor te acosará. Yo no temo a la muerte porque amo demasiado a la vida. Los egoístas, los cobardes, los que no saben que el amor es lo más próximo al no ser, tiemblan como el agua de los estanques de Azem ni bien el anuncio de la muerte irisa la superficie de su piel. Yo te he traído en estas andanzas épicas para que comprendas desde pequeño que no hay otra ley que el dolor. Pero al mismo tiempo, para que te imbuyas que, cuando arremete contra la ignominia, el dolor se santifica con el llanto o se aerifica hecho canción. Mientras la dicha de Armenia desenvolvía su palinodia de rubaiyats, mi vida fue un rabel acompañándola. Mas llegó la tromba infame del Sultán Rojo. Desde entonces, desde que Abd-ul-Hamid II soltó sus furias obstinadas en la maldad y el crimen, nuestro brazo erigió en armas el anatema de nuestros corazones. Nos titulan insurrectos, bandidos... ¡Siempre son bandidos los seres dignos que respaldan el decoro de los oprimidos, encarando a pecho abierto al agresor! No importa. Mi dignidad sólo aspira a enfrentarme con Abd–ul–Hamid... Para estampar en su cara mi credencial para el infierno. Sólo así pagará el Sultán Rojo la crueldad conque trata a mis paisanos. He puesto la patria sobre la religión, como se pone la espada sobre el Corán. Yo le estamparé mi sello, cueste lo que cueste. Aunque unte en mi propia sangre sus caracteres... Es bueno, hijo mío, que te afirmes en ti mismo, porque el dolor te acosará. Que seas un poliorceta, que defienda con tino y bravura la fortaleza del propio yo. Cuando grande, tú sabrás, acaso, cómo cumplimos con nuestro deber. No te será difícil. Aprende a contemplar el firmamento. Doquiera andes, doquiera te afinques, aprende a contemplar el firmamento. Tras su nielado, tras su comba de acero capuchonada con oro y pedrería, está escrito el destino de los hombres. ¡Kismet! ¡Kismet! El rastro de los planetas, la trayectoria de las nubes, el vuelo de las aves, son grafismos, misteriosos grafismos de la escritura de Allah. No leas para abajo; lee arriba. Aprende a contemplar el firmamento. Cuando puedas descifrar la trama sublime, vulgar o grosera que describen los rayos de luna, las aristas del sol y el lampo

de los meteoros, entonces verás que toda la sabiduría de los antepasados vive en la perennidad de su secreto. Y por lo mismo que nuestros antepasados tachonaron la bóveda del cielo con nombres árabes: Achernar, Mirafeh, Algeiba, Sirah, Deneb, Mirath, Albiret, Unukalai, Mirfek, Hamal, Mirzam, Alphart, Sadalmelik, Menkab... desde ya, hijo mío, persuádete de que brotará en azules prados la constelación de Almudafar, tu padre, «el Valeroso». Doquiera andes, doquiera te afinques, búscame. Se cansará tu mirada en los desiertos de arriba. La limarán yermos de astros caducos, la ensuciarán tolvaneras de nebulosas; pero no te amedrentes. Vaga, indaga. Hay estupendos oasis de estrellas. Hay caravanserrallos en donde amenizan el desaliento y confortan el cansancio las más espléndidas huríes. Vaga, indaga. Si no puedes ser astrónomo, sé nefelibata. ¡Me encontrarás! Recorre todo el ecuador celeste. ¡Siempre encaminé mis pasos por la senda más larga en vicisitudes! No desmayes. Aprende a contemplar el firmamento. Y tu mirada entrará en mi tienda... en esta tienda... aduar de bravos... mientras yo... tu padre... afuera... aquí... con ojos astrales... seguiré espiando la caravana del Sultán Rojo... al borde de este páramo de estrellas... que es la Vía Láctea...

«Katanga», embebido biológicamente por el recuerdo, no discernía la realidad del ensueño. Estaba absorto en su magia. Su calvicie circular en forma de tonsura había crecido tanto, tanto en la abstracción, que coincidía con la eclíptica en la noche de su bóveda craneal.

El consejo paterno, de tan vívido parecíale reciente. En la doble concavidad del cielo y del pensamiento, se mantenía fija su visión:

–Sí. Sí. Es ésa, no cabe duda; la constelación de Almudafar: «el Valeroso».

Partiendo de Sirius hacia Alderabán, había trepado el escalón fantástico que demarcan Rigel, Orión, las Tres Marías y Betelgeuse. Y ya en Alderabán, a un tercio del trayecto que va por Nath a Menkalinan, a los cincuenta grados de altura, más o menos, estaba goteando una luz sangrienta, la cabeza degollada de su padre, en medio de un collar de estrellas que escintilaban con lampos filosos de alfanjes y cimitarras.

Si en esa circunstancia no hubiesen confluido sideralmente añoranzas y recuerdos de una infancia alucinada de espantos, escarpada de fugas, castigos y aventuras, quizás, al bajar la mirada absorbida por la noche, su vista hubiera notado un grupo de individuos que se acercaban hacia él, alumbrando la marcha en el cauce pantanoso del río con los focos de dos linternas eléctricas.

«Fortunato.» «Lon Chaney.» «Dijunto.»

Pero no venían solos.

Dos pesquisas, revólver en mano, alargaban y acortaban el cono luminoso en zigzagueante búsqueda.

Al chocar la luz con el tórax de «Katanga», las dos linternas concentraron súbitamente los reflectores en su cara. Casi no se percató. Estaba tan alelado en atar saudades, en remozar rostros de ascendientes, en concatenar leyendas por sus tierras islámicas, que, sólo cuando oyó a uno de los pesquisas preguntar:

–¿Quién es ése?

y escuchar la voz quebrada, de inflexión agónica de «Dijunto»:

–Es «Katanga»,

se sobrepuso filosóficamente al instante, asintiendo:

–Abd-ul-Katan ben Hixem... Abd-ul-Katan ben Hixem...

Pero tronó una voz perentoria:

–¡No insulte! ¡Arriba las manos!

–No insulto. Soy Abd-ul-«Katanga» ben Hixem.

–Aquí hay siete catres. No cabe duda. ¡Falta uno! Las señas que tenemos no coinciden con la filiación de ustedes. ¡A ver: digan de una vez! ¿Dónde está el otro tipo?

–...

–...

–...

–...

–...

–...

–Pero ¿qué mierda esperan? ¿No oyen que les habla el jefe? ¿O quieren que los caguemos a sopapos? ¿Dónde está el otro tipo?

«Fortunato», azorado y tímido, balbuceó:

–Por lo visto... se ha mudado...

Una cachetada rotunda rubricó su ingenuidad.

Hubo un conato de reacción colectiva.

–¡Alto! Al primero que se mueva lo quemo a balazos.

El foco de las linternas pasaba nerviosamente de una cara a otra. Desde atrás, agazapado en los puños, cada revólver apuntaba al centro mismo de los blancos de luz.

Quedaron amilanados, rechinando su oprobio.

–Van a contestar, carajo, ¿sí o no? ¿Dónde está el otro tipo?

El silencio iba a explotar ya. Entonces «Katanga», sacando de su baúl de burlas una voz meliflua apropiada a la emergencia, manifestó:

–¡Caballeros, por favor! Diremos lo que sea necesario. No se sulfuren. Somos hombres de bien. No sabíamos que ustedes representasen la autoridad de esta culta población. Como no han dado a conocerse, no podíamos captar sus intenciones.

–Pero ¿qué mierda se cree? ¿Piensa que vamos a andar con tantas contemplaciones a unos linyeras desgraciados?

–Ni linyeras, ni desgraciados, señor.

–¡Cállese la boca! No me interrumpa.

–No interrumpo, señor. Prosiga.

Hubo otro silencio embarazoso.

El pesquisa percibió en la modulación de «prosiga» algo de una chunga secreta que le mortificó profundamente. Lo escrutó de rabillo. Masculló agrias blasfemias. Volvió a mirarle insidiosamente. Y dirigiéndose al superior, le expresó:

–¿Por qué no los arreamos a todos? Es mejor. Allá los hacemos cantar...

–Sí: es mejor. A ver, ustedes: vístanse.

Mientras «Longines» y «Viejo Amor», medio adormilados, refunfuñaban en sordina contra la inoportunidad policial, «Katanga» se puso reflexivamente la camiseta, el saco y el sombrero de paja. Fue una operación más que lenta, ralentizada por la medulación de los riesgos. La situación, a no ser una mera amenaza de los pesquisas, se tornaba difícil. Tenía en sus bolsillos cartas comprometedoras, provenientes de periódicos

comunistas al margen de la ley. De yapa, en sus valijas, varios volúmenes reveladores de su fe política. No pudo evitar un escalofrío. Recordó lo que tantas veces sostenía:

–*Solamente snobs, pitucos,* fils à papa, *pueden leer, imbuirse y cocinar la literatura de combate. Si me encuentran a mí un libro o una revista de izquierda, me revientan: cana, hambre, tortura, para rato. ¡La libertad de pensamiento!, ¡la libertad de emitir ideas!...*

Acto continuo ocuparon su memoria los sujetos de la B. E. C. E. C. Por delitos forjados: «portación de armas», «instigación de la rebelión», había caído cierta vez en sus garras. No pudo evitar otro escalofrío. Su espalda fue curtida a gomazos. Sus testículos habían sido retorcidos como un cordón. Su vientre estaba tatuado por la sensación terrible de la «picana eléctrica». Su garganta conocía el fuego de la sed provocada por arenques *y* otras *gourmandises* policiales...

Observando disimuladamente al jefe, se iluminó. Tuvo la impresión inmediata de que era un buen hombre, vale decir un pobre hombre. Amén de viles desafueros, desperdigados en cachetadas o gomazos, no demostraba instintos para más. Sus ojos miraban casi naturalmente. No tenían el fulgor maligno, sarcástico de los componentes de esa Okchrana *all uso nostro.* No lo consideró capaz de traiciones importantes a su conciencia de padre de familia. Y seguro de no estar frente a uno de los tantos Torquemadas de la Santa Inquisición contra el Comunismo, tomó el partido de ganarle su simpatía, aunque bufara el subalterno, a todas luces más sagaz y decidido.

Arreglándose el pañuelo del cuello, acercose al jefe. Ya había compuesto la garganta para un falsete de adulonería.

Su cautela, igual que la antena de ciertos insectos, exploraba el camino a seguir. Pensó que, en el caso, se trataba de una nueva trastada de «Aparicio». ¡Siempre el mismo bribón! En la incertidumbre del motivo auténtico del procedimiento policial, juzgó lo más prudente esclarecer si la orden de arresto ya dada no era más que una treta extorsiva para sonsacar su paradero.

Su voz meliflua de emergencia, recomenzó:

–Vamos, «Longines», apúrese. ¡Que tenga paciencia el reuma! No hay más remedio. La autoridad es la autoridad. Y vos, «Fortunato», ¿qué hacés? Cerrá los catres, pues. Vos lo mismo, viejo. No te hagás el sonso.

–¡Cómo! ¿Vamos a ir con todos los cachivaches?

–Claro. No queda nadie. ¿Verdad señor?

–¡Qué hora para ir en cafúa!

El Jefe de Investigaciones –ya condenado a saltar del puesto merced al próximo cambio de gobierno– había perdido el antiguo celo. El pundonor del cargo le importaba tres cominos. Y la prístina mirada de lince se empañó en la amargura de la cesantía... El corto diálogo anterior –decorado con oportunos lamentos y quejidos– pareció dulcificarlo. Los vagos sintieron su benevolencia como una brisa... Casi podían afirmar que, *in mente,* el Jefe pensaba:

–Esto es un abuso. ¡Pobres linyeras!

No hubo ninguna requisa. Apenas trazaron las linternas unos cuantos garabatos de exploración. Les interesaba exclusivamente la detención de «Aparicio», a quien se sindicaba como «el agitador profesional que había traído a los huelguistas locales diez mil pesos del Socorro Rojo Internacional». De tal manera, pasaron por alto las características peculiares del campamento, compuesto por catres y asientos plegadizos de campaña, canastos con ingeniosos equipos para picnics, toldo desarmable de lona, primus, calentadores de alcohol sólido y una pequeña radio.

El Jefe se arrimó a su inferior.

–¿Qué te parece si los citamos para mañana?

–¿Citarlos? ¡No, no! Mañana... se han hecho humo. Usted sabe... esta gente... Hoy, aquí... mañana...

Hizo un firulete nervioso en el aire. Y cerró la frase:

–... signo de interrogación.

–Si me permite –intervino «Katanga», amerengándose–. Yo puedo informarles sobre nuestra presencia en esta culta ciudad. Somos desocupados. Pertenecíamos a los habitantes de «Villa Desocupación» antes que el Congreso Eucarístico se metiera con nosotros...

–¿Cómo metiera?

–Sí. El Congreso Eucarístico nos pateó el nido. ¡Lo que se llama patear el nido! Las distinguidas damas de la comisión organizadora opinaron que nuestra Villa sería una afrenta a la piadosa vista de los peregrinos. Y llena de misericordia, en nombre de una enorme cruz de cemento y celotex, la Municipalidad nos espiantó de Buenos Aires como tipos apestados. ¡Somos miles de dolientes, retorcidas cruces de carne, a la buena de Dios!

–¡Hum! Son demasiado limpios para ser linyeras.

–No somos linyeras, somos desocupados. Supimos que aquí construirán pavimentos. Estamos a la pesca de trabajo.

–Trabajo... sí, ¿eh? ¡Mostrá las manos!

«Dijunto» y «Longines», conscientes del peligro del colega, alargaron presurosos las suyas. Sabían que «Katanga» («iría muerto») en semejante exhibición. Fue una sugerencia astuta, oblicua.

Atenuado su afán, el pesquisa joven demandó: –A ver, vos.

Pero no consiguió nada. «Katanga» hacía rato que hablaba con el jefe. Su malicia, oyendo la incitación, hizo más ceñido el diálogo:

–Le aseguro, señor, que no. Son supercherías. No tenemos otra relación con dicho sujeto que la de comer y dormir. Usted habrá advertido que somos personas necesitadas. ¡Como para regalar sumas fantásticas de dinero cuando nos morimos de hambre en la intemperie!

El subalterno comprendió que la pesquisa estaba malograda.

–Siempre el mismo cretino –farfulló–. En vez de indagar, expone. Ofrece puentes al enemigo, puentes de palabras para que huya la impunidad. ¡Cretino!

Su rabia se crispó en la obscuridad. Trajo a su memoria el *affaire* del Banco. Su pista era la auténtica; pero a él se le ocurrió que no. Que el cadete, sumiso, servicial, de tez de durazno y ojos de besugo, era inocente... ¡inocente!... ¡Qué triunfo magnífico le había malogrado!

Por lecturas, por el cine o por intuición –¡vaya a saberse!él dudaba siempre. Siempre. Sistemáticamente. Era un profesional de la duda. Un explorador de la mentira. Un *pioneer* de las cosas aparentemente descabelladas. Confiaba en su experiencia.

La realidad se viste de falsías. Las rosas son tanto más hermosas cuanto más abonada con estiércol fue la planta. Las acciones lo mismo: nacen de pudrideros, pero fulgen hidalgas y generosas. ¡Falacias! Igual que los avaros ocultan su dinero en tachos, botijos y aun en escupideras infectas, porque nada custodia mejor que el disimulo, así, en el envase humano más normal, ingenuo o inverosímil, está casi siempre ebullendo la esencia misma del delito. Los criminales de vocación, no los zoquetes que desnaturalizan el oficio, conocen el poder desorientador de la buena voluntad, del candor, de la desgracia. Y por eso, sagazmente, disfrázanse con las virtudes mejores o las circunstancias más tristes, para alejar la responsabilidad, inyectándola precisamente en la compasión de las gentes.

Los habitantes del campamento se agrupaban con sus bártulos, ya listos para marchar. Había corrido entre ellos la consigna de exagerar el desgano y la quejumbre. Cada esfuerzo era un ¡ay! complicado de protesta. Cada paso una chirria de huesos y gesticulaciones.

Cuando iniciaron la marcha, la noche, que sublimiza las cosas bellas, puso acentos sórdidos a la miseria de la caterva.

El subalterno, que caló la estratagema, no pudo resistir:

–¡Farsa! ¡Mentira! –bufó para sí, tremando de grima–. Ya les daría yo, trompetas. ¡Parece escarnio dejarnos engrupir!

Y siguió a retaguardia, firme en su duda, firme en sus trece, con el designio cargado con más balas que el revólver.

Llegando a los terraplenes de acceso, los detritus que acumulan bajo el puente los viandantes apremiados lanzaban tufos insoportables. El jefe embadurnó sus zapatos. La pestilencia, acompañándole con sus fermentos agrios, equivocó su olfato. Imputó a la recua, que conducía el olor empalagoso que empezaba a obsederle. Se sumaron después otras vaharadas. Pescado podrido. Ropa sudada. Brea y óxidos. Vasijas percudidas. Cebolla y ajo.

Ni bien salieron a un descampado, avanzó a grandes trancos en el camino. Respiró con ansia. Refregó en unos yuyos los zapatos. Y juzgando a la distancia la mezcla de harapos, de sombras y lamentos, llamó a su inferior:

–Me parece una macana que llevemos a estos desgraciados. ¿No te dan lástima? No hay ningún indicio.

–¿Y el catre del tipo?

–Bah, un catre... ¡Miralos! Si son unos pobres diablos...

–Mientras tanto no sueltan prenda.

–Pero ¡miralos!... Nos vamos a tirar una plancha colosal. Tan luego ahora con el cambio de gobierno. Las burlas y pifias que...

–Vea, jefe: haga lo que quiera. Pero mi opinión es arrearlos a todos. Y fajarlos sin asco.

–Es absurdo. Total: el cargo no es concreto. Díceres... Creo que con arrestar a ése...

–¿A «Katanga»?

–Sí: a ése, basta.

–Como guste.

El subalterno viró el rostro hacia la penumbra.

El calor de la vergüenza le anegaba, sofocándole.

El lema de cualquier investigador serio: *de omnibus dubitandum,* yacía, junto a los zapatos malolientes del jefe, bajo la estupidez de la jerarquía.

La felicidad es un concepto incoercible. Huye a toda concreción. Cada cual la perfila conforme a su perspicacia o la define de acuerdo a sus aspiraciones. Pero nadie acierta. A pesar de poseer una ubicuidad permanente, es tan huidiza, que los hombres se empecinan en negar su presencia. Se dan cuenta de sus favores recién cuando la protección se ha ido. Entonces la añoran. Y como la dicha no se retrotrae, la forjan como un ideal para el futuro...

«Lon Chaney», al revés de la generalidad, tenía el sentido de la felicidad. Por lo mismo que había sido sumamente desdichado, cualquier coyuntura propicia, cualquier brecha amable que hallaba entre sus penurias, cotidianas, la aprovechaba. Y colándose por ella reía, reía, como el sol que se filtra por las rendijas.

Cuando los pesquisas se perdieron de vista, conglomeró a sus compinches. Sus modales pesados y pesarosos se aligeraron de repente. Abandonó el rictus pazguato, ya casi estereotipado en

su cara. Y con el gran instinto teatral que todos le reconocían, se sacó la boina echando por atrás un mechón canoso en forma de jopo de payaso. Después...

La expectativa era álgida.

–Decí de una vez.

No acató la orden. Quedaron las palabras para después. Extrajo de entre los forros del saco un manojo de papeles. Y sopesando en él quién sabe qué tremendos compromisos, explotó en medio de cautelosa carcajada:

–Nos hemos salvado de chiripa. «Katanga» me lo pasó en un descuido de los pesquisas. Son cartas y volantes comunistas. Hay que quemarlos. ¡Ya mismo!

–Ya, no. A su tiempo. Tal vez nos vigilan. ¡No hay que llamar la atención! A mayor peligro mayor delicadeza.

«Longines» hablaba martillando precisión.

Al callarse, sus mandíbulas y puño derecho se apretaron reciamente. Tenía a flor de labios y en la manija de la valija dos secretos cuya difusión no era oportuna todavía.

Nadie replicó. La astucia refinada de «Katanga» le había elevado a director del grupo; pero la autoridad de «Longines» ocupaba el primer rango. El carácter parecía afincado en su cabeza de águila desplumada. Y si bien confiaban en los recursos dialécticos de aquél, respetaban en éste la seguridad de su apoyo.

Nadie replicó. La compulsa íntima de la situación fue lenta.

Algunos bostezos mancharon el silencio.

Varios pedían así un poco de sueño para su fatiga.

Era justo; pero no conveniente.

El episodio de esa noche urgía actitudes correlativas. No era lógico permanecer impasibles ante el compañero arrestado y el compañero en persecución. Es verdad que todas las contingencias estaban previstas y que ya no había nada que temer por ambos. Pero era menester cuidar el éxito de la empresa común mediante un plan suplementario de desorientación.

Cada cual se acomodó a su gusto. Formaron un cónclave sombrío, de fantasmas nictálopes, de voces apagadas. «Dijunto» y «Viejo Amor», ni bien se sentaron sobre los canastos, comenzaron a cabecear. Los ronquidos de aquél pro-

movieron el correctivo. Un tironeo suave, al principio, violento, después, lo trajeron a la conversación.

–No es cuestión de dormirse.

–Ya hice mi parte...

–Debés informar, casualmente, algo obscuro.

–No hay nada obscuro.

–Cuando te dejé con «Aparicio» frente al Correo, yo me introduje a la asamblea que resolvería la suspensión o continuación de la huelga de obreros de la construcción. Averigüé bien acerca de la probidad de los *leaders*. Gente buena, aguerrida y entusiasta...

–Conforme. Pero lo obscuro...

–Uno a uno fue enterado de nuestro aporte y de la manera establecida para la entrega. No querían creer que la mendicidad es un gremio como cualquier otro y que nosotros íbamos en su ayuda. Nuestra solidaridad fue recibida con sorna. Recién...

–Que diga de una vez dónde está lo obscuro. Mi conducta se sujetó a lo que usted indicó.

–Vamos, «Lon Chaney», en concreto...

A «Longines» no le gustaba la cháchara. La línea que perfilaba su rostro desde la coronilla hasta la punta de la nariz se frunció en múltiples arrugas. Ante la tardanza, su fastidio repitió:

–Vamos, «Lon Chaney», en concreto...

–Pues, en concreto, que yo no sé por qué el Tesorero del Sindicato salió corriendo del Correo. ¡Una falla garrafal! Yo le previne la mayor cordura. Nos consta que los miembros del Comité de Huelga están severamente vigilados. Por algo establecimos que la donación se efectuara en el lugar más concurrido de la ciudad para no despertar sospechas. ¿Por qué esa actitud, entonces? A no ser que el control de «Dijunto» fallase, no tuvo por qué salir corriendo.

–Nada de eso. Simplemente no contamos con la emoción del Tesorero. Cuando llegó al lugar, además del sobre de luto que lo identificaba, venía con una batata bárbara. Yo extendí la mano en actitud de pedir. Era el momento. «Aparicio» obró de acuerdo al plan y, en el encontronazo convenido, le entregó

los diez mil pesos. No había nadie en el pasillo. Ni nadie se percató de nada.

–Mientras tanto te detuvieron. Y a mí de yapa.

–Averiguaciones... averiguaciones... Vos ves.

–Lo que quieras; pero la policía llegó hasta aquí. Constató la existencia de un catre vacío y llevó preso a «Katanga».

–No hay peligro. No logrará individualizar a ninguno. De paso, frente al paso a nivel, he visto la señal prefijada en un vagón.

–¿U o S?

–*U. Ubi bene.* ¿Qué preguntas hacés? No puede ser otra. «Aparicio» saldrá esta noche en el tren de carga de las tres y veinte. Corresponde al itinerario.

«Longines» interrumpió secamente el diálogo:

–Basta. Eso no interesa ahora. Lo que incumbe es que las órdenes se cumplan. Hay que odiar lo simple porque lo simple nos delata y perjudica. Cuanto más nos esmeremos en maquinizar nuestros actos, mejor nos ocultaremos en lo complejo. Somos un reloj en marcha, un heroísmo en marcha, que no debe detenerse por ninguna falla de organización.

El conciliábulo tocaba a su fin. Algunos se levantaron y se movían –fantasmas nictálopes– armando sus catres.

«Dijunto», ya sin sueño, no podía contener el resquemor:

–Dígame, «Longines», ¿qué culpa tengo yo de que el Tesorero del Sindicato fuese un batata? «Lon Chaney», que presume de psicólogo, debió prever las cosas. El pobre hombre no creyó, seguramente, en la efectividad de nuestra adhesión. Mas, al convencerse de lo contrario, ya con la plata en el bolsillo, salió echando putas como un energúmeno. En esa circunstancia, tal un viandante cualquiera, «Aparicio» fue llevado por delante cuando estaba por entrar al bar de la esquina.

–¡Entonces... «Aparicio»!...

–¡...fue visto! Sí. El pelotudo del Tesorero se paró y le pidió disculpas como a un viejo conocido. La escena, rapidísima, fue interceptada por el pesquisa joven de recién. ¡Una coincidencia extraordinaria! Después, cuando circuló la bola del Socorro Rojo, la imagen de «Aparicio» saltó a luz en su memoria. Por eso le buscan. A no ser la emoción...

–¡Buena mierda la emoción! ¿Cuándo aprenderán los hombres a dominarse, a regular sus impulsos, a embrayar con la flema, para vencerse? Has hecho bien en no divulgar estas cosas delante de los demás. Andate. Dejame un momento solo.

«Fortunato» hacía sobre el basamento del pilar pequeñas columnas de monedas.

«Viejo Amor» era un tronco. Un tronco que serruchaban sus ronquidos.

«Lon Chaney» estiraba ya sus miembros.

A poco andar sus sombras se injertaron en la noche. Sus conciencias en el silencio. Sus alientos en el ritmo de la brisa.

«Dijunto» volvió a sentarse sobre el canasto.

El honor lo mantenía erecto. Era español. Su flacura magra, enteca, tragaba a menudo la espada de la honra. ¡Era su idiosincrasia! Podía sufrir cualquier vicisitud, menos la de la duda. Quedó mirando a la distancia, sin mirar.

No vio, de tal manera, la proximidad activa de «Longines». Su abrir y cerrar valijas. Su celo escudriñador. Su andar agazapado hacia la margen del río. Ni la pequeña hoguera de cartas, volantes, volantes y libros, que hizo. Ni su cautela en esparcir las cenizas al cauce. No vio nada. Sino su pundonor manchado, revolviéndose en su espíritu, con una turbulencia extraña.

Sin embargo, «Longines» seguía, otra vez cerca, afanado en reflexivas operaciones. Sigilos en destapar agujeros secretos. Sigilos en abrir frascos. Sigilos en destornillar dobles fondos. Sigilos densos de cavilación. Sigilos hábiles para componer el plan suplementario de desorientación...

Había entrevisto que la libertad de «Katanga» dependía de su sagacidad. Si huían en esa emergencia todo se desbarataba. La culpabilidad les asediaría. Era forzoso permanecer. Pero permanecer dentro la impunidad de una coartada, en el gracioso alibí de algo tan sonoro que los amparase con su estruendo...

Una estrella errante trazó una estela dorada de puntos suspensivos... Pareció instarle a la ironía...

Merced a ese buen augurio, preparó en el acto, con los elementos rescatados al misterio de rendijas, tapas y recintos mágicos, cuatro cartuchos de melinita accionados por resortes y

mecanismos reglados al segundo. Fue una tarea pulcra, pulquérrima, que consumó en poco tiempo su destreza, no obstante la precaria luz de un cabo de vela.

Lista ya, lo demás fue fácil. No debía más que dinamizar el amor propio herido de «Dijunto». Y le instó:

–Es necesario que vindiques tu comportamiento, afirmando en la prueba a que te someto la corrección de tu conducta. Quiero que salgas ya mismo y coloques, en cuatro obras en construcción, en los puntos más diametrales, estas cuatro campanillas... Vos verás en cuáles, pues vos mismo levantaste el censo. Están cronometradas para que la explosión se verifique, simultáneamente, a los veinte minutos que vos te reintegres aquí. Dos horas en total. ¡Cuidado! ¡Fijate bien en los números de tiza! ¡No alterar el orden de colocación! Cuando el estampido acontezca, el tren de carga ya habrá partido con «Aparicio». La policía vendrá de inmediato al campamento. Nos encontrará roncando... Y mañana «Katanga», suelto, y vos, otra vez, en mi concepto.

«Dijunto» aceptó la empresa reconocido a la lealtad de su jefe. El cansancio se disipó como por ensalmo. Y gozó por anticipado la voluptuosidad del riesgo que virtualizaría su decoro.

No fue difícil esconder en sus faltriqueras las máquinas de alarma. Dio las buenas noches. Y partió camuflando su figura de churque entre los churques de la ribera.

La bondad de «Longines» se complugo en acompañarle desde lejos.

Después, juzgó para sí:

–*Es tocante la pureza de los seres más abyectos. Tras de haber chapaleado el infortunio, la deshonestidad, el delito, muestran en el regreso de la edad, como limpios espejos morales, zonas incontaminadas de la conciencia. ¡Es la venganza del tiempo! Del tiempo malogrado, que señala la clara vivencia de cualidades que fueron sojuzgadas en los primeros hervores de la juventud. El viejo Cronos gusta hilar fino: emociones sin nudos, pensamientos sin hilachas... De tal modo, el portador de cada alma inválida insurge ante la evidencia de virtudes auténticas. Se contempla en ellas. Anhela atrasar el reloj de la vida. Pero ¡imposible! La decepción ya está en el rostro. Uno se infantiliza, enton-*

ces, en lacrimosas autocomparaciones. Y, perdonándose, afronta con ceño adusto las últimas escarpaturas, llevando como guía el prístino candor de la infancia.

Lento, prolijo, meticuloso, armó su catre.

Escrutó circularmente el campamento. En el concierto desconcertado de respiraciones atragantadas, resuellos y bufidos, su carácter era una batuta erecta inútilmente.

Se acostó.

No podía dormirse. El deber, que había sido pauta y cruz de su existencia, le ordenó velar hasta que «Dijunto» volviese.

Cerró los ojos, no obstante. El espectáculo que iban a ofrecer era estupendo. Avaluó su trascendencia en la comunidad solidaria del ideal. Y al rehenchirse su pecho, sintió que el manto de la noche lo cubría con la antigua ternura conque lo hacía su madre. Y le vino sueño.

Recordó, entonces, que, cierta vez, leyendo a Sainte-Beuve, encontró una definición curiosa: «La felicidad es como una gana de dormir...». Le intrigó profundamente. Siempre había pensado que la felicidad residía en estar lo más posible fuera de sí mismo, ajeno a toda introversión, olvidado de la propia individualidad. Y no pudo aquilatarla. ¡Ahora daba en la clave! Ahora que el deber lo instaba a no dormirse... Ahora que la hazaña de «Dijunto» iba a identificar en el ámbito del cielo, el cielo rojo de muchas ilusiones... Había ido así, por la línea de una parábola, desde el silencio a la gloria. Y todo era poco. Supo entonces que la felicidad no se contenta con nada. Que la felicidad no se vence; sino que vence, como el sueño. Estaba... en... lo... cierto... Sainte-Beuve... «La... fe-li-ci-dad... es... como... u-na... ga-na... de... dormir...»

Y se durmió.

Tres pitadas.

Un brusco zarandeo.

El convoy partía...

Escondido en el hueco oloroso formado por enormes vigas de cedro, «Aparicio», por fin, se sintió a buen recaudo.

Nada como el movimiento para neutralizar el miedo. Por más que la angustia nos persiga, corriendo uno se evade. Por más que la aflicción nos cerque, fugando uno se liberta. Estar en sí, es estar preso. ¡Escabullirse! Huir es abrir picadas en la maraña de la razón, túneles en el humus del instinto. ¡Escabullirse! No hay nada como injertar el miedo dentro de la velocidad... y dejar que rueden las ruedas del tiempo.

Cuando el tren pasaba por el puente, «Aparicio» se deslizó al extremo del vagón para mirar el campamento. No lo distinguió. El estrépito del convoy martillando la juntura de los rieles y el torbellino visual de tirantes y durmientes lo ofuscaron. Aunque negativa, su deferencia lo tranquilizó. A no ser un evento extraordinario la marca puesta en el vagón debía haber sido advertida ya. Y, por ende, conocida su decisión de adelantarse al itinerario.

Volvió a acomodarse, embutiéndose dentro su vaina de cedro. Hacía fresco. El saco y la gorra le sirvieron de almohada. Se desprendió de toda ligadura.

Mantuvo los ojos abiertos, largo rato. Porque sí, ya que el prisma bloqueaba a veinte centímetros su visión. Al percatarse de semejante incongruencia, los cerró de inmediato. Y enseguida, como es lógico, comenzaron a escrutar dentro sí mismo.

El episodio de esa tarde le apabullaba por su estolidez. Chascó la lengua con asco. El destino, que a veces forja héroes con elementos de cobardía, se complace a menudo en escarnecer la bravura legítima, jugando con ella igual que un gato con un ovillo.

¿Por qué él, tan luego él, debía enredarse en la madeja de estupidez del Tesorero del Sindicato en huelga? ¿Por qué él, tan luego él, que había actuado con Aparicio Saravia en las epopeyas civiles del Uruguay, debía ceder a la suspicacia de un pesquisa de campaña? ¿Por qué él, tan luego él, que desde trompa de Eliseo Lamas había llegado a ayudante del más célebre degollador de prisioneros colorados, debía recular ante el amago de unos cuantos patanes? ¿Por qué él, tan luego él, que intervino en los furiosos entreveros de Tres Árboles, Hervidero, Arbolito, Masaller y Tupambay, debía abandonar la ciudad por la sola insinuación de un colega de aventuras? ¿Es que su valor estaba anquilosado? ¿Es que su rebeldía estaba sin sentido? ¿Es que...?

No se hizo más preguntas. Chascó la lengua con más asco que nunca. Y medulando bien el concepto, compulsó que en las fuerzas ignotas del mundo hay una actividad irónica que labra con rasgos irrisorios el contrapeso necesario a la exaltación de los valores humanos.

–*Sí: eso; sí. Hacer bien y esconderse... Tender la mano al menesteroso y huir... ¿Por qué? Si cada cual, en vez de prodigar cascotazos al semejante, agotara su buena voluntad para el triunfo de los propósitos nobles, se edificaría para beneficio de todos una sociedad bien arquitecturada de bienestar. Dar, para el pobre, implica adelantar una obligación de esfuerzos y fatigas, siempre mal oculta en el número de sus tributos. Dar, para el rico, implica devolver lo apropiado ilícitamente en la «legal» especulación de su fortuna. Es tiempo ya de que los magnates se cercioren y los desheredados se convenzan de lo deleznable del dinero en la aspiración eterna de la felicidad. El dinero no sirve, hoy por hoy, más que para gastarlo en orgías de altruismo. En ellas se experimenta, en verdad, el deleite voluptuoso de borrar todas las privaciones del ahorro y todas las penurias del trabajo. La única satisfacción de la fortuna reside en extravasarla de la caja fuerte del egoísmo al cofre cordial de la comunidad. El personaje de Zola, que repetía, en su vejez torturada de riqueza: «¡Hay que devolver! ¡Hay que devolver!», entreveía la verdadera justicia: la que consiste en reintegrarse al corazón de todos sin la infamia del hambre, la ignorancia y la miseria del prójimo. La que consiste en unirse al movimiento de superación de la humanidad con un aliento generoso de amor. Por eso, pobre o rico, la consigna no está en arrojar cascotazos sino en arrimar ladrillos... ¿Por qué, entonces, el sarcasmo que nos abruma si casualmente nuestro dinero fue a salvar del hambre a docenas y docenas de hogares; de la miseria física, a miles de criaturas; de la desesperación, a centenares de hombres? ¿Es crimen ser generoso? ¿ES CRIMEN SER GENEROSO?*

No tuvo otra respuesta que el chascar de su lengua.

Iba a abandonarse ya; pero, de súbito, revino a su ilación. Encarnó en la policía esa actividad irónica que contesta: «Sí. Es crimen ser generoso». Puesta de lado de quienes gozan to-

das las ventajas y privilegios del mundo, su puntería y su machete se obstinan contra la plebe que reclama. No deja que la magnanimidad crezca en el sector de abajo, sino en el de arriba; porque la bondad del rico es un *modus operandi*, como tantos otros, para perpetuar inicuamente la injusticia. Cuida así que la planta de la miseria se desarrolle en eterno desamparo, sin otro alivio que las eventuales aguas servidas de la riqueza...

Esa actividad irrisoria de la policía le intoxicó de rabia. Se tiró los pelos de la ingle en el encono de meditar que la generosidad del pobre resulte sospechosa, cuando, por estar más cerca del dolor, debiera ser, aunque proviniese de un delito, santa, santísima. Y gargajeando su odio, carraspeó la protervia del régimen social, que priva a los humildes de toda cooperación y solidaridad que vaya en detrimento de la burguesía.

El tren llegó a una estación.

El crujido de los frenos, el tironeo de las maniobras, desarticularon su pensamiento.

De vez en cuando, el foco rojo del cambista penetraba por el resquicio de las vigas. ¿Saludos o señales? En cierto momento, creyó que el reflejo le adulaba como una caricia ideal. Entonces se anegó de alegría. Y murmuró:

–Socorro Rojo... Plata del soviet... En fin, ¡que digan lo que quieran! Lo cierto es que la huelga triunfará. Que nuestro aporte evitó la claudicación del hambre. Y que, frente a las obras en construcción, los brazos que ya se extendían laxos, implorantes, mañana erigirán la amenaza del puño cerrado.

Cuando el convoy retomó la marcha, «Aparicio» ya no estaba contento.

Suspiró intensas decepciones.

Seccionó el insomnio con varios chasquidos de lengua.

Y saturando el rostro con una desprestigiada melancolía –llorosa y blandengue– tuvo la tristeza que abruma a todos los redentores.

–...

–...

–Bien. Siéntese ahí. Recuerde, Inspector: está incomunicado.

–Perfectamente, mi jefe.

Hacía más de una hora que lo habían depositado en la guardia de prevención. Como un peón tomado en un gambito. «Katanga» seguía igual, sin impacientarse. Jugador de ajedrez, tenía la pachorra de los jugadores de ajedrez. Esa variante nueva le intrigaba; pero, poco, en realidad. Sabía que los hechos no surgen por generación espontánea. Que son resultancias misteriosas de impulsos y razonamientos. Que llegan a determinada actualidad desde lejos, como la ola a la duna, que trae un complexo de flexiones y reflexiones del océano. Plácidamente, por consiguiente, dejó que las circunstancias crecieran. Su experiencia era amplia al respecto. Conocía los desbarajustes que causa la inoportunidad cuando se pretende aprovechar las cosas antes de tiempo –verdes– o se las recoge tardíamente –podridas.

Compulsando su situación, repitió, para su coleto, lo que tantas veces solía aconsejar.

–*¡Cuidado con caer en la trampa de la tentación! ¡Cuidado con intoxicarse con el escarmiento! Los hechos maduran por sí solos. Avanzan estando inmóviles. Adquieren la sazón debida en climas psicológicos, ajenos por completo a la voluntad de quien los goza o sufre. Los hechos, como la fruta, hay que cogerlos a punto...*

El fatalismo era el hermano mayor de su flema. ¿Para qué afanarse, entonces? Había que soportar. Y soportó el olor a tinta vieja de la oficina, el tufo de cloaca del papel Romaní enmohecido y el picor de polilla de los muebles desvencijados.

En el ínterin, paseó su displicencia por los cuadros antropométricos y la galería de delincuentes. ¡Qué antigualla! La vetustez de los primeros remontaba a la época de Lavater. Las fotografías descoloridas mostraban poses feroces de la variedad criminal extinguida con la «escuela positiva». ¡Qué antigualla!

No pudo reprimir una sonrisa:

–*Seguro que el fotógrafo era de aquellos que mineteaban las placas... ¡Qué atraso técnico exhibir semejantes esperpentos, ahora que la ciencia fisiognomónica se ha agudizado con Pierre Abraham a límites increíbles! ¡Qué ignominia persistir en la*

teoría del uomo criminale, *ahora que el* maquillage *y el* make up *convierten demonios en ángeles!*

Como glisando por un tobogán, pensó en la soberbia gallardía de los gángsters, tanto en el cine como en la realidad, tanto en Chicago como en Buenos Aires. La belleza física ya no estaba reñida con el delito. Ya el confort de la seda y del auto no era sólo privilegio de magnates. Ya la cirugía facial y la elegancia de los Casinos no eran exclusivas de Cecilia Sorel o André de Fouquières. Ya el crimen no era producto de sujetos astrosos y cavernarios, sino la *fine fleur* de individuos apuestos y jocundos. Stavisky y Baby Face Dillinger le guiñaron el ojo desde el fondo de la muerte... ¡Qué patada en el vientre a la tesis de la Lombroso!

De ahí a sumergirse en los coeficientes morales del bandolerismo moderno, no fue más que un tránsito.

Recordó que hallábase en Nueva York cuando la «masacre del día de San Valentín». Trabajaba ya de ilusionista por cuenta propia, después de haber sido iluso por cuenta ajena...

DOCTOR INHELL

TRES TRUCOS EN UNO:
THURSTON - HOUDINI - FREGOLI

El afiche de sus triunfos remotos pasó por su memoria como una obsesión dantesca. ¡También llamarse Doctor Inhell!... Pero tornó al tema. La concurrencia del café-concierto –mitad *speak easy,* mitad casa *non sancta*– en que actuaba esa noche no se interesó en absoluto por sus juegos. Prestidigitaba ella en nerviosos cuchicheos. Sacaba ella, de su conmoción, las apostillas más curiosas; ni más ni menos como él, de su chistera, conejos, banderas, licores y corpiños... Él, entonces, se convirtió en espectador. Y bajando del escenario a la sala, so pre-

texto de una chance, se mezcló en la marea de esa ralea... Databa desde tal ocasión su cariño por los gángsters. El formidable golpe de audacia, dado ese día por una de las bandas, era un episodio encalabrinante de heroísmo y audacia. La fruslería del delito individual quedaba relegada a la pifia de la justicia y a la tradición de los relapsos. Allá habían industrializado la coima, el vicio, el contrabando. Luchaban los monopolios del crimen. El trust de Al Capone con el de... Buck Moran (no se acordaba bien) en la eterna aspiración de dominio y prevalencia. Nada más. Lucha limpia. Lucha con altura desde la bajeza. Lucha épica. ¡Qué diferencia con los canallas de Wall Street, que especulan con el hambre, la salud y el honor –¡lo imprescindible!– de media humanidad menesterosa! Los gángsters, por lo mismo que explotan lo superfluo de una minoría rica, han dignificado la profesión de delincuente. Ya no incurren en el oprobio de saquear la menguada bolsa del caminante, sino practican el *racketeering* a los pulpos del comercio y a los tiburones de la banca: a quienes succionan y trituran precisamente los dineros del pueblo.

El Inspector seguía curvado en el escritorio. Tal vez en el sumario de un punguista... Tal vez en la ficha de un cuatrero... La sospecha de lo ínfimo de su preocupación le molestó sobremanera.

Su rumia se tornó exacerbada:

–*Los gángsters son herederos directos de Robin Hood, de Schinderham, de Cartouche, de Carmine Donatelli Crocco,* il massimo brigante del seccolo decimonono, *de Joaquín Murrieta, de Diego Corrientes... De cuantos cansados de esperar la protección de la ley terminaron por maldecirla. De cuantos enarbolaron el puñal y la carabina para imponer la justicia más cabal: la que emerge del dolor de la injusticia... Los gángsters son los próceres de esta actualidad turbulenta. El culto moderno del heroísmo requiere algo más que audacia: la envergadura moral de un alma bien templada en las desigualdades de la vida. Para ser prócer es requisito indispensable identificar en la pureza de los sentimientos la aspiración fecunda de llantos de la conciencia popular Los gángsters jamás ostentan aureolas de ridículo o vergüenza. Cuando caen se les respeta. No conocen la ignominia musical o*

poética de tantos bribones insustanciales. Fra Diávolo con solfas de Auber. Juan Moreyra con versitos de todos los vates criollos...

El sarcasmo lo dulcificó, sin detenerle:

–*Además ¡qué belleza en el desplante enérgico y en la asepsia del crimen! Nada de paradojas* à la maniere de. *Nada de solapado y de sucio. Prefieren lo simple, lo exacto, lo expeditivamente mortífero. Para ello decoran el delito con pasiones altivas, no con ruindades morbosas. ¡Son adversarios, no enemigos!* Odiarse, *jugarse entero, matarse espectacularmente, significan franqueza en el resentimiento, vértigo en la conquista del logro, sacrificio nítido en la acción.*

Hubo el hiato de un suspiro. Y continuó:

–*El altruismo de los gángsters fue el único en Estados Unidos, durante la depresión. Después del crack de noviembre de mil novecientos veintinueve, la presunta filantropía de los potentados quedó manca. Su «conciencia» cohibía el brazo en actitudes roñosas.* Lock–outs. *Disminución de salarios.* Unemployed *gimiendo:* «Buy an apple, buy an apple!»... *Mientras tanto, ellos expandían por doquiera su magnanimidad. Iba a las barriadas indigentes de Chicago y Detroit. Allanaba los tugurios sombríos de Pittsburg y San Francisco. Creaba refugios para desocupados en los muelles de Nueva York. Rescataba bajo los puentes a miles de ancianos ateridos. Y a las filas infames del* Salvation Army *y de la* Christian Science *toda una juventud demacrada por la maceración del hambre.*

Casi hubiera llorado. Lo salvó un envión de rabia en el silencio:

–*Se dijo y se dice que el dinero no les cuesta nada a los gángsters. Que es la esencia del delito. Diatribas. ¡Calumnias!* No es así. *El delito reside en la miseria general, explotada y mantenida por el bloque de vivillos que detentan el poder y los privilegios. La ley está en la liberación de ese dolor, en el alivio de su penuria, merced a la decisión de unos cuantos. ¡Que no les cuesta nada!... El peligro, el riesgo, lo álgido, son las cosas más caras del mundo, pues a menudo cuestan la vida. En tal sentido, frente al amarretismo y la cobardía de los magnates, que sólo aventuran*

papeles –¡por carta!–, cifras –¡por telégrafo!– y títulos –¡por radio!–, ¡qué ejemplo de dignidad ofrecen los gángsters!, ¡cuán superlativa es la esplendidez moral de sus actos!, ¡cómo llena el alma de gozo el viril espejo de sus proezas!

Todo su ser, abstraído, vibraba de emoción.

¡Se ama siempre lo que no se puede alcanzar!

Vibrando todavía, los ojos de «Katanga» se empañaron. Veía desfilar en el recuerdo el entierro de Joe Aiello. Todos los ojos humildes de Norteamérica llorando a su paso. Y en suntuosas carrozas, los cinco vagones de flores llegados desde la Florida para perfumar su cadáver...

–*¡Ser así! ¡Vivir y morir así! ¡Glorificar la vida con una muerte así!*

¡Oh, se ama siempre lo que no se puede alcanzar! La herencia heroica no traspasa su gallardía de padres a hijos. Salta, como los monos, por el ramaje de los árboles genealógicos. Los gajos más débiles a veces la recogen. Y fructifican en gestas y hazañas, mientras los tallos más erectos se agostan en la pusilanimidad. Lo sabía muy bien. En cien ocasiones había incurrido en la flagrante desdicha de sorprender su propia flaqueza. Y deplorando su falta de coraje, se consoló por contraste, con el don de superarlo mediante la astucia...

¡Pero no era lo mismo! Sorberse los mocos, amilanado, rumiando coartadas *y* escapatorias, no era tan elegante *y* persuasivo como accionar una Colt 45. Aplastarse el coxis en esa Guardia de Prevención para evitar la persecución al compañero, no era tan fulgurante y decoroso como defenderlo desde un auto blindado con un equipo moderno de ametralladora.

Hinchó el pecho para gemir.

Pero el gemido se trancó en atonía...

Una,

dos,

tres,

cuatro explosiones, casi simultáneas, le contuvieron el aliento.

El Inspector dio un respingo.

La proximidad del último estampido conmovía aún los vidrios de la ventana.

Ambos salieron despavoridamente a la calle.

Todo era confusión y pánico. Silbatos de auxilio. Alarmas de autos. Gente corriendo.

Cuando el Inspector pudo orientarse, corrió a su vez. Al lado, con igual velocidad iba «Katanga». El peligro identificaba en ambos los movimientos del instinto. Pero surgió la autoridad:

–¿A dónde va? ¡Vuélvase! Está incomunicado.

–Déjeme... Lo acompaño. No ha quedado nadie allá.

Los trancos seguían retumbando. Entonces, frenando en seco, le espetó, jadeante:

–¡Vuélvase, le ordeno!

–¿Sólo?...

El Inspector sufrió convulsamente la ironía. Ante la urgencia de dos deberes no supo al punto qué atinar. Le vino una especie de grima. Y asintió:

–Bueno, venga. Pero sea decente. No se escabulla.

–¡Qué esperanza, Inspector! Nada me interesa tanto como el honor de seguir incomunicado...

Al estrépito sobrevino la catástrofe.

Cuando ambos llegaron al lugar del siniestro –dos cuadras y media de la policía– entre polvareda del derrumbe danzaban ya grandiosas llamas.

La delantera del edificio en construcción para el «Banco de Crédito Rural» era un montón de escombros. Techos caídos. Tabiques llenos de muescas. Paredes exhibiendo los dientes rotos de la mampostería.

Los andamios rodaron desarticulados. Parantes, alfajías, mechinales, crujían entre el fuego y la tierra en suspensión igual que cien esqueletos de fantasmas trabados en lucha macabra.

El estrago había derruido la casa contigua: la «SANTERÍA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS».

La zarabanda del fuego cobró en ella, con la brisa nocturna, un furor dionisíaco. El stock místico de Don Ezekiel Leibowich crepitaba en medio de una hecatombe resplandeciente y agria de colores y olores que hubiera entusiasmado a Juliano el Apóstata.

Un periodista tahúr, macilento, de ojos biliosos, comentó:
–¡Qué ricos tipos! Después de haber sido quemados en vida gozar todavía el lujo de arder en efigie en este holocausto...
Su agudeza apenas fue oída por un amigote de timba; pues los chillidos del dueño de la santería partían el alma de la multitud ya apiñada.
Alucinado por el incendio, la desesperación del judío hacía flamígeros sus ademanes, sus imprecaciones, sus llantos. Corría. Accionaba. Quería penetrar al negocio y retrocedía ante el escuadrón de las llamas. Trataba de encaramarse por sobre los muros y reculaba entre ahogos y toses. Toda su movilidad chocaba, grotesca, ante el fragor de los cristales, el rojo candente de las cortinas metálicas y el aliento infernal de las vaharadas.
–¡Ji, jiii! ¡Pir Dios quiridos! ¡Protege la santos! ¡Toda la nigocios in humos! ¡Ji, jiii!
No había bomberos en la ciudad.
Vigilantes y vecinos aportaban escépticamente los insuficientes baldes de su buena voluntad. Una manguera de jardín, tendida desde la ferretería de la esquina, trazó la comba irrisoria de una meada de niño. Para mayor escarnio, en el patetismo de la escena, el andaluz de la estación de servicio trajo su extinguidor para automóviles. Su chorro, sin fuerza, fragmentado, era semejante a la micción de un perro atacado de insuficiencia renal. La risotada del público lastimó su altruismo:
–¡Mardita zea! Er cacharro es bueno. Lo que hay es que no tié prezión por falta de ázido zurfúrico. ¡Atiza, no reírse ya!
Don Ezekiel seguía dando alaridos. Iba y venía, de un lado para otro, automatizado por el terror. Lo mismo que los payasos de los circos, que pretenden ayudar a los que trabajan, entorpecía a diestra y siniestra. En cierto instante que el Inspector y «Katanga» se proponían abatir una puerta de la trastienda, con una viga usada en forma de ariete, el dueño se abalanzó para impedirlo, gimiendo más que nunca:
–¡Progrom! ¡Progrom! ¡Fíjate in riliquias! ¡Asisinos di Santa Tirisitas!
Pero no le hicieron caso. Y mientras retrocedían una vez más para cobrar impulso, la voz del periodista paralizó a «Katanga».

–No se preocupen. ¡Es un farsante ese moscovita de mierda! Está bien asegurado. ¡Dejen que arda todo! El espectáculo vale la pena. Ya lo dijo el clásico: *Un beau désordre est un grand effet d art...*

«Katanga» arremetió entonces, casi arrastrando al Inspector, con un brío desconcertante. Hacer precisamente lo contrario en esa circunstancia valía tanto como ganar el concepto policial. El prestigio –lo sabía– es con frecuencia corolario de una estrategia inútil... Y no perdió la ocasión.

La maniobra resultó de una estupidez soberbia. Primero, porque la viga derribó no sólo la puerta, sino también hizo saltar en añicos una vitrina todavía intacta, repleta de imágenes piadosas, trípticos, tablillas esculpidas, camafeos, vírgenes de esmalte, rosarios y miniaturas. Y, segundo, porque un cargamento de quincalla religiosa –medallas, cirios, escapularios, libros de misa, estampas–, recibido para las fiestas patronales, interceptó el avance, y «Katanga» cayó de bruces casualmente en el momento en que una estantería desplomaba sobre él una ringlera de hornacinas de cristal con San Roque, su llaga y su perro.

La maniobra resultó de una estupidez soberbia. Pero en esas emergencias la apreciación cabal de los actos se eclipsa, para dejar brillando como hazañas verdaderos contrasentidos. Cuando «Katanga» fue extraído de entre los escombros, ya hediendo a chamusquina, con medio lomo magullado, todavía se oían sus insultos. Fue una larga retahíla contra todos los santos de las listas litúrgicas conservadas en las catedrales, contra todos los santos de las listas litúrgicas del martirologio y contra todos los santos de las listas litúrgicas de las bulas de canonización. San Roque no pudo escapar...

Extendido sobre la vereda de enfrente, jadeante, sudoroso, fue el primero en alarmarse con el elogio colectivo. La piedad se agachaba hasta su espalda. Ungía sus hematomas con desinfectantes y felicitaciones.

Viendo al Inspector y al médico de policía dispensarle solícitos cuidados, acentuó, entre contorsiones mudas, su dolor. ¡Ya estaba hecho el mito y había que consolidarlo! Su arrojo

era «fantástico». Y recibió junto con los plácemes de la muchedumbre nuevos machucones, como es natural...

Don Ezekiel Leibowich, frangollando un desconsolado consuelo, se arrimó también. Como insistía en sus plañideras lamentaciones, «Katanga» le expresó:

–Gracias, amigo. Pero ¿por qué llora tanto si está asegurado?

–¡Ji, jiii! ¡Pirqui no astoy la bastante! ¡Ji, jiii! ¡Apenas la justo!

Sonaban las cuatro en el reloj de la parroquia.

Fue en esa coyuntura, cuando arribaron al lugar del incendio el jefe de Investigaciones y el Pesquisa.

¡Nada! Habían recorrido los prostíbulos, las rotiserías nocturnas, las fondas. El presunto representante del soviet, el repartidor de oro rojo, no aparecía por ninguna parte. Habían consultado a varios rompehuelgas, inquirido a los crumiros encubiertos que pululan en los sindicatos, indagado a los alcahuetes del propio «Comité de huelga» de los obreros de la construcción... ¡y nada en absoluto!

Las cuatro explosiones les habían causado el efecto convulsivo de cuatro hipos colosales. Estaban cenando en la parrilla criolla contigua a la «Embajada Francesa» –elegante eufemismo del burdel más acreditado de la ciudad– cuando acaecieron los estampidos. El movimiento subitáneo del diafragma y la violenta interrupción del aliento les encajó a cada cual sendos pedazos de matambre en la garganta. Deglutiéndolos entre arcadas, abandonaron *ipso facto* la parrilla.

Sus averiguaciones empezaron por el suburbio. Acercándose al centro se concretaban ya en tres formidables estragos. Al llegar al «edificio» del «Banco de Crédito Rural», toda la estupefacción juntada en el trayecto se les fue por el alelamiento de sus bocas abiertas.

Pero faltaba aún. No fue extrañeza sino asombro. Al abrirse paso en el corro vieron un hombre con el tórax desnudo, erizado de contusiones. El elogio circundante seguía cayendo como un ungüento. No fue asombro, sino estupor cuando reconocieron a «Katanga»:

–¡Cómo... Inspector!... ¿Qué significa... este hombre... acá?

–Después les explicaré. Basta por ahora que certifique su heroísmo. Oigan el comentario general. Jamás en la vida he visto un ser más dispuesto a sacrificarse por el bien público.

El pesquisa joven –profesional de la duda– quedó tieso, parpadeante, como columbrando un error.

«Katanga», mientras tanto, bajó los ojos con ufanía.

El corazón –pájaro loco– aleteaba contento dentro su alma. ¡Al fin héroe! Pero se nubló de repente. Compulsaba su caso. A menudo el audaz que arrostra mil vicisitudes coronándose de gloria, muere en el aleve resbalón de una cáscara de banana... A menudo el cobarde, que encubre en la ficción la infamia de sus actos, por recoger taimadamente esa cáscara, se llena de alabanzas...

Meduló su situación:

–¡No! Es una estafa. Yo no puedo aceptar este «triunfo». Lo declino ante mi fuero interno. Es deprimente. Sólo mantendré la jactancia, por razones obvias. La jactancia que me blinda y me protege.

Y sumiso bajo la «gloria» conquistada, aherrojó sus sensaciones para ocultarse de sí mismo.

Ya el incendio había perdido valor como espectáculo. La gente empezó a ralear.

De perfil, apoyado en un reclinatorio salvado de la hoguera, «Katanga» escuchaba al Periodista. En el regodeo de la «fama» se estiró hacia él, como recabando tácitamente su atención. No la obtuvo. Ello le dio la pauta de su valer. La indiferencia es la gran insignia en la bolsa de la vida. Cuanto más se desdeña, más se posee.

El Periodista hablaba al amigote. Lenta, pero continuamente. Mascullando las frases. Voz casi torva de ser tan pastosa.

Su faz demacrada, su exoftalmia, su aplomo de tahúr, lo conquistaron de inmediato; pues las taras que afligen a una fuerte individualidad concitan siempre más simpatía que la belleza.

Sin rencor a su desdén, «Katanga» paró la oreja. Pocas veces, su espíritu impermeable al bochorno de la deslealtad colectiva, oyó cosas tan interesantes:

Sí. Supóngase. ¡Cincuenta y cuatro volúmenes! Yo hojeé el «Acta Sanctorum» en la biblioteca mayor de la Universidad de Córdoba. La obra, iniciada por el jesuita Juan Bolando, es una especie de Gotha de la corte celestial y anexos. Figúrese: la guía telefónica de Buenos Aires, con milagros y portentos en vez del número y el domicilio. Como nomenclátor de los santos es un prodigio. Pero como esencia vital, una empalagosa extravagancia. Nada aburre tanto como la virtud ejemplar que se enjaretan entre sí los dignatarios de la iglesia. A su parecer, ningún farabute del cielo ha debido yugarla en este valle de lágrimas. ¡Nos han hecho un honor bárbaro en aterrizar y sufrir por nuestra redención!... En el «Gran Martirologio Romano», por Varonio, usted puede leer, además, el catálogo de los santos que fueron «servidos» por los paganos. Una bicoca, en puridad, comparándolos, sin ir más lejos, con los centenares de muchachos que cagaron fuego de *sed y* de hambre en la guerra del Chaco... Pero los frailes saben magnificar las cosas. Y un sacerdote del siglo quinto, Sedulio, por ejemplo, que compuso el himno «A solis ortus cardine», o una beata con furor uterino del siglo décimoquinto –Santa Teresa, por ejemplo–, que veía a Dios por el ojo de buey del sexo, ¡todavía son recordados con laúdes *y* hosannas por la grey de pleno siglo veinte!... ¡Es una papa, amigo! Cuando pienso que los concilios de Nicea y Trento restauraron el culto de las imágenes, me río de la versatilidad de los hombres. La iconografía es algo horrible; una verdadera iconocaquia. La gente no sabe lo que venera. Y la liturgia un fandango en que los totems primitivos han sido cambiados por monigotes... Empecemos por el principio: *Benedicamus Domino*. Cristo, que era representado imberbe hasta el siglo once, aparece después, como buen judío, con toda la barba... Las estatuas y figuras de los santos vienen después, talladas, incrustadas o pintadas en portales, trascoros, retablos, frisos, eucologios, antifonarios. ¡La invasión es tremenda! Cada artesano, cada artista, en trance de dar expresión, imbeciliza sus habituales modelos depravados. ¿Por qué? Así la variedad antropomórfica de los santos se unifica en la idiotez del éxtasis y el amerengamiento de la postura. Bien hicieron los herejes del Cisma de los iconoclastas en rechazar se-

mejantes linajes de sujetos. La oración no podía encaminarse hacia una pléyade de eunucoides, narcisistas y paranoicos... La oración es cosa seria. Es el vehículo espiritual mediante el cual se invoca, demanda y obsecra la misericordia de un favor. En otros términos: la forma de adular al santo de preferencia o de turno para que nos haga una gauchada... Usted comprenderá que un fetiche de estos que vende Don Ezekiel...

–Vendía.

–... al menudeo no se le puede pedir nada. Son de tan baja catadura artística que repelen. Ni bien un fiel culto, por más fiel a culto que sea, le ve la pinta, se desafora de risa. Y las preses no pasan del cielo raso... Lo correcto sería que los católicos, como los musulmanes o como los mismos protestantes, forjaran con el fervor la imagen devota. Nadie es mejor escultor que la imaginación propia cuando la sublima el ideal. Es preciso depurar la técnica de la plegaria. La «manga» de gracias divinas debe hacerse en silencio, a escondidas de todos, y hasta de uno mismo; porque nada subleva tanto como pechar beneficios sin entregar envuelta en pudores la candidez del ruego. Así, quizás, se harían algunas obras buenas en acción de gracias: colegios, hospitales, piletas, usinas... Obras por cierto superiores al Te Deum compuesto por San Ambrosio y San Agustín por la pavada de haber recibido éste el bautismo... Los católicos actuales son como los cabritos.

–¿Como los cabritos?

–Sí: como los cabritos. Se hincan para poder mamar... Rehúyen la fatiga interior de la fe. No se arremangan las polleras o los pantalones sin ánimo de lucro. No se ponen *flexis genibus* sin especular ostensiblemente con los sufragios. ¡Son ominosos pichincheros! ¡Y ay del santo que los defraude! Lo boicotean sin asco. De aquí la necesidad siempre renovada de intercesores. El Papa lo sabe. Y como Administrador General de la Indulgencia, va soltando mártires, beatos, virgos y confesores, que acaparan las preces en el furor de la moda. Porque los santos se usan un determinado tiempo. Como el *organdi, la crepe albene, la tafeta cellophane*... Así, mientras que las canonizaciones se suceden, las fábricas judías de imágenes no dan abasto. Los yeseros judíos de los suburbios agotan fácil-

mente su producción de ídolos. Y los santeros judíos como Ezekiel Leibowich se enriquecen a luces vistas.

–Sin embargo, Leibowich ha quebrado dos veces.

–Una vez.

–Dos veces.

–Una quiebra y una convocatoria. No es lo mismo. Cuando le remataron la «SANTERÍA LA VIRGEN DE LUJÁN», él mismo compró todas las existencias por interpósita persona. Hizo un negocio pingüe. Se quedó con los santos... y los dividendos. Años después, siendo dueño de la «SANTERÍA DON BOSCO», el concordato le permitió seguir usufructuando los santos del santoral al diez por ciento de su valor...

–Entonces es un negocio que rinde en el cielo y en la tierra: arriba y abajo...

–No le quepa la menor duda. Todo lo que atañe a la religión de Occidente ha estado siempre en manos de judíos, arriba y abajo, en el cielo y en la tierra... Jehová y Moisés...

–Dios y Jesús.

–Exactamente. No hay dioses húngaros, franceses, italianos, yanquis. Meros amanuenses, meros peones... Por eso este incendio... este incendio... pondría la cabeza en el fuego que es intencional... que es otro negocio.

En ese instante pasaba delante de ellos el Jefe de Investigaciones. Al escuchar la última frase del Periodista, torció el rostro, moviéndolo negativamente:

–No. No. Está equivocado.

–¿Equivocado? ¿Qué va a decirme a mí? Es un farsante, ese moscovita de mierda. Tiene seguros con creces.

–Ustedes los de *La Verdad* lo saben todo... Pero esta vez han perdido la oportunidad de callarse la boca.

Hubo una pausa grávida.

El Periodista –redactor del diario de la oposición– se quedó mirándolo sobradoramente. Como columbrando un tongo. Se rió para sus adentros con tres resoplidos nasales. Y dirigiéndose a su compañero, lo invitó:

–Vamos. Ya está armado el acomodo. Es de los suyos. ¡Voy a estar equivocado, yo!...

El Jefe no pudo soportar el ludibrio de su sorna:

–¡Sí, señor! ¡Está rotundamente equivocado! ¡Pregunte a quienquiera! ¡Fueron cuatro explosiones! ¡Cuatro siniestros! ¡Sí, señor! ¡Cuatro atentados criminales! ¡Aquí! ¡En la casa del Doctor Perea Muñón! ¡En lo de Carminatti! ¡En el local para «La Frigorífica»! ¡Obras en construcción! ¡Vaya! ¡Averigüe! ¡No hable macanas! ¡Sí, señor! ¡Cuatro explosiones! ¡Cuatro atentados terroristas! ¡Sí, señor! ¡Ustedes los de *La Verdad* falsean siempre las cosas! ¡Pero esta vez está equivocado! ¡Sí, señor! ¡Pregunte a quienquiera! ¡Es obra de anarquistas! ¡De agitadores! ¡Qué sé yo! ¡Ya se aclarará! ¡Pero está bien equivocado! ¡Sépalo de una vez por todas! ¡Cuatro siniestros! ¡Cuatro explosiones formidables! ¡Las ha oído todo el mundo!

El Periodista quedó anonadado. Su faz demacrada se tornó lívida. Los ojos biliosos parecieron saltar de sus órbitas. Un sudor frío le corría por dentro, visceralmente, mientras las orejas le ardían como si todos sus pensamientos quisieran emigrar por allí.

Sujetando el aliento y el corazón, reflexionó, entonces. La iracundia del jefe de Investigaciones certificaba en su énfasis agresivo la mejor categoría de espontaneidad.

–La he metido hasta el cuadril –resumió.

Y, sonriendo, recobró su pachorra:

–¡Hombre, disculpe! Compruebo la verdad a través de su enojo. Acepto lo que afirma. Pero yo no he oído las explosiones.

–¿Que no ha oído las explosiones? ¿Dónde estaba?

–En el Club.

–¿Y no ha oído las explosiones?... ¿No ha oído las explosiones?...

–No. Le he dicho que no.

El jefe, exacerbado, iba a reiniciar el ataque. Pero el amigote de timba intercedió:

–Es posible, Jefe. ¡Cualquiera oye con el metejón que tenía al póquer!

Eran las doce y minutos cuando irrumpieron los canillitas pregonando por las calles:

–*La Verdad...*

–*La Verdad* con las últimas informaciones de los atentados terroristas...

–*La Verdad...*

El Inspector, que desde la madrugada instruía el sumario respectivo, se irguió pesadamente. Tenía los muslos y las nalgas entarugadas. Flexionó las articulaciones. Y por entre los barrotes de la ventana, adquirió un ejemplar.

«Katanga», que acababa de prestar declaración, lo vio sumirse en sus páginas. Revisar con ceño adusto. Gruñir. Manipular nerviosamente el diario. Remansarse de nuevo. Y, al fin, sonreír.

No comprendía nada.

Entre jefe e Inspector existían sordos resentimientos. Discrepancias por unas coimas de quinieleros. Reyertas por ciertos enchufes prostibularios. De tal modo, conociendo el altercado de su superior con el Periodista, su inquina pasaba por alto los detalles para saborear los ineludibles brulotes. Estaba enfrascado en uno. Lo paladeaba a sorbos de ironía, deleitosamente, como si bebiese curasao. Luego, serio de repente, puso un gesto contrariado:

–Es un titeo muy fino para semejante sonso –y arrojó el diario.

Por coincidencia, *La Verdad* cayó frente a «Katanga».

–No podía ser de otro modo. Siempre «la verdad» a mis plantas... –musitó.

Curvado como el *Penseur,* de Rodin, leyó el epígrafe:

«LA VERDAD» APARECE A LAS DOCE EN PUNTO TODOS LOS DÍAS, MENOS LUNES, ILUMINANDO MERIDIANAMENTE LA CONCIENCIA PÚBLICA».

No pudo menos que comentar.

–¡Qué deliciosa ínfula! ¡Quién pudiera vivir en perpetuo lunes!...

Y repugnándose con las propias emanaciones de ácido fénico, sin levantar el busto ni el diario, se sumergió en el recuadro de un artículo en cuerpo diez negrita:

INCENDIO

El Incendio, como obra de arte, es un tema que necesita con urgencia un glosador insigne. Así como Tomás de Quincey escribió un desgarbado libro sobre los aspectos estéticos del asesinato, no vemos por qué no ha de estudiarse la belleza del fuego. Por lo pronto, además de la ventaja de tener un Dios adicto –Plutón– y un mito magnífico como el de Prometeo, una colección deslumbrante de incendios decora «la negra noche de la historia»: desde la pira de Sardanápalo (pasando por el incendio de la biblioteca de Alejandría; el rutilante «sketch» de Roma, a cargo de ese actor mayúsculo que fue Nerón; el estupendo spiedo de Juan Huss y Juana de Arco; la combustión nazista del Reichstag) hasta el auto de fe de Don Ezekiel Leibowich a la mesnada de Santa Teresita.

En nuestra ciudad hay un culto plutónico digno de mayor respeto. Al amparo de la absoluta carencia de un cuerpo de bomberos, se rinde homenaje al rey del Hades con una devoción que impresiona favorablemente a todos los paganos de la vecindad. El holocausto, es verdad, tiene casi siempre gruesas pólizas de seguros; pero ello no desmerece la generosa actitud conque se desparrama la nafta ni el heroico desdén conque se arroja el fósforo.

El incendio, como espectáculo, admite todos los adjetivos. Vale decir que supera en grandiosidad retórica a cualquier discurso parlamentario o a cualquier lamentación de judío. Basta para juzgar su importancia, la angustia de los espectadores y los tristes silbatos de auxilio de los gendarmes. Frente al arbitrio avasallante del fuego toda actividad se suspende. Hay una especie de éxtasis, de éxtasis vocinglero, donde las más penosas exclamaciones se unen a la dejadez colectiva de no aportar ni una palangana de agua.

Desde el punto de vista decorativo, las lenguas de fuego danzan en la

noche un «divertissement» dantesco, sólo comparable a las mil lenguas del pueblo que danzan, sobre un tinglado de «qué me importa», un «ballet» de crueles suspicacias. Las brasas, en tanto, crepitan, y arrojan al aire, entre espesas cortinas de humo, auténticos enjambres de abejas ígneas. Estas abejas, en verdad, también dan miel; pero tienen un destino trágico: quemar la casa del vecino confiado o el sombrero del curioso impertinente. Así y todo, realzan la gracia del fuego, como realzan las lentejuelas el talle de la bailarina gitana.

Francamente, después de haber gozado la belleza catastrófica del incendio de anoche y de los habidos hace poco, nos tortura la noticia de que cualquier día se instale aquí un cuerpo de bomberos. Semejante ataque al arte, ya casi alcanzado a la perfección, sería de fatales consecuencias para la emoción ciudadana y para las finanzas de todos los «pirófilos» de la urbe. Hacemos votos, por tanto, de que eso no suceda, prefiriendo bajo todo concepto que los polizontes sigan pidiendo auxilio con sus pitos... Siempre tendremos así el consuelo de ignorar a quién lo piden y la dicha de saber que no vendrá nunca.

«Katanga» se enderezó, medio baldado. Su calva circular en forma de tonsura –pista sagrada de ideas diabólicas– expulsó un rayo de sol largamente afincado en ella.

No supo opinar.

Un leve resquemor le duraba desde la madrugada:

Está bien que yo desobedecí la indicación del Periodista y arremetí contra la puerta. Está bien. Cada cual tiene su táctica. Pero entre hombres cultos las intenciones hablan. Su idioma supera a todos en sutileza. Basta el fluido de una mirada, adormeciéndose en la ajena, para infiltrar las confidencias más insólitas. Basta el símbolo de una sonrisa, acentuada por un guiño, para certificar la falacia de las actitudes más enhiestas.

Yo trataba de hablarlo así... Si me estiré hacia él fue para recabarle su atención, no su estímulo por la capciosa hazaña. Me llenaba de alegría la presencia de un espíritu como el suyo, de amplitudes señoriales. Quise entrar en su contacto para vindicarme de la farsa consumada. Pero fue un torpe. No me dio calce. Peraltado en su indiferencia me dejó con la cruz de gloria falsa que me cargó la multitud...

Barullo de pasos y de voces.

El Inspector se acercó a la puerta del pasillo.

Eran nuevas personas que indagar.

Regresando al escritorio, levantó *La Verdad* del suelo. No la había aún guardado cuando aparecieron el Jefe de Investigaciones, el Pesquisa y el juez de Instrucción. Anticipadamente. La sorpresa lo amilanó.

–Siempre se lo he dicho, Inspector: ¡Aquí no se leen diarios locales! ¡Todos pasquines! ¡Y sobre todo ése! ¡Recuérdelo! Y dirigiéndose al juez, agregó:

–Es una lástima que no haya en nuestra ciudad ningún taller de fotograbado. Por lo menos así, repletas de clichés, las páginas no contendrían tantas estupideces.

Una sonrisa ambigua –apenas leve torción de la rebaba carmín que era su labio inferior– fue la respuesta. El juez de Instrucción era lo que se llama un pituco. Lampiño, de lentes, oloroso *a Narcysse Noir,* sienes azuladas y cabello finísimo engominado, su prestancia no rimaba con la función. Puesto por influencias políticas, se sostenía por influencias religiosas. Presidente de la «Pía Unión de San Jerónimo», leía solamente la *Hoja Parroquial.*

–En efecto –agregó desengañado–. Los periodistas son la chusma del pensamiento. Usted se habrá fijado que no lo mastican como los eclesiásticos en hondas meditaciones, sino que lo trituran con fiebre en la máquina de escribir. Son maestros en simplificar las cosas embarullándolas. Ignaros, mutilan el orden *y* la moral. Groseros, materializan el ideal *y* los sentimientos. Los diarios son verdaderos antros de corrupción. En su afán de informar, de propalar sensacionalismos, incurren en infundios, injurias, calumnias. No les interesa la reputación del

prójimo. La zarandean. La estrujan. Y, claro, algo cae. Sí, convengo con usted. La prensa es el dios Moloch de los tiempos abominables que vivimos. Reclama cotidianamente el sacrificio de inocentes víctimas.

–¡Díganmelo a mí! Por eso siempre deploro que los pasquines locales no cuenten con material gráfico. Con cinco o seis fotograbados de football por edición ¡de lo que me hubiera librado!

Al mencionar el football, el Juez se enfurruñó:

–¿Por qué el football, precisamente? Cualquier deporte...

Como presidente de la «Pía Unión de San Jerónimo», había integrado varias veces el «team de veteranos». Y era famosa la anécdota de que muchos malevos de equipos contrarios, cuando él avanzaba con la pelota, le abrían cancha, prorrumpiendo:

–¡Guarda! ¡El Juez de Instrucción!

con lo cual, merced a la complacencia de perdularios y antiguos reos, lograba aproximarse a la valla y marcar goles...

El Jefe advirtió el encono:

–Bien. Cualquier deporte, actos religiosos, crímenes, casamientos... Pero, fotograbados. ¡Fotograbados!

La rebaba carmín que era el belfo del juez se estiró en una mueca rabiosa. Iba a contestar:

¡No es igual un match de rugby que la extremaunción, la noche de bodas que la hiperdulia!

Pero se contuvo. Y haciendo un mohín desdeñoso, optó por ordenar al Pesquisa:

–Haga pasar los tipos esos.

A poco, penetraban.

Diestros en exaccionar la compasión ajena, «Fortunato» y «Viejo Amor» entraron primero. Mejor: se deslizaron. Fue una deriva llena de harapos y miradas medrosas. Gordo, fofo, cabeza cuadrada, semblante congestionado, ojillos legañosos, nariz en forma de bulbo cubierta de tubérculos vinosos: el uno. Deforme, de pelada socrática, rizos de chivo en la patilla y la barba, con redondeles de grasa en el vientre y el cogote: el otro. Y quedaron allí, en medio de la pieza, como petrificados. El letargo animal. En pasividad de idiotas.

El Juez mordió en seguida:

–¡Qué fiasco!

Y al ver, después, la cabeza de águila desplumada de «Longines», su piel suelta –granulosa y rojiza– y su ojo sano vichando de costado, a causa del otro supurante, no demoró más:

–Está bien. ¡Afuera! Son vagos... Mendigos...

–¿No va a indagarlos, señor juez? –insinuó el Pesquisa.

–No. Se ve a la legua que son unos pobres diablos. Deberían darles refugio en el «Asilo San Vicente de Paúl».

–Es lo que yo sostengo: linyeras... –corroboró el Jefe–. Se lo he dicho.

–Sin embargo...

–Sin embargo ¿qué? Tenga más puntería, amigo. No me haga perder el tiempo con sospechas ridículas. ¿No vio los escapularios? Los comunistas son jóvenes, ateos, activos. ¿Cuándo conoció un agitador con esa traza? ¿Cómo quiere que esa gente regale dinero si lo anda mendigando? Hay que ser más lógico, más sagaz. ¿De dónde saca que esta gente, que no da con sus huesos, sea terrorista? Vaya. Averigüe y obre con más tino.

–Sin embargo, yo tengo mis dudas.

–¿Qué dudas tiene? ¡A ver!

–Un catre. En el campamento de ellos, bajo el puente, sobra un catre.

–¿Y por eso cree usted que el sujeto que falta, de la misma calaña por cierto, sea el que entregó el dinero, el que puso las bombas, etcétera, etcétera?

Afirmó categóricamente con la cabeza.

Hubo una grima nerviosa. Apartándose un poco, resumió:

–Hágame el favor, Jefe. Diga a su subordinado que vaya a buscar el catre y acueste a dormir su imbecilidad.

Cuando salió el Pesquisa, arreando a sus compañeros, «Katanga» levantó del suelo una mirada brillante de malicia. Y la alargó hacia ellos. «Longines» la captó al pasar. Fue un gesto de inteligencia y de sátira. Una furtiva y amable indicación de que todo quedaba resuelto.

Entre ambos había tal ensambladura de perspicacia que hasta la más ligera nimiedad, hasta la más tenue entonación confidencial, era interceptada. *Leaders* del grupo, cada cual era un prodigio de confianza y comedimiento. Salvaban por intuición los trances más difíciles. Parco, el uno, gárrulo, el otro, complementábanse de manera estricta. Para un mismo propósito, «Longines» ponía su voluntad de potencia; «Katanga», su facilidad en persuadir. Aquél era todo cálculo en la acción; éste, todo cálculo en la inacción. Aquél, vencía; éste, convencía. De tal suerte, en cualquier asunto, mientras uno sufría la vergüenza secreta de hacer, otro gozaba la desfachatez de fingir.

–Iremos muy lejos, así –solía comentar «Aparicio»–. Usted encarna la precisión en la audacia; vos el aplomo en la astucia. Yo... ni mus.

Al recordar el juicio del compañero, los ojos de «Katanga» se llenaron de risa. Contemplaban la feria interior. En ella, precisamente, danzaba la imagen de «Aparicio», un malambo gracioso por la libertad de sus contorsiones. Igual que un apóstol borracho, sus anatemas de corte social se habían trocado en alaridos obscenos. Y desde la realidad de la distancia –situada ahora tras la inmediatez de sus párpados– la voz del camarada ausente le llamaba.

–*¡Sí, sí!* –le contestó «Katanga», tragándose el sonido de las palabras–. *Pronto nos encontraremos. ¡Esto se acabó!*

Cuando puso de nuevo su atención en la Oficina de Guardia, el alma triunfante percutía aún en los ojos. La presencia de la autoridad lo ofuscó un tanto. Por entre la red de las pestañas, como los miopes, escrutó a los reunidos. Y notando que el juez avanzaba hacia él, escondió bajo las emanaciones de ácido fénico, lo mismo que una tortuga, su cabeza y su emoción.

–Permítame, señor, que le signifique mi complacencia y mi halago. Su comportamiento en el incendio de anoche ha borrado hasta la menor sospecha. Está libre. El Jefe de Investigaciones y el Inspector acaban de informarme de su extraordinaria valentía. No es común el heroísmo civil en estos tiempos impíos de lucro y de vicio. Está libre. Ahora, si usted deseara...

Era la coyuntura propicia. No debía ocultar la máscara de humildad y sufrimiento que había medulado su jactancia. «Katanga», entonces, trató de incorporarse, para agradecerle. Haciéndolo, un movimiento deliberado dejó caer una pequeña libreta.

Ante la ficción de agudos dolores, el propio Jefe se agachó a recoger los papeles y carnets desparramados. Quedó atónito.

–¡Cómo! ¿Usted pertenece al Partido Conservador de Buenos Aires?

Asintió tímidamente.

–¡Hombre! Lo hubiese dicho. ¡Cómo siento que haya...!

El juez arrimó su curiosidad. Y leyendo un certificado de buena conducta del Obispo de Paraná, sus sienes azuladas y la tersura del cabello engominado se arrugaron en el encandilamiento. Presa de entusiasmo subitáneo, continuó:

–Le repito: si usted desea quedarse aquí, nosotros haremos lo imposible para darle una plaza de vigilante. Estos documentos y su buena acción son preciosas credenciales. Si se decide...

«Katanga» suspiró lastimosamente.

–Gracias... Infinitas gracias... No podría desempeñarme... Yo no tengo autoridad ni sobre mí mismo... El coraje que ustedes me atribuyen no es mío... Es un impulso misterioso que alguien me infunde ante el horror o la miseria, sin explicarme yo de dónde viene... ¡Dios, quizás!... Muchas veces he pensado en la fuerza moral que animó al Buen Samaritano.

Tocado por el fervor de los conceptos, el Juez insistió, con más vehemencia todavía:

–Decídase. Contará con toda mi ayuda. En la «Pía Unión de San Jerónimo» yo le aseguro un hogar de dignidad y sosiego.

–Gracias... Infinitas gracias... Ya pensaré... Permítanme que piense y que ore... Necesito confortarme en la oración... La vida ha sido tan dura para mí que ya estoy acostumbrado a rechazar la almohada de plumas de la bondad...

Instado por la circunstancia, el Inspector agregó:

–Acepte la propuesta. No tendrá que pensar en el futuro. Con la palanca del señor Juez de Instrucción, el cambio de gobierno no lo afectará en lo más mínimo.

–Gracias... Infinitas gracias... ¡Cómo consuela hallar a lo largo del camino hombres-oasis como ustedes! ¡Cómo descansa la fatiga a la sombra de la comprensión! ¡Cómo se sacia la sed en el manantial de los corazones nobles!

Simulando un sollozo, «Katanga» se restregaba los ojos.

El juez, conmovido, le palmeó el hombro. Y dejó caer su piedad:

–¡Llora!

–Sí... Déjeme... No puedo retener las lágrimas... ¡La felicidad hace llorar!

Sumido en la ficción, mientras gimoteaba, siguió sorbiendo inexistentes mocos.

Los demás se conglomeraron en un aparte.

–¡Es un verdadero filósofo! ¡Un estoico!

–Yo he conocido muchos linyeras inteligentes; pero ¡como éste!...

–¿Qué les parece si le damos unos pesos para que se cure, mate el hambre y se cobije?

–Aceptado.

–Da pena ver hombres así, castigados por el destino.

En ese momento apareció el Pesquisa, torvo, retorvo, con el Tesorero del «Comité prohuelga» y varios albañiles detenidos. Al verlo, los tres tuvieron un gesto incómodo de hostilidad.

–¡Un momento! ¡Espere!

–Ya lo llamaremos.

Reculando hasta el umbral, el Pesquisa mordíase los labios de rabia. Desde allí observó la entrega de la colecta y la tocante despedida del juez:

–Vaya, buen hombre. Está libre. Nadie le molestará. ¡Que Dios lo acompañe!

Al pasar frente a él, la mirada del Jefe parecía tenderle una alfombra de ternura.

Indignado, el subalterno casi reventó de oprobio. Se contuvo a medias. Mascullándolo, le vomitó en sordina:

–¡Andá, nomás, juna gran puta! ¡Nadie te molestará!... Yo te mandaría con boleto de perro al infierno.

....

RÍO CUARTO (NORTE)
ESPINILLO:
Madrugada.

Antes de partir el tren de carga, «Dijunto», «Fortunato» y «Viejo Amor» fueron encargados de llevar y arreglar los bártulos. Mientras tanto, «Longines» y «Katanga» salieron con «Lon Chaney» para ultimar una misión difícil.

El alba despuntó con el pito de la locomotora. Se encaramaron.

Iban en un vagón vacío, para hacienda.

Molestos. Porque los cachivaches habían sido introducidos y dispuestos sin cuidado. Y, segundo, porque «Lon Chaney», en retraso –nadie presumía la causa–, no pudo alcanzar el convoy.

La pestilencia del vagón rimaba con la zozobra general; pues la incertidumbre y el mal olor producen la misma mueca física de concentración fastidiosa.

«Katanga», muy sensible al olfato, recalcó con tirria:

–Siempre en estercoleros. Bien pudieron elegir otro vagón.

–No había...

–Entonces, limpiarlo un poco. Han tirado las cosas comoquiera. Uno se embadurna de bosta hasta la jeta.

–¡Paciencia! Un poco de paciencia. El trayecto es corto.

–¡Usted siempre lo mismo! Tolerante con todo.

«Longines» lo miró de lado, como los loros. Embicó la comisura en la mejilla derecha. Y señaló:

–No. ¡Todo no tolero! Te consta que la falta de puntualidad me irrita hasta más no poder. ¡Ese «Lon Chaney»!

Y se hundieron nuevamente en un remanso de mutismo.

«Viejo Amor» calentaba agua para el café. Las emanaciones del alcohol sólido, unidas a las amoniacales de la boñiga aglutinada en el suelo, revulsionaron el estómago de «Katanga». Tuvo arcadas como si estuviese frente al vómito de un ebrio. Recurrió a su maleta. Un trago de cognac y un pañuelo empapado en agua de colonia lo pusieron otra vez en paz consigo mismo.

¡El sol! Un carbunclo en la tez rosada de la aurora. Cada rayo, rasante, en cercén de espigas al principio, penetró después al vagón con séquito de moscas. Topando con las barras horizontales, el piso se llenó de franjas. Franjas de sombra morada sobre el amarillo del estiércol seco. Franjas de luz sobre el verde rumoroso de zumbidos de las tortas de vaca.

–¡Qué inmundicia! En la primera estación treparé sobre el vagón delantero.

–Bueno. ¡Y santas pascuas!

Nada de antagonismos irreductibles. Fintas. Amagos. Les gustaba discrepar «para tantearse». En los repliegues del amor propio se esconden los artificios de la personalidad. Palpando el alma caen los trucos y las trampas. Y se establece el juego limpio de la amistad, en el cual se alcanza ese armonioso equilibrio que centra las relaciones, espanta zurdas taimerías y proscribe inútiles contiendas de predominio.

Es obvio que «Katanga» no trepó al vagón delantero.

Distraída su impaciencia en la contemplación de la llanura, la llanura acabó por meterse en él. Y por aplanarlo. La amplitud del horizonte enanchó su psiquismo, como si fuera un fórceps manejado por dos titanes: Norte y Sur. Y absorto en la tensión de las imágenes vivió el drama rústico de la tierra, entre los vapores lejanos del sol en la simiente y el olor a semen del rocío entre los surcos próximos.

....

BAIGORRIA
GIGENA:

La estación Espinillo quedó empequeñecida, casi soterrada, por la distancia. Apenas el brazo tenso del semáforo... Apenas la margarita de zinc del molino a viento...

Desde el confín, como queriendo pialar a los cinco aventureros, los rieles tendían sus dos cables de acero. Pero el tren es un dragón moderno que resuella fuerte. Y montados en sus resoplos los cinco escapaban al tiempo –marcado por el tac-tac de las junturas– y al espacio –medido por los postes kilométricos.

«Viejo Amor» pasaba por turno el jarro de café.

–A propósito. A vos te toca. Servite «Lon Chaney».

–¡Cómo «Lon Chaney»!

Fue una risa homérica, después de la estupefacción general.

Descolgándose por los travesaños y barrotes de la baranda, se deslizaba hasta la puerta del vagón el mismísimo «Lon Chaney»... Para él una operación sencilla. Su destreza era excepcional. Sabía encabalgarse sobre el riesgo, dislocarse en apreturas, reírse del vértigo y enarcársele al peligro...

–Hacen bien en reír. Ha sido muy gracioso. Vean cómo vengo. Casi desnudo. ¡Lástima que el episodio no se filmó!... Cuando entregué el recado verbal, dos pesquisas me corrieron. Les saqué ventaja. A la vuelta de la esquina, tras el muro de un sitio baldío, tiré las otras pilchas. Todo en un santiamén. Y avancé en sentido contrario... Cojeaba tan naturalmente que no sospecharon de mí.

»–*¿No ha visto un tipo que corría?* –preguntó uno enfocándome.

»Como tenía también la mandíbula fuera de quicio, le contesté en pazguato:

»–*A-jah... Sí... A-llá... Su-bió a la jardine-ra de un le-chero... Allá...*

»Después, un camión me dejó en el paso a nivel. Y aquí estoy. *Voilá tout!*

La risa barbotaba aún.

Lo llamaban «Lon Chaney» por eso: por poseer la misma capacidad proteica del actor cinematográfico. Los tipos más dispares, las caracterizaciones más extrañas, los temperamentos más opuestos, cabían en su eximia capacidad de simulación.

Era francés. Tenía cincuenta y dos años, un presente lleno de imprecaciones contra la familia y un rostro azorado y tímido. Así, todo junto, embarullado; porque la edad no lo abrumaba, sino la vergüenza de su mujer y sus hijos; porque la salud no lo afligía, sino la tragedia de ser *cocu* y padre de dos mantenidas y un pederasta.

En el desquicio del hogar sólo había salvado la picardía de la voz y su jopo de payaso. Dejó la esposa entregada a sus

amantes, sus hijas entregadas al libertinaje y al hijo entregado a su anomalía. Y se fue por el mundo, como anduvo antes, soltero, de un lado a otro, a la buena de Dios. De tal suerte, el antiguo pinche del «Restaurant Pharamond», 24, Rue de la Grande Truanderie, París, que en las rutas de Marsella a Beirut y de Liverpool a Sydney conoció los estragos de la soledad, ahora, tránsfuga del matrimonio, gozaba la dicha de superar el amor y la familia en las tribulaciones de la solidaridad.

Sabía cien oficios, pero no practicaba ninguno. Cuando se llega a ese desdén es porque se es dueño de una habilidad mayor: la de vivir sin trabajar. Fotógrafo ambulante en Haití, socio de una empresa minera en Colombia, gamonal en Ecuador, botero en el lago Titicaca, recorrió internacionalmente todos los caminos del bienestar y la ruina. Hasta que al fin, siendo espía chileno en Perú y espía peruano en Chile, supo que el éxito de la vida reside en vencer a la voluntad con los recursos de la imaginación.

No es el caso señalar uno a uno los peldaños que escaló su indiferencia, mientras la reputación los bajaba cuatro a cuatro. En «los seres que se encuentran» incide de mala forma la desorientación colectiva.

Pero, desde entonces, «Lon Chaney» tuvo conciencia de la verdad de la vida. No se entretuvo más en las filigranas del honor ni en las frivolidades del deber. Sus actos alcanzaron, por ficción, el reverso de la realidad. Y con esa máscara tocó la crudeza de la pasión y del instinto, mientras, adentro, su alma se alelaba en una fantasía, mezcla de monstruosidad y ensueño.

Cubriendo de tinturas las canas obstinadas, exasperando el cosmético para tapar los surcos inevitables, el engaño autenticó la propia mentira de su adultez. Y ya trunco para el amor y la vehemencia, su placer consistió en burlarse de los demás, empezando, como es lógico, por sí mismo.

Espíritu cosmopolita, sus ojillos rojizos y su tez violácea se adecuaron a las muecas y modalidades más distintas. En pos del provecho sin fatiga, fue canadiense, chino, lapón, hindú, lituano, donde casualmente era necesario. Y rengo, jorobado, tuerto, patizambo, cuando quiso mofarse de la teratología con la piedad que arranca su reflejo.

La sensación fue siempre dócil a su mandato. Viajó con ella –perra fiel de un fantasma– por mares y desiertos, por urbes y campiñas. Conoció tumbos y naufragios. Encalló en los suburbios de Londres y en los *saloons* de Vancouver, en las cloacas de París y en los bajos fondos de Sincopare. Pero salió del trance, indefectiblemente. Y a la par de serpentear escalofríos en la espalda de las gentes desprevenidas, nutrió a los ávidos de verismo con el fuerte deleite del horror.

De regreso de su periplo, atracó en el asco definitivamente. Siendo un conocedor sarcástico de todas las latitudes de la idiosincrasia humana, pudo afincarse en la renuncia del ser, pero optó por el renunciamiento a todo. Esa nobleza le enorgullecía. Y al rememorar –Proteo en bancarrota– la diversidad canallesca de su propio mito, empujando para atrás su jopo payaso, hacía relucir la picardía de su voz compulsando en lontananza, como un friso, su ecuación personal llena de incógnitas indescifrables:

$$\frac{\text{Familia}}{\text{Amor}} + \text{X tedio} + \text{X odio} + \text{X asco} = 0 \text{ ilusión}$$

Iban callados.

El café circulaba en ronda matemática.

Una suerte de rito los cohibía aspirando el vaporoso aliento del jarro.

Ninguno alteraba en tales circunstancias la degustación de nadie. El café era para ellos su nepente. Elixir y bálsamo. Habían resuelto, casi por unanimidad, prescindir de cualquier otra infusión. «Fortunato», que preconizó el té, citando la opinión de Okamura Kakuzo: «El té no tiene la arrogancia del vino, el individualismo consciente del café, ni la inocencia sonriente del cacao», fue vencido merced a su propio postulado:

–¡Viva el individualismo consciente del néctar negro!

Y «Aparicio», que defendió denodadamente el mate, aludiendo a mil leyendas de fogón y tradición, sucumbió ante la acometividad de mil reproches higiénicos.

El café circulaba en ronda matemática.

El silencio de la espera de turno concertaba con el silencio litúrgico de beberlo.

Una larga pitada de la locomotora anunció la proximidad de otra población.

–¿Qué estación viene? –demandó «Fortunato».

–Helena. ¿No sabes? Debías saberlo...

–Sí, «Longines». Pero la vista me flaquea. ¡La letra de la guía es tan pequeña!

–¡Siempre con recursos de mala ley!

–Mala ley... Mala ley... –gruñó.

–¿Y el catre de «Aparicio»? ¿Por qué no está?

–¡Cómo! ¿Había que traerlo? –Claro. A ver, otro recurso de mala ley.

–Mala ley... Mala ley...

Viéndolo compungido, « Katanga» intervino:

–Todas las leyes son malas. No discutan por pamplinas. El catre quedó como recuerdo...

–Qué lindo, ¿no? Recuerdo de la «Colonia de Vacaciones del Tigre»... ¿No te acordás que fue denunciado el hurto? ¿No te acordás que estaban marcados?

–Ése, no. Yo le borré el sello con una navaja...

Los dos se rieron.

¡Qué bien encajaban las sonrisas en las miradas recíprocas! Los demás también se rieron.

¡Qué gozosamente aplaudían el celo y la sagacidad de uno y otro corriendo en yunta!

¡Tres cortas pitadas anunciaron la inminencia del paso a nivel!

–Agachémonos –insinuó «Katanga».

Al obedecerle, cada cual espió el contorno derecho en busca de la señal convenida.

Nada.

Pasaban ahora frente al cementerio del pueblo: una hectárea de muerte con maizales hasta los mismos pies del muro circundante.

Como cumpliendo una consigna, gorras, boinas y sombreros reverentes descubrieron media docena de cráneos.

–Estos colonos son incorregibles. No plantan un árbol ni en la chacra ni en el cementerio. El ansia de fortuna los incita a sembrar, a sembrar, a sembrar... Y todo ¿para qué?... Para gemir, estando vivos, contra plagas, sequías y especuladores... Y para oler, estando muertos, la brisa que adula las espigas frescas...

....

HELENA:

Largas maniobras en la playa de la estación.

El convoy se desarticuló en varios empalmes y desvíos. Enganches y desenganches. La jaula quedó a cinco minutos cerca del brete.

–Con tal que no metan más animales...

La estolidez del chiste patinó en todos.

Igual que una serpiente, la máquina se arrastró para deglutir cuatro vagones de cerdos, quince chatas de trigo y dos hamburgos de lino. Atascada por la digestión, pesadamente, se retorció sobre el carril. Y otra vez unidos sus segmentos, moviendo el cascabel del furgón, encaró en derechura al Norte.

Desde el borde del andén, taumaturgo satisfecho, el cambista se enjugaba la frente mirando la marcha del convoy.

Mañana untada de sol. Agua áurea, más que luz, sobre la panza de las vacas. Sobre el dorso del terraplén. Sobre las tajadas de pan negro de los campos rastrillados.

La serranía embellecida por sus reflejos era, a lo lejos, un tenue festón rosado. Cerca ¡quién sabe qué abrupta mezcla de breñas y precipicios!

La hermosura del trayecto desató las lenguas:

–¡Qué cielo de porcelana! En Praga yo...

–Aquella planicie de esmalte, en la ladera, me recuerda ciertos aspectos de Saint-Moritz...

–Lo único que me gusta es ese escuadrón de álamos...

–A mí la pampa me fastidia.

–A mí también: por ser ajena...

La salida de «Dijunto» satisfizo a todos. Ello le dio ánimo:

–He sido chacarero, veinte años, en General Pico. He deschurcado miles y miles de hectáreas. He roto con mi rastra millones y millones de terrones. He regado con mi sudor la tierra de muchos aristócratas. ¿Beneficio?... Ninguno. Al pedo. Al reverendísimo pedo. Nada más que para tener los ojos color tierra, la cara semejante a un terrón con paja brava y el traje igualito a un churque.

Su voz y su cabeza se abatieron en un gesto decepcionado.

–A la verdad. Lo que es a vos el trabajo no te engordó, que digamos. Sos tan flaco que si te pica el lomo te rascás el pecho...

–Bromas, aparte. Cuando se ha trabajado como lo he hecho yo, sin descanso, en una fatiga continua, que unió los días y las noches con los meses y los años, no hay derecho que la meta del esfuerzo sea el hambre. ¡No, carajo! No hay derecho que la fortuna que uno engendra, preñando la tierra, la rapten y becerreen unos cuantos señoritos. Si es así, ¡abajo el trabajo y quien lo trajo!

–Sí. Desgraciadamente es así. Pues los señoritos gritan a su vez: «–¡Viva el lujo y quien lo trujo!»...

«Katanga» comprobó que era malinterpretado. Debía explayar su contestación. Mientras los demás seguían adheridos al enojo de «Dijunto», cavilando, lubrificó su garganta con saliva. Y dijo:

–Sí, viejo. La humanidad es así. Al «¡Abajo el trabajo y quien lo trajo!», que vociferan los pobres, los ricos responden: «¡Viva el lujo y quien lo trujo!»... La justicia es una lechuza. Guiña los ojos, alternativamente, a la izquierda y a la derecha. Guiños de esperanza al miserable... Guiños de inteligencia al potentado... Grabalo bien en tu memoria. La justicia es una lechuza. Guiña los ojos, alternativamente, a la «izquierda» y a la «derecha». Promete consuelos a los pobres. ¡Y brinda ironías canallescas a los ricos!

Impacto.

La comparación dio en el corazón de la caterva.

«Lon Chaney» y «Dijunto» balancearon afirmativamente la cabeza.

Tenían aún el belfo estirado, cuando «Katanga» prosiguió:

–Sí, viejo. La justicia es una lechuza... Hay dos clases de seres en la humanidad: los que tienen motivos por qué quejarse y los que carecen de motivos por qué quejarse. Los que tienen motivos por qué quejarse hacen perfectamente en propugnar a que cambie el estado de cosas que les aflige. Los que carecen de motivo por qué quejarse hacen perfectamente en procurar que las cosas sigan iguales. Para unos, su miseria constituye una ignominia flagrante a los fueros de la equidad social. Para los otros, la equidad social es una patraña que no respeta el confort de sus privilegios. De tal modo, mientras aquéllos luchan por borrar las desigualdades, éstos se encastillan en el goce de sus sensualismos. Ala izquierda y ala derecha de la humanidad. Pero... la justicia es una lechuza. Guiña alternativamente los ojos. Guiños de esperanza al miserable... Guiños de inteligencia al potentado...

«Longines», de espalda a los demás, revisaba cuidadosamente su valija. Fingía no escuchar, abstraído en su tarea. Mas, de rato en rato, girando su cabeza de águila desplumada, captaba con el ojo supurante la impresión del corrillo. Cuando terminó «Katanga», él sentenció:

–La humanidad seguirá siempre así. Lo vaticinó Lamennais: «La sociedad entera se funda en la resignación».

–¡Qué esperanza! ¡En otras épocas! La resignación fue el anestésico inventado por Cristo. El invento nefando, para perpetuar la desigualdad de las clases. Hoy no se usa. El *komintern*...

–Vos todo lo resolvés con el comunismo. Yo odio a la bestia multitudinaria. En la más amplia acepción del vocablo. Si la multitud no puede desintegrarse, mediante la cultura, en un anarquismo individualista que coordine la interacción como un reloj, para marcar la hora de su destino, prefiero que se la flagele, se la arrastre y se la humille en la peor esclavitud. Puede ser que así, comprendiendo la ignominia de su suerte, la turba se levante desde la impotencia. Y ya educada en la verdad del esfuerzo individual, no en la charla reformista de taimados *leaders*, insurja, se rebele y extermine todos los sátrapas y tiranos que viven abanicándose en medio de su ignorancia.

–Entonces, según usted, ¿la gleba...?

–Gleba es una palabra muy manoseada. Buscá otra.

–... Entonces, según usted, ¿LA GLEBA debe seguir sufriendo?

–Naturalmente. Hasta que pierda la pésima costumbre de ser pobre.

Fue gracioso el desconcierto.

Cada cual resumió en un segundo la empresa que venían de realizar. ¡Semejantes argumentos!... ¿Cavilación o exabruptos?... Cada cual rumió una especie de desencanto:

–No es posible, «Longines», que usted piense así...

–¿Cómo se explica, de otro modo, que andemos en esta aventura que demuestra lo contrario?...

–Nos hubiéramos repartido la plata... *y tableau.*

–Tan luego nosotros, mendigos de chirolas, repartiendo pesos...

–¡Es un absurdo nuestra solidaridad, entonces!...

–No, no, no y no. Es rotundamente lógica. No somos siete fichas arrojadas al azar. Somos siete conciencias que se juegan enteras en este viaje de turismo al ideal de los demás. Nuestros respectivos fracasos no podrán cancelarse repartiendo nueve mil pesos por cabeza. Tenemos demasiado morbo interior para curar la llaga de nuestra experiencia con el dinero robado a Freya. Si la pobre vieja supiese que los sesenta y tres mil pesos que guardaba en la alcancía de un pan duro fueron al bolsillo de sus antiguos colegas de «Villa Desocupación», se moriría de pena en el acto. Debemos evitarle esta vergüenza... Aunque más no sea para que siga pidiendo limosna... A nosotros, la plata, *ya* no nos sirve para nada. Tenemos el alma y la carne mordidas por la desesperanza de la vida y la desesperación de la muerte. Por lo tanto, es menester dinamizar ese dinero junto con nuestro dolor. Galvanizar nuestra decadencia para que brille en un crepúsculo de promesas. Hacer que el dinero sirva de agente de redención. Porque sin dinero, *hic et nunc,* no se puede comprar la justicia privada ni alentar la conciencia de la justicia social.

–Para eso, basta y sobran las ideas.

–Dejate de ideas «Katanga». La importancia de las ideas se ha disipado por completo. Los enciclopedistas pudieron plasmar el clima propicio de la Revolución Francesa, tan sólo porque sus ideas, sembradas en millones de almas oprimidas, brotaron en el pueblo con un garrote en cada mano. La toma de

La Bastilla fue posible por la sencilla razón de que la fuerza de la muchedumbre era superior a la de la monarquía. Frente a cada esbirro del rey –con una espingarda a cargar por la boca arremetieron veinte palos de hacha, diez horquillas, cinco puñales y una pistola. Ahora, frente a una ametralladora, se cagan de miedo diez mil hombres en igualdad de condiciones. Las ideas... Las ideas... ¿Para qué diablos sirven las ideas? Lo que el pueblo necesita es plata. Plata. ¡Nada más que plata! Plata para educarse en la revolución que empieza en la intimidad de cada uno, frente al contraste de la realidad. Plata para oponer al poder armas similares a las que detenta merced a un ominoso control de clase. Plata para dinamitar el armatoste jurídico que soportamos. Plata. Plata. ¡Nada más que plata!

Sólo «Fortunato» asentía: maquinalmente, bamboleando la cabeza. O tintineando las chirolas de su faltriquera.

«Katanga» farfulló:

–Convengo en esa misión augusta del dinero. ¡Pero el dinero no es todo!

–Verdad: no es todo. Sin embargo es lo único que vale. Lo único que doblega. El Ecclesiastés lo dice: «Al dinero obedecen todas las cosas». ¡Es el patrón del mundo! Sólo a los rebeldes, a quienes abjuramos de él haciéndole sangrar sudores de tragedia, no nos domina. Aunque parezca irrisorio, nosotros venceremos al dinero con la fortaleza de nuestro repudio. Y al darlo y prodigarlo, sin sacar de él ningún provecho egoísta, realizaremos el más rendidor de los *sabotages,* emancipando nuestra fe en un porvenir aséptico y nuestra pasión dentro la claridad de un cielo exento de esa supuración de Dios.

Nunca había hablado con tanta vehemencia. Tuvo una pizca de rubor. Casi pidió excusas. La efusión desacredita a los temperamentos concisos. Ello le obligó a recapitular, concentrando sus argumentos:

–Sin plata no hubiéramos sido la providencia de cientos de albañiles y peones hambreados... Sin plata no hubiéramos eludido la sospecha policial...

–Se equivoca. Eso lo logró «Katanga» con su astucia –aventuró «Viejo Amor».

–¡Qué va a lograr!... ¡Fue el dinero! El dinero responde a todas las preguntas. Es el contestador universal en la civilización de deudores que vivimos. Astucia... ¿dijiste? ¡Ilusiones! ¿Acaso olvidas las únicas respuestas decisivas? ¿Qué fueron las explosiones, los incendios? Respuestas. Respuestas con melinita comprada en Pergamino... Comprada. Comprada. ¿Oíste bien?

En la marcha ya amortiguada del convoy, las chirolas de «Fortunato» tintineaban con júbilo insolente.

Callaron.

Cada cual retornó a espiar por entre los barrotes la señal convenida.

Nada.

El tren entraba en agujas, jadeando como un perro.

....

LOS CÓNDORES:

Cuando se disipó la tolvanera del paso a nivel, «Fortunato» no compuso como los demás su postura anterior. Se incorporó del corrillo. Estiró sus piernas mohosas y chirriantes. Y, trasvasando de una palma a otra un puñado de moneditas, anduvo por el vagón lo mismo que un viejo buey que rumiase la iniquidad de no ser toro para arremeter de improviso.

Marcha pesada y pesarosa. Marcha de hombre vencido, a quien dos garras plúmbeas, invisibles, aplastasen por los hombros. Marcha de mendigo, forzado continuamente, por razón de oficio, a doblar el busto y la cerviz. Marcha de paria, que un *impromptu* quisiera convertir en furia de *führer* de tropa de asalto.

Se paró en seco. Alzó los puños. Brillaron los ojos. Y revoleó todo junto en una blasfemia incomprensible. Hubo una sorna nasal.

–¿Qué bicho te ha picado? –lo interpeló «Katanga».

No contestó.

«Fortunato» era parco en palabras. No porque su raciocinio estuviese embotado; sino por economía: por conocer la inutilidad de todo afán persuasivo. Sabía por experiencia que

para convencer es necesario encontrar una disposición galante, una especie de caridad al revés, de parte del interlocutor. Una caridad que acepte el argumento que no convence. Una caridad que sofoque la virtualidad de la propia razón. Una caridad sumisa, permeable, que no retruque con hermético dogmatismo. Una caridad lógica, que abdique su luz, para brindar al «convencedor» la gloriola del convencimiento...

Por lo mismo que sabía eso, odiaba el amor propio de ciertas almas blindadas, que rechazan la delicia que zahúma el rostro de los pobres diablos que discuten y polemizan con pertinacia. ¡Si la delicia del imbécil es el homenaje de lo irracional a nuestra superioridad!

Para él, nada era tan agradable como prodigar a la fatuidad los aplausos que aumentan su presunción. Gustaba el deleite de castigar con el elogio. Porque, cuando un individuo ha llegado a la capciosa etapa que es «tener razón», entonces acontece la trágica metamorfosis. Su semblante se nubla. El sol interior desaparece. Y en vez de engreírse por «el triunfo de su tesis», una exacerbación misteriosa y opaca le imbuye la sensación de su ignorancia y su estolidez. Todo, sencillamente, porque el hombre que trata de convencer a otro casi nunca se ha convencido a sí mismo...

La pausa, de larga, casi se había extinguido.

Mas, de repente, cesó. «Fortunato» iba a hablar. No cabía duda. Se cuadró frente al corro en actitud altanera y rotunda. Y ahuecando ambas manos, mientras campanillaba sus chirolas en un cuenco de nervios y venas, prorrumpió:

–Ustedes son los bichos. Ustedes: los que discuten. Yo no comulgo con nada. Ni comunismo, ni fascismo, ni anarquismo. Prejuicios modernos. ¡Puah! El día menos pensado voy a aniquilar todos los «ideales» de ustedes con la fiebre del empleado de bazar que se vuelve loco y destroza a *manotones* toda la mercadería. ¡Estupideces! El dinero sirve para esto: para adular el oído y el estómago. Para halagar la vista y el cerebro. El dinero alcanza su plenitud cuando se lo recibe, no cuando se utiliza. Yo que he llegado de financista a pordiosero afirmo que la limosna es el gran evangelio del mundo. Nada hay como la dicha de dar –los buenos días, la razón, la vereda– a no ser

la dicha de recibir –un crédito, una ofrenda, un homenaje–. ¡Recibir! He ahí el supremo anhelo. Por algo acapara Dios la aventura de ser el receptor máximo. Sé lo que hablo. He sido gerente de banco en Praga.

Su incoherencia no alarmaba. Causaba gracia a unos y preocupación a otros. Era el más viejo del conjunto. Un *raté. Su* pensamiento confuso ostentaba puntos lúcidos, es verdad; pero eran estrellas en lagunas turbias. Lo que nadie comprendía era la afirmación última:

–*Sé lo que hablo. He sido gerente de banco en Praga,* que indefectiblemente rubricaba sus desvaríos como recalcando la autoridad de su entendimiento.

«Katanga» quiso tirarle la lengua:

–Mula... Has sido tan gerente de banco en Praga como yo capador de monos en el Peloponeso. Toda tu vida has vivido de arriba. Tirando el sable cuando tenías pinta o tirando la manga ahora que estás despintado... Conservás esa idea metida en el mate, porque, matemáticamente, algún gerente te mandó de culo cuando le mendigabas crédito. Sos un limosnero frotaesquina, vulgar y silvestre.

«Fortunato» entarugó sus piernas mohosas y chirriantes. Infló el pecho para enderezar la espalda. Y enarcando bravíamente la ceja derecha, exclamó:

–No permito insolencias. ¡Soy un técnico de la limosna! ¡No puedo bajar a tamañas bajezas!

–Sin embargo, bajaste a ser entregador. Primero de «Carade-pan-dulce-quemado». Después, de la «Chancha-rusa». En fin, de Freya...

La sangre le anegó la faz. Su estatura pequeña facilitó a la vergüenza la tarea de mostrar su oprobio. Los petisos, ha dicho Rabelais, son irascibles porque tienen la mierda muy cerca del corazón... En la incidencia, ya estaba en el torrente circulatorio de «Fortunato». Invadió su respiración. La trasudaba en el enojo. Y estalló en grimas y pataletas malolientes, terminando:

–Los que bajan más bajo en el alma ajena son los que están más alto en la propia. Vos, en cambio...

Era un ascua de indignación.

La escena hubiera cobrado trascendencia a no ser la oportuna intervención de «Lon Chaney». Su bondad vertió en la coyuntura el bálsamo apaciguante:

–No, no, no. Está mal. Esto no debe continuar así. Te exijo, «Katanga», una retractación. Sé leal. Vos sabés que nuestro *modus operandi* no consiste en pedir. Nadie mendiga. Extendemos el brazo y nos concretamos a recibir. Nada de limosneros frotaesquinas. Fallutos dioses en miniatura. Nada más. El que da es porque tiene algún remordimiento que eludir, alguna ignominia que vencer, algún robo que disimular con la limosna. Sobra tu desprecio, en consecuencia. Si «Fortunato» dijo que llegó de financista a pordiosero, es porque no existe una palabra adecuada para los que industrializamos la compasión ajena presentando una copia vívida de la infamia general.

El tiro había salido por la culata:... «Katanga» ni se movió. Con el rostro obscurecido por el humo del fracaso, meduló entonces la manera de borrar su consternación. Siguió imperturbable otro momento. Y, poco a poco, la consternación se trasfundió en la ternura sobrenatural que patina el rostro de ciertos paralíticos.

–¡Por Judas, hombre, fue una broma! Todos nosotros somos limpios en el fondo. Nos vestimos de andrajos por pura vocación de farsa. Para esquivar la mugre bien vestida que transita a nuestro lado... Para equivocar a la muerte, emperrada siempre en olfatear los tipos más jarifos... No he abrigado ni abrigo propósitos de ofensa para «Fortunato». Lo que hay es que me impresiona siempre su alusión:

–Sé lo que hablo. He sido gerente de banco en Praga,

...y quise esclarecerla con el acicate de una pulla. Desgraciada, sin vuelta. Lo declaro lealmente, como vos querés. Por lo demás, me complazco en reconocer que su actuación en el asunto de Freya fue estrictamente la indicada por «Longines». Una injerencia mecánica, de austeridad mecánica, por lo tanto. Pues el robo, o mejor dicho la confiscación de los sesenta y tres mil pesos de la vieja, sigue siendo para mí un *capolaboro* de relojería humana, en el cual cada uno de nosotros no fue otra cosa que un engranaje de cálculo y precisión. Acabemos. Dame la mano, «Fortunato».

Medió una pausa levísima, brevísima. La que emplea la angustia de un suspiro que no cuaja. Y de súbito, como movidos por el mismo resorte de la amistad, los unió una corriente temblorosa, que escaló los brazos, perforó el cráneo y erizó el cuero cabelludo de ambos.

«Longines» sonreía de ufanía igual que un bufón estático.

....

ALMAFUERTE:

La escaramuza se perdió en el polvo del trayecto.

Cada cual comenzó a ordenar sus pilchas.

Todos, menos «Fortunato». Iba abstraído en remembranzas tercamente guardadas en su intimidad. Pensaba:

–Nadie, nunca, sabrá nada de mí. Jaroslav Kopecky no existe, en realidad: vive. Vive como los símbolos, sin existencia visible. Esta carne que soporto, que fue suya, es sólo una especie de liquen. Vive; no por mí; sino gracias a los demás... Mis labios jamás referirán su «vía crucis» auténtico. Jaroslav Kopecky clausuró su vida como un negocio fatal. Bajó un día las persianas de su alma y se alejó de ella. Ha enmudecido para siempre. ¡Qué intento ridículo pretender que hable! Enmudecerá doquiera, más allá de los muros de «siempre». Ya no tengo las llaves de su voz. Fueron arrojadas al piélago de una conciencia vacía. Jaroslav Kopecky no existe en realidad: vive. Vive por mera costumbre de vivir. Los que han recorrido a paso redoblado, en fiel compañía de la suerte, la mitad del curso de una vida, son los únicos que conocen la tragedia de volver a andar con muletas de recuerdo el camino del triunfo pasado. Ése es tu «vía crucis». ¡Ése, Jaroslav Kopecky!... ¡Cómo impregnaba entonces tu senda el perfume de la dicha! Salías de tu casa, no lejos de la Catedral de San Vito, en el elegante faubourg *de Hradchany, y la dicha te aligeraba haciendo cosquillas en tus talones. Cruzabas el Puente Carlos IV, con saludos y zalemas para sus treinta efigies, y la dicha se enredaba voluptuosamente en tus piernas. Desde la Torre Gótica del extremo, te alucinaba, en el espejo del río, la crestería del Palacio Real, y la dicha era*

frenesí en tu sexo. Entrabas así en la Ciudad Antigua, en el vértigo paradojal de tu querida Praga, y la dicha convertía tu corazón en perinola. La sucursal de la Zemska Banka se presentaba entonces a tu visión, y la dicha de hallarte en la gerencia te embriagaba, semidiós, como un holocausto... ¡Pobre Jaroslav Kopecky! Tu triste carne contempla ahora por mis ojos tu calvario de hombre rico. Supiste tarde –¡ay, demasiado tarde!– que, desde Midas a Rockefeller, desde Creso a Mister Insull, toda opulencia es relativa. Que la felicidad que aporta la fortuna tiene un gorgojo que la carcome. Un gorgojo llamado «Más Aún»... ¡Ah, si en vez de instalar tu inquietud en aquella hilandería sita en Vinohrady, hubieras instalado tu ocio en la biblioteca del Convento de Premonstratenses! ¡Ah, si en vez de apilar monedas de plata, te hubiera bastado compulsar los treinta quintales macizos de la Tumba de San Juan Nepomuceno!... ¡Pobre Jaroslav Kopecky! La economía, que es en los pobres un vicio sin trascendencia, se torna en los potentados un estigma estrafalario. ¿Lo ves? Los magnates están más cerca de la miseria que los mismos miserables. ¡Cuánto mejor hubiera sido que hipotecaras tu tiempo con muchachas en las islas-parques del Moldava; que comprometieras tu cálculo en la gimnasia geométrica de los sokols; *que contaras una a una las setecientas once habitaciones del Palacio Real en vez de contabilizar los vencimientos de tus deudores! ¡Pobre Jaroslav Kopecky! ¿Lo ves? Tanto el afán de Pluto como la fiebre de Harpagón atrofian el sentido de la riqueza. «Nihil nimis!» ¡Dilo, si no! Obsérvate en mí, que soy la amarga reversión de tu destino. Obsérvate en esta deriva ruin, por ruines escarpaturas del mundo, tú, que derivabas los domingos sedantes por el Puente de las Legiones, y deslizabas tu angustia por la alegría de los muelles; tú, que aspirabas la frescura de la Myslikova Hice y, ya en la rada de luz de la calle Zitna, ibas frente a la estatua de San Wenceslao, a descansar tu sed sobre el colchón de espuma de un vaso de cerveza. Obsérvate.*

–¡Ahí! ¡Ahí!

–¡La señal!

–¡La señal!

Varias voces perentorias rompieron su soliloquio.

La mirada de «Fortunato», ausente aún, volando en el delirio, chocó en la baranda del vagón de hacienda. Mas, el desconcierto sensorial no pudo atajar la fluencia de su devaneo. Y la voz muda, confidente, que iba al mundo interior, se transformó en voz alta:

–... en mí, Jaroslav Kopecky. Y si la riqueza antigua supura lágrimas todavía... lágrimas que son óxidos de juventud... llora... llora... que tu carne exhausta se disgrega... se disgrega... estatuilla de barro... entre torbellinos de vientos ásperos...

Barullo y sornas.

El interés del descenso tragó sus palabras.

–¿Viste bien? ¿Dónde?

–¿Blanco o marrón? ¿Trapo o papel?

–En el semáforo. Trapo blanco.

–Bien. Fijarse entonces en el esquinero del cuadro de la estación.

Pasó un minuto.

–¡Trapo blanco!

–¡Trapo blanco!

–Bueno. Descolgarse por parejas. Discreción. Dentro de hora y media nos juntaremos como siempre.

«Katanga» dispuso, para favorecerlo con su solicitud, bajar con «Fortunato». Fueron los últimos. Le prestó su apoyo. Le tomó los bártulos. Y lo condujo.

Sufría la responsabilidad de su trastorno emotivo. Quería vindicarse. Pero vindicarse en secreto, fervorosamente, vertiendo el lenitivo exacto en la llaga abierta. Pero no pudo. ¡Y supo lo arduo que es entrar en la soledad ajena, en el momento propicio, para ensamblar nuestro aporte de gracia y consuelo en el hueco de un espíritu que necesitaba de ellos!

«Longines» y «Dijunto» se encaminaron derechamente al poste esquinero.

Mientras simulaba atarse un botín, apoyado en el alambre, «Longines» copió las siguientes letras, escritas con lápiz en el trapo: aiuaoauuieaüuuaüuaiaui.

–Listo. Vamos.

Bajo la sombra de una acacia, sentado sobre el borde de la cuneta, extrajo un cuadrito de celuloide:

	a	e	i	o	u
a	v	b	d	q	m
e	c	h	p	f	t
i	u	a	k	l	o
o	i	g	e	j	y
u	s	x	r	z	n

Anotando el resultado en un papel, leyó:

–*Usina, dos k. sur.*

«Dijunto» observó la tarea de descifrar con desdeñosa curiosidad. Mas no advirtiendo el desdén, halagado por su curiosidad, «Longines» explicó:

–Es muy sencillo. Se trata de una clave de letras. Las cinco vocales, repetidas en línea horizontal y vertical, sirven de indicadoras de veinticinco casillas que contienen en orden caprichoso las principales letras del abecedario. Cada letra se designa por las vocales que encabezan la vertical y horizontal que pasa por la respectiva casilla. Para dificultar el enigma, «Aparicio», «Katanga» y yo hemos convenido no separar las palabras. La frase cifrada parece así, siempre, la transcripción de un jipio de cantejondo... Aiuaoauuieaiiuuaiiuaiaui... ¿Notás? Otros, en vez de vocales, usan números. Es mejor; pero resulta más bonita esta «vocalización» del pensamiento...

–Pues, mire usted: para mí semejante lío es un dislate.

–No, «Dijunto». Lo importante en la vida es la táctica de vivirla. No preguntar nada a nadie revela independencia de carácter. No depender del error o de la opinión del prójimo significa valorizar el criterio propio. Por eso usamos estas patrañas, que nos ponen a cubierto de sospechas insidiosas. Si nos vieran a todos juntos, averiguando el paradero de «Aparicio», a estas horas con captura recomendada, figurate lo que pasaría...

–¡Hombre!

–Se explica tu sorpresa. El agricultor cultiva el sector de su mente que se relaciona a cuanto brota de la tierra: cereales,

plantas, legumbres. Su noción del mundo versa sobre lo porvenir concreto de la naturaleza. Un relojero, un cronometrista como yo, hecho a los fenómenos que brotan del tiempo, está obligado a calcular las contingencias del azar. Hay diferencias, por lo tanto. Pero no hablemos más de esto. «Viejo Amor» y «Lon Chaney» se encargaron de ir a comprar lo necesario para preparar el almuerzo de hoy. Esperaremos aquí. Satisface constatar cómo vamos compenetrándonos, sin sentir, de la concientecia de un destino superior a nosotros mismos; y cómo el deber de cada cual engrana y actúa dulcemente en la mecánica de esta gira.

«Dijunto» frunció la frente. Ni bien oía aludir al deber, quedaba arada en el acto, por profundos surcos, su tez aterronada. Se estremecía después el matorral de cejas y bigote. E, igualito que perdices, volaban suspiros, de repente.

El deber le punzaba el corazón como si fuese una picana. Había cinchado tanto bajo su férula que, a su mera resonancia, agachaba el lomo, sumiso, presto al avión de nuevos arranques:

–A usted le consta, «Longines»: lo que yo *deba* hacer, se hará. Nunca me ha asqueado el trabajo, por duro y peligroso que fuera, sino el sacrificio inútil del trabajo. Flaco y retorcido como soy, mis brazos esperan órdenes, nada más. Estoy hecho al deber, aunque el deber me empacha. Mándenme. Pero no me metan en andurriales de palabras. Soy chúcaro. No entiendo otra filosofía que la que me enseñó la miseria. Díganme que empuje y empujaré. Pero no que medite. Siempre salí mal con jueces de paz, procuradores y los intermediarios que me arrendaron campos. No sé razonar. No sé sacar nada de adentro mío. Por eso, firmar, yo firmé lo que la lealtad me puso por delante. Por eso, firmar, me costó siempre más que deschurcar cien hectáreas y más perjuicios que perder tres cosechas seguidas.

Recostado sobre la plataforma de la cuneta, «Longines» lo escuchaba con penetrante simpatía.

Cuando calló, puso la valija de almohada bajo la nuca. Quería perseguir, mirando al cielo, el sufrimiento soñador del camarada.

Su ojo purulento pareció depurarse en el azul.

«Dijunto», tercamente aferrado a la tierra, continuaba en silencio perforándola con el recuerdo.

Y se abismó en su corazón como en el agua de un aljibe.

No rimaban los pasos de «Viejo Amor» y «Lon Chaney».

Andando por la localidad en busca de una carnicería, la cachaza lúbrica del primero se detenía al paso de cualquier hembra. No le importaba ni edad ni pinta. Obsceno hacedor de talismanes de hueso y madera –en los cuales la higa o los miembros viriles eran tallados siempre con deformes tumefacciones–, «Viejo Amor» había llegado a la etapa morbosa correlativa, en la cual la voluptuosidad, tornada fetichista, se opera por vía visual, produciendo húmedos frenesíes de baba y orina. La mujer, en verdad, no lo atraía como agente actual de goce, sino como incentivo de imposibles deleites. Su memoria era la activa. Allí, en el sótano del cerebro, la presencia de la mujer era linterna de pasadas proezas. Alumbraba su lascivia. Y al revivirla, su erotismo se cristalizaba en anomalía. ¿Qué mejor signo que su celo en la fabricación de muñecos procaces y figuras libertinas? ¿Qué mejores índices de esos jalones priápicos de su irremediable ocaso sexual?

«Lon Chaney», que lo esperaba por quinta vez, no resistió más tardanza. Expeditivo como era desandó media cuadra para exigirle rapidez, imperativamente. Metido en el zaguán de un fotógrafo, «Viejo Amor» se relamía de gusto charlando con la sirvienta. Una de esas mujeres desahuciadas del amor que aceptan cualquier ofensa viniendo de un varón. Al ver que ya tenía en la mano el diminuto «sarcófago de Tuth-Ank-Amón», pronta a tocar el consabido resorte que soltando una tapa provoca la oscilación de un pene fenomenal, casi tan grande como la «momia», prorrumpió:

–¡Déme eso! ¿No te da vergüenza a vos? Salí. ¡Vamos!

Una desazón llorosa anegó el semblante de «Viejo Amor». Semejante actitud importaba para él una conmoción idéntica a la de un coito interrupto. Suspiró desoladamente. Y abuenando la expresión, le rogó:

–Voy. Pero... dame el sarcófago. No puedo dejarla así, con la curiosidad insatisfecha... ¿No es cierto?

–Claro. ¿Qué tiene que venir a meterse, usted?

–¿Lo ves?...

«Lon Chaney» fue magnánimo. Igual que aquel famoso vigilante de provincia (que sorprendió a una pareja ayuntada en el parque y palmeando la espalda del galán, le conminó: *«–Acabe, mozo, pa llevarlo preso»)* él le entregó el chiche, apartándose del lugar. Estaba tan seguro de su alborozo como de la pudibunda alarma de la fámula.

A los diez metros le alcanzó una carcajada de fauno y el hilo picaresco de la risa de ella. Viró la cabeza. Notó que «Viejo Amor» se alejaba del zaguán y que la sirvienta desde el umbral, con mirada pegajosa, pugnaba por retenerle.

–¿No te dije? ¡Ya está! Mañana a la madrugada me la tiro...

«Lon Chaney» sonrió:

–A la madrugada... Se ve que estás caduco. El verdadero Don Juan practica su culto de noche, sobre altares de sombra, ante los mil riesgos que oculta. La madrugada es la hora del amor agrio. La hora del amor de los esposos decrépitos, cuyo sexo eventualmente se iergue, ya por la tibieza del lecho, ya por la presión de la vejiga llena... A la madrugada, todo es agrio y fétido. El rocío no es más que el sudor de la naturaleza tras el orgasmo nocturno. Por lo demás, a mí me asquean los tenorios matutinos que, mientras duermen los padres o patrones de las «doncellas», se adelantan al lechero en el reparto de la leche...

–No seas estúpido.

–Eso, cuando disponen del producto... Porque, lo que es vos...

–No seas estúpido, repito. Estoy lejos de ser un tipo *hors d'œuvre*... El amor presenta mil formas, posee mil liturgias. Precisamente, los que se empecinan en no variar su repertorio son los que atrofian primero el apetito. Yo, en cambio...

En la fruición de sus palabras, proferidas con malicia inmunda, «Lon Chaney» advirtió la firmeza de su depravación. El virus viscoso de la concupiscencia filtraba por sus poros, bombeado por un corazón de vicio. Ahuyentaba la sangre y la vergüenza, imponiendo su máscara ominosa.

Tuvo náuseas. Apuró el paso. Pero ya no podía evadirse de sí mismo. La circunstancia le despertó recuerdos amargos: su familia desquiciada por la inconducta de su esposa, de sus hijos... Como un relámpago apareció en su memoria: Eglantine, su hija menor. Su pureza no había sido contaminada. Todavía su ternura cabalgaba joyante en sus rodillas. No pudo más. Arrancó su sombrero. Y empujando hacia atrás su jopo de payaso, aceleró de tal modo el tranco, que pareció huir al contacto infame de su compañero. ¡Era lo último que le quedaba en la visión de su desastre! ¡La ternura de Eglantine! ¡Qué honda alegría proteger su recuerdo!

Quince pasos adelante, el pecho se le hinchó y deshinchó. Suspiros. Ahogos de desmayo. Una angustia inédita. Algo le martillaba en las sienes. Tras la mano apaciguante, en la bóveda negra de su pasado, esplendía un ruego. El ruego que antaño formulara repetidamente, fervorosamente –¡inútilmente!–, en la inminencia de su fracaso total:

TOI QUI PORTES LA TROUBLE EN PLUS D 'UNE FAMILLE
JE TE DEMANDS, AMOUR, LE BONHEUR DE MA FILLE!

Avanzó. Pero sus pasos eran ciegos, bamboleantes.

–Che, ¿estás loco? ¿Por qué pasás esta carnicería?

Cuando resonó a su espalda el grito de «Viejo Amor», sus ojos rojizos estaban rojos de lágrimas. Las sorbió. Y adoptó sin quererlo –como otras veces queriéndolo– un aire pazguato, desgalichado.

Volviendo sobre la marcha, cada tranco repercutió en su cráneo la desolación del ruego:

TOI QUI PORTES LA TROUBLE EN PLUS D 'UNE FAMILLE
JE TE DEMANDS, AMOUR, LE BONHEUR DE MA FILLE!

Ya en la puerta del negocio, arrojó sus cosas al suelo. Se apoyó en el alféizar. Y hundió en el olor pringoso de la carne una mirada cruda y sangrienta.

Después de diez minutos de descanso en la sombra del andén, jadeando como un perro, el convoy se perdió en el confín. Quedó en el aire tirante del Norte, agitándose en despedida, un penacho de humo plateado por el sol.

«Katanga» y «Fortunato» rehuyeron la barahúnda de la estación.

Se colaron por entre vagones en dirección al semáforo. La marcha entre cenizas y guadales se hizo lenta. Iban, más que mudos, mustios.

Pequeñas ráfagas de viento borraban las huellas de sus pisadas.

«Katanga», siempre atento, anotó, espiritualmente, misteriosas conexiones:

–*Soplo: polvo: :alma: cuerpo.*

Ceniza: sombra: :cuerpo: muerte.

Perfume: rosa: :ternura: amor.

Hubiera seguido. Pero recapacitó en la inocencia del juego. A él, en esos momentos, no le interesaba nada más que adentrarse en el silencio de «Fortunato». Descorrer el cerrojo que trancaba su pensamiento y su boca. Hallar, tanteándole el alma, la puerta clandestina de la confidencia.

Intentó cuanto pudo. Dichos banales. Frases ganzúas. En vano. Harto ya de interrogaciones sin respuesta, aventuró:

–Vos caminás como los coyas del altiplano: inclinándote para adelante. En ellos se explica: es un atavismo. Heredaron de sus antecesores, habitantes de montaña, esa forma de caminar, que parece ascensional, apta para escalar cerros y cuestas. Pero vos sos checoeslovaco...

–Bohemio.

–... Has hecho, quizás, ejercicio en los *sokols*. Vos deberías caminar en tensión muscular rítmica, en marcha atlética...

–¡Imposible, «Katanga», imposible!... Mi corazón no es una maleta tipo «Innovation» donde cada pasión tiene su compartimiento... ¡Oh, cuando corrías desde la «Muralla del Hambre» hasta la «Torre de la Pólvora»!... ¿Recuerdas, Jaroslav Kopecky?... ¡Qué esperanza, «Katanga»! ¡Es un baúl!... El día menos

pensado me meteré en él, dejando las piernas afuera... ¡Oh, la sensación de despertar en ciudades extrañas, cuando los sueños que uno sueña acontecen en la propia!... Y, entonces, tirando para adentro, las decapitaré... ¡Para lo que sirven mis piernas!... Yo sé lo que hablo. He sido gerente de banco en Praga...

–Evidentemente, tenés toda la razón del mundo –replicó con lenta, inefable bonhomía.

Aún duraba la ofuscación de «Fortunato».

Para distraerlo –frustrado el último espinel lanzado a su espíritu– «Katanga» comenzó a silbar.

Silbaba magistralmente. Sabía devanar el aire de los pulmones con la misma destreza melódica de Woodrow Wilson, chiflador insigne. Excéntrico como éste –pero no al extremo de fundar otra Sociedad de Naciones–, su excentricidad musical databa de la adolescencia. Nada de instrumentos ni de fiorituras. Ni el caramillo de Pan ni la flauta doble de Marsias. ¡Silbar a labio limpio! Su habilidad más notoria consistía en imitar al «violín chino», de una sola cuerda. Inflados los mofletes, el aire retenido en la boca parecía engolosinarle. ¡Tal era su delectación de *auletes* innato! Y mimado por su lengua, lo vertía suave, sutilmente, afiligranándolo en los matices canoros de un *aria* o de un *lied*.

–¿Qué te gustó más: la «Meditación», de «Thais», o el «Core'ngrato», de Cardillo? La elección es difícil, ¿eh? Escuchá ahora esto: el «Improviso» de la ópera *Andrea Chénier*, del maestro Giordano.

–No. Silbá algo... ¿cómo te diré?...

–Ya, ya. Algo más cerca a vos. Encantado. ¿Qué preferís: el *Danubio azul*, de Strauss; la *Polka en pizzicatto*, de Krull; la *Princesa de las Czardas*...

–Justo.

«Katanga» llenó los pulmones. Y atacó briosamente la imponente *intrade* de Kalmann. Después, en tono más bajo, casi con unción, debobinó el hilo subyugante de media opereta. Casi con unción, porque, mientras tanto, su pensamiento se distrajo. Y a la par del hilo sonoro, su ilación bordó este raciocinio sobre el canevá de su experiencia:

–Estaba errado de parte a parte. «Fortunato» no incurre en incoherencias de ningún género. Son frases cabales a un interlocutor secreto. ¿ Quién? ¡Vaya a saberlo! Lo mismo que los somnilocuos, a quienes sorprendemos locuciones aisladas mientras duermen, no se puede afirmar que desvaría. Lo que hay es que, despierto, es difícil dialogar consigo mismo y conversar con otros, simultáneamente. Las respuestas al ser íntimo se mezclan con las respuestas a nosotros. Hilos cambiados. Ecco il imbroglio!

Estaban ya frente al semáforo. Cruzó el alambrado. Leyó: aiuaoauuieaiiuuaiiuaiaui.

–Vamos bien. Allá, por el camino a la derecha de la línea, vienen «Lon Chaney» y «Viejo Amor». Adelante.

Caminaban otra vez, más que mudos, mustios.

De pronto, un impulso extraño incitó a «Katanga» a meterse en lo más suelto del guadal. Anduvo así, chapaleando el polvo, con sadismo de niño y masoquismo de viejo. No midió en el acto la aberración que predominaba en él: si el prurito de fastidiar o el placer de castigarse. Si secreta penitencia o mortificación exacerbada. Si fruición de cilicio o pesadumbre de escarmiento. Fueron minutos de completa obnubilación, tras los cuales salió su voz lo mismo que un sol bronco:

Hay que llegar
por la disciplina de la indiferencia
a la gran sabiduría del abandono.
Hay que vencer
por la disciplina del abandono
a la gran tribulación de la miseria.
Hay que rendir
por la disciplina de la miseria
a la gran fortaleza de la muerte.
Hay que sobrar
por la disciplina de la muerte
a la gran indiferencia de la vida.

No habló más. Había hecho –semiinconscientemente– el resumen aciago de un capítulo más de la caterva.

El camino principal corre en la otra margen de la línea. Al pretender llegar a ella, «Fortunato» enredó sus vestimentas entre las púas del alambrado lateral. La excitación que traía tornaba sumamente torpes sus movimientos.

–Un segundo de paciencia. No forcejeés. ¡Te vas a lastimar!

Hubiera sido fácil poner el pie, hacer presión y franquearle el paso. Pero «Katanga» no se fijaba en minucias. Sacó la pinza de su maleta y con dos cortes allanó el acceso. Renegando, comentó:

–El carácter de este país cambiaría por completo si cada habitante del campo dispusiera de una pinza... Y no anduviese con escrúpulos. Corte aquí. Corte doquiera. Es ridículo constatar que cinco hilos de acero sofrenen el derecho de todos a la tierra. Simples cuerdas de guitarra... En Europa, vos sabés, los privilegios se limitan con muros, zanjones o arboledas seculares. ¡Verdaderas fortalezas! Yendo de La Valette a Cittavecchia, en Malta, vi los predios diminutos de la isla aparcelados a cal y canto. Un laberinto de paredes y cebada. Aquí, vos notás, es una fruslería. Tac, tac, tac: unos cuantos cortes, ¡y la propiedad se desparrama en los caminos!... Quinientos mil camaradas que manejaran la pinza, dentro de un plan de comunización premeditado, arrasarían en diez minutos estas fronteras tirantes. Simples cuerdas de guitarra... El latifundio quedaría suprimido. Se lograría la ansiada confusión. Enredos de alambres. Piras de troncos. Montones de torniquetes. Y ya en pleno caos agropecuario, vendría de cajón la *gratissima rerum possesio comunis*... ¡Ah si uno pudiera teorizar aquí la revolución de la pinza!

–¡*Gratissima rerum possesio comunis...!* ¡Puah! ¡Imposible! Alguien tiene que dar. ¡Eso! Dar, no repartir. La limosna es el gran evangelio del mundo. Sé lo que hablo. He sido gerente de bando en Praga.

«Katanga» se tragó la réplica. ¿Para qué excitarlo de nuevo? Tres cuadras al sur tuvieron la gran sorpresa:

–¡«Aparicio»!

–«Aparicio.»

Estaba en una encrucijada. Como siempre. Simbólicamente.

–Por aquí –indicó–. Los demás ya han llegado. Paramos en aquel rancho.

La peripecia de los días anteriores parecía no preocuparlo. Su cara abollada y protuberante –mezcla de arrugas y relieves con huellas de viruela– no demostraba ninguna inquietud.

–Por lo que presumo, ignorás todo. ¿No te han contado el lío que se armó?

«Aparicio» chascó la lengua:

–No vengás con macanas.

–*Altro* que macanas... Cuatro incendios... y un héroe.

–El héroe sos vos. Ni que hablar...

–En serio, che. Te calaron enseguida. ¡También el otario del Tesorero del Sindicato de huelga! Por un pelo no nos encanastaron a todos. «Longines» ideó por su cuenta cuatro explosiones simultáneas. Yo estaba en cafúa en esa circunstancia. Y la trabajé de héroe en el incendio provocado por el derrumbe de una de las obras en construcción. Por poco me ascienden de preso... ¡a vigilante!

–Hubieras aceptado... Vos vigilás todo...

«Katanga» cambió de inmediato la expresión. Le bastó el tono ligeramente despectivo de «Aparicio» para certificar cierta injustificada inquina. Preguntó solamente:

–¿En aquel rancho, dijiste?

–¡Ajah!

Y se encaminó con inusitada energía, transportando lo suyo y el bagallo de «Fortunato».

Cuando llegó, llamó aparte a «Longines»:

–Es necesario que le dé una felpeada a «Aparicio». Sobre de encarajinar las cosas, se permite el lujo de la insolencia. No estoy dispuesto a tolerarle ningún desmán. De cualquier índole que sea.

–¡Epa, epa! No debe ser para tanto. Dejalo por mi cuenta. Ocupate de la higiene del rancho. Si no, vas a encularte más todavía...

«Longines» estaba en antecedentes.

Entre «Aparicio» y «Katanga» bullían pasiones hostiles. Tirria mutua. Agria emulación. Desde la época en que se conglomeraron en «Villa Desocupación», las pullas hirientes del primero iban directamente a éste. Cosa cajonaria: cuando conviven dos individuos de mañas y temperamentos afines, el más burdo pugna siempre por prevalecer. Y prevalece a ratos, porque la educación transige achicándose, según acontece en la tragedia de tantos matrimonios... Los dos empleaban la misma arma: la astucia condicionada a la palabra. Pero con una diferencia enorme: uno con énfasis, otro con sagacidad. Mandoble versus estilete. Es obvio que vence irrefragablemente el último. Pero es tan aparatosa la lucha que el derrotado siempre se adjudica el triunfo...

En cualquier circunstancia, frente a quienquiera, con fluencia verbal rayana en el delirio, «Aparicio» exaltaba el rol de su mesianismo político. Su figura apuesta, aunque desmedrada por los años, se peraltaba en ínfulas. Congestionábase el rostro oliváceo. Y desmelenando su cabellera clinuda, endrina, salían impetuosamente sus conceptos como si la boca fuese la tranquera de un corral de potros. «Aparicio», entonces, se perdía. Se enmarañaba en su propia oratoria. Y hasta no agotarse, andaba a tumbos entre lo prudente y lo incongruente, entre la rebeldía y la osadía, entre la historia y la vanagloria.

«Longines» no lo dejó perorar en esa ocasión:

–Evitemos las palabras. A mí me convencen los hechos, la disciplina, el deber.

–¿Y qué? ¿Acaso no cumplí mi parte?

–No.

–¿No?

–¡No!

Y mientras el suizo le fue escalonando cargo tras cargo, reproche tras reproche, él, bajando la cabeza, bajó por ellos al fondo del fracaso, mordido de nuevo por una melancolía llorosa y blandengue.

Cuando «Longines» acabó su catilinaria, el uruguayo resumió:

–Por lo visto, sólo « Katanga» hace bien las cosas. Optaré por retirarme.

–Nunca, «Aparicio», nunca. Sos el único sudamericano en nuestra pandilla. Ello te confiere un gran honor. Pero debés medirte. Comportarte como la gente. Cepillar de tu espíritu las estupideces de este continente estúpido. Somos un heroísmo en marcha, no una tropa de burros.

–Bah... –comentó gruñendo–. ¡Ojalá hubiera seguido en el tren de carga! Dentro del hueco de las vigas. En su obscuridad de claustro fetal. Tal vez habría visto una luz mejor. Con ustedes no la pego en la perra vida.

Su rostro exhibía la tristeza que abruma a todos los redentores. Compuso el garbo y se apartó.

Sin moverse, el ojo supurante de «Longines» se enturbió. Más que por su imagen ya distante, por la nube de un pensamiento próximo:

–¡Qué lindo bribón! Me repugna su conciencia elástica. Todo en él es burdo, espeso. Carece del sentido de la solidaridad. Su pasión vindicatoria es un camelo. Pifia en cuanto aborda. No hay bloques dignos, sino complejos inferiores en su personalidad. Hojarasca, no humus.

Pero reaccionó en seco. Debía impedir cualquier disidencia. Se acercó. Y palmeándole fraternalmente, transformó su anatema:

–¡Vamos! No seas bribón. Vos sos bueno. Pero «no das» con tu bondad. Te molesta. Te carga. Es tu hija malcriada. Lo horrible es que, no pudiéndola aguantar, nos la endosás a nosotros...

–¡Y ustedes la castigan, de yapa!

–Entonces, con medirte... Con cepillarte... La bondad es una cualidad que debe reprimirse, regularse, administrarse con cautela, so pena de caer en la pelotudez. Perdón por el término; pero es así. Vos caés a menudo. Tiene razón «Katanga» cuando te incrimina: «*–¡Mirá que sos pelotudo, "Aparicio"!*».

–¡Cuándo no iba a tener razón, «Katanga»!

Treinta y siete grados a la sombra.

El sol apretaba a la campiña como si fuera una presa. Garra de fuego. Aliento de dragón.

Mientras preparaban el almuerzo, «Longines», «Aparicio», «Fortunato» y «Dijunto» descendieron las escarpaturas del río. Iban a bañarse. Declives abruptos. Riscos y pencas.

Ya casi desvestidos, «Katanga» les gritó:

–Vengan aquí: al canal que alimenta la turbina. Es mejor.

–... Para ahogarse. Hay una corriente bárbara.

Era la voz de inflexión quebrada de «Dijunto».

Sobre el lomo de la caterva, la brisa del Norte pesaba igual que una mano cargosa.

Se metieron desnudos en un recodo apacible, de lecho arenoso, rodeado por moles graníticas. El agua les daba a las verijas. Tuvieron pudor por el besuqueo de las ondas. Y silenciosos, para eludir el escándalo de esa voluptuosidad, se sumergieron.

El goce de la naturaleza los enmudeció. Giraban la cara en morosa fruición del paisaje. Lo sorbían. Perfumes de menta y yerbabuena. Exhalaciones calizas de las barrancas. Notaron que se vitalizaban recónditas celdillas pulmonares. Y en pleno apogeo del entusiasmo, la luz pareció entrar a bocanadas a su espíritu, iluminando sectores infectos por el *surmenage* de las ciudades.

Seguían callados. El sol entraba en la linfa. Su acción catalítica –sutil como la aguja que perfora la moneda a través del corcho– aguijonó sus carnes llegando hasta las células. Se miraron asombrados. Experimentaban un escozor inédito. Una euforia misteriosa. Como si repentinamente hubiesen emigrado todas sus toxinas. Como si la anemia, las atrofias, los morbos profundos, hubiesen desaparecido al beso de los elementos cósmicos.

«Longines» murmuró:

–¡Agua, sol, aire, luz! ¡Qué maravilla! El hombre es más planta que animal. Revive en su connubio. En este momento mi alma coincide con la de aquellos sauces venerables. Mi cuerpo se identifica al vigor de esos álamos. Mi sangre tiene la frescura de estos berros.

Vistiéronse.

Mientras avanzaba la operación, el contacto con sus prendas personales comenzó a apesadumbrarlos. La complicada diálisis, que había remontado en sus organismos el jugo vital de una lozanía insospechada, cesó de repente. Y otra vez animalizados, emprendieron el ascenso por abruptos declives, entre riscos y pencas.

Desde arriba, la perspectiva del contorno los conglomeró en delectación colectiva. A cien metros un pequeño dique para riego peinaba el curso del río con los mil garfios de una cascada. Y al rebotar el agua entre las piedras, hecha espuma, se escurría en veloces apriscos; y hecha tul, en irisaciones efímeras.

Pero algo los atrajo poderosamente. No el perfil ágil de la usina, recortándose en el ocre de la barranca. No el ruido enérgico de los chorros evacuados por las máquinas de electrificación. ¡El cuerpo desnudo de «Katanga», como una cariátide, erecta en el filo del canal!

Era nudista de corazón, pero hombre vestido por necesidad.

Tapado por el *peplum* del aire, por un manto de rayos de sol, o por la túnica del claro lunar, se sentía mil veces mejor que forrado a la moda por el sastre más insigne de Londres. Entre el oprobio del vestido y la sencillez conmovedora de la piel a la intemperie, jamás dudó. Optaba imperiosamente por la segunda, que lo retrotraía al prístino encanto de la felicidad paradisíaca.

Cuando sus compañeros se acercaron, la cariátide erecta se curvó en repetidas flexiones. Sin doblar las piernas, el cuerpo se plegaba a tal punto que sus dedos tocaban el agua del canal. No demostró ningún cansancio. Al contrario: cierta complacencia de liturgia musulmana; pues, ante la admiración por su destreza, cada movimiento rítmico tuvo la salmodia monótona de este comentario:

–Los músculos abdominales son los músculos de la salud. Los músculos abdominales son los músculos de la salud. Los músculos abdominales son los músculos de la salud.

Enderezado, por fin, no exteriorizó apuro alguno en vestirse. Anduvo de un lado a otro conversando. Sin ningún

escrúpulo. Sin pizca de vergüenza. Con la ingenua *sans façon* de un chiquilín. Las manos –el tremendo escollo de los nudistas adocenados– no preocupaban a «Katanga». Distraídas en trenzar un manojo aromático de hierbas silvestres, resolvían de manera simple el arduo problema de «dónde meterlas», que obsede a aquéllos. En la oportunidad le proporcionaron de yapa la elegancia de evitar cualquier mímica a sus palabras:

–Ustedes habrán observado: yo llevo el desnudo con absoluta naturalidad. Es cosa mucho más difícil de lo que parece. La gente de Occidente se ha acostumbrado a cubrirlo con la hipocresía, vulgar taparrabo del pecado. A encubrirla, mejor dicho; porque la ropa constituye el encubrimiento más ruin que han perpetrado los siglos. El cuerpo ostenta en su pureza la altivez más decorosa y digna. No necesita tapujos. Disfrazado como anda, desde entonces, cada cuerpo es un resumen aciago, monstruoso y lascivo. Es preciso reaccionar, ¡reaccionar!, para que la desnudez esplenda su prestancia de salud, belleza y equilibrio.

Tímidamente, costeando el parapeto, se aproximó al corro un hombre de talla pequeña y de cráneo alargado y grande. Sus modales cohibidos, igual que su faz descortezada, lustrosa, sin arrugas, llamaron la atención.

Sin preámbulos, señaló:

–No si poede bácñar áqui.

La prohibición molestó a «Aparicio»:

–¿Por qué, cabeza-de-huevo-de-dos-yemas, por qué?

–Acllá lectrero. Orcden supírior electricidá.

–La orden cede cuando el gusto es mío –dijo «Katanga», y se arrojó a la corriente.

Tranquilo, a pasitos, el guardián se dirigió a la usina.

–Yo pidirá, pir tiléfano, policzía.

«Longines» columbró el peligro. Le llamó. Tentó un diálogo en alemán. Sin éxito, pues era de Estonia. Mas, ablandado ya, tal vez por afinidad fonética o por alguna resonancia íntima, accedió:

–Boeno. Quí no bácñe. Qui si vácya.

–¡«Katanga» : afuera! Vestite.

El tono perentorio apresuró la obediencia.

Vistiéndose, ultrajando el cuerpo, su memoria iluminóse. El lampo subitáneo se transformó en vislumbre de nostalgia. Estaba en Barcelona. ¡Ah, Barcelona! Cuando el «Doctor Inhell» –tres trucos en uno: Thurston, Houdini, Fregoli– daba paso al hombre, en el receso de las temporadas, el hombre se encaminaba al campo en compañía de varios amigos. ¡Oh, tiempos deliciosos del «Gymnos Club»! ¡Oh, la victoria de imponer el desnudismo integral, sin *slip* ni *maillot,* frente al ludibrio de perversiones sociales bien caracterizadas! Poniéndose la camiseta levantó los brazos al cielo. Coincidía la actitud con una imprecación profunda. Y aparecieron los manes de Joaquín Valldaura, el camarada erudito que afrontó los primeros embates de la clerecía. Su remembranza se tornó sonriente. La polémica inicial, respaldada por Hipócrates, Galeno y Paracelso; por Priesnitz, Kuhne, Kneipp, Rikli y Souza; por Fletcher, Hanisch, Pascault, Carton y Duliu, fue un fracaso: ¡el periodista cristiano negó dogmáticamente la jerarquía mental de tales sujetos!... La segunda polémica, con el profesor del Liceo Católico, fue también otro fracaso. Instalados ambos contenedores en sus respectivas trincheras –Rousseau, Michelet, Reclus versus Duns Scotto, San Francisco, Santo Tomás– no fue admitida la terapéutica del cuerpo y del alma por la influencia magnética *de frate sole –altissimu omnipotente, bon signore– de sor acqua –la quale e molto utile et humile et pretiosa et casta–* y *de nostra matre terra –la quale sustenta el gouerna, et produce diversi fructi con coloriti fiore et herba...* La última polémica fue el fracaso máximo. El adversario, un canónigo apoplético, justificó su admonición al libreculturismo espigando la Biblia y los Santos Doctores de la Iglesia. Valldaura hizo lo propio. No era maturango. ¡Y lo corrió con sus propias armas! Al capítulo 18 del Levítico, que abomina de la desnudez, él respondió con los versículos del Cantar de los Cantares que la sublimizan. Y se trabaron así en un truco y retruco interminable:

> –«Yo te aconsejo que compres oro probado por el fuego, a fin de que te vuelvas rico, y seas VESTIDO de vestiduras blancas, para que no se descubra

la vergüenza de tu desnudez.» APOCALIPSIS III, 18.

–«Salí DESNUDO del vientre de mi madre y DESNUDO tornaré a ella.» LIBRO DE JOB I, 21.

–«Bienaventurado el que vigila y guarda sus VESTIDURAS, para que no ande desnudo, y vean sus vergüenzas.» APOCALIPSIS XVI, 15.

–«No ofrezcáis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad; mas, ofreceos a Dios, DESNUDO, como resucitado de los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.» SAN PABLO, ROMANOS VI, 13.

–«No subirás por gradas a mi altar, a fin de que tu desnudez NO SEA DESCUBIERTA.» ÉXODO XX, 26.

–«Y ambos estaban DESNUDOS, Adam y su mujer, y no se avergonzaban.» GÉNESIS II, 25.

Desde el rancho, «Lon Chaney» y «Viejo Amor» hacían señas. El almuerzo estaba listo.

«Katanga», el pie izquierdo apoyado sobre una roca, seguía curvado. Pensativo. La visión clavada en un friso de recuerdos. Absorto. Repitiendo para sí la frase de San Agustín, con la que Valldaura fulminó al clérigo:

> «Un tiempo llegará en el cual gozaremos de la sola belleza, de nuestra belleza mutua, sin deseo impuro».

«Aparicio» se impacientó:

–¡Vamos! ¡Apurate, che! ¿Hasta cuándo vas a estarte abrochando los zapatos?

El aliño de la obscuridad es el lujo de los nómades.

Construir, en pleno andamio del mediodía, un recinto que transforma el sueño vacío de la vigilia en el remanso de un ensueño voluptuoso. Plasmar la sombra hasta convertirla en transparencia de obsidiana y frescura de caverna. Operar sobre la materia negra y seca del aire confinado, hasta impregnarle una humedad de luna. ¡Es un arte! Un arte delicioso.

«Katanga» lo sabía.

Y fue previsor.

Mientras «Lon Chaney» y «Viejo Amor» afanábanse en los preparativos del almuerzo, él actuó cautamente. Sacó del rancho los trastos inútiles. Barrió y roció el piso de tierra. Arrojó varios baldes de agua a la paja brava del techo. Cortó en tajadas el ananá. Excitó, frotándola, la corteza de dos melones. Colgó el maduro racimo de plátanos. Sumergió en el cántaro las botellas de vino. Enrolló un trapo mojado en la rendija de la ventana. Cerró herméticamente la puerta. Y consciente del efecto, se fue a bañar.

De vuelta, penetrando en el rancho, la algarabía general se ahogó en asombro. ¡Qué sinfonía nebulosa de calma y fragancia, al principio! ¡Qué condensación de dichas en la simplicidad de tales recursos! ¡Qué *bouquet* delicado de frutas afines! ¡Qué poema rústico el del oloroso pan casero! Centellearon las pupilas en el goce imprevisto. Y ya sentados, cada cual creyó hundirse en la obscuridad.

Sí. Hundirse en la obscuridad. Apoltronarse en ella. Sentir que la vida avanza sus legiones con lentitud de estuario. Aproximarse al rumor de los instintos laxos, «haciendo la plancha» en las corrientes profundas. Nadar en sí. Sobre la penumbra. En el perfume y la mansuetud. ¡Es una delicia! Una delicia artística.

«Katanga» lo sabía.

El aliño de la obscuridad es el lujo de los nómades.

Y escuchando la complacencia interior de los corazones abismados en el confort, sonreía para dentro, búdicamente, con la mirada irónica bajo las pestañas bajadas.

–...

–...

–...

–...

–Es inútil ilusionarse demasiado. Ya veo. Todo el ensueño de la vida se esfuma con un dolor de muelas o con un aviso de vencimiento. Yo sé lo que hablo. He sido gerente de banco en Praga. Pretender la eternidad en la existencia es una gollería de ricos inapetentes o de pobres diablos vueltos millonarios en la senectud.

–La salud se consigue manteniendo el alma libre de preocupaciones y el cuerpo exento de las hipotecas estigmáticas de la adolescencia y la juventud. Con eso, una buena dosis de altruismo, un par de chancletas, un hondo caudal de amor en los corazones y un poco de espinacas cada día, la longevidad más noble corona la dulce fatiga de los afanes y la grata inquietud de los ideales.

–Dulce... Grata... Yo vendería el alma al diablo con tal de renacer para el amor. Lo que me molesta en la vejez es que las fuerzas se contentan con la engañifa del amor platónico. ¡La porquería peor! El amor platónico es la forma vegetariana del amor físico...

–¿Por qué no vamos a ser viejos como se debe? Seamos viejos con la amable vejez que soñara Horacio en el Canto Secular o que materializara Zola en el Papa Froment de uno de sus evangelios. Y dejémonos de pamplinas: de glándulas de mono, de sueros vivificantes, de aguas de Juvencia... Ya lo dijo el filósofo: nada es más calamitoso para el ser humano que el ansia de futuro.

Los últimos conceptos de «Lon Chaney» zozobraron en la somnolencia general.

Cinco catres se apretaban en el rancho.

«¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,
dormir bien... y roncar como un sochantre!»

Desafiando el sopor de la siesta, «Longines» y «Aparicio» habían salido del rancho. Tenían mucho que hablar. –Supongo que habrás cumplido el programa. –A medias.

–¿Cómo, a medias? Esta estadía es provisional.

–Sí. Iremos al atardecer a lo de un tal Rufo Pereyra. Vendrá a llevarnos en una camioneta que le han prestado. Se trata de una casona cómoda y de un paisano leal y solitario. Podremos pasar allí varias semanas. Los patrones vienen a veranear a fines del mes próximo. Queda a dos leguas del embalse del Dique. Escondida a la vista de todos. Lo único que siento es que tendré que abrirme de ustedes...

–¿Abrirte? ¿Pensás abandonarnos?

–No eso, propiamente. Algunas noches. He encontrado en Almafuerte a...

Se callaron.

Pasaba «Dijunto» rumbo hacia la fila de carolinos. Estaba incómodo en el hacinamiento del rancho. A él no lo asustaba la tirantez del aire ni la reverberación del sol en las gavillas. Gustaba capear el bochorno bajo los árboles. Llegando, gozó el arrullo de la acequia y la sombra mojada del follaje.

¡Allí «se hallaba»!

Se tendió sobre el pasto.

Pronto, los soplos de la siesta le trajeron aromas familiares. Yerba-mota. Pichanas. Hinojos. Oyó el mugir de las vacas. El cencerro de la yegua madrina. Y se le fueron cerrando los ojos... La modorra se complicó con el arrorró del agua. Lejanos tufos de boñiga. La flauta de los cañaverales. Polvillo del bálago de trillas recientes. Y se le cerraron los ojos... Dormido –tal un terrón sobre el césped, tal un churque entre la hierbasu rostro se transfiguró. Soñaba... Quizás en la estancia que nunca pudo lograr. Tal vez en la chacra rendidora que jamás sería suya. Quizás en la granja modelo, a la cual siempre aspiró. Tal vez en la quinta suburbana que quería para su vejez. Quizás... Tal vez... Y disminuyendo, disminuyéndose, se convirtió efectivamente en un terrón y en un churque en medio de la exuberancia del sueño y del contorno.

Ángelus.

Sobre el facistol de la montaña, el ocaso abría su libro de horas. Horas miniadas por monjes expertos. Horas disgregadas

en la fugacidad de cambiantes minutos. Pastoral en tonos grises de silencio. En pardo de mugidos. En rojos de campana.

La iglesita de «El Quebracho» quedó al costado del camino como una vieja inválida, humillada por las flatulencias del motor.

Las sombras del crepúsculo imponían su diapasón grave.

El trayecto se pobló de rezongos de breviario. De perros remotos. De chillidos espeluznantes.

Poco rato; porque brotó la luna. La luna que afina la noche. ¡La luna! Sonoridad pura. Timbre de cristal. Voz de liquidez argentina que sinfoniza todo: los ojos del búho con los salmos del viento. La fosforescencia del cielo con la efervescencia del lodo. La transmutada fiebre del infierno con el apacible trasmundo de la vida.

Una tranquera.

La camioneta se introdujo por caminos rugosos.

Otra tranquera.

La camioneta comenzó a bufar por cuestas empinadas. Virajes bruscos.

De repente: ¡el embalse del lago! Coruscante. Neta copia, al carbónico, de la noche. Cada estrella, un asterisco en el mar azul. Cada perfil de nube, una escama de plata... Mar azul con bahías señoriales. Radas translúcidas de sueños tranquilos. Caletas flamígeras penetrando en el vientre de la montaña. Cerros acantilados que semejan proas de buques fantasmas.

–Allá, fíjese bien, está el dique del Río Tercero. Es una obra formidable.

–¿Suya?

–Cómo va a ser mía...

–Entonces, omita la propaganda.

El breve diálogo entre «Dijunto» y Don Rufo Pereyra pasó desconectado. Todos, excepto «Aparicio», mantenían torcido el pescuezo observando en el confín del agua un trazo blanco –la parte superior del muro de contención–, un arco audaz –la boca del vertedero de descarga– y el tope de un cilindro –la torre de toma.

«Aparicio» odiaba la palabra «dique», que seguía vibrando en su intimidad.

–Dique: valla, freno, límite, censura. Valla artificial. Freno autoritario. Límite obtuso. Censura previa. ¡A mí no me vengan con diques! De cualquier clase que sean. No sirven más que para industrializar los instintos del mundo. ¡Y los del hombre! Para llevarlos por canales urbanos. Para resumirlos en represas místicas... Todo falso. ¡Falso! La sociedad no debe sujetar con diques las corrientes del ser. La ley no debe embretar mis actos por calicantos de estrechas conveniencias. La religión no debe abismarse en el estancamiento pútrido del ascetismo. ¡Hay que minar todos los diques! Arrasarlos de la conciencia. Para que rueden las fuerzas humanas torrencialmente a su destino. Sin muros de «defensa». Sin paredones de «contención». A otro, con diques sociales... Canales urbanos... Represas místicas... ¡Puah!

Y chascó la lengua.

Nadie lo vio tras su soliloquio. Estaba soliviantado. Convencido por sus propios argumentos. Temblorosos los labios aberenjenados dentro la rigidez despótica de su cara abollada de matón.

La camioneta trastabilló en consecutivos barquinazos.

–Seguro que vamos llegando –aventuró «Katanga».

–Así es. ¿Cómo lo sabe?

–Es una modalidad argentina. Los peores caminos son los adyacentes a las poblaciones. ¡Hay que ver cómo se traquetea a la entrada y salida de los pueblos! ¿A que son criollos sus patrones?

–Así es.

Cuando paró la camioneta frente a las casas, hervía el agua del radiador.

–Vayan dentrando, nomás. Esos cuartos son para ustedes.

«Viejo Amor» bajó el primero. Ladrando, un perro grandote se abalanzó en su contra. Un peón se interpuso.

–No se asuste. Es perro capón. No muerde. Dentre. ¡No tenga miedo! Es perro capón.

–¿Por qué insiste en lo de capón? ¡No tengo miedo a que me coja, sino a que me muerda!

Las dos piezas daban a una galería adornada con madreselvas y geranios. En el patio frontero tres árboles de níspero y

uno de magnolia. De fondo, una hilera de cipreses. A derecha e izquierda dos batallones de álamos. Quedaron bien impresionados. Pisos limpios. Tiestos fragantes. Se notaba un esmero casi femenil.

–Dejen sus cosas. Y arrimesén, pues.

En la cocina los esperaba la hospitalidad olorosa del asado en las brasas y del pan recién sacado del horno.

Una alegría bulliciosa los excitaba por dentro. Pero cenaron callados. Amaban la aventura sin fatiga, los hallazgos sin decepción. Y estaban contentos allí, en el regazo de la naturaleza, dejándose mimar por la ternura del aire y la bondad de Don Rufo.

–Era esto, precisamente, lo que buscábamos. Un refugio tranquilo...

–¿Refugio? –saltó «Longines».

–... un asilo tranquilo en la dulzura del ambiente rústico.

Don Rufo paró la oreja. No tanto por la rectificación como por la frase bonita. Era su debilidad. Mejor: lo fue. Desde niño una vocación invencible lo condujo a los primores del habla. Tuvo, ya joven, un hermoso jardín de palabras. Lo cuidó con celo impropio a su rango. Y se hizo tan famoso, que todo el contorno acudía a él para deleitarse con las galas del lenguaje. Él repartía generosamente sus flores. En cualquier ocasión, con motivos diversos, hacía ramos de palabras. Ya para el peón iletrado en trance de declaración. Ya para la china pintona en amoríos. Ya para el compinche en sobrepasos de conquista. Ya para el deudo afligido por la desgracia. Ya para consuelo del colono, por los desastres del granizo o la partida del hijo al servicio militar. Flores oportunas. Ramos sentimentales. Delicada miel silvestre de la expresión.

Llegaron a dolerle los oídos de tanto elogio:

–*¡Qué mozo pulido es Rufo Pereyra!*

–*A cien leguas a la redonda no se halla otro igualito.*

–*Naide tan baquiano pa'enlazar los pensamientos.*

Adulto ya, la vida se encargó de arruinarle el jardín. Malezas de impulsos. Matorrales de pasión... Se desgajaron del tronco familiar su padre y su madre. Cayeron pedreas y ventiscas.

Trashumante por chacras y colonias conoció el desamparo y la soledad. Sequías y solazos. Así la tierra del vergel fue transformándose en yermo. Vientos agrios. Desilusiones.

En un respiro de la suerte sintió revenar su carne. Pasaba una mujer por él. Hubo brotes de lirismo. Álabes de dichas frutales. Se casó. Tuvo un hijo...

Pero el destino se ensañó de nuevo. Y lo heló por completo. Hacía cuatro meses que estaba viudo.

Un llanto molesto, persistente, monótono, llegaba desde su pieza.

No le hizo caso. Seguía disimulando en la tertulia, la desazón de su tragedia. Si la suerte no hubiera sido tan zaina, tal vez habría llegado a ser el gaucho florido que soñaba. Gaucho florido de esos que injertan su fama en la eternidad. No payador de boliche... Cantor austero del campo y las tradiciones criollas. No payador de carreras cuadreras... Bardo auténtico de la grandeza y miseria del paisano. No payador de cementerio los días de todos los santos y todos los muertos...

–Don Rufo: está yorando el changuito –vino a avisarle el peón.

Lo sabía. Esbozó un gesto de impaciencia. Le afrentaba que se lo recordaran. Pidiendo mil excusas se apartó de la reunión.

–¿Por qué no lo atendió usted? –increpó «Aparicio» al peón.

–Dios me libre y me guarde. No almite que naide le toque l'hijo. Asigún las malas lenguas tiene un'hernia de umbil y cal. Por eso lo cría él solo. ¡Pobre Don Rufo! Está cada día más enteco.

En efecto. Su carácter era otro. Su físico también. Apenas con treinta años a la espalda, se notaba en Rufo Pereyra el agobio de la fatalidad que avejenta. La carga de la desesperación que huraniza. Y, a veces, en los momentos de olvido, corroborando su descalabro, el sosiego senil que endulza el rostro de los seres precoces en el infortunio.

–Salgamos un rato.

Salieron.

La noche era un portento de transparencia. Plata de álamos. Bronce de cipreses. Noche tímida, sin aspavientos de nubes

ni ademanes de árboles. Noche tibia, acunada por ráfagas de perfume. Magnolias y nísperos. Geranios y madreselvas.

Estiraron colectivamente las piernas. De un lado para otro. En silencio panteísta. En comunión cósmica.

«Lon Chaney», pudoroso, aproximó a su vera a «Katanga» y «Longines». Tal vez creyeron que iban a escuchar una confidencia. Nada subrepticio, sin embargo. «Lon Chaney» musitó lánguida, intencionadamente:

Le vent d été souffle et caresse
La nature et le firmament
On dirait un soufflé d'amant
Qui craint d éveiller sa maîtresse.

La escena tuvo un encanto perfecto de rima inefable. Armonía de instante y de alma. Y, lejos de sentirse defraudados, mostraron al compañero la agradecida ufanía de sus rostros.

«Longines» no quiso montar la radio.

«Viejo Amor» no salió a escudriñar la noche con ojos de sátiro.

«Fortunato» se abstuvo de apilar sus chirolas en pequeñas columnas.

«Katanga» no leyó como de costumbre.

«Dijunto» no deshiló en lamentaciones la hebra de su voz.

«Lon Chaney» omitió el relato de la aventura habitual.

«Aparicio» no dijo su sermón laico antes de acostarse.

Una tácita unanimidad los introdujo en las amplias habitaciones. Cada cual armó su catre. Y, listo, cada uno se tendió en la euforia que es dejarse estar dentro la obscuridad con los ojos abiertos.

«Aparicio», «Katanga» y «Fortunato» ocupaban el cuarto vecino al de Rufo Pereyra.

Oratoria muda.

Lectura a ciegas.

Finanza incorpórea.

¡Imposible la evasión! No podían desprenderse de la costumbre, igual que si se tratara de una prenda de vestir. «Aparicio» escuchó embelesado su propia perorata:

> *Es amargo constatar la fobia estatal hacia quienes honran los prestigios de la nacionalidad. ¿Por qué mi apostolado ha de embicar en el exilio? ¿Por qué debo andar a salto de mata por tierras extrañas? ¡Perfidia! Todo el chusmaje de la politiquería en curso persigue las ideas por mero fanatismo de vientre abajo. El futuro, según lo develan los nuevos postulados, está más lejos que nunca de las narices del burgués y del trasero de la plebe. Cuando regrese al Uruguay seré el mesías de la revolución definitiva. ¡Tronarán los pérfidos! Y por lo mismo que hay que redimir todas las opresiones y sanear ignominias seculares, ¡cuán puro el desplante que se alza en epopeya! ¡Cuán noble el puño cerrado que se convierte en índice!*

«Katanga» aprehendió embebido estos renglones:

> *Cuando la cultura se hace eminente, leer es una simple misión óptica, de discriminación. Se ven, desde el plinto intelectual en que se halla el sujeto, los panoramas habituales. Y pastando en los valles de la mente y en las laderas sentimentales, el mismo ganado de ideas y emociones, ya marcadas con la marca de la propia superación. Entonces, acaece el fastidio de las perspectivas y de la familiaridad de los conceptos y percepciones. Se anhela romper la monotonía y el tedio con incursiones de novedad. Pero la novedad no viene. Se demora en la voluntad agotada. Y sigue la desolación interior de la cultura, en el diálogo eviterno de la montaña y la nube.*

«Fortunato» edificó en el aire su crematística:

> *Héroes son los individuos que arrojan su ficha total, que se juegan enteros en el tapete del destino, ¡y ganan! Lindbergh colocando solo, contra el temor universal, su ficha atlántica. Bird lanzando al* borderland *su ficha polar. Los tripulantes del «Explorer II» arrojando a la atmósfera su ficha aérea. Guynemer, Amundsen, etcétera. Malos ganadores son los tipos como Nobile que vociferan contra la suerte en vez de sumirse en el silencio de ultratumba. Yo necesito muchas monedas para comprar la gran ficha que deseo. Sé lo que hablo. He sido gerente de banco en Praga.*

El llanto, molesto y persistente, continuaba en la pieza vecina. Estaban despabilados.

«Aparicio» recordó entonces la admonición de «Longines». La oportunidad de sincerarse había llegado. Soltó un globo de ensayo:

–¿Estás dormido, «Katanga»?

–En absoluto.

No sabía cómo empezar. La reprimenda del suizo aún estaba en su espíritu inhibiéndolo. Es difícil vindicarse. Cuando uno reconoce que ha infringido órdenes y consignas, el envión inicial se tranca. Y si se insiste es peor; porque la emoción, obstinándose, se torna visible y queda patente la responsabilidad del vejamen. Cavilό un rato más todavía. ¿Quién exonera su amor propio? Y halló el pretexto:

–No puedo agarrar el sueño en este catre. ¡Qué macana abandonar el mío en Río Cuarto!

–Las circunstancias obligaron.

Hizo una inspiración a fondo. Complacencia viva. Ya no estaba anclado en la sospecha. Ya podía zarpar hacia la excusa:

–A propósito. «Longines» me ha referido tu odisea. Esta mañana, cuando vos mismo quisiste contarla, no sé por qué

me interesó poco. Disculpame. Por él he conocido mil detalles sabrosos. Si no tenés sueño, narrame cómo fue el final.

Mordió enseguida. Ingenuamente:

–Una cosa desopilante. Pero fina. Anatolfrancesca... Después del incendio de la SANTERÍA SANTA TERESITA, el Inspector sumariante, el juez de Instrucción y el jefe de Investigaciones cayeron en el garlito. ¡Mediocres! Creyeron en mi pantomima heroica y en la comedia de mi necesidad. Y me colmaron de atenciones. Por la primera, me ofrecieron una plaza de vigilante... Por la segunda, cobré veintitrés pesos de derecho...

–¿Cómo, de derecho?

–Sí. Derechos de autor... La compasión les había arañado la conciencia y los bolsillos... ¡Pobre gente! Siempre me asqueó la piedad de los tontos. Carece de contenido moral. Es una especie de supuración... No hay duda: los mediocres son la morralla del mundo. ¡Lástima que pululan bajo el cielo como las chinches bajo las colchas de las fondas!

–A propósito de chinches. Me parece... ¡Estos catres prestados!...

«Aparicio» se escabulló por esa tangente. Su complejo de inferioridad quedaba satisfecho. Había «cumplido» al retractarse ante su compañero. Sin hacerlo de manera franca, es cierto; pero muy a gusto suyo: con la taimería que sintoniza el orgullo y la bajeza. Y se durmió.

El llanto, molesto y persistente, continuaba en la pieza vecina.

«Katanga» advirtió la preocupación de Don Rufo por acallar la criatura. Sus andanzas preparando el biberón. Su afán por vencer la negativa en aceptarlo. Sus afligidas incitaciones al sueño.

Nada. La resistencia crispada de chillidos del párvulo pareció exasperarse.

Recordó entonces la imagen dada por el peón:

–Es un changuito flaco, color tierra, con hernia, tremendos ojos y dos pantallas de oreja.

Y no pudo menos que asimilarlo a un cachorro frágil, hueco de hambre, sucio por el desamparo y la orfandad.

Pasaron dos horas de zozobra.

Balanceado por el flujo y reflujo del llanto, «Katanga» acabó por acostumbrarse. Hacía la plancha y filosofaba... Pero le dolía la preocupación del padre, incansable en su denuedo de acunarlo. Lo conmovía su empecinada actitud de prescindir de ama o mujer que lo cuidase. De improviso, columbró la existencia de motivos secretos para ello. Y, deponiendo su comprensión, se abismó en la tarea de imaginar los caos pasionales que arrogantemente ocultan ciertos hombres.

Un breve intervalo. Más de sofocación que de calma. La criatura croaba ahora con gorgoritos húmedos de baba. Sudaba. Se retorcía. Las pupilas náufragas en un mar de lágrimas.

«Katanga» creyó oír una imprecación furibunda de Don Rufo. Afinó el oído y la atención. El silencio se hizo tan leve, tan nervioso, que en vez de escuchar vio. Sí. Su clarividencia percibía la faz bermeja, la mirada tajante, el rictus aquilino del padre. Un estremecimiento raro corrió a lo largo de su cuerpo. ¿Por qué ese aire duro de amenaza? ¿Por qué esa sombra maléfica en el semblante? ¿Por qué esa fría desnudez de desconsuelo en el alma?

Virando hacia otro supuesto, descartó el pecado como origen del niño y la viudez como producto de un crimen. ¡No podía ser!... Por más que el mundo está lleno de seres que vengan agravios, no aniquilando al enemigo, sino castigando la propia cobardía con cilicios perennes... ¿Buscaba escarmientos? ¿Era un masoquista de esa índole? ¡Vaya a saberse! Un pensamiento amable, por contrapeso, se le ocurrió entonces:

–Si en cada eyaculación el hombre segrega de doscientos a quinientos cincuenta millones de espermatozoides, es positivamente un privilegio extraordinario que sólo uno procree. ¡Lo que sería este valle de lágrimas si tras el orgasmo de la cópula todos los gérmenes alcanzaran la meta de plasmarse en individuos!...

Los ronquidos de «Aparicio» y «Fortunato» hacía tiempo que se habían unido al vaivén plañidero. El insomnio tomó de ellos un pretexto sarcástico. Y divagó por claros pasadizos. Por mansiones iluminadas. Parecía huir de la noche como de un cubil de fieras. ¡El alba! Quería la virginidad del alba. Desgarrar su veste. Poseerla. Para bañarse después en el torrente lustral de la madrugada.

Los párpados pugnaban por bajarse. Se cerraron al fin. Pero el sueño no fue aprisionado. Detrás de su cortina, los ojos –péndulos despiertos– siguieron escrutando la doble clausura de la obscuridad.

Le interesaba dormir. Sabía que el sueño nutre la matriz de la muerte. Y que uno renace de ella todos los días. Pero, esa vez, la desazón de Rufo Pereyra lo tuvo adicto a su vigilia. No podía alejarse de él. Una solidaridad morbosa lo incitaba a acompañarlo en la tortura de soportar el llanto. La triste molienda del llanto en el mutismo de la noche.

Un mosquito le hizo abrir los ojos.

Los árboles empezaban a libertar su silueta. A desprender su follaje de las garras de la sombra. Y sonrió. Constataba la ironía de una vieja regla de puericultura: *El niño bien dirigido debe dormir y dejar dormir a sus padres, entre las nueve de la noche y las seis de la mañana...*

De pronto, el arrullo de un cantito lo sobresaltó. Quedó suspenso. El arrullo vencía al lloro, apenas ya un rezongo nasal. La voz, transida de melancolía, se hizo neta. Marginaba el fastidio y se hundía en el pulmón de la cuna. «Katanga» se incorporó a medias en el catre. Nunca había herido sus oídos una inflexión más lúgubre. Más amanecida de ternura. Más caudalosa de ruego:

Dormite ligero
Mocoso de mierda:
Ya viene l'aurora
Pintando la sierra,
Ya ruempe los óidos
La búia 'e las bestias:
¡Dormite ligero
Mocoso de mierda!

Todita la noche
Teniendo la vela:
Culito morado
De orín y diarrea.
¿Quién tiene coraje

P'alzar la cosecha?
¡Todita la noche
Teniendo la vela!

Con tant'amargura
Saldré de la güeya:
Me carga tu yanto
Jodido, sin tregua;
Me duele la vida
Sin paz ni querencia:
¡Con tanta amargura
Saldré de la güeya!

Me dijo l'estinta
–¡Querélo, Pereyra!
Ta bien, pero entonce
Caíate la jeta
Qu'estoy medio loco
De sueño y de pena
Pues dijo l'estinta
–¡Querélo, Pereyra!

Si fuese colono
Con auto y con renta
Tenrías de todo
Nenito miseria:
Nodriza redonda...
Pañales de seda...
¡Si fuese colono
Con auto y con renta!

Dormite ligero
Mocoso de mierda:
Dormite que yoro
Con lágrimas d'ella,
Pues yora al mirarte
Guachito en la tierra.
¡Dormite ligero
Mocoso de mierda!

La melopea se disipó en el nono del niño. Hubo un suspiro de liberación. Pero el cantito se había atornillado en el alma acústica de «Katanga». Lo conturbaba aún la letra de la salmodia. ¡Esa mezcla de insultos y ternezas! ¡Esa entonación de plegaria y diatriba! La espiral perforaba ya la subconciencia. En sordina.

Medio adormilado sintió un grito perentorio en el patio:

–¡A ver! ¡Basta de mate! Andá a buscar los caballos. Hay que seguir arando.

Era Don Rufo.

Entero de rabia.

Deshecho de sueño.

Eran las doce menos cuarto cuando «Katanga» se despertó. Su asombro rayó en estupor sabiendo que los demás habían salido en la camioneta, manejada por «Longines». En la ranura de su valija halló un retazo de diario: iuooiuueeeuioioe.

Tradujo mentalmente:

–Ojo x h reg. Ojo, diez horas, regresaremos.

Le brillaron las pupilas de nuevo:

–Linda trastada. ¿Qué les costaba avisarme? Esta inquietud... Es mediodía ya. Hemos convenido en que la inquietud está abolida entre nosotros. Que no debe provocarse. ¿Por qué semejante conducta, entonces? Io no soy batea de naide pa que me zarandeen.

Agregó la frase final, irreflexivamente. Acababa de cogerla en el aire. Alguien la estaba repitiendo en el patio.

Se asomó. Era el peón, en altercado con Don Rufo:

–Io no soy batea de naide pa que me zarandeen.

–Bueno, no te retobés. Si no te gusta, andate.

–Págueme, primero. ¿Qué se cré? Toy harto de soportar sus viarazas.

–Bueno. Pasá pa'dentro.

–¡No se jode! Págueme aquí mesmo. Nu'estoy con la tuerca cambiada pa que m'embrome.

–No grités, carajo. Vení.

–No quiero. Usté me paga aquí y sanseacabó.

Inopinadamente, con energía inusitada, recomenzó a berrear la criatura. Fue un momento álgido de desesperación y grima. Don Rufo no supo qué hacer. Miró alternativamente al peón y a la pieza. Le rechinaban los dientes. Crispaba los puños. Al fin, se dirigió donde estaba su hijo.

«Katanga» se deslizó entonces lleno de autoridad y señorío:

–¿Cuánto le debo?

–Un mes y medio, a razón de cuarenta y cinco pesos.

–Sesenta y siete cincuenta, ¿no?

–Maver... La mitá de... Por'ai ha de andar.

–Bien. Tome. ¡Y váyase inmediatamente!

El peón lo observó atontado. No sabía qué hacer ni qué decir, con los dos papeles de cincuenta pesos aún en la mano.

–¿Qué espera? Usted no es batea para que lo zarandeen... ¡Váyase!

Se escurrió con recelo, mirando al trasluz los billetes. Fue hacia el galpón. Alzó una bolsa con sus pilchas. Y ya transponiendo la portezuela del patio, balbuceó entre contento y compungido:

–¡Qué cosa! Uno por poco y otro por mucho. Acá todito el mundo anda con el apero ladeao.

«Longines» sabía hablar en varios idiomas, pero prefería callarse en todos.

Cuando se empantanó la camioneta, yéndose a la zanja, apretó los dientes, férreamente. Y tragó saliva. Siendo las malas palabras las primeras que se aprenden, al ser otro, hubiese puteado en alemán, en francés, en italiano, en español y en esperanto.

Llevaban cuarenta minutos en medio del camino convertido en cañadón.

Ninguno quería descalzarse y atravesar el pantano para ir hasta la chacra vecina en demanda de auxilio.

–Si alguien de ustedes manejara, yo iría –se jactó.

La requisitoria no dio resultado.

–Le manyamos la intención –puntualizó lleno de sorna «Viejo Amor».

–Pues bien, seguiremos así hasta que pase alguno. Lo que me extraña es que vos, «Dijunto»...

–Yo... Yo... Siempre yo... Todos vosotros sois crueles para conmigo. Mucha labia, mucha labia. Pero el único que apechuga soy yo. Siempre yo.

Se descalzó y arremangó los pantalones en un santiamén. Las piernas –dos jambas resecas con grandes nudos en vez de rodillas– se enterraron hasta la mitad del muslo.

Inspeccionó.

–A esto no lo sacan tres yuntas de bueyes.

–Mirá: acercate allá, bajo aquel algarrobo. Hay unos peones con caballos y arados, en descanso.

Sumiso, en el esfuerzo de ir desenterrando las extremidades, y sudoroso en el chapaleo del guadal, «Dijunto» se alejó en procura de ayuda.

El sol caía a plomo. Reverberaba en la margarita de zinc del molino lejano y en los élitros de los alguaciles próximos. Bullía en el agua turbia del pantano y en la descomposición de la carroña.

–Menos mal que no ha venido «Katanga». La podredumbre lo asfixia.

–Bah. Lo asfixia mucho más la soledad. Estoy oyendo sus insultos.

A ras de agua, un enjambre de mosquitos parecía alucinarse en la viscosidad cromática del aceite desparramado. En el horizonte, nimbada por una tenuidad luminosa, tres parvas erigían su silueta de rancho.

«Aparicio» permaneció contemplándolas largo rato. Ostentaban un dibujo familiar: el dibujo del rancho nativo –allá, tras la distancia, entre las cuchillas de Paysandú. Fácil presa de embeleso, sintió que su cuerpo se aerificaba. Y penetrando por la presunta puerta al supuesto recinto de la parva, la nostalgia lo pobló instantáneamente de afectos y cosas. Pero revino en sí, tal vez hostilizado por algún remordimiento. Y dijo:

–Fíjense. Allí. El rancho no es más que el molde de la parva. Su cuerpo astral. En él apilan las horas como las gavillas

para cosechar años y desengaños. La parva no es más que el rancho inhospitalario, compacto, donde vive la codicia. Carne de barro. Alma de paja.

Nadie entendió su exabrupto.

El peso iba tumbando poco a poco la camioneta. «Lon Chaney» trató de neutralizar el desequilibrio. Enjabelgóse en la baranda izquierda y lanzó su busto al vacío. El deslizamiento cesó. Traspuso enseguida los parantes y se sentó en el guardabarro delantero.

–Vos también, «Fortunato». Ubicate en el de atrás.

Venía un sulky, con un matrimonio, en sentido contrario. Sus ruedas finas vencían el pantano, esbeltamente, con elegancia de ave acuática.

Pasaron frente a ellos sin decir palabras.

La súbita decepción fue interpretada por «Aparicio». Con la faz pintada de indignación, los conminó:

–¡Párense! ¿No tienen vergüenza, carajo? ¿No pueden comedirse a preguntar: «Precisan algo»?

–Eh, tenemo apuro, tenemo.

–E non somo caraco, ¿sabe? –agregó chillonamente la gringa.

Chascando la lengua, se empinó en la baranda, y les retrucó:

–¡Carajo!... ¿Que no son carajo? Mil veces carajo y la puta que los parió. A esto vienen al país. A pagar con ingratitudes. A culanchar un pequeño servicio. Aquí se les mata el hambre, se los hace gente: ¿para qué? Para esto. Para pisotear nuestra hidalguía.

Restallaba el látigo para reanudar la marcha, cuando una voz meliflua los detuvo en italiano. Era «Viejo Amor». Su zalamería hizo de goma de borrar. Los reproches desaparecieron. Aceptó el apremio que tenían en llegar al pueblo. Y les pidió disculpas por el rato perdido. «Longines» y «Lon Chaney», menos diestros en dicho idioma, le repecharon en igual sentido.

Ya despidiéndose, el colono comentó:

–¿Ma por qué non diqueron qu'eranno paisano? In veche, avría achutato. Alora non posso.

–Sará in altra volta.

–E boeno: de pasar non ha pasato niente. Addio.

La gringa, triunfante por las explicaciones prodigadas, le clavó la vista a «Aparicio». Y farfulló:

–Grandíssimo belinún: non somo caraco, ¿sabe?

Hubo dos chasquidos simultáneos. El del látigo, que agitó a la ciénaga y al caballo. Y el de siempre, esta vez fulminante de blasfemia.

Quedaron largos minutos molestos por la escena.

–He hecho bien, ¿verdad? Uno no sabe con la gente que trata.

–Perfectamente. Ni inquinas ni sospechas.

–¡Claro! Son paisanos... Y siendo paisanos vos sos capaz de demostrar que los trompos son peras y las vejigas linternas... Debés reconocer, sin embargo, que se han portado mal. Canallescamente.

–Lo mismo que vos.

«Longines», reloj en mano, cortó el diálogo:

–¡Las trece *y* treinta *y* cinco! Dos horas veinte de pegada. Casi no se lo vio venir. Enancado en un matungo bayo, llegaba el «emisario». El boyero que lo manejaba miró a los accidentados con picardía sobradora:

–¡Le han errau lindo! La güeya va pol otro costao.

«Dijunto», desde el extremo del pantano, explicó gritando sus gestiones:

–Exigen veinte pesos por sacarnos. Pago anticipado. Traerán cinco caballos y todo lo que sea menester. Ni un centavo menos. A mí me parece una barbaridad. Una exageración por este estropicio. Pero, si no, nones. Peludearemos. Decidan.

Aceptaron.

El boyero salió al galope a dar el aviso.

No se trataba de peones. Ni había arados. Ni estaban en descanso. Eran tres industriales del pantano, a la espera de clientes.

Cuando llegaron y vieron la traza de los empantanados, se miraron significativamente. Para asegurarse, mientras simulaban ordenar atalajes y aparejos, mandaron al boyero a cobrar. Ya con el dinero en el bolsillo, procedieron incontinenti. Cables de acero, cadenas, tensores, piolas, cinchas. Evidenciaban dominar el negocio.

–¡Aura! ¡Póngale! ¡Déle de'ai! ¡Hiii juee!

Hubo un revoloteo de guascazos e interjecciones. Y dando tumbos y barquinazos, la camioneta arribó a la playa del camino.

Ya en seco, todos se descolgaron. Con prisa. Estaban poseídos por una alegría extraña, casi infantil, y querían exteriorizarla. La jarana sobrevino así, a la leve vicisitud de haber estado tres horas en una cárcel de barro.

«Aparicio» intimó con el principal de los salvadores. Un criollo flaco y recio, de ojos zarcos, piel de sol y osatura de espinillo. Adosaba a sus movimientos y ademanes una gracia y una picardía cimbreantes. «Dijunto», que lo trataba confianzudamente, lo miraba con envidia –que es la manera más humana de admiración–. Le dolía que, siendo magro como él, no tuviese su garbo y su donaire.

Algún signo malandrín; alguna ironía recóndita debió sorprenderle al uruguayo; porque lo interpeló festivamente:

–Por lo visto, por acá, los pantanos dan «leche», ¿no?

–Así es.

–Lo que es a nosotros si nos exigen cien pesos, cien pesos formamos. La pinta engaña, aparcero.

–¡Así es!

–Menos mal que siempre hay gente «generosa» en prestar ayuda.

–Así es.

La falsía del diálogo los hizo explotar en una risita igualmente falsa. Movieron la cabeza. Se estudiaron con sorna, al principio. Con lealtad, después. Y se interpretaron a fondo.

–No tema, amigo, que nosotros lo delatemos. Estamos muy gratos. Hacen bien en cavar pozos, en encarajinar pantanos, en arruinar caminos. Total: el pobre anda a caballo o en sulky...

–Así es... si el paisano tuviera campo, hacienda... Pero ¡qué va a tener! Hijos y piojos... Ya no servimos más que pa cuartear... ¡Y cuarteamos! Es el único oficio que nos han dejau los gringos.

–Debe ser rendidor, sin embargo.

–Le diré... En antes. Aura, con esa cuestión de la vialidad, que asigún tengo entendido es cuestión de extranjis vendedo-

res de autos, la cosa se está poniendo fiera. ¡Puro camino lisito por toditos lados! ¡Vay'hacer pantanos en el cemento! Nu' hay caso. Por eso hemos tenido que salir a los caminos secundarios, por si caen pajueranos, turistas o porteños...

–¡...!

–Pero risulta que ni así se aventuran. Los automóvil cluses nos perjudican con sus informes y guías. ¡Marcan hasta la cagada de una urraca! Y nu'hay más rimedio: hemos tenido que aumentar la tarifa pa desquitarnos. ¡Si nu'hay tráfico ya!

–Lo que es éste debe darle mucha leche... No me engañe.

–Se'quivoca. Io lu'estoy explotando dende hace siete meses. Cuanti más doscientos pesos por mes. Porque hay tipos rumbiadores, vea, creameló, qu'ensartan la güeya qu'es un primor. Pa mí, éste ya nu'es negocio. Se lo dejaré a un sobrino. Tengo en vista un pantano entre Almafuerte y Río Tercero que es una maraviya. La quincena que viene me mudaré. Ya sabe: cuando guste...

Barbotaban el motor y las carcajadas.

«Aparicio» se trenzó en abrazos con el criollo.

A la distancia, las manos en alto, todavía se saludaban.

La fatalidad se encargó de proporcionarles nuevos percances. La camioneta fallaba notoriamente. Repetidas *pannes*. De traqueteo llegaron a un almacén con surtidor de nafta. Cuatro piezas petizonas con techos de zinc, tres sauces escuálidos y una cancha de bochas. Por suerte había mecánico y repuestos. «Longines» encomendó lacónicamente el arreglo de los desperfectos. Había una urgencia mayor: la de matar el hambre.

«Lon Chaney» –antiguo marmitón del «Restaurant Pharamond», 24, Rue de la Grande Truanderie, París– compuso el menú con seguridad y destreza. Pasó detrás del mostrador. Bajó de los estantes un arsenal de latas de conserva, legumbres y frutas al natural. Pagó al contado para inspirar confianza. Y mientras los demás tomaban el vermouth, más para aplacar la sed que para abrir el apetito, con una docena de cebollas y tomates, preparó un salpicón magnífico de salmón y unos entremeses bien guarnecidos de salchichas de Frankfurt.

Orgulloso de su habilidad la exhibió con retintines de *maitre*. Estaba dicharachero a más no poder:

–Vayan sentándose. Además, de plato fuerte, tenemos un suculento *ragoût* de porotos con pechito de cerdo, que he mandado a calentar al bañomaría. Y una abundante macedonia de frutas.

–Macanudo, che. Te felicito.

El tardío almuerzo se deslizó en un ambiente de gentilezas burlonas.

–Sírvase. Hágame el gusto.

–¡Qué esperanza! Usted primero.

–Yo paso. Me reservo para los tallarines.

–Querido «Viejo Amor», lamento expresarle que no están en lista. Por lo demás, los tallarines son lombrices de sémola que se enroscan en los intestinos. No le convienen. Se lo digo yo que he sido mozo...

–Yo también...

–... mozo de hotel. Los mozos de hotel son las únicas personas de buen estómago que conozco. ¡Saben lo que comen! Si poseyeran una filosofía altruista podrían establecer la Internacional de la Buena Salud...

–Tal vez. Pero la única Internacional Culinaria que conozco, más arraigada que la de Marx, Sorel y Lenin, es la de las habas: en todas part...

–¡Ufa! ¡Echenlé flit a «Aparicio»! ¿Cómo única? ¿Y la Rotariana?... ¡Oh la Internacional gastronómica de los Rotary Clubs! ¡Oh qué encantadora ternura, qué imponente ingenuidad, la de cambiarse a los postres banderitas de radiadores de autos!

«Lon Chaney» presentó solemnemente la macedonia de frutas. Peras, duraznos y damascos de Mendoza. Habían sido acondicionados en una fuente redonda en almibarada babel de rodajas y fragmentos.

–*Pour dessert, Monsieur?* Esta frase vive siempre en mi memoria. La pronunciaba centenares de veces por día, siendo chef en Lima. Una noche había un postre sencillo y rico: arroz Condé, *c est á dire* el armiño de un plato de arroz con leche con las motas

negras de varias ciruelas en compota. Lo ofrecí a un cliente malhumorado, de esos que dejan propinas míseras:

–*¿Arroz Condé, señor?*

–*Traiga. Con D, con X o con Z: para mí es lo mismo.*

–*No es lo mismo, señor. Si quiere le traeré con seta...*

–*Traiga, nomás.*

Había, en efecto, arroz con setas. Al depositarlo en su mesa hizo un gesto de repulsa:

–*¿Qué potaje es éste?*

–*Arroz con setas: con hongos frescos en pequeñas rajas. No es lo mismo arroz Condé que arroz con setas, señor...*

«Aparicio» cortó el relato:

–Quisiera saber ¿qué propina ligaste?

–Exactamente la que voy a ligar ahora de ustedes...

El vino clarete insumido había rosificado los semblantes. Una alegría amable alumbraba todas las retinas. Ahora insumían el tiempo en chistes –vino rosado que enciende la risa. Y reían. Canturreaban...

El mecánico avisó que estaba lista la camioneta. Excepto «Longines», que habló con él, desdeñosamente, es cierto, como queriendo demorarse en la jarana, nadie le prestó atención. No lo vieron tampoco, cuando escurriéndose por la orilla del mostrador, se juntó con un parroquiano: comprador de cereales, judío por la pinta y por las erres. Ni se percataron, luego, de la llegada de dos chacareros, lamentándose del estado de las sementeras. Estaban ausentes en la algarabía. Recién cuando la conversación se trabó entre los vecinos, en un tono general de pesimismo y decepción, se dieron cuenta de ellos. Y, discretos, optaron por escuchar:

–...

–Ha visto, amigo. ¡Qué cosa bárbara! Esa enfermedad nueva del trigo ha arruinado el treinta por ciento de la cosecha.

–¡Si no fuera más que eso!... Los vientos y los calores pasados han sido tan desastrosos que debe darse por perdido otro cincuenta por ciento.

–Yo opino que los colonos tienen la culpa de todo. Cuando el Ministerio de Agricultura les aconsejaba que araran hondo,

ninguno le llevó el apunte. Por eso, los beneficios, si existen, pueden considerarse un veinticinco menos de lo calculado.

»Y ahora, fíjese, parece cosa del diablo: el tiempo se vuelve a poner en contra. De pronto calores tremendos. De pronto un frío que achicharra. Las sementeras dan lástima con esos cambios bruscos. Yo estimo que otro cuarenta por ciento de la cosecha se ha hecho humo.

–Sí; y agregue un treintidós por ciento que ha ocasionado la mala semilla... Usted olvida lo principal.

–Tiene razón: pero es justo también consignar que un quince por ciento, por lo menos, está afectado de polvillo, y un diez por ciento, por el carbón volador.

–¡Es un desastre!

–Ya lo creo: ¡un verdadero desastre!

«Longines» no pudo soportar más. Tenía un nerviosismo curioso:

–Vamos. Vamos. Me molesta ese cónclave de alarmistas lastimosos. Yo no sé nada de campo; pero nunca he oído tanta exageración junta. ¡No tienen pudor matemático! ¡No tienen pudor matemático! Si se fuera a hacerles caso, la pérdida remontaría al doscientos y pico por ciento... Vale decir, a la cosecha de este año, del año que viene y algo más todavía... Vamos. Vamos.

Saliendo, «Dijunto» lo llamó aparte. Estaba lóbrego. Su voz quebrada lo rectificó:

–Tiene usted razón, en parte. En lo que atañe a la alarma infundada que propagan individuos interesados en exagerar las cosas, como el judío ese, para su exclusivo beneficio, en detrimento de la agricultura y los colonos. Pero no en lo demás. No. No se pierde una sola cosecha cuando se pierde la cosecha. Se pierden varias. Muchas. Afuera y adentro. En la tierra y en la conciencia. Las cosechas del grano y del sueño. La del esfuerzo estéril. La de la salud gastada. La de la esperanza inútil. Se lo digo yo, «Longines», yo, que he perdido mi vida llorando... ante el granizo... la langosta... las espigas fofas... y los choclos sin cuajar...

–Oiga, Don Rufo, si no le estorbo, como ha despedido al peón, yo le ayudaría esta tarde.

–Bueno.

Le interesaba estudiar el enigma de su viudez. La viudez de un teorema pasional de incógnitas escalonadas. Había notado en él una solución por el absurdo. Tal vez la más lógica: la resistencia activa a reanudar cualquier trato con mujeres... Pero aspiraba a saber algo más. A inquirir las causas secretas de su actitud.

¡Es tan difícil repetir la plenitud de la felicidad conyugal, tan incompatible la dicha en ciertas etapas de la existencia, que la angustia se exacerba y se torna una larga desesperación! La vida conyugal consigue pocas veces un equilibrio de amor, pues el amor se nutre de inquietudes. Y todas las inquietudes son iguales: las imaginarias de los celos y las concretas de la infidencia; porque revuelven con la misma fuerza el lago íntimo de la tranquilidad. ¡Cómo conseguir que se repita el milagro! *Amour: ce que jamais on verra deux fois!...*

Es forzoso ser escéptico. «Katanga» lo era por idiosincrasia. Por soberanía del intelecto ante los eventos de la vida. Planteó el problema y se preguntó:

–¿Habrá sido el matrimonio de Don Rufo lo que es por lo común? Una penosa estridencia de enconos y ternuras. Una balanza en continuo movimiento de odio y amor. Sin siquiera un reposo para iniciar el pesaje de la dicha que se goza. Sin siquiera una tregua para descansar de la asidua zozobra. ¿Habrá constatado –¡el pobre!– que la felicidad es una cosa primitiva? ¿Habrá conocido tarde la evidencia de que el amor es una armonía problemática, a no ser en dos corazones ingenuos sin control de la razón?... Todavía resuenan en mí la congoja y la rabia de su canción de cuna. Es lo que me intriga. ¿Cómo explicarse, por consiguiente, la adhesión al recuerdo de su esposa, rehuyendo hasta el servicio indispensable de cualquier otra? ¿Qué conflicto espiritual lo impele a cuidar a su hijito, solo en la soledad más solitaria?

Salieron del trabajo.

Cada cual llevaba de la brida sus preocupaciones. Y tres caballos.

Faltaba arar solamente un trecho longitudinal, orillando una fila de manzanos.

Bajo el más próximo y coposo, ataron tiros y correas. Don Rufo empuñó la mancera. Y, sombrío como siempre, arremetió la faena con el envión de un latigazo.

«Katanga», lleno de curiosidad por la labor emprendida, no decía nada. Desde lejos, desde el tren, había visto muchas veces la viñeta viva de los hombres que aran. ¡Qué distinto de cerca! El dibujo crudo extirpaba todo el encanto del recuerdo. Su visión se apartó de los surcos abiertos. Observaba escorzos y perspectivas. Volvía. Compulsaba la apariencia imperturbable de Don Rufo y el juego muscular, plástico, de las bestias. Después, dejándolos ir, encuadraba la escena en el paisaje. A la izquierda, con un fondo de cúmulos drapeados por el sol. A la derecha, con una orla opaca, inmóvil, de follaje. Y volvía. Husmeaba el vaho cálido de la tierra removida. La transpiración agria de los ijares. El...

–¿Es así como me ayuda? ¿Qué morisquetas son ésas?

–Despacio. No se apure. Por lo pronto, busco la poesía del acto. Se ha hecho tanta prosopopeya, se ha alegorizado tanto la acción de arar, que procuro dar con ella. ¡Hasta hubo unas estampillas argentinas con la imagen de un labrador! Ni más ni menos como usted en este momento. A la verdad, fuera del sudor y del ritmo, de la voluntad tensa que conduce el esfuerzo de los caballos, del dolor suyo y del sufrimiento de ellos, no percibo nada que merezca respeto. La prosopopeya, la alegoría, son cuentos del tío, inventados por acopiadores de granos.

–Por'ai va la cosa. La poesía la ven los que nos explotan. Si ellos cincharan de sol a sol... ¡Pero si hubo hasta un ministro que se descolgó con unos versos camperos, de un tal Virgilio, pa'entusiasmarnos!...

–¡Ah, sí, supe!

–¡Qué boludo lindo! Figuresé...

Se figuraba. Rumiando la ridiculez del reparto de *Las Geórgicas*, «Katanga» dio una vuelta mudo, a su lado. Y comenzó a hablar hacia adentro:

–Debió ser en un rapto de perverso buen humor... Acuciado por una malignidad refinada... Para ofender el analfabetismo de la gente que puebla los campos... No se explica de otra manera. La fatiga innumerable de los agricultores del país merece simpatía. Y su ignorancia, preceptores más eficaces que el cicerone de Dante puesto a vagar por la pampa.

El curtido chacarero, que prefiere labrar diez hectáreas de terreno a tener el trabajo incruento de DIBUJAR su firma; el peón golondrina, que pasea sus sueños de oro sobre la espiga dorada de todos los trigales; el humilde criollo, enclaustrado entre el cerco de sus cabras y la barrera infranqueable de su cachaza, jamás podrán captar la belleza de Publio Virgilio Marón.

¿Qué saben de las cuadrigas de Potnia, del duro Eurísteo y los sagrados bosques de Malorco? Ni minga. ¿ Qué pueden interesarle el canto órfico, el amor de Alceo y las bacantes de Laoconia? En absoluto. Si fuera el canto de un buen tango, «Los amores de Giacumina» y la «vacantes» de peón en las trilladoras...

La humorada muestra aún la hez terrible del escarnio. La campaña argentina, colmada de terratenientes, no ofrece ninguna similitud a las campiñas eclógicas del Lacio ni a las colinas perfumadas de la Campania. El latifundio extiende su planicie yerma o exuberante, sin mayores encantos para los ojos, sin otra sugestión que la desigualdad para las almas.

Acogotado por contratos leoninos, expoliado por todo linaje de abusos, el obrero rural no tiene la suficiente serenidad espiritual ni la necesaria inteligencia para deleitarse con la dulce palabra del excelso cantor de Eneas. Tras del sudor copioso de sus faenas, su ánimo abatido no encuentra otro lenitivo que la piadosa paz de su ignorancia.

Debió ser en un rapto de perverso mal humor... Acuciado por una malignidad refinada... Para ofender el analfabetismo de la gente que puebla los campos... Nada más propio de un Ministerio de Agricultura. Ni nada más apropiado al gringo bruto y al paisano incapaz. Es su destino: sufrir. Pero burlarse de ellos, ofreciendo a sus labios toscos, en vez de caña o vino tinto, la

gloria de un néctar inapreciable es un sarcasmo acerbo y doloroso.

Sensibilizado como andaba por la noche en vela y en el sueño confuso de la mañana, ese caviloso ensimismamiento le hizo daño. Un sopor raro, una especie de diatermia de origen psíquico, empezó a anegarle. Lo sentía progresar en un marasmo visceral y sanguíneo.

Don Rufo Pereyra, inopinadamente, lo convulsionó, para su bien, incitándole:

–Y bueno: ¿pa'cuándo l'ayuda?

–Ahora mismo. Pase el arado.

Su arranque restauró en el acto la prevalencia de la voluntad sobre las languideces que afligen a la carne. Azuzó los caballos. Respiró con vehemencia. Se salpicó de sudor y polvo. Y en rápido vuelo mental, se creyó el auriga de un carro antiguo disfrutando el trofeo de una oda en el *stadium*.

Ya había dado más vueltas que las que sus fuerzas permitían. Pero no cejó. Temía la hiriente frasecita de los campesinos:

–*¡Estos puebleros!... No sirven ni pa ver quién llama...*

Y duro, pero trepidante por dentro, seguía tras la mancera, pisando con pisada floja la tierra revuelta por la reja. Trazó dos líneas más de surcos. ¡CUATRO LÍNEAS MÁS DE SURCOS! ¡SEIS LÍNEAS MÁS DE SURCOS, TODAVÍA! Ya iba a ceder la plaza. Estaba completamente filtrado, cuando Don Rufo habló:

–Pare, amigo. Se'ha portao. La lonja que falta l'haremos a la caída del sol.

–La *haremos* –musitó acobardado.

Dedos, pañuelos, antebrazos, fueron pocos para enjugarse la frente, el cuello, las axilas. En la palma de ambas manos, junto a las articulaciones, nacía un escozor indefinido: mezcla de dolor y cosquillas. No le hizo caso. Su imaginación forjaba ahora, no una carrera olímpica de cuadrigas, sino el reverso triste, el esquema amargo del hombre que ara.

–¿Qué le parece unos mates? Bajo los árboles.

–Lindo. Vamos.

Prefería cualquier otra infusión. Pero esta vez ni hizo ascos. Lo importante para él era tenderse. Desperezarse acostado. Por-

que la fatiga de quienes jamás se emplean en esfuerzos profundos provoca, más que cansancio, sueño.

Estuvieron mate va, mate viene. Don Rufo los cebaba con unción casi litúrgica. Cada cinco servicios cambiaba la yerba. Conocía por intuición que el mate lavado pierde la suculencia de sus extractos. Cuidaba que el agua no hirviera. El mate –proveedor de vitaminas del paisano alimentado a churrasco y galleta– radiaba en la blancura de sus dientes, signo cabal de sus propiedades antiescorbúticas. Tras de repetidas vueltas, dulcificados, laxos, «Katanga» halló el resquicio oportuno por donde penetrar a su intimidad:

–Anoche estuve despierto toda la noche. No porque me molestara el llanto de su hijito. Por solidaridad con usted. Para mí no hay nada más impresionante que la orfandad de un hombre solitario con un niño de teta. Estrangula de angustia. ¡Qué puede hacer!

–Cierto. ¡Qué puede hacer!

–Las manos del hombre son duras y angulosas. Torpes para los delicados menesteres que reclama. La barba espinosa, los bigotes, son ineptos para la caricia. Raspan el cutis de seda de las criaturas. Y hasta la misma voz varonil parece ofender sus tímpanos, hechos al algodón de la ternura. ¡La madre, amigo, la madre!

–Cierto. ¡Buena mierda es uno sin la madre del hijo!

–Esta madrugada oí que le cantaba. Presté atención. Créame: nunca he oído en mi vida una canción más atravesada de congoja y...

–Dígalo. De malas palabras. ¿Qué quiere? M'he güelto agrio y sucio. Antes de casarme era el mozo pulido, el cantor más galano... Dende que murió Jacinta no tengo gusto pa nada. Camino reculando. Emporcándome. Embruteciéndome a propósito. Y he de llegar, Dios no lo permita, a revolcarme en las peores inmundicias... Es l'único que me tira y l'único que me consuela... Parece mentira, pero es así. Ni yo mesmo compriendo.

Dijo todo con progresivo desengaño. Su mecanismo psíquico rateaba. Éxtasis y anulación. Confusión de los sentidos y perturbaciones de la conciencia. Palideciendo cada vez más, atrajo

a «Katanga» por el brazo. Se aproximó a su oído. Y ardiente y apagado, en su transporte morboso, erizado de voluptuosidad y quejumbre, le confió su secreto:

–Bonita un'era gran cosa
Pero sí alegre y astuta:
Se portaba como...
Siendo güena como esposa.
Hoy yoro junto a su fosa
Mi suerte perra y malvada,
Y me voy con la majada
De ricuerdos de l'estinta.
....
¡Dende que murió Jacinta
No tengo gusto pa nada!

Bajo el solazo más rudo
Sobre dos yeguas mostrencas
A... entre las pencas
Nos íbamos a menudo.
Otras veces sobre el crudo
Tiritar de la nevada
Tras de una güena...

–Por favor, amigo, basta –le interrumpió «Katanga», azorado.

Rufo Pereyra no obedeció. Su voz venía de un fondo pútrido de aflicción. Tenía la unidad de un tallo que floreciera su ponzoña en los labios. Y prosiguió ardiente y apagado en el apogeo del transporte morboso:

....
....

«Katanga» rogó aún repetidas veces. Pero sus ruegos toparon en la continuidad escatológica de sus versos, apenas cortados por el desconsolado suspiro del estribillo:

....
¡Dende que murió Jacinta
No tengo gusto pa nada!

Ya había susurrado siete décimas. Parecía exhausto. Lánguido, languideciendo, tuvo fuerzas sin embargo para modular a sovoz:

Hoy sumido en l'amargura
Soy como'un pingo sotreta
Condenao a la ...
Por falta de su ...
Nu'era propiamente pura
Mi dulce esposa adorada;
Mas nu'hay... comparada
Con la... de l'estinta
....
¡Dende que murió Jacinta
No tengo gusto pa nada!

Una conmoción extraordinaria sacudió el alma de «Katanga». La atonía no escapaba de su boca abierta. El estupor parecía estabilizado en sus ojos. No era la elegía obscena, crispada de escenas libertinas, lo que le conturbaba. Era el hombre que tenía delante, en pleno *raptus* melancólico, desmoronándose en una mímica vulgar y repulsiva. Era la voz, antes quizás terca de tan sobria, prostituida por el rezongo plañidero de una exasperación mística. Era la ponderación de Don Rufo Pereyra deshecha en el descalabro de una crisis moral.

Estuvo largo rato mirándolo con cariño, como se observa a un enfermo. Yacía, velado por un pasmo de lágrimas, en espasmo vascular. Casi sin pulso, bajo la mortaja del paroxismo. Sepulto en el regodeo sensual del instinto insatisfecho. Esa simpatía le hizo bien. Lo reanimó, balsámicamente. Se vio que su entendimiento regresaba desde la nostalgia. De zonas encalabrinantes de sueño. Y se afincaba en la realidad que respira fuerte en el paisaje.

Hay personas jubiladas en el silencio de la carne y en la desesperación de la miseria. Seres que tienen el alma remendada; que aceptan todos los remiendos de la vida. A quienes no les importa ya nada, ni morir siquiera; porque su existencia dura por préstamos de compasión y lástima; ya que es una larga agonía que pugna por cortarse ¡y no se corta! Pero hay otras personas, ávidas de amor, sedientas de ventura, que no se resignan. Son los seres de vida interior erecta, misteriosos por fuera, que no soportan la opresión de los sentimientos. Son los seres, ¡ay!, que tienen grabada el alma con el embargo definitivo de un destino infausto.

Rufo Pereyra.

¡Al fin lo sabía! El halago de haber descubierto la clave infundió a «Katanga» aires de mansuetud y bonhomía. ¡Nada como la comprensión para borrar el azoramiento! Desde su atalaya veía todo clarificado. Estaba frente al panorama psicológico de un sentimental introvertido. Dominando sus escarpaturas pasionales, sus recodos de nostalgias, sus fuentes de orgullo íntimo. Examinando su tranquilidad agradable, pero inaccesible; los influjos extraños enfriados por su hipocondría; el control astuto de todos sus actos por su neurastenia. Señalando los baches patológicos, sus zarzales de angustia, los monstruos de su fantasía erótica y el fervor de su religiosidad oculta. ¡Nada como la comprensión para anegarse en ternura!

El ocaso encendía entre los cerros sus fuegos transparentes. Pronto crepitarían las brasas del crepúsculo en el ámbito de la sobretarde.

«Katanga» se incorporó. En la palma de ambas manos, junto al arranque de los dedos, habían brotado sendas ampollas. Dolorido y todo, el deber le ordenó sobreponerse en la emergencia:

–Y, bueno, Don Rufo: aremos.

Asintió con la cabeza. Y, ágil, de repente, como espantando una bandada de caranchos que revolotease en torno suyo, trazó una serie de ademanes y molinetes. Después, ató los caballos. Y en seco, con impulso loco, arremetió a latigazos la tarea, como queriendo evadirse por la violencia del esfuerzo.

–A ver, déme. Le he tomado gusto al laburo.

Interpretó su bondad. Con ojos agradecidos y sonrisa desvaída. Pero una obstinación mayor le apretaba las mandíbulas. Y siguieron uno a la par del otro, mientras arriba restallaban los chasquidos como ilusiones rotas.

Llevaba una hora de trabajo cuando accedió:

–Agarre. Voy'alzar las cosas.

Hora pastoral. Silencio austero. Los vastos asilos del follaje palpitantes de alas.

Bajo el manzano, la silueta de Don Rufo se recortaba en el misterio de la bruma incipiente.

«Katanga» lo veía. Filosóficamente. Y seguía arando, gozoso de encarnar la superioridad de un rol bíblico, frente al amigo disminuido en figura de Millet:

–*El hombre es el hachero de su bosque de símbolos. Impide su ascensión hacia la luz. Tala irreflexivamente los enigmas, que se extienden por ramajes de sangre. Destruye simientes que hubieran germinado en lo eterno. No respeta la orden de ser majestuoso por la lentitud. Un anhelo lo absorbe: el placer. En pos de él, abre picadas el deseo. Asusta las propias alimañas. Y cuando cree llegar a la fuente lunar, sólo consigue el desfallecimiento, la desolación, el vicio. Entonces, se duele de ver agotada la savia juvenil en dispendios banales. Y ya empobrecido el humus del ensueño, cae con el tronco podrido en la turbera, al lado de la propia hacha de su sexo.*

Una gran algarabía, irrumpiendo desde las casas, cortó su devaneo.

Liberados al fin de las *pannes* de la camioneta, los compinches avanzaban hacia él, borrosos entre las primeras sombras, como una tropa de espantapájaros.

Lo habían confundido con Don Rufo.

¡La hilaridad cedió al asombro!

–¡Vos... «Katanga»... arando!

–¡Quién iba a pensar!

–¿«Katanga»... arando?... ¡No puede ser!

–¡Oh, «Katanga», arando!

–¡Sí, sí: ara! ¡Qué fenómeno!

–¡Vos... «Katanga»!... ¡Es increíble!

Faltaba una línea de surcos para terminar. La hizo. Y allegándose a sus compañeros, rendido, sudoroso, les exhibió las palmas, ya sanguinolentas:

–No aro. No aro. Me estoy fabricando unos callos. Por si algún pesquisa idiota me obliga otra vez a mostrar las manos...

Eran las once. Mañana color de miel. Radiaba el sol entre zumbidos de insectos.

Gordo, fofo, desparramado en un sillón de mimbre, «Fortunato» gozaba el tintineo de sus consabidas chirolas. De pronto se le ocurrió algo. Aproximó la mesa. Levantó cuatro columnitas con monedas de diez centavos. Y, encimando cuidadosamente piezas de veinte y de cinco sobre entablamientos de escarbadientes, erigió una especie de frontis.

«Viejo Amor» llegó en esa oportunidad.

–¡Qué berretín con tus monedas! Dejalas de una vez. Sos como esos jugadores empecinados de dominó, que, a falta de adversarios, hacen arquitectura con las fichas.

Ponía ahora tres monedas de cinco, como acróptera, calzadas de canto en la cima triangular.

–Me revienta verte así, tan apegado al dinero. Queda mal. Conduce a extremos ridículos... Conocí en Rosario un avaro criollo que era monarquista. Figurate: ¡monarquista!... Conocía al dedillo el nombre y la facha de infinidad de reyes. Hablaba de ellos con cariño. Siendo ciudadano de una democracia, me repugnó esa regresión política. Un día supe la causa de su fe, viéndolo jugar como suelo verte a vos. ¡Era monarquista por amor a los reyes de sus monedas de oro!...

«Fortunato» no atendía, embebido en contemplar su obra. Se echó para atrás en el sillón. Las redondelas de grasa que oprimían su vientre, se marcaban ahora en la blandura de la nuca. Y sonreía. Sonreía.

–Pero, carajo: ¿estás sordo? –le recriminó dando un empellón a la mesa.

Frente al desastre, «Fortunato» no gimió. Postergó el encono apresurándose a juntar las chirolas. Y recién le espetó:

–¡Bruto! ¡Bruto! ¿No viste que era un templete griego? Columnas dóricas, de fuste estriado. Protodóricas, no dóricas. El Parthenon partido en dos. ¡Bruto! ¿No has ido a la escuela? ¿Ésa es tu educación? ¿Por qué no respetas? ¡Bruto! Sos un chivo infame. Un viejo degenerado. Anoche mismo te vi cuando te le fuiste al humo a la burra, en el galpón. ¿Qué tienes que molestarme? ¿Te he dicho algo yo? ¡Pobre Parthenon! ¿No ves que vinculo el arte y la finanza? ¿El placer de la vista y la seguridad del futuro? ¡Bruto! ¡Bruto! Yo sé lo que hablo. He sido gerente de banco en Praga.

–Psiii. Ya se te rompió la cuerda...

Abrumados por su anatema, asomáronse a la galería «Aparicio» y «Katanga».

–¡A ver: silencio! Estamos tratando asuntos serios –urgió el primero.

«Viejo Amor» se enfadó por la reprimenda. Y lo indujo a volver sobre la grita de «Fortunato», que había pasado por alto:

–Yo también tengo asuntos serios que ventilar. No soy un chivo infame. Ni un viejo degenerado.

–Sí. Sí. Anoche te le fuiste al humo a la burra en el galpón.

–¿No ven? ¿Por qué me ofende? ¿Acaso Júpiter no se convirtió en cisne para engañar a Leda? ¿Acaso Júpiter no se convirtió en toro para raptar a Europa?

Quedaron bizcos con su erudición. Prudentemente, acercándose al corro, «Katanga» le endilgó:

–Los hombres depravados se complacen en justificar literariamente sus aberraciones. Absorben de mitos, leyendas, relatos, novelas, los fragmentos propicios a sus respectivas psicopatologías sexuales. Exaltan la identidad. Se jactan de ello. Y el vicio aparece tan sublimado, que la normalidad circundante resulta para los tales una afrentosa ñoñería. Conozco pederastas que exhiben su anomalía como una condecoración de la especie. Pero ignoraba que «Viejo Amor» tuviese también argumentos para justificar su sodomía... ¡Está bueno!... En verdad, la sodomía es cosa humana con genealogía divina.

Zeus, que era un pillo redomado, no trepidaba en desantropomorfizarse...

–¿En qué?

–¿En qué?

–... en perder la forma propia... Así se convirtió en lluvia de oro para gozar a Danae y se disfrazó de Amphytrion para engatusar a Alcmena. Así, también, no escatimó recursos de la más baja animalidad. Es cierto que se convirtió en cisne para ayuntarse con la mujer de Tyndaro. Cierto que se convirtió en toro para folgar con la ninfa Europa. Cierto que se convirtió en águila, serpiente, etcétera. Pero, vos, «Viejo Amor», no sos Júpiter...

–Justo. Por eso no me convierto. ¡Es Júpiter quien me seduce convertido en bestia! Por eso me acoplo lisa y llanamente a una yegua; áspera o tortuosamente a una cabra. ¿Qué tiene de particular, entonces, que me le arrime a una burrita como la de Don Rufo, tan llena de atractivos divinos?...

–¡Sos cínico!

La paradoja impensada condujo a la hilaridad.

Medio conciliado, «Aparicio» apuntó:

–¿Y si tenés un hijo monstruo, animal?

«Viejo Amor» dudó, palideciendo con picardía. Casi iba a confesar su derrota, callando, cuando «Katanga» intervino:

–¡Bah! ¿Acaso Pegaso no fue hijo de Poseidón y Medusa? Si el caballo alado que sirvió a Belerofonte para aniquilar a la Quimera fue hijo de un dios convertido en hombre, ¿por qué «Viejo Amor» no puede tener a mucha honra, como tanta gente, un hijo *animal* para matar la quimera?

–¡El padre es el animal!

–Bien, «Fortunato»: ¡basta! No renovemos el escándalo. Estamos en un lugar en donde la deferencia debe ser marco y guión.

Se oyeron sordos retumbos de galopes.

Pronto, detrás de las casas, ladridos de perros.

Luego un chirriar de goznes oxidados. Alguien entraba por la tranquera del patio.

Apeados, aparecieron dos paisanos. Uno, enjuto, mirada biliosa, piernas curvadas. Otro, rollizo, circunspecto, bigotes gachos.

El primero inspeccionó desenfadadamente a los cuatro. Dándose un fuerte guascazo en las botas, indagó:

–¿Dónde está Don Rufo? ¿Qué hacen ustedes acá?

Estaba nervioso, evidentemente. La respuesta de «Viejo Amor» no demoró:

–Ya viene. Ha salido a arreglar una compuerta. No puede demorar.

–¡Ajah! Pero, ustedes ¿qué hacen acá?

–Estamos pasando unos días de descanso.

–¡De descanso! Ta güeno... ¿Y de qué descansan?

«Aparicio» estaba juntando inquina. Semejante interrogatorio a boca de jarro... Sin llenar las formalidades de ley... Iba a replicar contundentemente cuando la figura de Rufo Pereyra desvió el interés de la respuesta. Hacia él enderezaron.

–Mejor así –tartajeó–. Ese tipo con las pelotas entre paréntesis ya me tenía seco. ¡Se necesita insolencia!

–No te calentés por pavadas. Volvamos al cuarto. Me interesa el caso de la Juventud Obrera de Almafuerte...

Los recién llegados eran nada menos que el Comisario de Amboy y el Juez de Paz de Pedanía La Cruz. Andaban en pos de un delincuente prófugo. De Ruperto Alaniz, alias «El Yuyero», autor de asalto y robo a Don Bonaventura Venturi. No ocultaban su indignación. Cada cual a su modo: uno echando chispas por los ojos; otro atusándose incansablemente el bigote.

–Se m'escapao de las propias barbas –comentó iracundo el Comisario–. Estos perdularios ya no respetan nada. No tienen a l'autoridá nenguna consideración. En antes ¿ricuerda? Uno dab'un orden y todo el mundo boc'abajo. ¡Aura!... Lo que más me indina es l'ocasión en que lo hizo. ¡Parece cosa del diablo, Don Rufo! Venía con Ruperto a la parsita mía, revólver en mano. ¡Cualquier día se m'iba dir!

–Claro. Usted tira bien.

–Déjese'e lisonjas. Lo traiba pa La Cruz, pa labrar el sumario pertinente, cuando aycito nomás, en medio'el camino, se paró una martineta de mi flor. Usted sabe cómo me gusta cazar. Dejándome yevar por la tentación, y al mesmo tiempo pa demostrarle al prevenido mi puntería, ay nomás sofrené, apunté...

y Virgen Santa... ¡dése cuenta!... ¡no me sale el tiro!... Enculao, apunto de nuevo, gatiyo... ¡y zas!... ¡tampoco mi rispond'el arma! Taba qu'echaba juego. Entonce... ¡pa colmo!... Ruperto Alaniz, que todita la vida jué un desvergonzao, aprovechó la circunstancia:

»–*Güeno, Comisario. Alvierto que tiene un revólver fallu-to. Adiosito, ¿no?*

»Y clavó l'espuela en las verijas del tobiano. ¡Cualquier día l'iba alcanzar yo! Usted sabe, Don Rufo, que'ando medio jodido'el hígado y qu'el tarambana ése jué el jinete más cotizao en las carreras de San Bartolomé... Asigún me'han anoticiao rumbeó pa'estos pagos. Dejuro que no lu'ha visto. De no...

–En efecto.

–Ya sabe: se lo recomiendo. Si fuera una pamplina, amén. Pero lu'ha asonsao a talerazos al gringo Venturi y de yapa li'ha quitao la cartera.

–¿Con plata?

–Um... no... sé... bien. Con unos papeles... valiosos, asigún opina; pues la víctima nu'ha declarao entuavía como se debe.

Dirigiéndose hacia donde estaban los caballos, el juez de Paz, que no había abierto la boca, inquirió:

–Dígame, Don Rufo: ¿quiénes son esos sujetos?

–Hombre: me pidieron hospitalidad por unos días. Linyeras no son. Me'han pagao adelantao. Traen de todo. Turistas, tampoco son. Basta verles la pinta. Por lo que m'enterao han venido a cumplir la manda de un dijunto.

–¿Manda de un dijunto? ¡Guarda! Son estafadores.

–Um... me gustaría tantearlos –agregó el Comisario.

–¡Ya'stá! Quédense'almorzar Comeremos juntos. Ya verán qué bien se la rebuscan.

–¿Cómo rebuscan?

–En la comida. Ellos preparan todo. ¡Y con qué refinamiento!

Comisario y Juez de Paz se miraron significativamente como palpitando la corroboración a su sospecha. Gratos a la gauchada de Don Rufo se encaminaron a la cocina. No había nadie. Nada. Ya prestos a asombrarse, «Aparicio» los tranquilizó:

–Está tan lindo el día que haremos picnic, allí, junto a la acequia, bajo los manzanos. Vamos. La comida está casi lista.

–Es qu'invitao a estos amigos...

–Vamos, dije. Sin hacer distingos. Siendo amigos suyos son amigos míos.

El Juez de Paz sintió un poco de repulsa. Era un guaso solvente. Lo que se llama con sorna un guaso solvente. Empaque de estupidez y engreimiento. Amparado en el abolengo serrano de un apellido colonial, amparado en su paso por el Seminario, se creía un ente superior. Marchaba desdeñosamente. Dueño de una ignorancia circunspecta, de esas que escudriñan desde el silencio para emitir de vez en cuando una frase con substancia de refrán, todo el paisanaje le temía. Le molestó por eso la llaneza de «Aparicio». ¡Tan luego para con él, a quien los políticos profesionales mimaban como «la persona más caracterizada» de La Cruz!

Cuando llegaron al lugar, los representantes de la autoridad quedaron turulatos, estirando el belfo. Sobre el pastito, un mantel tendido, rodeado por cuatro bancos plegadizos de lona. Un conjunto brillante de vasos, platos y cubiertos de excursión. Frutas, pan, queso, botellas y conservas. La pava sobre un trípode de alcohol sólido. Y, crepitando en el Primus, atendidos por «Fortunato» y «Viejo Amor», dos pollos olorosos de buen aceite, tomates, cebollas y pimientos.

Cerca, en el pequeño represamiento de la compuerta, «Katanga» se estaba bañando.

Don Rufo los condujo hasta allí.

–Les presento, aquí, al amigo. Es diestro en todo. ¡Hay que ver cómo ara!

Salió del agua. Sacudió las manos y saludó. Su desnudez chocaba visiblemente la pudibundez de los visitantes. Para atenuar la impresión, expresó:

–El baño, así, es una bendición de Dios...

–¿De Dios... así... en cueros? La Santa Madre Iglesia...

–Uno está en pleno connubio con la naturaleza. Aire, sol y agua gravitan sobre el organismo infiltrándole salud, fuerza, gracia. Báñense. Yo voy a demorar un poco. ¿Por qué no se bañan? Está lindísima el agua.

No los convenció. En un aparte, el Juez y Rufo Pereyra cuchicheaban en torno a quién sabe qué escrúpulos. Chapaleando, desde la acequia, «Katanga» reiteró la invitación al Comisario:

–Vamos. ¡Tírese! ¡Es un baño magnífico!

–¿Yo?... ¡Cualquier día! ¿Acaso soy atleta?

La contestación lo convulsionó. Para evitar la carcajada zambulló la cabeza. La risa explotaba en borbollones y burbujas. Se mantuvo el mayor tiempo posible. De nuevo a nivel de luz, no se había disipado todavía la mirada biliosa, de rabillo, y la tonada cazurramente cordobesa del Comisario de Amboy:

–*¿Yo?... ¡Cualquier día! ¿Acaso soy atleta?*

«Longines», «Dijunto» y «Lon Chaney» habían salido de caza esa mañana. Llevaban dos escopetas, un pico y las provisiones para pasar el día.

–No me explico cómo se puede cazar con esta herramienta –refunfuñó, intrigado, «Dijunto».

–Ya verás... Ya verás...

Se metieron por quebradas abruptas y por quebradas boscosas. Piedras calvas y sauces melenudos. Formaciones de pudinge, brecha y arenisca. Sombras de molles, cocos, álamos. Laderas de esterilidad bíblica y alcores fecundos de berro y menta. Cruzaban paisajes distintos. Ora una serie de cerros ásperos, hostiles al pie y a la vista; ora un retazo yermo de paja brava, alpatacos y piquillines; ora el valle del río cuya ribera imprime en la página del cauce el clisé de la arboleda.

Iban contentos, pero callados. El ojo avizor y el oído alerta. La mica fulgía doquiera entre lajas y peñascos. Las perdices aparecían y se escabullían. El pico y la escopeta... No emplearon ni uno ni otra. ¿Para qué?

Saliendo de las casas, «Longines» tuvo intención de realizar varios cateos. Sabía que la geología cordobesa es rica en tungstenos, vanadio, plomo, etcétera. Que las venas afloran, invitando a la desidia de sus pobladores a recoger esa riqueza, apenas con un poquito más de esfuerzo que el necesario para recoger la piola de un balde sumergido. Pero él mismo cedió a la indiferencia. ¿Para qué mortificar la piel ya mortificada del

mundo? ¿Para qué horadar la pulpa ya horadada de nuestro esferoide sólido? Prefirió mortificarse, horadarse a sí mismo:

¡Ego: anagrama de geo! ¡El yo: mera transposición de la tierra! ¡La carne: engarce telúrico del hombre! ¡Ego, geo!

Abismándose en la propia ontología, llegó teóricamente al fuego central de Descartes. –¿El corazón? –Traspuso la corteza de la antípoda. –¿El instinto? –Y ya en el vacío inmenso, engranó en la mecánica celeste de Laplace. –¿El pensamiento? –No pudo contestarse las preguntas intuidas. Sentía la impostura de los goznes falsos de la cosmología. Estaba en trance de considerar el error geocéntrico y el error egocéntrico. Pero se retuvo. Geo igual a ego. Y volvió desde el abismo, elásticamente, al nivel del sentido común. Nada de cateos. ¿Para qué? ¿Para qué?

«Lon Chaney» confiaba cazar las aves estupendas forjadas por su imaginación. Disparó proyectiles fuera del tiempo y del espacio. Y el ensueño se deshizo en plumas de cachilas... Tuvo una amarga sensación de castigo. Curado de su maldad cinegética, se complugo en juntar guijarros. En deleitarse en el capricho granular, escoriáceo o córneo de su masa. En ver en ellos lo que no hay. En sopesar fragmentos de wolfrang y de amianto. En consolarse en la muerte sin alas de los minerales.

Sólo «Dijunto» no hacía ni pensaba nada. Andaba en el paisaje con familiaridad antigua. Como se debe andar en él. Incrustado en la tierra, enhebrado en el aire. Respirando con su mismo pulmón cósmico. Siendo una piedra más, una planta más. ¡Nunca un hombre! Porque el hombre siempre conspira contra la integridad de la naturaleza.

–Enseñadme, pues, cómo se caza con el pico.

Hubo de réplica un dúo de mofas:

–El pico sirve para cazar otarios.

–El pico sirve para cazar otarios.

–Si es para eso, allá él. ¡Bastante he lidiado con palos y picos! El pico es el ancla que el hombre desesperado arroja a la tierra. Lo afirma en ella. Mas, ni bien pasa la zozobra, el ancla se convierte en garfio. Tengo la entraña rota a picotazos.

–Bien merecido. Tal le sucede a todos los que cavan el interés y el lucro. Tal le sucedió a los que se aventuraron a la

Atlántida y la Lemuria. A los que vinieron a buscar Eldorado y la Ciudad de los Césares. ¡El ancla del pico se convirtió en garfio! Cabal, «Dijunto».

–Bien merecido. Las aves del paraíso, las oropéndolas, las garzas suntuosas, son como el pájaro azul de Maeterlinck al cual *on cherche par tous places et... demeure dans la propre maison...*

–Cabal, «Lon Chaney». ¿Para qué el pico? ¿Para qué la escopeta? Lo único que vale es superar el orgullo del bienestar por la virtualidad de la inteligencia. Por ella se trasciende. El hombre –animal que emergió de la tierra– tiene un límite fijo de vida: equis milenios; pues la duración de las especies en las épocas geológicas ha sido siempre limitada. De tal suerte, el seguro de vida que cobrará el recuerdo del hombre, será la memoria de su inteligencia. Nada más. ¿Para qué la fortuna? ¿Para qué el amor? ¿Para qué?

–¡Cabal, «Longines»!

–¡Cabal, «Longines»!

Comieron serenamente la merienda.

Y serenamente, se recostaron a dormir la siesta.

Cuando despertaron, advirtieron con angustia que la tarde se había ido flotando en la corriente. No quedaba más que el fondo del cielo en la página del río. La estampa graciosa que imprimía la ribera no era más que un borrón de verdes profundos, oxidados de sombras.

–Vámonos, rápido. Es fácil desorientarse en la obscuridad.

Antes de andar dos cuadras, en un recodo del cauce, un hombre con las piernas desnudas y los brazos arremangados, juntaba y hacía manojos de hierba. Al verlos, se inmovilizó. Las escopetas lo asustaban notoriamente. Su faz hosca se llenó de arrugas y de alarma.

–No se asuste, amigo. No hay por qué...

–¡Ah! Es que yo créiba...

El tobiano, que pasaba a la orilla, se encabritó, nervioso. Sujetándolo por la rienda suelta, «Dijunto» le palmeó el pescuezo, mimándolo:

–Calma, sotreta, calma. Me gustas porque eres igual que tu amo. Él se espanta y tú te espantas. Pero, no hay por qué... Al contrario. Ya verás.

Sacando del morral de provisiones varios terrones de azúcar, los arrimó a su hocico:

–¿No te decía? ¿Somos o no somos amigos?

El caballo vibró en un estremecimiento voluptuoso. Parecía un escarceo de gratitud.

Mientras eso acontecía, el rostro del dueño se alisó. Respiraba una dulzura inefable. Los hombres de campo miden certeramente la bondad del prójimo por la efusión de su amor a las bestias. Siempre hay grandes porcentajes de reserva, de incógnita, en el amor más puro de dos seres humanos. Mas, en el cariño animal, la entrega se verifica plena, sin regateos. El paisano trazó un movimiento cordial de abrazo para recoger un manojo de menta. El ademán no ciñó solamente la hierba. Mezclado a su perfume ceñía también a «Dijunto».

Al salir del agua, la amistad los juntó a la vera del tobiano. Retozaron con su retozo. Pero, enseguida, al sacar nuevamente azúcar, sobrevino una pausa trágica. Pausa de sollozo inminente. Demudado, venciéndose, rogó en voz baja:

–¿No podría... darme un poquito a mí?

–Claro. Tenga. Tenga.

–Van pa tres días que no como...

–¿Tres días? Tenga. Tome todo.

–He'stao preso. Me'han golpeao a mansalva. ¡Véia! No me alcanzaron ni un pedazo de pan. ¡Hiju'e putas!

–Después explicará. ¡Coma! ¡Coma!

Vertidas las provisiones sobre el mandil, «Dijunto» se apartó con sus compañeros. El espectáculo del hombre famélico conmueve y entristece. Lo conocía por experiencia. Los linyeras hambreados que llegaron a su chacra le habían pintado detrás de la frente, de sien a sien, un friso de facies horribles. Lo veía en ese instante. ¡Ninguna mueca tan patética como la que grita la necesidad! Grito mudo, helado, que muequea la enorme y diminuta agonía de la célula. Agonía múltiple en una sola desesperación.

Nutrido con fiambres y pan, reconfortado con frutas y vino, el paisano se allegó.

–Por lo visto se le fue el julepe...

–Es que yo créiba... Me deben andar persiguiendo. Pa pialarme, ¿sabe? Ayer me le juyí al Comisario de Amboy cuando me tráiba pal Juzgado.

–Sería por *algo, don...*

–... por *algo-don...* y árnica.

El chiste lo animó. Tenía los ojos apicarados y la respuesta lista:

–Esu es. Por algodón y árnica. Por darle una paliza a Bonaventura Venturi, un gringo más yeno de taimería que el mismito Mandinga. Era socio mío y de un gayego que'hará cosa di un mes se jué pal Brasil, donde, asigún me dijo, ya'stuvo d'enfermero. Los tres puchereábamos con la venta'e yuyos. Dende'ntonce el negocio se vino abajo. Era el más estruido. Sabía una fortuna en preparar la carqueja, la raíz de poyo, la malva, el rica-rica, el topa-saire, la peperina, el té'e los nueve yuyos. ¡Gayego lindo! Daba gusto oírlo alabanciar la virtú de la nencia, la ipecacuana o la barba'e piedra. Llevábamos una jardinera –que pichinchamos a la viuda de Serafín, el pollero– y recorríamos el país vendiendo yuyos de aquí y trayendo yuyos de'otras provincias. Encajábamos los del norte al sur y los del este al poniente.

–Ponían en cajas equivocadas, ¿para qué?

–No: encajar significa vender.

–Esu es. Vendíamos los del norte al sur y a la vice inversa. Pero el negocio cagó juego. El gringo Venturi, más afecto al tintío que al laburo, se abrió. Y quiso quedarse con todo en el reparto. Veinte veces le pedí los certificados de los cabayos que me tocaron y veinte veces se m'hizo el loco. Hace tres días topé con él. Lo hablé mansito, por las güenas. Se me retovó, entuavía. ¡Y ai nomás lo serví! ¿Qu'iba 'hacer? Debe tener el costillar molido y el mate comu'espumadera. Le saqué los papeles. Pero la polecía me detuvo, me fajó sin lástima, y esos mesmos papeles asigún el Comisario son el cuerpo del delito. ¡Figurensé! Risulta que yo mesmo m'he jodido por hacerme justicia...

–La justicia es una excelsa superchería –sentenció «Longines».

–La justicia es tan arbitraria como las modas. Comparto esta opinión de Voltaire. Por lo demás –agregó «Lon Chaney»– ustedes conocerán la anécdota de Roca y Bismarck. ¿No? Dícese que Bismarck era un hombre que amaba la justicia. Anatole France, en *La Vie Littéraire* lo afirma, agregando, para caracterizar su vocación, que comía y bebía tanto como un destacamento de bomberos... Lo cierto que su senectud, por ser hombre justo, estuvo torturada por el dolor de todos los crímenes que promoviera. Bismarck preguntó cierta ocasión al General Roca, si en la Argentina llena de grandeza que acababa de pintarle, había esa cosa que llaman justicia. El «zorro viejo», brillándole toda la astucia en los ojos vidriosos, contestó de inmediato:

¡Y cómo le va! Nuestra Constitución del cincuenta y tres lo establece desde el preámbulo hasta el final; vale desde la pu... nta de la picana hasta el cul... atón de la carreta. ¿Qué se ha creído?

Convencido de la sinceridad de la respuesta, el Canciller de Hierro no insistió. Y tuvo la gentileza de creer que éste es un país civilizado, con justicia y todo... ¡Menos mal que han muerto los protagonistas de la anécdota! Su caso, amigo, amasado con hambre y vejamen, los pondría en aprietos. El desencanto del uno sólo podría medirse con el papelón del otro... Yo, que usted, buscaría algún espiritista. Y haría transmitir lo que le pasa al formidable Canciller de Prusia. ¡Tendría tal estilo que, desde el *bier hallen* principal del infierno, le mandaría a Roca el ultimátum de un sándwich cargado de mostaza *y nain! nain!!*

El fondo rojo del crepúsculo se volvió cárdeno. Lejanos stratus lo rayaron de estrías verdinegras.

Obscuro ya, empezaron a parpadear las estrellas y los tucos.

El contorno se hizo dintorno. Hubo un conciliábulo perplejo:

–Ahora sí que estamos fritos.

–No se abataten. ¿Pa'nde van?

–A lo de Rufo Pereyra.

–¡A lo de Don Rufo! ¡Véian la coincidencia! Yo esperaba la nochecita pa'enderezar a su casa. Es el hombre más entero y

servicial. Él les dirá quién es Ruperto Alaniz. Sigamén. Conozco la comarca como la palma'e la mano.

Conducía el caballo por la brida. Atadas por la embocadura, dos bolsas repletas pendían en forma de árganas.

–Con estos yuyos me'agenciaré unos riales. Después... si t'he visto no mi acuerdo... A mí no m'embreta naide por más autoridá que sea. A menos que me chuceen a balazos...

Llegaron precisamente, cuando «Fortunato», «Viejo Amor», «Katanga» y Don Rufo se disponían a cenar.

«Viejo Amor», con la euforia del que plantea una adivinanza picaresca demandó:

–¿A que no saben con quiénes se fue «Aparicio» a Almafuerte?

–¡...!

–...

–...

–Con el Comisario de Amboy y el Juez de Paz de La Cruz. ¡Qué amistades tenemos!

Ruperto Alaniz quedó tieso y pálido como una vela bañada.

–¡Virgen Santa del alma! Me persiguen los caranchos.

Mientras lo miraban de soslayo, «Katanga» humedeció los labios, relamiendo uno con otro. Tal actitud, socarronamente reflexiva, era típica en él cuando su interés compulsaba en secreto la posibilidad de un buen espécimen humano. En realidad era un pescador de almas. Habían pasado millares por el cedazo de su entendimiento. Pero ¡qué pocas piritas quedaron en la red! Cuando los éxitos rotundos de su carrera de Doctor Inhell –tres trucos en uno: Thurston-Houdini-Fregoli– su perspicacia tendía siempre a buscar, tras la sensación de los programas, la auténtica curiosidad de veinticuatro quilates. ¡Nada! Cuarzo, arena... No halló más que el escepticismo estúpido de la mayoría, que pijotea el aplauso con una sonrisa irónica, como diciendo:

–*¡Ya me van a embaucar a mí!*

O la ausencia total de entusiasmo, que prorrumpe desdeñosamente:

–*Yo vengo a distraerme, no a averiguar.*

Para él, en concreto, lo único que le producía fervor era la facultad de dejarse engañar de quienes jamás son engañados. La gente rústica, por ejemplo, ya campesina o montañesa. Por lo mismo que posee una astucia ingenua, conoce el encanto de maravillarse y el poder de superar la falacia. Quien se maravilla conquista en el encandilamiento un equipo de rayos equis, que delata las mentiras más serias y el mecanismo de la ilusión. Por eso el paisano es taimado y zahorí. Hablando con Alexander Hermann, el Grande, con Harry Keller y con el mismo Howard Thurston, habían arribado a la conclusión de que, mientras más se desciende el nivel de cultura de los públicos, más peligro existe de que la magia se desbarate. La visión inocente del palurdo posee tal agudeza de ladinidad, que penetra donde la mirada displicente del diplomático o el ojo cansado del escritor jamás penetrarán. Algo debió atisbar en Ruperto Alaniz cuando sus labios se humedecieron, relamiéndose uno con otro. Pero no se apresuró. Dejó que Don Rufo le diera seguridades. Que le ofreciera su corazón y su casa. Y, ya instalado en la confianza de todos, ocupase el banco que le esperaba frente a la mesa ahíta.

Un poco avergonzado, «Longines» quiso dar explicaciones acerca su demora:

–Perdón. Motivos imprevistos... Me di cuenta que iba a llegar tarde...

–Nunca es tarde cuando la dicha es buena. ¿Le parece poco la compañía de un taura como Ruperto, que ha molido a talerazos el costillar de un italiano calandraca?

–¿Italiano calandraca? ¿Hay otro además de «Viejo Amor»?

No se dio por aludido. Cogida con los dedos comía concienzudamente un ala de gallina. Los tendones de carne porosa y suculenta, situados entre los dos huesecillos, lo afanaron aún más. Ruperto, ya aclimatado a la chacota, seguía a salto de risa las pullas de los comensales. Y también aventuró la suya:

–Pol freno que usa, me percato que necesita algún rimedio... p'abrir el apetito. Por las dudas: yo vendo yuyos.

Ni lerdo ni quedado, «Viejo Amor» afrontó su chocarrería:

–Entonces me viene como anillo al dedo. O como dedo al culo, si prefiere...

–Prefiero al aniyo...

–En serio, amigo. Me interesan sobremanera los yuyos de amor...

–... y el amor en los yuyos.

–No encordiés, «Fortunato». Vaya diciendo lo que tiene de uno y otro.

–Pal amor en los yuyos, usted se busca la *mina*. Yo no soy minero... En cuanto a yuyos pal amor yevo en l'alforja la mentada «cola'e quirquincho». Usté hace una decocción y verá la vitalidá que le proporciona. ¡Es una maraviya!

–¿Una maravilla? Cá, hombre. La bebí una vez... y nada. Bebe dos tés de «baila bien» y bufarás como un cojudo.

–Bueno, a ver: póngase de acuerdo. ¿«Cola de quirquincho» o «baila bien»? Yo necesito un brebaje bueno, de reconocida eficacia; porque me sucede lo que a aquel paisano mío que se lamentaba lleno de encono:

–*Gia non se me para piu: se me ne'hincha!*

El desenfado de la charla no le produjo a «Katanga» tanta hilaridad como la interior que le causó la pronunciación esmerada de *decocción*. El esfuerzo de aislar la palabra entre dos hiatos breves, para destacar la fuerza de la doble ce, le evidenciaba que Ruperto tenía algunos conocimientos en la técnica de preparar la flora medicinal. Y quería demostrarlos. Porque el distingo entre infusión y decocción, bien sencillo por cierto, es sumamente importante. La una se verifica con agua hirviendo. La otra, con agua fría en paulatino cocimiento. Aquélla versa sobre yemas, brotes, hojas, flores. Ésta, sobre raíces, cáscaras, semillas, aserrines. Amigo como era de las curas naturales, de los métodos frugívoros, de la trofología moderna, que preconiza que el alimento sea la propia medicina, «Katanga» vertió sobre el yuyero un copioso caudal de simpatía:

–No sabe, amigo, cuánto me complace encontrar gente que entiende de yuyos.

–Tanto comu'eso, no. Un socio gayego que se jué pal Brasil, ¡ése sí que pescaba! ¡Nu'he visto tipo más ducho p'allanar padecimientos!

–Cuando estuve en Brasil, casualmente, allá donde la selva de tanto dominar se viene impetuosa desde tierra adentro y casi

se precipita en el mar, allí, en Río de Janeiro, conocí al Doctor Monteiro da Silva, un verdadero sabio en terapéutica vegetal. Por él supe la excelencia del *«Chá Porangaba»*, de acción tónica sobre el corazón; la bondad del *«Carrapicho de Carneiro»*, como poderoso diurético; las tonificantes *«Raspas de Juá»*, para vivificar el bulbo capilar, y el mérito de la *«Catinga de Bode»* –una planta con «olor a chivo», sin alusión para nadie...– cuya virtud aromática y sudorífica corta influenza, gripes y resfríos. Era curiosa su pasión y su fe en la *«Verna»*, la *«Rasura de Ipé Preto»*, la *«Cogonha de Bugre»*, la *«Raíz de Caixeta»*...

–¿Raíz de qué?

–(No de lo que pensás) ...el ungüento de *«Sapucainha»*, la *«Pepira em Pó»*, las *«Folhas de Maracuyá»*, el *«Sacco-sacco»* y mil plantas más. Partidario ferviente de la terapéutica empírica, defendía al brujo de la tribu y al curandero del *sertáo*. A ellos, decía, debe la ciencia muchos de sus triunfos oficiales. En París, yo mismo he visto gozando la gloria de la estatua a dos presuntos «descubridores» de la quinina... ¡cuando el tratamiento de las fiebres palúdicas, por la acción de las cáscaras de quina, era de uso común entre los incas! El brujo y el curandero fueron y son *pioners* de la medicina. Obligados a valerse solos, emplearon su malicia en hurtar los secretos de la naturaleza. ¿Qué otra cosa hicieron Hipócrates y Paracelso? La experiencia obstinada trajo el hallazgo de medicamentos que, de otro modo, quizás, estarían aún en el misterio. Desde entonces, nunca blasfemo contra el brujo o el curandero. Columbro en el pasado cuánto bálsamo, cuánto alivio, cuánta curación aportaron merced a su amor a las plantas. Y rindo al dolor solitario, rudo, áspero, que apaciguaron, la reverencia que se rinde, por catarsis, a las fuerzas rectoras que escarmentaron a dioses y titanes. Soy un convencido de que el dolor es el gran condimento del mundo. Casi indispensable. Por eso ¿por qué perseguir a quienes manejan las esencias con delicadeza de intención y sabiduría? ¿Por qué acusar a los que sazonan la vida, dejando la pizca necesaria a los felices, o atenuando el exceso de los que no saben cocinar su destino? Esté seguro, amigo: yo jamás denunciaría a un yuyero por ejercicio ilegal de la medicina.

–Usté... claro. Porqu'es léido y güeno. Y nos aprecea. Pero agarre viaje con nosotros y va'saber cómo se palenquea'los humildes. Nu'hay médico o farmachista que no nos denuncée. Sin ir más lejos, estando en Sumampa pa'l última gira, pasó raspando que un sargento bagual no nos achurase. Risulta qui'un tape santiagueño tenía la mujer mesmo a la tumba. La cuñada le'había tráido una bebida'e la botica. Nosotros la revisamos y, es natural, le dimos otro rimedio. Dicen que daba gracia ver la furia del fulano cuando a la semana se le presentó la propia enferma a la botica:

–Aquí le degüelvo la bebida que llevó Regina. Pa lo que sirve... Me curao con «sombra e toro». ¡Maver los tres ochenta!

Festejaron la panacea de la «sombra de toro» con estrepitosas carcajadas. Todos, menos Don Rufo. Su atuendo triste apenas concedió al jolgorio el esbozo de una sonrisa. Parco para adentro más que para afuera, odiaba la hilaridad porque renueva con su ventolina la atmósfera interior. Y él estaba cómodo en ella, acurrucado en la lobreguez propicia, soportando adrede las mayores presiones del renunciamiento.

Viéndole tan ensimismado, «Katanga» lo instó a la alegría por vía indirecta:

–A ver, Ruperto: usted que hace tantos milagros: ¿por qué no prepara un brebaje para levantarle el ánimo al amigo Don Rufo? Eso sí: nada de «baila bien» ni de «sombra de toro»...

Los dos paisanos se miraron de manera comprensiva y dulce. Y los dos menearon la cabeza negativamente:

–¡Cualquiera se lo solivea! A Rufo no lo curan yuyos sino palabras. Es como un pingo agusanao. Naide lo curará con unturas ni con teses. Sino con palabras, con palabras: ¿no es cierto?

–Por... ai... van las güeyas.

No era prudente insistir. Su desazón, más intuida que captada, prohibía el tránsito de cualquier intento jocundo. Declinó, también apenado. Y para disimular, ya levantándose, tomó del brazo al yuyero:

–Aunque lo sometan a los peores castigos, no ceje en propagar las virtudes de la flora medicinal. El vegetal lleva vida al

organismo del enfermò. Su savia es sangre; su esencia es alma. ¡Toda semilla de verdad fructifica en saludables evidencias! No ceje. El mineral, por lo contrario, es muerte pesada y opaca. La farmacopea sintética, química, es puro rótulo. Fabricada en. Envasada por. Una fórmula y una firma. ¡Todo inteligible!... Dios –sí, digamos Dios– ha dado al hombre dos bocas: todo alimento debe entrar o salir por allí. ¡La inyección es la intrusa! La farmacopea sintética es un baluarte que ataca desde la recámara del infierno. Créame: la jeringa es un arma tan mortífera como la ametralladora...

Ruperto apenas vislumbró el sentido de lo dicho. Pero certificó su acierto con rotundos:

–¡Claro! ¡Esu'es!

La noche era un portento de diafanidad azul. La «inminente luna», que era un resplandor entre los árboles, floreció en el ramaje. Y fue una magnolia más.

Todos en el patio ya, la charla se diluyó en cuchicheos, en claquear de articulaciones y bostezos. Urgido por el llanto de su hijito, Don Rufo entró a su pieza. Fue en esa coyuntura, como obedeciendo a una consigna tácita, cuando se conglomeraron alrededor de Ruperto Alaniz.

–Bien, amigo: no sea sonso: ¡huya!

–¿Pa qué? Aquí es un refugio seguro. Cuando me agencee unos riales.

–Tendrá todos los reales que quiera.

–Nosotros le daremos lo que necesite.

–¡Despacio! Yo nu'almito limosnas.

–No es limosna. Es solidaridad.

–¿Cómo dijo? ¿Hay de eso, entuavía?...

«Longines» tenía listo un fajo de billetes. Insistió:

–Tome. No sea sonso: ¡huya!

–Es que me ofiende esta libertad de lástima...

–¡Pero amigo! –intercedió «Katanga»–. Usted se cree que somos capaces de semejante porquería. Tenemos una sensibilidad que se crispa contra todas las férulas y repudia cualquier autoridad. Nada más. ¡Acepte!

No se decidía aún. Entonces, «Viejo Amor» intervino con una artimaña para convencerlo:

–Déme el dinero, «Longines». Bien. Ahora, oiga usted: necesito diez kilos de «cola de quirquincho», el yuyo ese para el amor, que usted recomienda. No regateo precios. Tome: pago adelantado. Cuando tenga listo el producto, se lo manda a Don Rufo, de cualquier parte de donde esté. Él me lo hará llegar.

Agarró el fajo. Lo metió sin verlo en el bolsillo de la blusa corralera. Y apenas tartajeó:

–¡Diez kilos! ¡Qué barbaridad! ¡Cómo andará el pobre!

Dieron las buenas noches.

Ya en el galpón, tendido en su apero, Ruperto tuvo curiosidad. Prendió un fósforo. ¡Era un montón de plata! Contó febrilmente:

–¡Trescientos pesos! ¡La gran puta! ¡Aura mesmo rajo!

Abrumado de azoramientos y sigilos, respirando a la sordina, se vistió de nuevo. Ensilló el tobiano. Y dejando las dos bolsas en testimonio de gratitud, se perdió como una idea en el cerebro de la noche.

Desde el almuerzo, «Aparicio» y el Comisario de Amboy se entendieron. Simpatizaba la astucia común no obstante las ocultas disparidades. Cada cual –buey sin horqueta– cruzó los alambrados del otro. Y pastaban a sus anchas en la confianza mutua.

El único que recató su campechanía fue el Juez de Paz de La Cruz. Blindado en su empaque de guaso solvente, otorgarla hubiera significado disminuirse. ¡Y él no se disminuía ante nadie, ni admitía que nadie lo pordelantease!

«Aparicio» caló inmediatamente esa característica. En su vida de trashumancia y aventura había topado con muchos individuos similares, que «no se achican por nada, que están por encima de todos». ¡Pura parada! Carecen de títulos propios y se los forjan a medida. Embaucan, es verdad, a mucha gente. Pero quienes cotizan esas autovaloraciones en la bolsa del *camouflage*, se ríen de lo lindo. ¿Quién no conoce a esos pobres diablos,

imbuidos del concepto de primacía, que trepados a la intendencia de una ciudad o de un pueblucho cualquiera, su primera decisión consiste en comprar automóvil para ostentar la chapa número uno? A lo largo del trayecto a Almafuerte, a caballo los tres, no hubo margen para conversar. Habían hablado, quizás por exceso, en la mateada que siguió al almuerzo bajo los árboles. Y el camino desenvolvió su film de panorama a la manera de las cintas antiguas, no como un *travel talk*.

El uruguayo se había hecho argentino, en una nacionalización instantánea de conveniencia. Ganzúa típica. Estrategia habitual. Así logró adentrarse en el favor de «sus compatriotas»; pues los chuncanos, oyendo hablar de orientales se persignan con pavura. Los aflige el recuerdo de los pocos uruguayos que anduvieron o se afincaron en las sierras. Ninguno decente. Ninguno que no fuese marrullero. Ninguno que no hubiere consumado tropelías arremetiendo enfáticamente contra la humildad sumisa, aunque rencorosa, de sus habitantes.

El Juez de Paz, tardo y romo de penetración, ya estaba disuadido. Tanto él como sus compañeros no eran estafadores. Había visto los dos mil pesos de la manda del finado, sueltos, desplegados. No se trataba de un taco de papeles de diarios, con un billete legitimando el canto y la apariencia de los dobleces. No. Estaba bien disuadido. El Comisario, así nomás... También había visto los billetes sueltos desplegados; pero quería tenerlos en su poder... para examinarlos. Y mordiéndose el bigote con los dientes inferiores, calculó al trotecito y planeó al paso el modo más hipócrita de quedarse con ellos.

Faltaba solamente combinar la estratagema.

A mitad de la marcha, dentro de un cañadón tapizado de tréboles y «lenguas de sapo», se apearon. Fingieron que iban a hacer ciertas necesidades, mientras «Aparicio» abrevaba las cabalgaduras. Viéndoles volver olfateó algo sucio: el pretexto, no lo otro. El pretexto impregnaba sus semblantes con la suciedad peor de la ficción. Desde ese instante la confianza mutua se convirtió en campo de abrojos. Y el camino, una ruta erizada de inquisiciones y recelos.

«Aparicio» celebró íntimamente ese vuelco. Favorecía sus planes. Porque en sus planes estaba «comprar» la autoridad para la realización impune de ciertos trabajos secretos. «Katanga», esa mañana, se lo había aconsejado:

–*La manera más correcta de joder a la autoridad es simulando que ella nos jode. Hay que pasar por pavo, siempre. Un cuento del tío ficticio –vale decir auténtico, entregando dinero efectivo en vez de recortes– adjudica a quien lo hace una sinceridad tan grande, una inocencia tan descomunal, que la credencial de sonso que se obtiene lo habilita para efectuar después, subrepticiamente, las más delicadas fechorías...*

Pasaban junto a lo de Gumersindo Páez. Un rancho enclavado en el declive de una loma. Un corral empinado de pircas. Media hectárea de maíz. Y un algarrobo aburrido de ver tanta miseria.

Se allegaron. Ladridos de perros acobardados de garrapatas. Saludos de una mujer desgreñada, con dos chicos mugrientos tironeando la pollera:

–Güenas tardes, compagre. Tanto tiempo sin verlo. Cuánto gusto nos da. Ma'ver ustedes: ¿no conocen al pagrino?

–¿Que'hacís vos? Pedile la bendición, puej.

Desde atrás de su grupa, una vocesilla fosca, articuló:

–La bendición, pagrino.

Y cayó solemne la respuesta del Juez de Paz:

–Dios te haga un santo, muchacho.

–¿Y, qui'hacen que no desmontan? Gumersindo stá al cáir.

–No, Romualda. Andamos en deligencias. Y se nos viene la noche encima.

–Pero, compagre, no séia así.

No accedieron. Todo se redujo a averiguar a «Aparicio» el nombre del finado y a reproducir la pregunta:

–Dígame: por estos pagos no'han óido mentar alguna vez a un tal Domitilo Sayavedra.

–Sayavedra... Ese apeído nu'es di'aquí.

–A mí tampoco me suena...

–¡Ni a mí!

Ambos le clavaron la vista. Parecían reconvenirle a que no viniese con macanas. Que fuera sabiendo que no iba a engañarlos así nomás...

Galoparon un buen trecho.

Llegando a «LA FLOR DE DAMASCO», ALMACÉN, CORREO y TIENDA DE NASSIN FLORES, los detuvo el trapecio de luz de la lámpara de carburo.

Bajaron. Había muchos parroquianos, no se sabe si chupando o comprando yerba o bramante. El negocio era un revoltijo de mercaderías. En el mismo mostrador se despachaba azúcar, tocino, grapa y satiné... De entrada, el Comisario ordenó:

–Sirva tres ginebras con barrito.

–Dos nomás. Yo tomo caña.

–Tres ginebras con barrito. ¡Yo pido y pago!

–Usted puede tragar la porquería que quiera –replicó «Aparicio» un poco amoscado–. Pero yo tomo lo que me agrada.

–Ajah. Ta güeno...

En esos momentos, el sirio vertía en dos vasos unas gotas de fernet. El amargo caía turbia y lentamente a través de la ginebra, disolviendo sus espesos néctares igual que un chorrito de lodo. El uruguayo comprobó la plancha. Y para borrar la altanería de su enojo, se apresuró a rectificar:

–¡Sabe que está lindo! Al fernet llamarlo... Déme a mí también una ginebra con barrito.

Pero ya el Comisario de Amboy no podía con su tirria. Zambulló el líquido de un golpe de codo. Y enérgicamente interrogó:

–Ma'ver: ¿quién de ustedes ha óido mentar por estos pagos, dende veinte años a la redonda, un tal Domitilo Sayavedra?

La pregunta cayó en el vacío.

Entonces, girando los talones y pegándose un talerazo en la bota, le increpó:

–¿Ha visto? Sa-ya-ve-dra...

Y farfulló por lo bajo:

–Ya te vi'a dar cuentos, a vos.

Montados de nuevo, «Aparicio» notó que secreteaba al Juez de Paz, con el pie ya en el estribo. Y que, enhorquetado, éste sonreía con una sonrisa oronda, cachonda y redonda. Sintió

un poco la humillación. Le dolía contenerse. Pero se contuvo. Y recién cuando reiniciaron la marcha, lo ametralló en seco:

–No se me escabulla. Dígame: ¿de qué se sonríe... así... tan... sobradoramente?

–Hombre... A decir la verdad... De... ¡la Romualda! Sí: de la Romualda.

–¡De'ande yerba, puro palo!

–Sí. Se lo juro... De la Romualda. Fue cocinera mía, ¿sabe? Era madre de cuatro hijos orejanos, de diversos padres, cuando un día se me presentó Gumersindo:

–Permiso, patrón. He risuelto casarme con la Romualda, ¿no? Comu ella...

–¿Con la Romualda? ¿Has pensado bien? ¡Es curioso! ¿No ves que tiene una punta de hijos, ya?

–Sí, patrón. Por eso mesmo. ¡Es tan güena pa los partos que no v'ha haber gastos!

Se le había escabullido.

El relato –por inverosímil que fuese– le resultó en la ocasión como una patada en el sacro. Lo soliviantó en la montura obligándolo a galopar. La cara apretada de grima. El puño endurecido en el rebenque. Por contraste, y para mayor irrisión, la brisa desflecaba en su nariz la falsa hilaridad de los acompañantes. Sabía ya con los bueyes que araba. Y se tornó taciturno:

–Es triste pasar por gilastro. Pero no hay otro remedio. La plata no llegará a la Juventud Obrera de Almafuerte. Me la decomisarán por su olor afinado... La husmean... El yuyero, que escapó a su custodia, ya está en el olvido. Ni se acuerdan ya de él... Vaya en pago de su salvación. Pero me da una pena pasar por gilastro cuando podría chasquearlos en forma. Paciencia. Resignarse. Hacerse más sonso, todavía. Es una gran verdad: la manera más correcta de joder a la autoridad es simular que ella lo jode a uno.

La evocación del yuyero fue perjudicial a su aplomo. Llevado por la imaginación algo exaltada, «Aparicio» fue rodando por declives de fatalidad hasta ocupar su puesto. Hasta persuadirse que él suplía al delincuente. Hasta convencerse que estaba irremisiblemente perdido. La noche y el silencio com-

plicaban sus sensaciones. Un poco a retaguardia el Comisario y el Juez, torvos, venían madurando la connivencia. Habían extirpado toda aparcería. Y él –el amigo eventual durante la tarde– marchaba ahora como marchan los reyes y los delincuentes: con escolta.

Inconscientemente, su fastidio chascó la lengua entre los dientes. Fue el chirrido del hierro al rojo que se hunde en la tina de agua. Y volvió a la realidad. Pero el pensamiento estaba lanzado. ¿Qué hacer? ¿Desmoralizarse? No. Lo condujo amablemente por el andarivel que despuntaba en su mente:

¡Qué hallazgo! Los reyes y los delincuentes, entre las muchas cualidades idénticas que poseen, coinciden más que nada por la escolta que los acompaña... La sutilidad del protocolo, sin embargo, tergiversa la acepción de las cosas. Y a la manera de una academia supletoria hace lo posible para dignificar a la monarquía. Así llama «guardia de honor» a la colección de esbirros que tutelan la integridad de majestades y altezas... Una lógica similar obligaría a designar con el nombre de «comitiva» a los pocos deseables policianos que custodian al delincuente... Pero no hay tal, pues la lógica también se adapta al paladar de sus numerosos consumidores...

Una tosecilla irónica continuó la reticencia. No era para menos. Cuando se cree conquistada una etapa de conciencia en la justicia, dentro la cual no puede desnaturalizarse lo cabal de los conceptos con argucias acomodaticias, repugna todo eufemismo y causa grima toda magnificación capciosa.

Debieron sorprenderle alguna mueca de sarcasmo, proveniente de esa curiosa constatación. Debieron sorprenderle la risita que decoró su rostro. Debieron intuir algo alusivo en su befa, pues la lonja de un talero le serpenteó la espalda y un golpe de puño le doblegó la nuca.

–¿Qué mierda te pensás?

–¡No vas a reírte de nosotros, no!

Y la lonja del talero y el puño del Juez de Paz se ensañaron en una paliza bamboleante a diestra y siniestra.

Estupefacto, lleno de magulladuras y comezón, «Aparicio» no supo a qué atinar. Atajó con el rebenque los golpes que pudo. Y con unas cuantas puteadas la persistencia del atropello.

–¡No hay derecho, carajo! ¡No deben aprovecharse así, cobardes! ¡Soy un hombre pacífico y sin fuerzas! ¿Por qué esta infamia, carajo? ¡Voy a telegrafiar al gobierno!

El Juez de Paz estaba cambiado. Su expresión se había vuelto simpática. Tras el deleite del castigo, la excitación le dotó una atmósfera jocunda. Respiraba con alegría. Abolida la presunta autoridad, su cara radiaba de fulgor ufano. Con fruición sadista. Con la beatitud dominica de los inquisidores ante los herejes quemados. Sus ojos ya no delataban doblez. Brillaban sin falsa nota en la armonía del contento.

–¡No hay derecho, carajo! ¡Es candidez de bruto y brutalidad de cándido suponer que la verdad pueda ser aniquilada a sopapos y talerazos! ¡Cualquier día! ¡Ya verán, carajo!

Dueño de sí, con simplicidad directa, con frialdad reveladora de saña, el Comisario le asestó en el cuello un formidable guascazo.

–¡Tomá: rascate! Y seguí carajeando, vas a ver.

No insultó más. Le picaba el oprobio. Un escozor psíquico más que epidérmico lo sumió en un sollozo que era más bien rezongo. En un rezongo que se convirtió después en entrecortado gemido de protesta. Le picaba el oprobio, no la contundencia del desmán.

Belicoso por temperamento, esa pasividad no podía durar. Recordó de repente sus correrías en las guerras civiles del Uruguay. ¿Qué era una marruza más sobre un lomo templado a machetazos? ¿Qué eran unas cuantas cachetadas en su cara abollada de matón? Un viento de rebeldía soplaba en su espíritu. Salía en ráfagas calientes por sus ojos y su boca. Pero no accionaba los puños con los antiguos ímpetus. Era ahora la rebeldía caduca del luchador juvenil trocado en viejo marrullero. Y gruñó:

–Es candidez de bruto y brutalidad de cándido suponer que la verdad pueda ser aniquilada a sopapos y talerazos... Las ideas, cuando las dicta la conciencia del deber, no admiten otra sanción que la de la colectividad... De tal manera, quienes sin ningún

derecho se atribuyen una potestad que no tienen, estafan a todos, adelantando un juicio que no les pertenece... Las ideas, como fuerza vital, no se preocupan ni pueden preocuparse de la cosquilla morbosa de nadie... Cumplen su misión impersonalmente. Por eso resulta irrisorio este vejamen... Cuando la razón exaspera es porque hay una buena razón... Y sobre todo, la imposibilidad de desvirtuarla. Bien, me quedo con el agravio... Pero mirad el consenso público. Sobre la lealtad de cada pensamiento flamea mi verdad... Sobre la efusión de cada sentir, la solidaridad con mi deber... Lo demás, importa poco... Que siga la paliza... Que siga la bulla de los ineptos... Que siga el regodeo del egoísmo satisfecho... Yo, como siempre, venga lo que viniere... Con mi conciencia lista a la equidad y mi rostro abierto a la candidez de todos los brutos y a la brutalidad de todos los cándidos que suponen que la verdad se aniquila a sopapos y talerazos...

El Juez y el Comisario, satisfechos del «escarmiento» propinado, colaron su perorata con desdeñosa indiferencia. No había palabras gruesas que taparan el oído. El martilleo de las frases no les molestaba. Y siguieron como si tal cosa.

Se veían ya las luces de Almafuerte.

«Aparicio» iba laxo como el lazo. Como una prenda más de la montura. Sin ánimo. El atoramiento del escarnio y la vehemencia de la declamación lo habían extenuado. ¡Y acababa de rendirlo el fracaso! Esa monserga, escrita en Paysandú tras la empavonadura de un ojo por un político oficial, le había valido allí dos banquetes de desagravio. Ahora, aquí, nada. Ni explicaciones, siquiera. La ridiculez de haberla repetido –con ligeras variantes– le hizo experimentar tanta vergüenza que sólo tuvo el consuelo de ocultarla en el rebozo de la noche.

No habían recorrido siete cuadras, cuando entraron a un callejón de álamos. La sombra compacta del follaje sólo dejaba pasar por el resquicio de los troncos algunas franjas de luna.

Era el punto prefijado.

Un breve galopito separó al Comisario llevándolo hasta sujetar por las riendas el caballo de «Aparicio». Ni bien se juntó el Juez, en tono brusco le espetó:

–Maver: pasá la plata.

–¿Cómo, pasá? Ese dinero es para los deudos de Domitilo Sayavedra. Es un mandato de última voluntad.

–¿Sa-ya-ve-dra... no? ¡Ya te vo'a cré! Vos lo que sos, sos un estafador sin agüela. Viniste'hacer el cuento del toco-mocho. Ese dinero es falso.

–¿Falso? Ya lo quisieran...

–Claro que lo queremos. ¡Pa comprobancia! Maver: tráilo de una vez. De no, no sabís lo que t'espera.

–Es que...

–Entregue, le mando. Es el cuerpo del delito.

–Aquí no hay ningún delito ni otros delincuentes que...

«Aparicio» seccionó la frase en el instante exacto. Bloqueado por ambos lados, un grosero manoseo anticipaba las peores violencias. Súbitamente añoró sus tiempos de facón, trabuco y máuser. La epopeya de Aparicio Saravia. Los furiosos entreveros de «Tres Árboles», «Hervidero», «Arbolito», «Masaller» y «Tupambay». Y las degollatinas de prisioneros. ¡Con qué gusto les hubiera rebanado la cabeza a los dos esbirros que padecía! ¡Con qué gusto, ya sujetas por las crines, les hubiera dado el consabido rodillazo en el traste para lanzar sus cuerpos decapitados a la típica marcha macabra, agitando los brazos como alas, hasta verlos caer enterrando el muñón del pescuezo en el polvo del camino! ¡Con qué gusto! ¡Para relamerse! Pero no podía en ningún sentido. Su rol era dejarse embromar. Y agachó las manos y el rostro, ofreciéndose dócilmente al pillaje.

Era difícil extraer el dinero del bolsillo del pantalón. El apuro del Juez y del Comisario entorpecía sus maniobras. Juzgando definitivo el designio de despojarle, se avino a lo mejor: a ayudarles.

–Bien. Sírvanse. Pero conste que es moneda auténtica de curso legal. Que tengo la numeración de todos los billetes. Que no me van a meter la mula, cambiándolos por recortes de diario, para hundirme.

–No; perdé cuidado.

–Le vamos a dar el recibo correspondiente.

–Muy bien. Pero el dinero para los deudos de Domitilo...

–... Sa-ya-ve-dra...

–... se lo morfarán ustedes.

–¡A lo mejor, nomás!

No fueron al local de la policía, como era lo correcto. Embicaron en la casa particular de su compinche: el Comisario de Almafuerte. La gente ya estaba acostada. Mejor para sus objetivos. El dueño alumbró una salita atascada de cursilería. Presentaron a «Aparicio» como un amigo de absoluta confianza, digno de los mejores respetos. Recomendáronselo encarecidamente. Debían finiquitar una operación comercial y le rogaron papel y tinta.

Se respiraba un aire perfumado de sorna. Ambiente de comedia. Movimiento de especiosa cortesía. Usando ademanes atildados, el Juez se arremangó para escribir.

–Le haré un documento privado. Dígame bien su nombre y apellido.

–Ponga Juan Aparicio.

Redactó. Dibujó el moñito de la firma. Y secó con el aliento.

Ya en su poder, el uruguayo trató de leerlo. Imposible. Debió descifrar los garabatos de la letra y las sandeces del texto. Palabra por palabra. Sin captar el sentido total. Recién entonces, al recorrerlo panorámicamente, comprendió la insólita calidad del mismo:

> «El en frasquito Juez de Paz de la Cruz sertifica a los efeutos que ubiere lugar quen un lugar de su Pedanía encontró al endeviduo Juan Aparición con villetes que paresen dos mil pesos junto (son 2.000 $) tratandosé de un desconocido en la sona que asigun él mesmo informa son para cumplir la manda de un finado *y* como eso uele a cuento *y* como delito es todo hecho y dicho no hecho y no dicho conque se contrabiene albertidamente a la ley prosedo a sequestrar la moneda ut supra pa ver si es moneda que valga o es cuerpo del delito quedando por tanto el delito en pie y el interesado a caballo asta tanto se haigan aberijuado las comprovaciones pertinentes».

Para no estallar, había refrenado la risa mordiéndose los labios. Empero, se permitió un chiste:

–¿Dijo usted que era un documento privado?

–Ajah.

–Se ve: privado de fecha, de ortografía, de puntuación y hasta de firma.

–¡Y eso! ¿Qu'es?

–¡Ah! Permítame.

Tomó la pluma y escribió al pie: *Firma ilegible*.

–Con esto me basta. Tengo la numeración de los billetes. Ya vendré para su devolución. Mientras tanto háganme un favor: no me queda ni un centavo. Si fuera cuentero del tío les hubiera pedido garantías por el depósito. Pero no lo soy. Y quiero que sigamos amigos.

Juez y Comisario se miraron. Al mismo tiempo recurrieron al cinturón y al bolsillo. Integraron dos ochenta.

–Bien. Gracias. Hasta la vista.

Desde el umbral del zaguán ambos lo vieron doblar la esquina. Iba tranquilo y apuesto. Sonriente. Y murmuraron cabizbajos:

–Entuavía eso de la numeración...

–A lo mejor la'embarramos...

Era tarde para allegarse al local de la Juventud Obrera de Almafuerte. Procurar entrevistarse con algún miembro del Comité pro presos hubiera sido imprudente a esa hora. Optó por buscar una fonda. Ya había estado alojado en una; pero la suciedad de los cuartos, la estampa de la familia real italiana y el olor rancio de frituras con el ajo del comedor, le indujeron a meterse en otra. ¡La coincidencia! Reunido con tres camaradas más –el naipe y los porotos del truco para despistar– halló al propio Secretario. No se hizo presente. Dándole la espalda, chistó al muchacho que hacía de mozo:

–Che, apropincuate.

–¿El qué?...

–Que te acerqués. Traeme un completo con dos panes, mucha manteca y varias fetas de jamón.

–¿Jetas? No hay de eso.
–Lonjas, tajadas, tiritas.
–¡Ah! Diga derecho viejo. ¿Por qué no chamuya como la gente?
Deslizándose en la silla, «Aparicio» clavó la nuca en el respaldo. Hablaba el Secretario. Tenía bien grabada su imagen. ¡Como si lo viera! Su expresión era inolvidable. Rasgos firmes. Mirada directa y helada. Hijo de padres palermitanos, parecía haber heredado la intensidad dura y violenta del «*Condottiero*» de Antonello di Messina. Hablaba el Secretario. Y el contacto de su voz le hería con infinitas puntas de fuego. Su ilación tenía matices de persuasión tan penetrantes que le hacían olvidar todo. La peripecia y la comezón. La estafa y la contraestafa. Gustábale ese género oratorio de intimidad tajante, en el cual la razón arrulla lastimando. Hablaba el Secretario:

> Es una ignominia. Cuando se observa el eterno carnaval de nuestra política, se patentiza la mofa que sufre la democracia.
>
> La farándula legislativa reproduce en cada provincia el mismo sainete que representa el parlamento nacional.
>
> Histrionismo en las posturas, desvergüenza en las acciones, garrulería en el propio seno de los principios.
>
> Todo está contaminado con el virus de la más baja incivilidad, porque los instintos conculcan la razón y la fe de la república.
>
> Quien analiza el juego de los resortes administrativos, escucha con asco la estridencia del interés por todas partes.
>
> La coima está en nuestra democracia como una miasma permanente, para asfixiar y ahuyentar el carácter.
>
> Hay fraseología, crisis de ideal, pues los oídos se empecinan en oír solamente el canto que adula las ambiciones.

Se nota la inminencia del desastre, porque se degrada el progreso con la renuncia de los prestigios pasados.

Hay fallas tan grandes en el civismo que, para muchos, la nacionalidad importa poco en la estructura del derecho.

Así se miran sin rubor las tiranías vecinas y hasta se anhela que la libertad sea también aquí masilla de sátrapas y baratija de mercaderes.

La democracia está enferma y es preciso curarla. Nada de «dictaduras higiénicas». No existen. Usan los emplastos del miedo y el opio de la ignorancia.

Basta la decisión de unos cuantos ciudadanos de fibra, que arranquen la venda de la depravación y del imperialismo. Que saneen al sol las llagas pútridas.

Basta que renazca el antiguo fervor patricio: ya en la serenidad, ya en el tumulto, blandiendo el temple y la apostura de las viejas espadas.

Y especialmente que se arroje al ostracismo toda la cáfila de políticos profesionales, sin asco ni piedad, como se arrojan a los sitios baldíos las alpargatas inservibles.

«Aparicio» no pudo refrenarse. Algunos días antes, en larga tenida, se había convencido de sus grandes condiciones de dirigente, forjadas a golpes de audacia y bondad. A su criterio, el político militante debía ser eso, nada más: una amalgama romántica para servir a la patria. Y ebrio de entusiasmo, giró el busto y prorrumpió:

–Muy bien, amigo. ¡Así se habla! Es la pura verdad. Hay que salvar la democracia entrando a pólvora y bayoneta contra medio mundo. Para servir al pueblo ignaro de Sudamérica están de más Engels *y* Marx, Sorel *y* Lenin. Como están de más todos los políticos vendepatrias. ¡Cafishos de la soberanía! ¡Pequeros de la voluntad popular! El hambre, que es la palmeta

que hace entender la lección de la desigualdad, no existe aquí. Todavía la propiedad no está blindada como en Europa por defensas invulnerables. Aquí carnea el que quiere una oveja ajena. Aquí no hay jueces que condenen Jean Valjean, por hurto de un pan. Aquí tenemos tanta plata que hasta nos la dejamos estafar adrede... Pero ¡ojo con los políticos profesionales! ¡Cafishos de la soberanía! ¡Pequeros de la voluntad popular! Ellos rejuntan los votos de cada país en el parlamento, como las ovejas en los corrales... ¿Para qué? Para ser llevados al matadero: al matadero por los vendepatrias. A la servidumbre de los ingleses o a la esquila de los yanquis. ¿Se dan cuenta?...

Desorbitado, casi incoherente, se excedía en la diatriba.

En un santiamén se incorporaron los cinco. La mirada directa y helada del Secretario contrastaba con el vuelo soñador de «Aparicio».

Combinaron una cita para la mañana siguiente.

Dándose las manos para despedirse, el apretón tuvo un efecto mágico. El Secretario, presa de una inspiración instantánea, endureció los músculos faciales. Miró sin mirar una lejana cercanía. Y con inflexión filosa, pontificó:

–Antes, las dos manos del escudo pulsaban amistosamente, como los paisanos en el mostrador de las pulperías. Ahora, pugnan por desatarse, con odio. Una, para levantarse vacía, como una maldición; otra, para levantarse cerrada, como una amenaza. ¡Las dos manos del escudo pelean! Pelean en definitiva por ver cuál de las dos se queda con el símbolo que sostiene la libertad. ¡Por la pica! Por la pica, que es para una: garrote; para otra: lábaro. ¡Es necesario que el sol de Mayo ilumine las conciencias! ¡Que cese el manoseo de izquierda y derecha! ¡Que los laureles del pasado y los olivos del futuro mantengan unidas ambas manos! ¡Que no se separen nunca! ¡Sería la ruina, amigo!

–Sí. ¡Que no se separen nunca! ¡Sería la ruina, amigo!

Iba en dirección al punto de cita fijado por el Secretario. Cruzaba la plaza de la localidad cuando una gran algarabía lo paralizó. Chiquillos astrosos: vendedores de diarios, lustradores

de calzado, etcétera. Lentamente, a la deriva, llegó sin darse cuenta al frente de la iglesia. Desde la plaza, después, un banco lo invitó a sentarse. Aceptó. Y desde allí, exonerado de sí mismo, desplazado en el tiempo, se puso a contemplar la entrada de un cortejo nupcial, la curiosidad de las solteras envidiosas y la envidia de las solteronas desahuciadas.

Después...

Había caído en el pozo del ensimismamiento. Y hablaba para adentro, como cavándolo más todavía:

¡Oh, cuánta remembranza infantil me trae esa grita estentórea: «–¡Manchancha, padrino!»... Yo también tuve el pueril oficio de cazar monedas en los casamientos. Corríamos hacia la parroquia tras la carroza nupcial pregustando el alborozo del reparto, que culminaba allí, en el atrio de piedras blancas, cuando el padrino lanzaba su ofrenda al arbitrio del aire. Aún me suenan los cobres campanillando en el cuenco de ambas manos, como una inefable canción de felicidad. Tal vez la escuchen aún aquellos novios lejanos, que preludiaron en el estrépito de esa música todo un romance de caricias...

Pero ya no estaba sentado frente a la iglesia, gozando la barahúnda de los muchachos. Estaba entre ellos, desdoblado, espectral. Y al salir el cortejo gritaba, también:

–¡Manchancha, padrino!

El hombre, un piamontés sanguíneo, no esperó la conminación del «¡padrino pelao!». Y como un sembrador seguro de la cosecha, incómodo sí en su traje circunstancial, arrojó el germen de nickel que fecunda tanta delicia en los chicos.

Sucedió, entonces, el vivaz remolineo de costumbre. En vano los autos exasperaron sus bocinas. Todos estaban hincados en una misa locuaz, en procura de las hostias sonoras que rodaron en el macadam. Los más vivos comulgaron muchas veces, mostrando al inepto su cosecha de monedas. Por eso los tontos y descontentos iniciaron de nuevo el estribillo:

–¡Manchancha, padrino!

–¡Manchancha, padrüinoooooo!

Infructuosamente. Toda la comitiva se instalaba en la hilera de autos al borde de la calzada. Los más audaces se en-

caramaron en el Ford «nuevito» de adelante. Él, incluso. La novia sonreía como una rosa de carne. Su esposo, cruelmente encorbatado, parapetaba su virginal timidez de colono en su pechera blanca y en su ramito de azahar. E insistieron:

–¡La manchaaaanchaaaaaa!

Automáticamente, los desposados se ruborizaron. Pero el marido se sobrepuso. Y fue generoso: dio un peso «para todos»...

El auto arrancó con un pique violento. Los pedigüeños trastabillaron. Él casi oyó. Cuando repuso el equilibrio, los muchachos corrían para efectuar la distribución en el boliche de la esquina. Entonces, él revino a su banco. Recuperó la pelecha de los años abandonados. Y se quedó pensando en la emoción de la pareja, mientras tintineaba en su corazón la manchancha pródiga de ternura que le dio la sonrisa de la novia y la mirada ingenua del amado...

Suspiró.

¡Visión volátil!

¡Días abolidos!

Y chascó la lengua con brío para instalarse de nuevo en la realidad de la mañana.

De vuelta de la iglesia pasaba una rubia empolvada, con ojos azules de pastel.

–¡Qué hembra! –murmuró encandilado por su belleza.

Fue una exclamación de instinto primario. Rarísima. Era un renegado del amor. Lo detestaba. Su vida nómade le había inculcado el desapego musulmán por la mujer. Mejor la soñaba hurí que la soportaba presente. No conocía pasión por la gracia femenina. Por más que en pechos duros, pétreos, siempre hay una grieta por donde mana el amor, el suyo pocas veces vertió simpatías o ternezas para el otro sexo. Todo su ardor y su vehemencia se gastó en el fuego de las guerrillas y en la erupción del pillaje. La lucha le suministraba morbosamente un deleite secreto. Peleando, se polucionaba. Y en esas poluciones computó la superioridad mística de vencer la carne. Por eso, cuando se arreaba al mujererío de las estancias, y todos sopaban brutales en el ultraje, él se retraía. Se hundía en la soledad; y desde allí vociferaba sus náuseas:

–*¡Puah! ¡Qué asquerosidad! ¡Pijoterías! ¡Cajeterías!*

La rubia empolvada, con ojos azules de pastel, seguía concitando su atención. Sin saber por qué misterioso resorte, obedeció al impulso de seguirla. *Turpis senilis amoris?* ¿Rescoldo de una brasa inextinguida? No averiguó. Había caminado cincuenta metros en pos de ella, cuando se encendió un resplandor en su mente: ¡la cita con el Secretario! Entonces le pareció ridículo todo. Se ruborizó interiormente. Pero el rumbo de la cita coincidía con el trayecto de la rubia...

Ni bien dobló la segunda ochava, erecto en el umbral del negocio señalado, emergió la estampa del Secretario, esperándole. «Aparicio» cruzó sin fijarse, con cierta sandunga. Su ceño se tornó adusto. Imperativamente lo chistó:

–Psit. Pero, amigo...

–Disculpe. No lo había visto. ¡Qué hermosas mujeres hay aquí!

–¡Déjese de cajeterías! El ideal manda. Vamos. El auto está pronto.

Fueron.

«Aparicio» llevaba los ojos huecos de estupor. Metempsicosis: ¿Qué extraño destino ponía frente a sí mismo la copia fresca de su pasado?

Avatar: ¿Qué poder enigmático jugaba en el canje irrisorio de su espíritu?

Ananké: ¿Qué *fatum* extraordinario repetía el eco remoto de sus palabras?

La *voiturette* penetró en el paisaje con ímpetu monstruoso. Horadó el cristal de la mañana restallando flamígeramente en ella. Perforó sin lástima el silencio vegetal y la pasividad de las bestias. Fue tanta la velocidad que imprimió al volante, que era imposible conversar. El viento arrastraba las palabras, enredándolas como papeles en los churques del trayecto.

«Aparicio» confió en las curvas venideras para desahogar su locuacidad ya tumefacta. Pero no hubo caso. El Secretario «agarraba» las curvas con tal destreza que adhería la tierra a la física del motor. ¡Y seguía, seguía! Pasando los vehículos que iban adelante con sornas de bocina y vejámenes de polvo. Cruzando los opuestos con zumbidos de fusta.

Manejaba con orgullosa seguridad. Como ebrio de dominio. Los ladridos de los perros, el desdén de los paisanos a caballo y la maldición de los chacareros en sulky, no alteraban su pulso. Pues su pulso era el mismo de la fiebre chillona, movediza y avasallante del automóvil.

El contorno, rayado por la velocidad, cedía a su visión directa y helada. No le interesaba ningún panorama excepto el humano:

–¿Qué sacamos con la disposición bonita de piedras y árboles? Nada. Quede eso para los contemplativos que adoran al infinito y la lasitud... ¿Qué ganamos con los juegos del sol en las aguas? Nada. Quede eso para los estetas que se empequeñecen en la admiración... Yo amo lo concreto y el vértigo. Vale decir: ¡los hombres!

Llegaron a lo de Don Rufo cuando recién abandonaba la caterva el lugar del desayuno.

Sin despegar la nuca del respaldo, aún bajo los efectos del mareo, «Aparicio» comentó:

–¿Sabe que es bárbaro usted? No me explico para qué corre tanto. Es un desborde...

«Katanga» se acercaba:

–Aquí lo tenés al Secretario de la J. O. D. A.

–¿De qué joda?

–De la Juventud Obrera de Almafuerte: no te hagás el otario. Me ha descuajeringado por completo. ¡Es un fenómeno para correr! ¿A que no sabés cuánto hemos echado?

–Y... ¿Qué sé yo? En la camioneta empleamos cerca de dos horas.

–Veinticinco minutos. ¡Te das cuenta!

No contestó. Midiendo de arriba a abajo su contextura angulosa y recia, «Katanga» avanzó a estrecharle la mano. El cambio de impresiones favoreció al forastero; pues la energía que filtraba el Secretario por todos sus poros mereció el beneplácito de «Katanga», mientras que la displicencia ladina de éste produjo en aquél la fobia que provoca al torrente la impasibilidad del lago.

El contraste se hizo más violento cuando despuntó sus convicciones:

–Este «Aparicio» es un gallina. La virtud del automóvil reside casualmente en la nerviosidad del pique y la constancia de la velocidad. Ello compensa las fallas del hombre: tardo en la decisión, tardo en el comportamiento...

–*(Yo amo el lujo de la lentitud.)*

–... Igual que el microscopio salva la insuficiencia del ojo humano, el automóvil engrana al individuo en el ritmo del momento que vivimos. Es imperioso, definitivo, rápido...

–*(Yo prefiero el ocio repleto al apuro vacío.)*

–... El auto, por otra parte, sirve al interés social de la humanidad señalando el imperativo de convertir cada conciencia en un motor de explosión...

–*(Yo aspiro a humanizar la máquina no a maquinizar mi vida.)*

–... La redención del hombre será factible merced al contagio del automóvil. Cuando se eduque el músculo en el esfuerzo unánime. Cuando se carburen las ideas dentro de la generosidad de lo gregario. Cuando se exalte la biela del corazón en el más impersonal de los optimismos...

–«*(Yo no conozco más optimismo que un pesimismo activo*».*)*

La urbanidad había aconsejado a «Katanga» a oír sin responder. Sus objeciones, así, fueron puramente subjetivas. Murmuradas entre paréntesis de pecho y espalda. La astucia le instaba, ahora, a graduar la fogosidad del Secretario, no ya en contrapunto a la sordina, sino mediante algunas tachuelas, para reventar sus neumáticos:

–Sin embargo, amigo, el automóvil es una de las calamidades del universo. Un solo aspecto: el problema del tráfico deriva consecuencias más terribles que el cáncer, la tuberculosis y la uremia juntos. El año pasado hubo en Estados Unidos ochocientos veintisiete mil accidentes automovilísticos; en los cuales murieron treinta y siete mil personas, quedaron permanentemente inválidas ciento cinco mil y resultaron heridas más de un millón. El total de daños a la propiedad se estimó –si mal no recuerdo– en mil seiscientos millones de dólares. ¡Cuatro veces el presupuesto argentino!

–¡Imposible! Usted inventa...

–Es la voz de la estadística.

–No creo en supercherías.

–La estadística es la historia congelada.

–¡Paparrucha! Se ha dicho que hay tres clases de mentira: la contraverdad, la mentira y... la estadística. ¡Hágame el favor!

«Katanga» ya había hecho su balance. Asignaba un espléndido superávit de afección al Secretario. Ya estaba «calado»: un joven de médula y firmeza. Igual que las sandías, por la breve caladura de sus conceptos, advertía su pulpa sabrosa y roja. Venían «Longines» y «Dijunto» a la par de «Aparicio»:

–Aquí lo tienen. Les presento al Secretario de la J. O. D. A.

–¿Joda!

–¡Ufa! ¿Pero no se han dado cuenta que J. O. D. A. son las siglas iniciales de Juventud Obrera de Almafuerte?

El interesado extendió la mano con mal humor. Le molestó la repetición del «chiste». No le halagaba la fatalidad de la denominación:

–Nosotros decimos simplemente: Juventud Obrera. La costumbre de usar iniciales...

–Siglas.

–... se está convirtiendo en un abuso. Las abreviaturas no se avienen siempre.

–Ciertamente. Hay siglas pésimas. En Buenos Aires me chocó el C. A. P. O. N., o sea el Comité Argentino Pro Orientación Nativista. ¡Comité castrado, orientación de eunucos, por lo visto!... Las siglas valen cuando sintetizan una nomenclatura, una locución, por ejemplo: I. D. A.: *Inmortalis Dei Auspicio; D. O. M.: Deo Optimus Maximun;* D. O. N.: De Origen Noble; I. H. *S.: In Hoc Salus.* O cuando delatan un designio, como la formidable S. A. C. A. porteña, cuyo Directorio se obstina en publicar que significa Sociedad Anónima Capitalizadora Argentina, mientras el público traduce: Sociedad Asaltantes Con Autorización...

Riendo se aproximaron a la galería.

–Esto me recuerda al Juez de Paz de La Cruz...

–¡Ay!

–¡...!

–... uno de los tipos más brutos de la zona. Cierta vez los vecinos del lugar le pidieron que firmase una solicitud para el arreglo de un vado. Ignoraba la significación protocolar de S. E. Para enterarse, empezó leyendo: A Sur Este el Señor Ministro de Obras Públicas...

La mención del Juez de Paz produjo interés y regocijo general, excepto en el uruguayo. «Katanga» acababa de referir momentos antes diversas modalidades de aquél y del Comisario de Amboy. Y repitió:

–Yo jamás he visto una estupidez tan alambicada. Su presunta seriedad es una característica sublime a fuerza de ser desopilante. Don Rufo, que es un hombre silencioso y amargado, no ha podido menos que reír a rajacincha durante el almuerzo de ayer. La máscara de la austeridad resulta la más contraproducente para quienes tienen el alma deforme, caricaturesca; pues cada ser es un dibujante que se dibuja con sus propias palabras. Según creo, viene aquí a menudo, a consultarle. Sobrio y reservado como es, Don Rufo me ha contado las sandeces garrafales que consigna en los expedientes.

–Son famosas.

–No sé si usted conoce esa de caratular «interdicto de corpus cristi» por interdicto de habeas corpus... La otra de colono acusado de prendar en «segundas nupcias» una espigadora... Y aquélla del chuncano detenido por «abigeato de un tílbury»...

–Sí. ¡Cómo no! Hay cientos. Una sandez que hizo época fue la que asentó en la denuncia de una patrona de burdel: «... *a tantos y tantos compareció Doña N N, de sexo francés, de treinta y no se sabe cuantos años de edad, de profesión quehaceres propios de su nacionalidad, pues es la dueña del prostíbulo...*».

Antes que las carcajadas se disiparan, continuó:

–¿Y qué me dicen de los partes del Comisario de Amboy?

–...

–¡Cómo! ¿No conocen los partes del Comisario de Amboy? ¡Tiran en yunta! Entonces ignoran lo bueno: «... *incontinenti, por nu'haber médico en la localidad prosedí a revisar al herido. Presentaba una agronomía en la cabesa: al pareser piegrazo...*». «... *entonce los cuatreros s'enternecieron en el monte y nosotro*

tamién nos enternecimos. Y comensó el tirotéio. Al final n'hubo nobedades de vulto: a no ser un balazo en las guampas del cuatrero prencipal y una pierna quiebrada al complice...». ¿Graciosos, no es verdad? Sin embargo les bate el punto éste, mientras dictaba instruyendo un sumario: «*... el cadáver estaba completamente desnudo. Tenía medias moradas...*

»–¿Cómo, medias moradas? –le advirtió el escribiente.

»–No interrumpa, pues. Tenía medias moradas de frío las bolas. A la altura del cuadril...».

Tras de un barbotar de carcajadas, todos se callaron. Hubo una especie de bochorno colectivo. Lo mismo que en el cine, ni bien se enciende la luz, después de una cinta cómica, los concurrentes se observan con pudor, como confesando la estolidez de haberse solazado con tales despropósitos, así, pasada la obnubilación del holgorio, ellos sintieron que el deber los retaba.

«Aparicio» insinuó la conveniencia de reunirse y deliberar de inmediato.

–Tengo un documento de dicho juez que vale mucho.

–Dos mil pesos a lo sumo –estimó «Longines».

–Dos mil pesos menos dos ochenta: mil novecientos noventa y siete con veinte.

Entraron.

En el pequeño cónclave, la figura del Secretario resaltó como un insulto. Su juventud apuesta y recia implicaba una afirmación en semejante corro de decrepitudes. Una afirmación enfática, cuyo resultado *a posteriori,* a lo mejor implicara, en el tiempo, un fracaso más. Pero, en fin, una afirmación, cuyos coeficientes actuales de solidaridad merecían ser comprendidos y estimulados.

«Aparicio» leyó en voz alta el «recibo». La incredulidad que hubiera despertado en condiciones normales, se resignó por el conocimiento anterior del sujeto. Nadie rió. Se estereotiparon muecas de odio, de asco, de encono y de grima. Se estaba frente a un cínico disfrazado de honorabilidad, frente a un canalla beatífico.

–Los dos mil pesos que llevaba eran para el Comité pro presos. Para entregárselos a usted. Forzado por las circunstancias

tuve que acompañar al Juez y al Comisario. Ya estaban enterados de lo de la manda del finado, por Don Rufo. Algo atisbé en su instinto de aves de presa. Se lo dije, aquí, a «Katanga». Previmos el evento del despojo. Y entonces, para ganarles de mano y asegurar nuestro sosiego, resolvimos «comprar a la autoridad». ¿Cómo? Estafándola con la verdad. Dejándome despojar. ¡Ojalá lo hubieran hecho con delicadeza! Me dieron una paliza de mil demonios. Y después, con buenos modos, tapando el desmán con la simulación de la legalidad, extendieron el documento. Una joya, si no fuese triste de ser tan jocoso. Creo que hemos hecho una buena operación. Amén de no acordarse más del Yuyero, quedaremos tranquilos para siempre. Intuyo su táctica. No darán señales de vida. La amenaza de reclamar la devolución los ocultará en sus respectivas covachas. Por lo demás, la precaución que tuve tomando la numeración de los billetes, ni bien la enuncié, los sobresaltó. Ni ellos ni la policía de Almafuerte se atreverán en contra mía, aunque tenga la captura recomendada. Ni contra nuestra. Se tirarán a muertos; pues con la traba de los pesos hemos engrillado su voluntad. A usted, esto le parecerá absurdo. Una paradoja. Pero no. Es curioso el procedimiento: estafar dejándose esquilmar. Pero es el único viable contra esa gentuza maligna, forrada con el traje «respetable» de la ley. Ahora compruebo cuánta razón tuvo «Katanga» al aconsejarme: La manera más correcta de joder a la autoridad es simular que ella lo jode a uno... Hay que pasar por pavo, siempre... Cuando no se puede pasar de héroe, como él... La credencial de sonso que se obtiene así lo habilita a uno para efectuar después, subrepticiamente, las más delicadas fechorías...

La pausa que sobrevino a la explicación se llenó con dos clases de silencio. Uno amable y suelto. Otro concentrado e irascible. Por primera vez, «Aparicio» había rendido homenaje a la sagacidad de «Katanga». Este hecho, al parecer insignificante, consolidaba la unidad de la caterva. Los componentes lo festejaron íntimamente; pues el elogio remiso es el que más se avalora. Hasta el mismo «Longines» dejó su perplejidad examinando el «recibo» para alargar a «Katanga», envuelta en alegría retozona, la mirada dolorosa de su ojo purulento.

El aspecto irascible estaba embutido en el Secretario:

–Yo discrepo. Ustedes dirán: qué tengo que meterme en asuntos ajenos. Pero déjenme hablar. Este asunto ya no es ajeno. Me concierne tanto como a ustedes. Tal vez más que a ustedes. Cuando supe por un camarada de Río Cuarto que la huelga de los obreros de la construcción se mantendría en pie por una ayuda caída del cielo, no quise creer. El cielo no ayuda a los obreros... Cuando supe al día siguiente que las cuatro explosiones habían apresurado la aceptación del pliego, no quise creer, tampoco; porque las bombas no podían caer del cielo sino desde el infierno. Y los gremios jamás andan bien, ni con Dios ni con el Diablo... Yo rechazo sistemáticamente los milagros. Pero reconozco que el encuentro accidental con «Aparicio», ya al tanto de esos acontecimientos, fue milagroso. Fue en el momento más tenso para mí. Próximos todos a la desesperación. No deseo explayarme. Ustedes sabrán por qué su decisión de ayuda fue favorable. Por qué y para qué necesitaba urgentemente esos dos mil pesos. Y bien. La estratagema de ustedes, que escamotea el destino de esos dos mil pesos, será todo lo ingeniosa que se quiera. Pero es una malversación. ¡Una malversación moral! La verdadera estafa la he sufrido yo. O mejor dicho, los compañeros detenidos, en trance de ser deportados. ¡Es una traición! Para mí vale más la libertad de ellos, positivamente comprometida, que la libertad de ustedes, meramente sospechosa. Y bien. ¡Adiós! ¡No tengo nada más que decir!

Ante la estupefacción general, el Secretario se irguió. Reculó de un talonazo la silla. Y enderezó a grandes trancos hacia la puerta.

Con igual celeridad, «Longines» y «Lon Chaney» le obstruyeron el paso:

–Un momento.

–¡Epa, amigo!

Instado, casi forzado, a sentarse de nuevo, «Lon Chaney» tomó la palabra:

–Hay personas que tienen el valor de superar al espíritu con el heroísmo. Usted, *verbi gratia*. Nosotros pensamos diametralmente lo contrario. Y tenemos el coraje de superar el valor con la

cobardía. Esto explica nuestra mutua posición... Su exasperada protesta es lógica, desde su punto de vista personal; pero deleznable en cuanto atañe a nosotros. Nosotros, lo mismo que los seis detenidos en trance de deportación, somos enfermos que cura un solo remedio: la plata. Si en ella está la salvación, ¿por qué vamos a dar la vida a terceros muriendo nosotros? «*Malheureux l'homme qui fonde sur les autres son appui*»...

–¡Déjese de macanas! ¡Hable en criollo! «Aparicio» me dijo que tenían plata de sobra.

–¡Sí, sí! ¡Tenemos plata de sobra! Pero no aceptamos su crítica por emplear la necesaria a nuestro bienestar. Nuestra libertad es tan sagrada como la de cualquiera. Después de esta declaración en contra de su intemperancia –haciendo la salvedad de que Racine no es un macaneador– yo mismo propongo que dediquemos de nuevo dos mil pesos en beneficio de los detenidos...

–Aprobado.

–Aprobado.

–... y que se los entreguemos ahora, ya, al compañero.

–Muy bien, «Lon Chaney».

La unanimidad del acuerdo enterneció al Secretario. Estaba apabullado y sudoroso. Transido. En lo profundo sentía el escozor de la lección, el gozo del propósito logrado y la ansiedad del bien inminente. Todo revuelto en una misma emoción confusa y trémula. Cuando «Longines», viniendo del cuarto vecino, le entregó la suma asignada, la emoción no pudo contenerse. Y se tradujo en un sollozo vibrante de gratitud y lágrimas. No pudo emitir la palabra. Palmeado por «Longines», «Aparicio» y «Lon Chaney» prorrumpió al fin entrecortadamente:

–¡Saldrán!... ¡Saldrán!... Es una guerra tremenda... Los pulpos imperialistas... Hacen lo que quieren... Tienen las riendas del país... ¡Saldrán!... ¡Saldrán!... ¡No son comunistas!... ¡No somos comunistas, como afirman!... Sino colonos que defienden su producción... Que aconsejan no vender a precios de hambre... Que esperan justicia para el sudor vertido... ¡Saldrán!... ¡Saldrán!... Sus familias... Sus hijos... ¡Oh!

De *impromptu*, como despertando de un letargo, renació en el Secretario su afán expeditivo. Estrechó la mano apresu-

radamente a todos. Corrió al auto. Dio contacto. Y se perdió en la tolvanera de su propio apuro.

No quedó en la galería nadie más que «Katanga». Sentóse parsimoniosamente en la mecedora. Asentó la cabeza sobre la red de ambas manos entrelazadas. Apretó los párpados para estrujar el recuerdo de la hora vivida. Y quieto, desde el quietismo laico de su filosofía, se complugo viendo en la fuente del corazón el surtidor abierto:

»–*La juventud es una expectativa lúcida exacerbada por la restricción del impulso. Es toda clarividencia en la rebeldía. Simboliza siempre la verdad. Cada idea tiene en ella una aurora mental rosada de generosidad y de fe. Y un ritmo cordial impetuoso, que a veces se rompe en la misma efusión del designio.*

»*La juventud es siempre descontenta. La reacción que reprime sus ansias, mal puede interpretar el juego de su vocación y el trabajo de su euforia interior. El amor, que es la suprema magnanimidad, no se adapta a las fórmulas necias de sus censores. Y porque es amor, avanza sobre los vidrios hirientes de la maldad...*

»*Cuando la juventud protesta es que peligra la sanidad de su ideal. El ideal para ella no es cosa que parafrasea el interés, comenta la argucia y difunde la insidia. Tiene su protesta la unción rediviva de un himno antiguo. Y su fe la devoción unánime del sacrificio.*

»*Es forzoso estar siempre con la juventud: luz y nervio, flor y fuego, línea y perfume de la vida. Aunque trice y atropelle. Aunque lleve el absurdo de oriflama. Porque todo se vindica en la amplitud claudeliana de su aliento. Porque todo se esclarece en el fervor de su vehemencia.*

»*¡Oh, cuando la juventud invada, roja de impulsos, el horizonte que cerca su esperanza!*»

Al atardecer anunciaron a Don Rufo que se iban. Pero la lluvia demoró dos días más su permanencia.

La semana transcurrida había sido tan grata a sus pulmones, tan llena de auras favorables a su espíritu, que la idea de un aire poblado de númenes propicios estuvo a punto de dilatar la partida. Era una bendición el paraje. Colinas. Regatos. Valles idílicos. Y el río, ¡qué río! Habían vivido en un alado nivel aéreo. Casi sin contaminaciones terrestres. En familiaridad con elfos y sílfides. Lejos de todo lo burdo que se arrastra o agazapa. Flotantes. Ágiles.

Esa sensación los embargaba arreglando los cachivaches. Doblaban la cerviz y su humildad; pero giraba vertiginosamente la hélice ascensional dentro sus pechos. Sólo el lastre del deber los sujetaba a sus quehaceres.

La humedad los obligó a comer adentro. En el galpón. «Fortunato» y «Lon Chaney» tuvieron a su cargo los preliminares del menú. Una sopa de tapioca y una tortilla lyonesa. Eran las respectivas especialidades. Don Rufo, por su parte, eligió los dos mejores cabritos de su majada. Los carneó él mismo para no perder ciertos jugos y substancias suculentas. Ensartó después los cuartos en ramas peladas de tala. Y atravesando con el asador las pequeñas reses, las situó de modo que recibieran el vaho infernal de un montón siempre vivo de ascuas de marlo.

Fue el almuerzo más triste de la serie. Parecían deglutir sinsabores, masticar estopa. La sopa blanca y mucilaginosa, no obstante despedir perfumes de *grand hotel*, no obstante el halo exquisito que nimbaba cada plato, pasó sin dejar ninguna estela en las gargantas. Tragaban mecánicamente. Añorando ya los días venturosos. La tortilla fragante de cebolla de verdeo, hecha con huevos recién sacados del nido y riquísimos codeguines desmenuzados, no provocó ningún comentario. Estaban ausentes, desplazados, atalayando desde el futuro los momentos inefables de su estada. Y, anticipando la angustia, hasta esa misma escena cabizbaja de almuerzo de despedida.

Don Rufo los remeció, invitándolos:

–Güeno, amigos. Le yegó el turno al asao. Corten las presas que les gusten.

Cuidadoso sin fastidio, tranquilo sin afectación, se había dado maña para todo. Mientras los demás rumiaron los ali-

mentos, él los saboreaba medulosamente, yendo luego a pinchar los dorsos ya dorados, a excitar el fuego o a untar los costillares con la pluma del adobo. Se preciaba de ducho en el arte de asar cabritos. Por eso la tardanza lo sacó de quicio:

–Metanlé, carajo. ¿Qu'esperan? ¿Que pasen de punto?

Se arrimaron cubiertos en mano.

«Longines» sacó su navaja-tenedor-cuchara-punzón-abrelata-tirabuzón-alezna-destornillador-cortavidrio-tijera. «Los diez mandamientos» resplandecían. Lento, meticuloso, bocado a bocado, devastó los riñoncitos, las achuras vecinas y, en pequeños filetes, los flancos crujientes de carne y gratitud tostada. «Viejo Amor» se apuró a comer lo más que pudo. Mostraba los labios y las pupilas barnizadas por la gula. «Dijunto», prendido a un costillar, extraía a punta de incisivos hasta las más pequeñas partículas de carne, arrojando los huesitos previo el despunte de los cartílagos y una succión concienzuda y grave. «Aparicio» recabó para sí los dos cogotes. Él sabía lo pingüe de esa elección. Certero buscó las coyunturas cervicales, hundió el cuchillo, hizo una leve presión y quedaron ensartadas en el tenedor las partes de su apetencia.

Al silencio de los primeros platos siguió así un silencio opíparo, lleno de runrunes de dientes y chasquidos de delectación. «Katanga», que había seguido con interés las precauciones atentas y los cuidados vigilantes de Don Rufo, gustando la delicia del cabrito comprendió su admirable vocación. Y la alabó sin ambages. Su elogio arrancó un murmullo aprobatorio. Nada más, pues continuaron comiendo... No le importó. Quedaba su alabanza, concreta, como la que formulara Juvenal en la campiña romana, frente al *pinguissimus haedulus*. Sabía que el cocinero se hace, mientras el *rotissier* nace. Acababa de comprobarlo. Nunca había observado el ritual de la vigilancia y del condimento y las mil pequeñas solicitudes culinarias que son precisas para glorificar la res en la apoteosis del paladar. En un siglo de cocinas eléctricas, con hornos taylorizados y cacerolas con manómetros, ¡qué maravilla constatar la virtualidad de la intuición, el tacto y la gentileza! ¡Qué gusto certificar la existencia de cualidades ingénitas! ¡Qué halagüeño ver triunfando a

Don Rufo en las minucias suculentas de su arte! Por contraste irrisorio llegaba a su imaginación un grupo de *cuisiniéres brevetées* en institutos gastrotécnicos. No pudo soportarlo. Espantó la visión meneando convulsivamente la cabeza. Y lo mandó a freír espárragos en un enojo trascendente que nadie supo justificar...

–¿Qué le pasa «Katanga»? –interrogó buenamente Don Rufo.

–Nada. Mientras seguía alabando su habilidad en preparar el manjar...

–Exacto: manjar.

–¡Un verdadero manjar!

–... el manjar que nos ha regalado, penetraron en mi intimidad una punta de cocineras desgraciadas, de esas que empachan las revistas con recetas extravagantes. Su simple presencia en la imaginación me irritó. ¡Y las vapuleé! *That is all...*

–Yo creíba que alu...

–¡Oh, no!

–De modo que usté pelea con fantasmas. Ta güeno...

–Claro que sí. Y ahora voy a pelearlo a usted, por eso mismo: por no habernos hartado antes, todos los días, con cabritos. Cuando se posee la baquía que usted demuestra para carnearlos, adobarlos y asarlos es un crimen permitir que se recurra a alimentos compuestos, conservas, etcétera. Yo soy vegetariano, frugívoro. No de manera excluyente. No fanático. Es cierto que prefiero los diminutos sesos de una nuez a los sesos de una vaquillona. Es cierto que para mí no hay ningún huevo comparable a la naranja: ¡el estupendo huevo vegetal! Pero póngame delante una sopa de tortuga, un pollo a la Marengo, un jamón de ternera a la inglesa o un cabrito así... ¡y verá! Por eso lo peleo. Reclamo la voluptuosidad que nos ha hurtado. Usted, que es un portento...

–¡Exacto!

–¡Un verdadero portento!

–... ha estafado nuestro paladar como el Juez y el Comisario nuestro bolsillo.

Don Rufo pialó la sonrisa general. Se puso pálido. Quedó un momento absorto, como auscultando meditativamente la

resonancia de esos conceptos. Sí. Eran capaces de todo. Los conocía. Y volvió en sí, desde la sospecha, trayendo ya atada la evidencia:

–¡Estafados! ¿Cómo? ¿Cuánto?

«Aparicio» y «Viejo Amor» intervinieron para reducir su asombro. Y disuadirlo:

–No se preocupe...

–Total...

–¡No hay total que valga! ¿Quién les presentó a esa gente? ¡Yo! Entonces soy cómplice. A lo mejor me toman por cómplice. Yo debo aclarar. ¡Aclarar todo!

–Imposible. ¿Para qué?...

–Dentro de dos horas vendrán a buscarnos, para seguir viaje...

Lloraba la criatura. Sus chillidos taladraban los muros, perforaban la siesta. Hubo un hiato indeciso. Lo retenía el sentimiento de vergüenza y lo compelía el sentimiento paternal. La doble angustia, inhibiéndole, marcó en su faz las etapas que van desde el oprobio a la desesperación. Los chillidos se hicieron roncos. La criatura se ahogaba. ¿Qué hacer? Él se ahogaba, también.

«Aparicio» lo asió por el codo:

–No se preocupe, le repito. ¡Por favor: vaya: atienda a su hijito!

Corrió como borracho. Tambaleándose en la ignominia. Acobardado. Con ansias de volver sin haber ido. Temeroso de que se fueran sin explicar.

Cuando entró en la habitación el llanto acumulado retumbó en su oído igual que una descarga. Trastabilló. Y acribillado de pesadumbres cayó sobre la cama. Durante breves minutos no atinó a nada. No era hora de alimentar al chico. Algunas oscilaciones a la cuna lo apaciguaron. Y al cesar el berrinche, los dos quedaron exhaustos, inmóviles, como un patacho y un chinchorro tumbados en la playa de la desolación.

No tuvo idea de su enervamiento. Recobró sus cabales por intolerancia del olfato. El cuarto apestaba. Olor a caca fresca. Hediondez de trapos sucios penetrados de orina. Hedores valeriánicos de chancletas y colchones percudidos. Acuciado por

la idea de la estafa, desenvolvió sin cuidado a la criatura. Se embadurnó las manos. Refregó con las puntas del pañal las nalgas fláccidas del crío. Lo adormeció en sus brazos. Y ya dormido, salió de la habitación con la voluntad palpitante de enojo, convirtiendo en puño cerrado la mano que había acariciado las carnecitas amarillentas.

No encontró a nadie en el galpón.

Los comensales paseaban o reposaban balanceándose en la sombra del corredor. Nonchalantemente. Como si tal cosa. Con displicencia natural y actitud convenida; pues, en el ínterin, habían resuelto la forma de retribuir a Don Rufo y, en su homenaje, no mencionar más el asunto de la estafa.

Hay hombres que resumen mansedumbre hasta que las lenguas del odio no se desatan. Hasta que su pasión no decide aturdir con sus voces ocultas. Don Rufo venía transfigurado. «Katanga» lo había visto así en otra escena formidable: Cuando trasvasó su dolor de viudo en el furor libertino de una elegía obscena. El amor y el honor confunden los sentidos, perturban la conciencia y provocan iguales quejumbres y paroxismos. Quizás haya el mismo celo fundamental ante la inminencia de perder o el dolor de haber perdido lo que se quiere. Conglomeró a todos con su mirada. Notó algo de artificioso en ellos. Algo que no machihembraba bien en la sinceridad. Y duramente los increpó:

–Esijo que me digan cómo y cuánto fueron estafados por el Juez y el Comisario. No se moverán de aquí hasta que yo lo sepa. Es ineludible. No me gambeteen.

«Longines» fue el encargado de responder. Su parquedad clavaba puntales con la palabra:

–Antes que nada quiero significarle tres cosas: Primero, que nos faltan adjetivos para agradecerle su hospitalidad. Segundo, que hemos pasado días tan hermosos en su compañía que difícilmente se repetirán en nuestra gira. Y tercero, que nuestra partida no es forzada, sino espontánea, limpia de reproche; pues ya ha sido cumplido nuestro anhelo de pasar una semana en plena sierra.

–¡No! Ustedes se van por las canayadas que'han sufrido.

–Le ruego que no hable más de ese tema.

–¿En cuánto lo'han jodido? Necesito saberlo. Digamén para...

–Pero, Don Rufo... En lo que sea. Nos importa un pepino. Para demostrarle que no nos hace mella, sírvase. Es una pobre retribución que revela nuestra complacencia.

Tomó el fajo de billetes maquinalmente. Pero reaccionando a su contacto, como si fueran matas de ortiga, los devolvió:

–¡Pobre retribución!... ¿Están locos? ¡Una ponchada de pesos!... ¡Jamás!

–Háganos el favor.

–¡No! ¡No! Ustedes han sido estafados en mi casa. Eso'es indino. Y mi'indina. ¡Jamás!

«Longines» llamó a «Aparicio», recabándole su intercesión:

–Permítame, Don Rufo. Voy a serle franco. No hemos sido despojados en su casa. Fue en el camino a Almafuerte. Usted sabe que traíamos dos mil pesos para los deudos de Domitilo Sayavedra. Plata como ésta, tome, agarre...

–Pero, amigo...

–... guarde, guarde, de curso legal, sin grupo. ¿Usted recuerda lo correctos que estuvieron en su presencia? Bien. Usted viera la paliza que me zamparon. Lo que más me duele es que me hicieron la plata de prepotencia. Plata sagrada, Don Rufo. Plata para deudos que existen en esta zona; que hay que buscarlos, nada más. Si usted se empeña en ocuparse del asunto, yo le daré el recibo que me otorgaron y hasta la numeración de los billetes que detentan ilícitamente. Y si obtiene la devolución...

–¿Si l'obtengo?... No le quepa un jerónimo de duda. Soltarán hast'el último centavo.

–... yo le dejaré nuestra dirección para lo que fuere. ¿Aceptado?

–Ni qué hablar. Me duele que les haiga pasao esto. Estén seguros.

Quedaron encantados del arreglo. Era el colmo de irónico. Después de haber servido a la contraestafa, el dinero iba a ser rescatado. Estaban seguros de ello: por el ascendiente moral y la probidad de carácter de Don Rufo. Columbrando la plan-

cha de los tipos, tras de cada pupila se agazapó el sarcasmo. Y reían, sonreían, burlones...

Faltaba solamente dar forma al pacto. Previo un somero conciliábulo, «Katanga» se encargó de ello. Redactó el poder que otorgaba Juan Aparicio para exigir la devolución. Copió el «recibo» del Juez de Paz. Transcribió la numeración de los billetes. Y, en fin, a hurtadillas, extendió este documento:

> «Don Rufo: El dinero que le devuelvan esos dos cachafaces –el Comisario de Amboy y el juez de Paz de La Cruz– si no da con los deudos de Domitilo Sayavedra –que no dará...– resígnese a aceptarlo como una ofrenda de todos nosotros para que afronte cuanto antes la operación de su hijito».

Los autos hacía rato que esperaban.

Al entregarle los papeles hizo alusión al sobre cerrado:

–No lo abra, todavía. Contiene instrucciones, domicilios, etcétera.

–¿No serán órdenes secretas, como las que se dan a los marinos, p'abrirse en alta mar? Hum... Algo pispeo.

–Sí, Don Rufo. Para conocerse... en alta mar. Cuando el recuerdo de nuestras personas naufrague en su memoria.

–Ta güeno. Lo felicito por la conocencia que'ha hecho de mí...

La despedida se hizo bullanguera para despistar la emoción. Cada rostro era un espejo empañado a propósito, para ocultar ese grado de angustia en que se funde la risa en llanto.

Al saludarle, «Lon Chaney» no pudo menos que expresar:

–Créame: me había adaptado tan bien a este ambiente tranquilo, solariego, que lamento irme.

–Cumplidos suyos. Cuando un pingo se aquerencia extraña hasta los abrojos...

«Katanga» pretendió en vano esconderse detrás de la cortina de humo de su flema. No resultó su imperturbabilidad. Sus visajes, sus manos, nerviosamente lo delataban. Cuando le tocó el turno, se abrazaron. Nada más. Pero hubo un trago

amargo en cada garganta, al pasar la lágrima furtiva que resbaló por dentro.

El fragor de los motores al emprender la marcha trizó el milagro rústico de la tarde ya madura.

Hubo un latir de alas irisadas entre los númenes del paisaje.

Don Rufo se hundió en un pozo de silencio cristalino.

La caterva iba alegre y triste, como siete llamas atormentadas.

Fue entonces, en ese momento álgido –cuando se opera la transformación de la dicha real en remembranza– que se oyó el susurro de una voz:

Alles in der Welt lásst sich ertragen
Nur nicht eipe Reihe von schónen Tagen.

Era «Longines», contraído, medulando el verso de Goethe:

«Todo se deja soportar en el mundo
Menos una serie de días hermosos».

....

RUMIPAL:

Había un ocaso de estampa japonesa cuando llegaron a la pensión de Rumipal. Moaré de seda el agua. Pana de seda las colinas. Lamé de seda el firmamento. Quedaron quietos, admirándolo mientras los *chauffeurs* introducían los enseres. Sin mediar palabra, la belleza unanimizó las voluntades cansadas. Y se bañaron idealmente en ella, molestos como venían, trajinados por rutas polvorosas, la cabeza revuelta por la emoción y el estómago por los excesos del mediodía.

Permanecían aún así, cuando se acercó la dueña. Los escrutó de atrás, a contraluz. Y buscando de reojo a los *chauffeurs* pareció recriminarles por la catadura de los clientes que traían. Era una mujer cincuentona, magra, de mirada lampiña y sonrisa lacia. Una de esas mujeres escarmentadas que, a fuerza de sufrir engaños, sospechan hasta de su propia sombra. Atenuando, en aras del negocio, su antipatía y desconfianza, hizo lo posible por desviarlos con su amabilidad:

–Lo que es por vistas bonitas, aquí vais a estar a vuestras anchas.

–En realidad. El cuadro es bueno y el marco no digamos.

–¿Y el vidrio? ¿Dónde deja usted el vidrio?

–En realidad. Hasta el vidrio de las aguas es hermoso; pues se invierte el paisaje en el lago.

Siguiendo las direcciones que ella indicaba, giraron en redondo. Cerros. Caletas. Prados. Chalets. Yates. Las playas de los balnearios. Los muros de contención del dique. Acá, allá, doquiera, la vista hacía pie para inaugurar la gracia de lo inédito. Para gozar el encanto de la naturaleza.

Después, arreándolos a la deriva, mañosamente, los condujo a las habitaciones.

–No disponemos de muchas comodidades. Pero noto que vosotros traéis catres plegadizos. Enhorabuena. Aquí podéis ubicaros tres. Eso sí, en el caso vuestro, por carecer de equipajes, el pago de la pensión es por adelantado.

–¡Carecer de equipajes! ¿Y esto?

–No se afecte usted. No lo considero tal. Además es la norma.

–Bien. Venga. Le pagaré ya mismo.

La cena estaba lista al poco rato. Pero nadie apeteció de ella. Sentados en el patio, a pocos metros de la cocina, las tufaradas que venían al guisarse la grasa con viandas y especias los atosigó de antemano. Además, la sobrealimentación del almuerzo, no digerida perfectamente por el trajín del viaje, los tenía postrados. Excepto «Dijunto» y «Viejo Amor», quien no experimentaba retortijones, sufría pesadez, arcadas, borborigmos, flatulencias, o varias molestias a la vez. El interés por comer era nulo. Cuando llegó la mucama, anunciando que podían pasar, el desgano se tradujo en lacónica negativa:

–No cenamos.

–Tráiganos té...

–... Cargado...

–Con limón.

–Para mí, peperina.

–A mí, también.

La patrona llegó enseguida. Le parecía imposible. Cansada de echar sujetos que comen sin pagar, no quería creer que existieran individuos que pagan sin comer:

–¡Cómo! ¿Que no cenáis? ¡Si habéis pagado!

–Así es, señora. Té. Nada más.

Al enterarse de la existencia de esa variedad quedó atónita. Y fingiendo enojos de anfitrión despreciado concluyó:

–Es una lástima. Os había preparado una cazuela de gallina, arroz con calamares, un plato relleno al horno, flan al caramelo...

«Longines» y «Fortunato» se codearon. Mentía escandalosamente. Vio que era oportunidad espléndida para dar pisto a la pensión; para regalar nominalmente a los nuevos clientes; y la aprovechó con toda alevosía.

Mientras hablaba, soliviándose un poco de la silla, «Aparicio» raspó de intento las patas en el piso de mosaico. Tenía un flato en puerta... Y no halló otro expediente que lanzarlo en el ruido provocado. «Katanga» percibió la intención... y la fetidez. Lo miró de rabillo. Y meneó escépticamente la cabeza. Mas, en medio de esa operación, se trancó, enhestándose. Desde el estómago, ascendían burbujas ácidas que reventaban en arcadas en su garganta. Tuvo una especie de hipo. Pasó. Y quedó firme, auscultando por dentro su vientre, lo mismo que los yoguis tiesos en la contemplación de su ombligo.

Bebido el té, cada cual se sintió más aliviado. Menos «Katanga». Los intestinos silbaban que era un contento. Emulsionados los jugos y depósitos, los gases desprendidos al moverse y expandirse herían sonoramente la tubería intestinal. Y tartajeó:

–Me tienen seco tantos borborigmos. Parecería que me hubiera tragado una siringa. Y que un demonio abdominal ejecutara una rapsodia strawinskiana... Es inútil, siempre lo mismo: la tarifa del placer es la pérdida del bienestar. *(El éxito de la sentencia le hizo aumentar progresivamente la voz.)* Desde tiempo inmemorial, el hombre mantiene una enconada beligerancia con la naturaleza. En vez de obedecer sus preceptos los esquivamos burlonamente. Y lo que es peor la contradecimos

oponiendo a su sabiduría el capricho más estúpido. *(Peroraba ahora con robustas afirmaciones.) Así* pagamos también. La duración de la vida humana se va restringiendo cada vez más, al punto que cualquier día vamos a nacer muertos... La filosofía antigua, dentro de su opulencia conceptual, fue abundosa en lo que respecta a la ciencia de la vida. Dio la clave de la felicidad en la sencillez *y* la prudencia. Mostró el derrotero *y* ejemplarizó con el blasón de sus acciones. Pero nosotros somos unos tarambanas. Al *méden ágan* de los griegos, al *nihil nimis* de los latinos, al *nada con exceso* de la templanza, oponemos el formidable apotegma: «que reviente antes que sobre». Y en vez de acomodarnos con el sol, el aire y los dioses tutelares, para el disfrute de la dicha, les damos bonitamente el esquinazo con estupefacientes, cocktails, vértigos, enclaustrándonos en los recintos del confort y haciendo una serie de herejías contra natura... en la más pura acepción de los vocablos. *(Sonrió de paso a «Viejo Amor» y continuó por su vereda verbal.)* De tal modo, no es raro que muchos higienistas y fisiólogos se desgañiten gritando que debemos retrotraernos a fundir en nuevo cuño la existencia. Que debemos volver al primitivismo y aislarnos por completo de los deletéreos halagos de la vida presente. Charles Richet es uno de ellos. Ya en mil novecientos trece preconizaba «la dieta del hombre de las cavernas» para alejar de nuestro organismo los males que entran por la boca.

Un eructo descomunal lo interrumpió. Púdicamente llevó el pañuelo a los labios.

Cuando quiso proseguir «Longines» había copado el uso de la palabra:

–Se ve: todos los males entran por la boca... Lo sensible en vos, es que salgan después envasados en «latas»... Latas naturistas, vegetarianas, trofológicas... ¡Verdaderas latas de conserva podrida! Lo mejor que puedes hacer es dedicarte varios días a «la dieta del hombre de las cavernas».

A pesar de la languidez colectiva la savia del *humour* floreció en cada boca.

«Aparicio» aprovechó la coyuntura:

–Impacto. Diez puntos. Lo que es «Longines» habla por mensualidades. Poco y lento. Pero cuando habla: cancela.

En efecto. «Katanga» quedó cancelado, ovillando el hilo de su trunca ilación.

Se acostaron temprano. Entre órdenes de mozo y ruidos de cubiertos y vajillas. Confiaban en el sueño para reponer la normalidad de sus funciones y la función de su normalidad. Pero las camas eran desvencijadas y sucias. La atmósfera de las piezas maloliente. Abundaban los mosquitos. Si cerraban las puertas se ahogaban con la herencia fétida de mil pasajeros anteriores. Si las dejaban abiertas, padecían el deslumbramiento de los focos del patio. Fue unánime el fastidio y particular la rabieta. No era para menos. Después del ajetreo cotidiano, el temperamento se instala en la noche como en un cine, esperando el desarrollo amable y manso de un programa de sueños propicios. Cuando la función principia mal, el temperamento gruñe. Sale al hall de la vigilia con toda su multitud de nervios. Protesta contra la luz, los ruidos, los mosquitos. Y al protestar, los mismos nervios culminan el malogro de la velada en blanco.

«Dijunto» –que yacía despatarrado tratando de ubicar regionalmente la tonada española de la hotelera– dio de golpe un violento sacudón. Las sábanas se agitaron en revuelo de fantasma. Y apareció semidesnudo, al pie de la cama, indagando con la linterna los repliegues y moñitos del cotín y los rizos y ranuras del colchón elástico. La evidencia lo escalofrió. Había un catre tijera en el corredor. Tomó la almohada y una manta. Y sin decir palabra, cruzó el patio, la huerta y, en la pequeña playa lindera de la pensión, armó todo y se tendió.

Al lado de «Aparicio» reposaba «Fortunato». Gordo poltrón de implacable bonhomía, ya estaba próximo a dormirse cuando un zurriagazo lo despabiló por completo.

–Che: alcanzame la linterna de «Dijunto».

¡Adiós implacable bonhomía!

–Vení a buscarla vos –reprendió, iracundo. Era lógico.

Fue. En revancha iluminó su cara de perfil, cuya nariz bulbosa coruscó de tubérculos color borra de vino. Al mantener el círculo luminoso advirtió un desparramo de chinches. Sobresaltado corrió a su cama. Y al levantar la almohada, automáticamente, se erizó de picazones la piel del cuello, la espalda y el tórax.

–¡Levántense! ¡Esto es asqueroso! ¡Nos van a comer vivos!

La alarma los incorporó en el acto. Encendidas las luces, observaron meditativamente la falta de higiene. Bufaron indignados. Y salieron, cada cual con un catre plegadizo y sus correspondientes pilchas.

La dueña vio el desfile desde la mecedora en que hamacaba su menopausia.

Indiferente.

Casada en Santander con un minero, desde el Hotel de Inmigrantes rumbearon a Córdoba. ¡Desilusión! Eran otra clase de minas, otros procedimientos, otros operarios. No se avinieron a la rudeza de las canteras y de los capataces. Calera, Yocsina, Malagueño: ¡abur! Resolvieron luchar por su cuenta. Asociados a otro matrimonio, afrontaron, en pleno caos de piedra, explotaciones de mica, amianto y carbonato de calcio. Sin ningún éxito retributivo. ¡Oh, los fletes, la proveeduría, los intermediarios! Alguien los sedujo, entonces, a un cateo de tungsteno y manganeso en Calamuchita. ¡Nada! Lo único favorable que encontraron fue cal en «Los Cóndores». Y en la combinación con el dueño del fundo, comenzaron a juntar pesos. Pero ella estaba cansada de gastarse en carpas miserables, en ranchos socavados con techumbre de lata, en tugurios de barro y paja brava. Y pusieron una fonda, en «El Quebracho». Él siguió fiel. La piedra afaceta la vida del hombre. La talla endureciéndola. La llena de filos y puntas. Hace saltar la costra de la civilización como una escoria deleznable. Hasta que el minero queda mimetizado. Hecho piedra, también. Con carne geológica. Con alma telúrica. Y con el espíritu sáxeo, impenetrable, en medio del desierto pétreo del contorno y su soledad.

La dueña vio el desfile desde la mecedora en que hamacaba su menopausia. No le interesó mayormente la emigración nocturna. Sabía que había chinches; pero, también, que no hay chinches para las personas cansadas:

¡Siempre los vagos son los peores: los que exigen! Si hubieran compartido, como yo con mi marido, la fatiga de andar entre las breñas, de trabajar entre las breñas, de asolearse entre las breñas, ya dormirían, sí, en las camas de la pensión.

Le pareció una insolencia tal actitud. Y, firme en su inquina, en vez de deplorar el evento junto con ellos, dejó que hicieran su gusto. No estaba para galanterías. La vida le había hurtado los motivos esenciales que justifican la tarea de vivirla: voluptuosidades de esposa, ternuras de madre. ¿Para qué afanarse, entonces? ¿Para qué desvivirse por vivir? El negocio, si próspero, no hacía más que dilatar una muerte que no temía. Si malo, tal vez acuciara la idea ya metida en su *melancholia menstruatio-suppressa:* eliminarse. ¿Para qué desvivirse por vivir? Su mirada lampiña siguió la dirección de los pensionistas. Acampaban en la playa.

–Ya escarmentarán... ¡Idiotas! –farfulló.

Y agregando a su hipocresía auténtica maldad adicional, su sonrisa lacia se tornó malignamente desdeñosa.

¿Cómo se transformaron los siete lechos en hidro-glisseurs ? *Nadie supo. Conocieron el artilugio del enigma cuando resbalaban ya, vertiginosamente, tripulados por Medusas, Gorgonas y Erinnias. El agua turquí se hizo sangre violeta. Y el cielo, color cielo nocturno, un cielo color alba purulenta. Allá, en un nido vaporoso de estrépitos y golondrinas, la Vorágine abría la boca y alzaba la mano. ¿Mano o candelabro? ¡Número apocalíptico! En cada una de sus siete uñas un muecín zahorí imantaba al corazón. Y cerraba después las ventanas de nácar. Se veía al trasluz la rampa interior de cada vaso. Arterias de neo-lux. Vísceras de vidrio flexible. Y al fondo, tras un nimbo fosforescente: el Titán Magnético, el Monstruo Benévolo, el Dios Endemoniado. Tres en uno: Cuerpo de mercurio. Alma de espectro. Voluntad de larva... La mano se crispó en cataclismo de olas y astros. Estrujó la seda tirante del lago y el terciopelo descolorido del aire. Batidor y almohadilla. Y cayeron en el vacuo de un cajón fantástico, junto al fru fru de la espuma, las estrellas que pinchaban la verosimilitud de los sentidos... Iban sin sentidos. Ciegos de visión panóptica. Como una tropa de sonámbulos. De sonámbulos expeditivos. Glisando sobre siete ruedas astrales. Sobre siete exhalaciones de una física especial.*

–¿Hasta dónde? –Hasta donde el dónde se enmaraña en lo abstruso del Bien. –¿Hasta cuándo? –Hasta cuando el cuándo se condensa en la diafanidad del Mal. Habían crecido. «Homo septuplex». ¡Imposible divisar las siete dimensiones del espíritu! Cada uno era siete veces la estatura de su Virtud y su Vicio: Soplo. Fiebre. Péndulo. Cetro. Sable. Impulso. Llama. ¿Cómo arrimarse de otro modo a la dignidad del espanto? Iban gigantizados. Acromegalizados. Superantropomorfizados. Con la hipófisis viscosa, carbunclosa, truculentamente embutida en la serenidad inexistente de la frente... –Por aquí. –Por aquí. Era un trujimán con lujo de trujimán. Era una bruja con talismán de bruja. Gritaban panaceas y exorcismos. ¿Para qué? Desleídas pociones... Amorfas martingalas... ¡Adelante! Adelante estaba el mástil con su grímpola de alas de oropéndola. El farofalo erecto, con su glande aerodinámico y su meato luminoso. La pérgola donde se ahorcan los suspiros. Y el índice de los cicerones educados en la escuela de Satán... Viéndolos llegar salieron de sus cubiles: Arcturos del Krakatoa. Canopus del Vesubio. Betelgeuse del Pelee. Pólux del Etna. Columba del Heckla. Regulo del Mauna Loa. Y Picis del Cotopaxi. Frenéticos, tras los placeres monásticos de la soledad. Endebles, tras de rumiar sombras con su paladar de fuego. Y cada cual blandió su bastón de ébano, para conducirlos por los yermos poblados de la muerte. Para apretar los resortes con premios de las ferias póstumas. Para ir donde están los filomusos que abren con arpegios los climas rarefactos, densos de vacío, que esconden como las arenas de las mastabas los símbolos incoercibles... –¡Psit! ¿No oyen que llamamos? ¡Qué iban a oír! Eran amateurs *de muertos. Tenían el cerebro sordomudo de los recién nacidos en el más allá. El vozarrón estrídulo no hizo otra cosa que agitar el penacho de antorchas que suplía su cabello. Una insignificancia. Entonces, no tuvieron otro remedio: zumbaron el parche traslúcido de sus vientres. El gong macabro que suelta jaurías de úlulos. Y la cohorte fantasmal los embretó hacia la boca misma de la Vorágine... ¡Sólo así se desmoronaron! Y fue el último episodio de su primera odisea kármica; porque la vida de la muerte comienza allí, a ras de la agonía, en el brocal mismo*

del misterio... Nunca imaginaron los agasajos abyectos de su recepción en el Gran Receptáculo. Era el superbuilding *de la peste y el morbo. Tallado en la roca viva de todos los cadáveres, ostentaba la altura del porvenir y la amplitud de los siglos. Sobre alfombras de chancros y meninges podridas; dentro de paredes chorreantes de estertores, gritos de locos y ayes de parturientas; en la gran mesa donde hipan los crímenes y se tienden como prostitutas las epidemias: ¡allí!... ¡Oh, allí! Caricias de escorpión y lepra. Abrazos de cobra y tétanos. Risas de hiena y carcajadas de paranoia. Confites de cálculos hepáticos y bombones de arteritis gangrenosa... ¡Qué amables las Hecatombes! –Sírvanse esta granadina de hemoptisis. ¡Qué deferentes los Cataclismos! –Prueben este vermut de septicemia con entremeses de cáncer prepilórico. Gustaron de todo. Era la voluntad del Titán Magnético, del Monstruo Benévolo, del Dios Endemoniado... De inmediato el recinto se pobló de tremendas disonancias. Escintilaba la batuta de un Schönberg elevado a la enésima potencia. Entraba el Sol vibrando su* mi. *Venus su* re bemol. *Saturno su* sol bemol. *Hermes su* fa sostenido. *Júpiter su* sol. *La Luna su* re. *Y Marte su* sol bemol. *Venían borrachos. Cantando como albañiles italianos en día de pago. Haciendo gorgoritos expectorantes. El desorden llegó a la sublimidad. Las armonías estelares se acurrucaron desacreditadas, como los maridos serios en los burdeles. A la zaga, ellos entraron muy campantes. Traían el* fa natural *de la tierra... De un zarpazo cromático, la batuta lo raptó. ¡Era la nota que faltaba! ¡Y empezó la gran zarabanda loca de los astros desastrados, de los asteroides de celuloide y de los asteriscos levantiscos! Los coros angélicos, que oyera Pitágoras antes de la intervención de los ángeles, se desgañitaban y desarticulaban en frenética* jazz band. *Tocaban las Siete Palabras del* Oratorio *de Haydn con síncopas de Gershwin. Y ocurrió la faunalia de siempre. Los Siete Dolores de María empezaron a vallar con los Siete Infantes de Lara. Celosos, los Siete contra Tebas arremetieron contra los Siete Durmientes de Éfeso, que hacían el amor a Persefonia. Despanzurrados místicamente, fueron forzados a bailar un ballet decapitado con los Siete Diáconos de Jerusalem. Y siguieron*

así, magníficos de insolencia macabra... Había compadreado bastante la patota tebana, cuando, en plena baraúnda, *irrumpieron los Siete Pecados Capitales. ¡Adiós la pica de Ajax telamonieno, el escudo de peleida Akiles y la astucia filosa de Odiseo! Hicieron siete mohínes, siete contoneos, siete guiños. Y todos los astros homosexuales cedieron a su encanto, con armas y bagajes. Hermafroditas vestidos de hombre con nombre de mujer. Afromachos genuinos. Hermembras inverosímiles. ¡Y aconteció la saturnalia solar, marcial, hermética, lunar y venusiana más olímpicamente escabrosa que recuerden los milenios! La Soberbia con el hierro de Marte. La Lujuria con el cobre de Venus. La Ira con el mercurio de Hermes. La envidia con la plata de la Luna. La Gula con el estaño de Júpiter. La Pereza con el plomo de Saturno. La Avaricia con el oro del Sol... Todo se fundió en el espasmo del Cosmos. En el orgasmo del cielo. En el pasmo del alma. Y hubo lluvias de imprecaciones. Granizos de salutaciones. Ventiscas de oraciones. Crótalos, citizos: ¡Evohé! Soma, semen: ¡Aleluya! Penis, opium: ¡Hosanna! Y hasta el víctor de la antípoda: ¡Banzai! ¡Banzai!... Quedaron alelados. Corrompidos. Semejante* corruptorium corruptori *había trocado su pudor en énfasis: –¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravísimo! Y se mezclaron ellos también en la lupercal varia, gregaria, lupanaria, estrafalaria... ¡Oh la depravación jesuítica de todos los candores! Y fueron duendes sardónicos. Duendínicos sardanápalos. Duendínicasardanapálicadísimamente... ¡Qué agudeza plástica la de los muertos veraces! ¡Qué sinfonía cromática la de los muertos supuestos! ¡Qué caligrafía rítmica la de los muertos fingidos! Sí: lo observaron bien, observándose ellos mismos. Era el momento álgido. Supuraban las conciencias del mundo. Crímenes carmesíes. Traiciones amarillas. Miserias mucilaginosas. Hervían aquí. Hervían allá. Hervían doquiera. Y subintraban con los Siete Pecados Capitales, en subintración macabra, en el subintrar febril que subintra la pasión y el vicio: en la subintrante agitación que desplaza la ruindad para colocar la infamia... ¡Qué gloria hubiera sido recordar! ¡Bañarse en la memoria del transcurso vital! Pero* los amateurs *de muertos no recuerdan. Ambulan como seres-plantas de extraña majes-*

tad. Con andar cansino de álamos reumáticos, obsequiosos de acequias. Con tristeza antidiluviana de elefantes enfermos de filoxera. ¡Qué gloria hubiera sido recordar!... Siete jabalinas vibrantes se clavaron en el centro de sus siete memorias. Impacto líquido. Hubo siete Estigias, siete lagunas, en la sucesión de la peripecia. Luego oyeron la voz conminatoria: –¡A ver! ¿Qué se creen ustedes? ¡Al trabajo! Quiten los moños de sangre cuajada y las escarapelas de pólvora a ese batallón de suicidas... ¡Sienes azules con moños cárdenos! ¡Pechos liliales con escarapelas tétricas!... –¿Qué? ¿Cansados? ¿Abrumados? ¡Mejor! Quiten ahora la corbata a todos los ahorcados del martirologio... ¡Diademas de luz trocadas en lazos de cáñamo! ¡Corbatas de piola con el nudo para arriba! ¡Y el pedantif de las lenguas resecas! ¡Uuuh!... Ásperos efluvios. Éxtasis virulentos. Estaban dentro de un clima encalabrinante con la emoción engarabitada. ¡Y, de pronto, todavía, esa turba! Como siete heráclidas forzados a un septenarium *pavoroso, legiones de capitanes puteadores, de santos obscenos y de próceres cobardes, condujeron sus cápsulas a través de las siete maravillas del horror. ¡Qué extraña anatomía de nubes, de piedras y seres! Nubes, piedras y seres preñados por fantasmas. Superfetación en el embarazo de la muerte. Abortos abominables de risa babosa y llantos de formol. Ocasos barbudos en pleno mediodía imberbe. Y el atleta de lomo colosal y frente mínima sorbiendo el alma por el sexo a la* flapper *de tobillo fino y flequillo suelto... ¡Qué horrendos trabajos contemplaron después! Mil archimandritas, con las tripas y la pelliza arremangadas, pelaban millones de esqueletos de asesinados acecinados. Tufos de hollín vetusto y de carroña ahumada. Mil obispos, relucientes de mitras y dalmáticas, aliñaban las vísceras tumefactas de millones de escrofulosos escrupulosos. Mil generales del* Salvation Army *amenizaban la faena con guitarras y concertinas, cantando: ¡Aleluya, aleluya, al Salvador!... Y entre la quejumbre salían enjambres de chispas y moscardones. Y entre el fragor de ese frenesí bullente, paroxismático de la muerte, las almas, ¡ay: las almas huían –ardillas diáfanas– de sus jaulas de osamenta... ¡Qué dichosos* ceux qui meurent sans l'avouer! *Los únicos dignos. Los únicos peraltados en la gran bóveda de la*

indiferencia. Ellos lo sabían. Y lo corroboraron allí. Allí, donde toda corroboración es la credencial del desengaño definitivo... ¡Oh, sí! Hay que odiar el snobismo de la muerte, siempre renovado por la anastasia de la gloria. Los verdaderos resurrectos son los que prefieren el olvido perfecto que brinda la vulgaridad insigne de la muerte. Son los que hacen plumging *en ella, nadando sumergidos, sin que nadie note sus movimientos, bajo sus ondas pringosas de endrina, letrina y dextrina. Intoxicados por sus desalientos, cumplieron su odisea. Odisea lúgubre de oniromantes. De hipnólogos borrachos. De nefelibatas que despanzurran nubes de alquitrán, hasta hallar, bajo la fimbria más diminuta del ensueño, la pepa que germinará el destino. Y lloran, en tanto; porque saben que la jocosidad es la manera menos absurda de aborrecerse... Esa vez, las siete fieras del endriago que «encarnaban», venciendo sus sentimientos y resentimientos, resoplaron tronitosamente su sarcasmo. La voz perentoria del Titán Magnético, del Monstruo Benévolo, del Dios Endemoniado, era ya una voz flaca, hundiéndose para adentro, en gluglús de pus. El tumulto infernal quedó amortiguado por huracanes de éter somnífero. Caían chaparrones de bromodietilacetilúrea. Naufragaron las lontananzas. La proximidad se hizo yermo. Y cada maldición viva, una ciénaga de sueño... ¡Había siete ciénagas de sueño!... ¿Dónde están las grúas metafísicas? ¿Dónde están los guinches abisales? ¿Dónde están los salvavidas de siemprevivas?... Ellos mantenían fresca su vigilia en el fango de su fracaso. La conciencia era una víscera lúcida. La tenían en la mano, como* boomerang, *para arrojarla hacia los principios eternos y que volviese, ya muerta de verdad. Pero la verdad no vuela: se arrastra. Y desfallecidos de hambre devoraron la víscera lúcida de la propia conciencia... Y siguieron cultivando el horror como se cultivan las orquídeas. Todo era ya alado y perplejo. Una ternura inoperante ablandó el corazón y el trocánter de los huesos póstumos. Y se apelmazaron en una pasta blandengue como el* adagio sostenuto *–do sostenido menor– del* Claro de Luna. *Porque estaba la Luna en la inmanencia del espanto. Porque estaba la Luna en la permanencia del enigma. ¡LA*

LUNA! ¡LA LUNA!, ¡la Luna!... Y sucumbieron en el fondo del espacio... ¿Pero había espacio? ¡Sí! El espacio era el tiempo vencido. La realidad abstracta. La desolación del yo... ¡Y hubo una alegría suspirada a los bordes del silencio!

Amanecieron convulsos, díscolos. No puede decirse que despertaron, porque seguían abismados en el respectivo fragmento de pesadilla. Pesadilla compacta que ensambló en un solo horror la parte alícuota del miedo. Pesadilla obtusa que aún mantenía adormilado al subconsciente sobre el pasmo de un colchón de misterio.

La carne no despertaba. La pereza del desperezamiento demoró en sus ojos hinchados de visiones. No veían bien. Estaban en el filo mismo de las vertientes sensoriales: en la cumbre del istmo que separa el mundo psíquico del mundo material.

El sol, patinando en el lago, caía de resbalón sobre sus rostros. Golpeaba sus párpados con pies de oro. ¡Y los párpados como si tal cosa en el aturdimiento de la modorra!

Vivían una etapa intermedia de conciencia y subconsciencia. Sin percibir nada afuera. Obnubilados por la horrenda fantasmagoría de adentro. El malhumor brotó enseguida. La ganzúa de escintilaciones del sol ofuscó los instintos. Encandiló la razón. Y se trabaron en una gresca irascible y violenta: «Katanga», «Aparicio», «Viejo Amor» y «Fortunato».

Fue un instante eruptivo. Inexplicable. Como la explosión de cuatro tanques de angustia comprimida. Como la obcecación de cuatro fuerzas brutas. Como la furia delirante de cuatro enemigos a muerte. Felizmente, la acometividad recíproca fue amortiguada por la mediación de los demás. Y los golpes y puñetazos se enredaron en el revuelo defensivo de almohadas y cobijas.

–¡Calma, por favor, calma!

–¿Qué pasa? ¡Vive Dios!

–¿Ustedes están locos? ¿No tienen vergüenza?

Estaban borrachos de sueño. Trepidantes. Hoscos. Sufriendo aún las perturbaciones de un episodio anómalo. Sin locura

ni vergüenza. Excitados. Convulsos todavía. Explorando ahora la realidad de su dintorno carnal. Perforando el sopor del entendimiento. Ubicándose paulatinamente en el paisaje.

Poco a poco se desvaneció la memoria borrosa de la pesadilla. La amnesia pasó su esponja por detrás de la frente. Y los ojos se asomaron al mundo.

Quedaron alelados, confusos, ante el ultraje mutuo. Cada uno sintió en la boca regustos de grasa y vino. Náuseas. Cada cual sintió en la pesantez de la mente el sedimento de quién sabe qué absurdos patológicos. Tristeza. Y serenados ya, las falsas perspectivas de la vesania, las torpes demasías de la embriaguez de sueño, se esfumaron en el vapor del cierzo matutino.

Cruzaba por el patio la dueña de la pensión cuando aconteció la gresca. Su mirada lampiña se filtró a través del tronquerío de la huerta. Y llegó a la playa misma, donde se complugo en comprobar la certeza de su vaticinio. ¿No había profetizado acaso el maleficio? ¿No había dicho para sí?:

–*Ya escarmentarán. ¡Idiotas!*

Pues bien: ya estaban escarmentados. Y viéndoles tras la crisis terrorífica, sumidos en lagunas de marasmo, su sonrisa lacia tuvo un pliegue de lástima burlona.

Ella lo sabía. Y comentó a sovoz:

–La luna... Tan luego anoche... Exactamente el tercer día de iniciarse la luna llena... En el período más violento de su ponzoña... ¡Ponerse a dormir fuera!... ¡Idiotas! ¡Idiotas!

Los pensionistas regresaban a sus habitaciones. Mudos. Desganados. Las facies macilentas. Dejaron las cosas y se instalaron en la galería. «Longines» llamó entonces a la patrona:

–¿Podría hacernos servir siete completos?

–Yo misma os atenderé. Acabo de comprar una manteca riquísima de la colonia. Quiero que la probéis.

En efecto. Era lo único bueno. El bloque ostentaba la pureza crema, el color crema, la fragancia crema de la mañanita. Parecía que untaban sol sobre el pan casero. Comieron con verdadera avidez. La refección entonaba poco a poco sus organismos, suministrándoles calor y energía. Mas, de pronto, cual si todos se hubieran conjurado, enfilaron uno a uno en dirección

a los retretes. La urgencia dio una nota desfachatada y cómica. Y la satisfacción de la urgencia un acorde de ufanía.

Fue al principio un silencio estrangulado a designio. Después, una especie de cómoda laxitud. ¿Para qué hablar? ¿Para qué disecar las emociones?

Cuando la dueña vino a recoger el servicio, la ufanía yacía repantigada en nonchalance. Sólo «Dijunto», «Longines» y «Aparicio» mostraban el ánimo distinto. Alerta. En expectativa.

–Me doy cuenta. Habéis pasado mal la noche. ¡También vosotros!... Afuera, la luna...

–Adentro, las chinches...

–Entre las chinches y la luna, preferid siempre las chinches.

–A la verdad, entre una comezón superficial y una perturbación psíquica...

–¡Ya estás, vos!

–¿Cómo estoy? ¿No puedo hablar, acaso? –increpó «Katanga» a «Aparicio» incorporándose a la charla–. Tiene razón la señora. Las influencias de la luna, sobre todo al crecer y al menguar, no son supercherías. Son hechos comprobados. Yo no me di cuenta anoche. Jamás hubiera cometido la macana de acostarme allí. Allí, donde, para mayor irrisión, además de recibir el reflejo lunar directo –vale decir descargas eléctricas y magnéticas que trastornan la cenestesia–, el reflejo lunar que amasa el vaivén de las olas forma un vaho maligno que lo amortaja a uno. Tiene razón la señora. Son preferibles las chinches a la luna.

–Lo que es yo, opino al revés.

–Es claro, «Dijunto». Vos estás acostumbrado a la vida abierta de campo. Gozas –¿cómo diré?– de la amistad de la luna. Y en vez de alucinarte, te arropa con su confianza. Pero, a nosotros, que le llevamos la contra, que la ofendemos con nuestra presunción... ¿A que vos no ponías a enclocar tus gallinas durante el cuarto creciente?

–Cabal. Para incubar con éxito: la luna nueva.

–¿A que no laborabas tu vino en cuarto menguante?

–Ignoro. Siempre lo he comprado hecho.

–Hubieras sabido también que en esa fase la fermentación es defectuosa, por el influjo nefasto de la luna sobre los

microorganismos que la originan. Es cosa archisabida que para plantar, cosechar, fecundar, capar, hortelanos y ganaderos se guían por el almanaque lunar. Bien, la misma influencia repercute sobre los seres humanos. El vértigo, el histerismo, el sonambulismo, están supeditados a los efluvios de nuestro gran satélite. Todavía la ciencia no ha especificado su dictamen. Pero el influjo es efectivo. Del mismo modo que el pescado se pudre a la luz de la luna antes que a la luz del sol, los nervios del mar y de los hombres se excitan más fácilmente bajo el manto de Selene. Hay algo mágico en ello. Yo he tratado de dilucidarlo por la concomitancia de mi profesión. En vano. Es un ocultismo sublime. Nadie descubre la trampa. He leído cuanto tratado ha caído en mis manos. Desde los libros del siglo dieciseis –uno: *De los secretos de la luna*, por el médico Antoine Mizauld, y otro por el doctor Jouvert, de Montpellier– pasando por autoridades científicas como Manuret y Bruce, hasta los más agudos ensayos de físicos, astrólogos y psiquiatras. Sin chance. Continúan en yunta el enigma con el empirismo del vulgo. Y lo peor es que uno no puede reírse...

–A la verdad: nuestra experiencia.

–Nuestra experiencia, «Longines», tiene un fondo lunar pero una base somática. Había varias causas predisponentes: el exceso, el traqueteo, la mala digestión de ayer. Todo el sistema nervioso vegetativo estaba en descalabro. La pesadilla, por consiguiente, fue producto de una perturbación en la nutrición cerebral. Una especie de delirio por intoxicación, que despierta bruscamente, en plena inercia del sueño, con ímpetus de terror. Nada peligroso en una playa. Pero...

«Katanga» se calló. La dueña de la pensión movía gravemente la cabeza:

–Yo lo sabía... ¡Oh la luna!... ¡Y tan luego anoche!... ¡Exactamente al iniciarse el tercer día de luna llena!... ¡En el período más virulento de su ponzoña!... ¡Qué insensatez ponerse a dormir afuera!

«Aparicio» y «Viejo Amor» se levantaron de pronto:

–Nosotros nos vamos. Si no este par de lunáticos nos van a podrir también.

Insidiosa, pertinaz, la mujer los persiguió con sus palabras:
–Decid lo que os plazca. Pero no os cortéis el pelo ni la barba cuando la luna está en menguante; pues quedaréis lampiños y calvos. No os cortéis las uñas otro día que el lunes, que es el día de la luna. Así os preservaréis del dolor de muelas y de cabeza. No os...

Regresaron cuarenta minutos después, radiantes de alegría.
–Venimos a proponerles un programa macanudo. Hemos encontrado una lancha y un lanchero de mi flor. Por treinta mangos conoceremos todo: lago, diques, usinas. Si les parece podemos almorzar a bordo o en alguna isla. Es la gran oportunidad para desinfectar el recuerdo.
Permanecían desganados mientras «Aparicio» proponía. Pero, ni bien oyeron la última frase, las pupilas se iluminaron. ¡Algo prodigioso! Dicha con entusiasmo, pero sin asignarle trascendencia, la frase movilizó *ipso facto* las voluntades. Era un portento de puntería psicológica. Hubo ruidosa aquiescencia:
–Bien. ¡Cómo no!
–Ahora mismo. ¡Ni qué hablar!
–Que «Longines» lleve la valija, por si acaso...
–Almorzaremos frugalmente a bordo.
–No hay duda. Es la gran oportunidad. ¡Hay que desinfectar el recuerdo!
Henchido por la unanimidad del sentimiento, «Aparicio» condujo a «Lon Chaney» y «Viejo Amor» para comprar lo necesario.
Cuando la dueña de la pensión supo que no comerían a las doce, tuvo una decepción sospechosa. Era demasiada liberalidad para semejante calaña. Despachó la gallina, el jamón, la manteca, el pan y el agua mineral con inequívoco recelo. Temía que, a lo mejor, le pidieran compensación. Sin embargo, no. Su nublado de duda se despejó ante el billete extendido:
–Cóbrese. Pero traiga más fruta, la mejor que tenga.
Yendo a ese menester, «Lon Chaney» advirtió una mueca significativa de la dueña a un parroquiano que leía el diario,

apretando otra sección del mismo bajo el brazo izquierdo. Avisado, «Aparicio» giró el busto desvergonzadamente:

–¿Quién? ¿El «sobaco-ilustrado», ése? ¡Bah! No tiene pinta de sicario.

Ya en su poder la fruta, recibía el vuelto. En esa oportunidad entró un canillita ofreciendo su mercadería. Rotoso. Flaco. Sucio. Tez amarilla y ojos negros. Y le entregó su ternura junto con las moneditas sobrantes.

–No, chico, dejame de diarios. La gente culta no lee diarios.

La criatura pareció más exangüe. No reaccionó al halago. Apenas sus ojos negros se abovinaron. Y quedó mirándolo, mirándole.

–¿Qué? ¿Te parece extraño que te regale setenta guitas? ¡Bah! Gano plata. Leyendo diarios la gente se imbeciliza. Pierde el hábito de pensar por cuenta propia. ¡Cosa muy cara, che!

Los compañeros llegaban y salieron todos juntos.

El parroquiano, Don Baudilio Pérez, boticario de Rumipal, les clavó la vista.

Ya pisando el umbral, «Katanga» y «Longines» dieron media vuelta para escudriñarle a su vez. Entonces no resistió más. Y repelió los ultrajes:

–¡Habrá gentuza! ¿Qué cáfila de insolentes es ésa? Ya les constreñiré al respecto.

Y se restregó nerviosamente el cráneo mondo y redondo.

El canillita contaba las chirolas.

–Diez... Treinta... Cuarenta... Cincuenta... Setenta. justo! No me ha jodido. ¡Setenta guitas!

Volvían vitalizados por el sol y el aire. La piel tirante y roja. El alma llena de cosquillas.

–¡Qué obra! ¡Qué paisajes! ¡Qué colores!

El paseo había resultado magnífico. «Fortunato» en especial demostraba una locuacidad casi eufórica. Su concentramiento habitual se trasvasaba en elogios, en admiraciones, en dichas expansivas. La jornada en lancha por costas sinuosas, por caletas profundas, por ensenadas bruñidas, vibraba en su orga-

nismo como una ebriedad reciente. Sentía la fruición de la mocedad en aventuras idénticas, rebullendo dentro sus arterias desclerosadas transitoriamente por el holgorio. Hasta su lengua, siempre acurrucada, suelta, joyante ahora, revivía el gusto añejo de la risa.

–¡Qué obra! ¡Qué paisajes! ¡Qué colores!

Y los repasaba mentalmente en su memoria, pues era preciso conservarlos, para decoro de días opacos y soledades de niebla. El añil de las aguas lejanas. El esmeralda de los alfalfares próximos. El morado de las sombras vespertinas. Y aquellas gamas exquisitas que iban desde el crespón blanco que desfleca el vertedero, al valor de la bruma en las quebradas; y desde el gris perla del ocaso, a la irisación de ópalo del lago.

–¡Qué obra! ¡Qué paisajes! ¡Qué colores! Nunca imaginé un espectáculo tan agradable. De tanta belleza en equilibrio. De tanta gracia en proporción. He repetido muchos momentos felices de mi vida. El paseo ha sido una bendición para los sentidos. ¡Oh, no hay nada como el agua! El agua es la gloria flexible. Semblante de espuma. Pestaña de juncos. Cabellera de liquen. ¡Oh, el agua serena! Los domingos, con algunos subalternos de banco, bajábamos en yates el curso del Moldava. Un yate cuya vela principal ostentaba un enorme signo de tanto por ciento. Dentro de una orla purpúrea, dos ceros separados por una raya oblicua. ¡Nuestra heráldica! ¡Había que ver las recepciones jubilosas que nos hacían los concurrentes de las islas-recreos!

–Es raro. En ninguna parte la usura es bienvenida...

–Allí, sí. Porque hay educación. Porque el tanto por ciento no es usura. Porque el porcentaje de educación obliga. Porque existen prestamistas y deudores decentes. ¡No como aquí! Hipetecápolis. Coimópolis. ¡No como aquí! Prendápolis. Usurópolis. ¡No como aquí! Deudápolis. Cuentópolis. ¡No como aquí, donde la educación arroja porcentajes míseros y la usura tantos por ciento grandes! Yo sé lo que digo. He sido gerente de banco en Praga.

Ya estaba perdido. Y siguió divagando a regañadientes. Apagado el brillo de su alegría. Sumido en hosquedad, frente al cadáver de su dicha descuartizada.

«Viejo Amor» trató de reanimarlo.

–Vamos: ¡no te enojés! ¿No puedo hacerte una broma?

Cuando llegaban al patio de la pensión, «Aparicio», que iba en punta, retuvo el paso esperando a los demás. Estaba el parroquiano de esa mañana. Simulando leer *La Prensa*. En expectativa de algo. Siempre con otro diario apretado bajo el brazo. Le observaron desenfadadamente. Sobre el cuerpo esmirriado, que parecía doblarse sobre sí mismo como con goznes, se balanceaba nervioso su cráneo mondo y redondo. Al señalar su presencia:

–Manyen: otra vez el «sobaco ilustrado»...

El aludido se levantó furibundo. Era inexplicable cómo su rostro contenía tal pluralidad de facciones. Cada cual vio una distinta. Eso sí, servida por el amplio tajo de su boca, cuyos dientes atabacados, ennegrecidos, se asomaban, se cruzaban, se superponían, para atisbar el camino que seguían sus palabras.

–Pues, señor. Si no se calma y explica mejor...

–¡Voto a mil demonios! ¡Que yo –¡YO, UN BURGALÉS!– no me explico!

Más que su boca, las manos eran las que vociferaban. Manos huesudas, de nudos prominentes y uñas encorvadas. Marcaban rumbos. Caían en afirmaciones a pique. Se trajinaban en vaivén continuo. Y creaban la atmósfera propicia al insulto, ya uniéndose como en oración, ya sacudiéndose en anatema, ya trazando curvas, paralelas, ángulos y esferas para ilustrar, conducir y redondear las frases.

–A la verdad, no junamos todavía por qué está cabrero. Bata el justo de una vez.

–Junamos... Cabrero... ¡Jerga de crápulas! ¡Ay, me empestifero, me ahogo!

La desolada figura se agobiaba y contorsionaba dentro de un saco de lustrina, cuyo color primitivamente negro fluctuaba entre el pardo y el verdoso. Mil conjeturas se hilvanaron apresuradamente respecto a su iracundia. A todas luces no había motivos.

–Se ofende a la macana. Nadie lo ha cachado, señor.

–¿Que no me ofenden? ¡Habrá vileza, voto al chápiro verde! ¿Y esta mañana... y hoy... y recién... con vuestra germanía de galeotos?

–¡Aaahhh! ¿Usted está fulo porque no chamuyamos *comm'il faut*? ¡Qué cosa!, ¿no?...

La mofa franco-lunfarda de «Lon Chaney» le exacerbó aún más. Sus ojillos celestes, pálidos, diluidos, la mirada vaga, siempre para dentro, se encendieron. Fue el contacto a fondo. Toda su máquina humana se puso en movimiento, como impelida por engranajes y poleas. Y rechinante, crispado, rompió a hablar. A hablar. A hablar dogmáticamente, contra la incultura idiomática, la semántica espuria y los barbarismos que estropean el lenguaje.

Su voz, aflautada al principio, fue descendiendo gradualmente hasta tornarse cálida y vibrante. Las palabras llenáronse de color y brillantez. Fue una auto-apoteosis erizada de saetas. Nadie se blindó. Y acataron su entusiasmo y sus conceptos, que se empujaban tumultuosos y se dispersaban en abanico, arrullando o fustigando, asombrando o atormentando.

La comprensión de su manía dulcificó al corrillo. Y hasta despertó interés su catilinaria. ¡Nunca, hasta ese momento, habían sabido que es posible hablar la misma lengua sin entenderse!... Era tal el cúmulo de vocablos castizos, de verbos rebuscados, de adjetivos arcaicos y de interjecciones extrañas, que nadie captó la onda. Y se redujeron a apreciar –como acontece en el teatro cuando se ignora el idioma de los actores– el aroma clásico, la sonoridad metálica, la nobleza de inflexión y la altivez de las palabras.

«Dijunto» simuló entender algo. Pero no mucho; pues parpadeaba seguido, exteriorizando con ello la frecuente conmoción de su ignorancia. Dolido de esa inferioridad, el compatriota comenzó a fastidiarle. Y recurrió a «Aparicio», que también estaba harto, para que lo sofrenase:

–Bueno: basta de cháchara.

–¿Cháchara? ¡Oxte! ¡Oxte!

–En concreto: usted está caliente porque lo llamé «sobaco ilustrado». Porque dije que el hombre culto no lee diarios. Porque me gusta el lunfardo... Y bien. ¿Por eso tanto barullo? ¡Vaya a la mierda! Sepa que nos ha hinchado las...

Enmudeció. No hay como la crudeza de una puteada para cortarle el chorro a la presunción. Apabulla y zahiere de tal modo la dignidad magistral, que la boca se clausura en el acto por *lock out* del cerebro. Todo el pundonor del boticario se aplastó así, agachando los hombros. Pareció deplorar el caudal lexicográfico vertido inútilmente. Pero restituyó su énfasis. Y recogiendo la sarga antigua desenvuelta en su monserga, la enroscó en su cuello con el garbo de una capa.

Todos, la dueña inclusive, lo vieron retirarse inflado de prosopopeya.

«Katanga» fue el único que le tuvo lástima. Lástima innecesaria, por cierto, desde que abandonaba el foro, después de la lección frustrada, con la gallardía de un retórico.

–En Colombia, en Ecuador, he encontrado muchos sujetos de su laya, con psicosis gongorina. Grandes sabedores del patrimonio lingüístico, pero poco sabios de los imperativos de la hora. Sujetos que ignoran que el lenguaje es contenido vital, no fría erudición. Sujetos que hablan tan castizamente el castellano que obligan a traducirlo... al castellano corriente.

–Pues da usted en la tecla. Don Baudilio se desvive por complicar lo simple. Jamás le escucharéis pedir: *–Déme cuarto kilo de queso,* sino: *–Liadme cuarto kilogramo de condensación láctica.* Jamás os dirá que es idóneo de farmacia, sino: *–Consuelo de podrigorios...* Ayer me desconcertó con el pedido de una aljofifa.

–¿Aljofifa?

–Sí señores míos: al-jo-fi-fa. Toda una patochada que significa nada menos: un trapo para fregar pisos...

La risa franqueó el acceso de «Dijunto»:

–Yo soy español; pero confieso que me revientan los paisanos de esa categoría. A General Pico llegó uno que se jactaba de alcurnia. Había comprado en España un fundo frontero al que yo arrendaba. Venía con recomendaciones del Embajador argentino en Madrid. Empezó a dirigir la colonización. Y ahí empezó el martirio. Fue un fracaso completo. No le duraban peones. Los maltrataba porque no le entendían. ¿Qué iban a entenderle? Jaca por macarrón; alcor por barranca; álave por

rama combada hacia la tierra; acémila por macho mular; alcorque por el agujero que mantiene el riego de las plantas... Es muy bonito todo esto, si los peones fueran académicos... ¡Con decir que ni los insultos comprendían! Una tarde de invierno le encajó este reto a un peón hijo de piamontés: *–¡Ea, malondro, vete a la faena! ¡Basta ya de soldar, tamaño bobacho!*

–Traducí.

–¡Vamos, atorrante, andá al laburo! ¡Basta ya de tomar sol, grandísimo pelandrún...! Lo lindo fue que el muchacho lo tomó a risa. Y fue la de San Quintín, porque se enojó que no se enojara. Ni mentar que sacó la peor parte... No halló otro remedio que buscar un mayordomo criollo, de esos atrabiliarios, que se hacen entender aun sin hablar...

La dueña hizo una interrupción culinaria:

–Dispensadme: ¿vais a cenar?

–Si tiene el menú que nos «contó» anoche, sí.

Pescó la alusión de «Longines». Y astuta, conociendo los trastornos que padecían, burló otra vez la obligada sobriedad:

–Tan delicado como el de anoche quizás no. Pero trataré de complaceros. ¿Qué os parece: cima rellena, estofado de porotos con orejas de cerdo, jamón de ternera mechado con papas al horno, budín de nueces, queso Camembert?

–Fantástico.

–¿Cómo, fantástico?

–¿Creéis también que es un menú camelo?

–También... Y lo peor que no podemos verificarlo comiéndolo...

–Pues entonces, indicad. No soy una cocinera imaginaria.

–Bien. Algo simple, sin condimento ni... imaginación.

–¿Tortillas de espinacas, puré de papas, macarrones al gratén?

–Justo. Con tal que la manteca de esta mañana no se convierta en aceite de mirasol –apuntó «Aparicio»–. Los gringos ya están generalizando esa porquería. No será extraño que cualquier día empecemos a girar el cogote para donde alumbre el sol...

Meneó la cabeza irónicamente y se apartó.

La breve escena, por su fino buen humor, había borrado la aspereza de las anteriores. Quedaron un rato deleitándola en

silencio. La mujer les encantaba ahora por su vivacidad. No era una pavisosa. Rimaba con sus respectivas idiosincrasias. ¡Hasta los madrugaba!

La noche estaba tibia. Excepto «Fortunato» y «Viejo Amor», se sentaron en el patio. Plácidos. Brisas y sonrisas aleteaban a su alrededor.

Pero sucedió lo de siempre. ¡Al final el *ritornello*! Y volvióse al tema del boticario como una obligación musical para terminar el concierto. «Katanga» tomó la palabra. Faltaba su do de pecho:

–Según les decía, he encontrado tipos que enferman con su chabacanería clásica. En Bogotá era famoso un joven profesor por sus pujos cursiparlantes. Cierta noche, después de la función, amigos ocasionales invitáronme a una parranda en el burdel más elegante de la ciudad. Ahí le conocí. ¡Era un fenómeno! Hablaba con garbo y retintín. Al preguntarle derechamente porque no iba a la pieza, oigan lo que me contestó: *–Pues verá usted. Me amartela aquesa perendeca, que es una pepona agraciada y cachonda. Mas, cuando la desemperegilo de garambainas y perifollos, la tronga desenhechiza mi médula. ¡Y nada, amigo, nada!*

–¡...!

–Pues nada, nosotros tampoco. Traducí.

–Es cosa ultraverde. Que traduzca el nuncio. Yo no comulgo con semejantes anacronismos.

–Tenés razón. Verdaderos anacronismos –recalcó «Aparicio»–. No es correcta esa corrección. El idioma debe traducir la modalidad natural del pueblo. Mamar en ella, que es su pezón auténtico. Rechazar las amas secas, que son los profesores españoles que vienen a lucrar con su mala leche. Y rechazar los sucedáneos locales, esos escritores engolados que pretenden agallegarnos. ¡Que se dejen de joder! ¡Si cualquier día nos van a obligar que llamemos ayuntamiento a la municipalidad! Ayuntamiento... ¿se dan cuenta? Ayuntarse igual a cópula carnal. ¡Bonito oficio el de los concejales!...

El Secretario, que había venido a buscarlos, urgía rapidez atronando la bocina. Ansiaba presentar «los salvadores» a los colonos que estuvieron a punto de ser deportados. Habían organizado una comilona en la chacra de Saverio Di Noto, el más comprometido, sita en las proximidades del pueblo de Río Tercero.

En la imposibilidad de ir todos, cada cual se excluía. Reputaban tal agasajo una gratitud excesiva. Era sincero el pudor moral que los embargaba.

–En realidad debían hacer el homenaje a los dos mil pesos...

–El rasgo ha valido en trascendencia. Pero, reconozcamos: ha sido barato...

–Andá vos. Y vos.

–No. A vos te corresponde. Fuiste el...

–Bien: yo, «Longines», «Katanga» y el que quiera.

La bocina expidió un lamento largo. Como un lazo. Como pial sonoro. Y en apretado haz salieron «Aparicio», «Katanga» y «Viejo Amor», que se deshacía por concurrir. Parecían efectivamente pialados y tironeados por el apuro.

Se ha dicho que los tiranos tienen las orejas en los talones. No escuchan así más que la voz de quienes se humillan y el clamor de los que se arrastran en la ignominia. ¡Pero aún existen laringes que parecen clarines! ¡Aún hay temples que son toda una oriflama de combate!

Desde la tribuna del volante, el Secretario gritaba a plena garganta la verdad adusta y seca. Las viles maniobras de los acopiadores de granos. La connivencia de la autoridad. Los procesos fraguados contra colonos dignos. El sambenito de comunista que se cuelga a quienquiera proteste. Y viendo la mordaza inminente, lanzaba allí, al brioso auditorio de todos los vientos, furibundos anatemas contra la plutocracia enjabelgada sobre la espalda moral del pueblo.

El fragor de su voz tenía un eco auspicioso en el corazón de sus acompañantes. Y al levantar la testa doblegada por la vergüenza de ver tantos argentinos desleales a la patria, bamboleaba en su dicterio la estabilidad de los hijos espurios que

explotan su grandeza. Entonces, transmutadas en fuego, su voz y su cabellera flameaban como una antorcha.

«Aparicio», vibrando igual que un adolescente, sintió una extraña turbulencia. Quiso vociferar también. Pero no pudo. Y casi con deleite dejó que el Secretario continuara hundiendo la espuela de su rabia en el flanco espiritual de los «entregadores» del país.

«Viejo Amor», gacha la cabeza, parecía remover el rescoldo de una rebeldía apagada. Trazó de improviso un gesto melodramático de estrangulación. Y en ese saludable heroísmo, creyó vindicar los más puros criterios de la civilidad conculcados en el oprobio de la sumisión.

«Katanga» medía en su alma la radioactividad de las ideas. Iba tieso. Escuchando *y* escrutando. Adentro *y* afuera. La conducta hidalga del Secretario gozaba la adhesión de su espíritu. Pero su verbo apasionado, no. Al revés de los demás, él descarnaba de palabras sus conceptos. Y aplaudía su decisión en la noche de la injusticia, yendo magnánimamente en auxilio de los oprimidos para evitar «la angustia de un llamado que queda sin respuesta».

—...

—...

–Asigún...

–Ma caraco: ¿cóme asicún? E propria la veritá. Non se poede pecar l'evidenza perque sí.

–¡Oigalé! Por ese camino ustedes van a compadriar entuavía que le han enseñao a nadar a las viej'el agua del Tercero...

La salida del paisano produjo hilaridad entre los comensales. Discutía con el cuñado de Saverio Di Noto el eterno tema rural de la influencia extranjera en el país. Y no estaban de acuerdo, como es natural, en la proporción del beneficio.

Las fuentes colmadas de tallarines desparramaron su perfume incitante desde el corredor. Y ya instaladas en la mesa, bajo la bóveda del parral, las mujeres de la casa comenzaron a servir. Sirvieron *sans façon,* a la italiana, soberbias parvas, en

cada plato. No hubo ceremonia en el ataque. Acostumbrados por la semejanza, la mayoría empuñó el tenedor como se empuña la horquilla. Y lo mismo que se alimenta la trilladora empezaron a cargar la boca...

«Viejo Amor» y «Aparicio» se hallaban a sus anchas. Se adaptaron de inmediato al ritmo de la gula. El condimento fuerte –ajo *y* hongo– del estofado *y* el tuco de la pasta excitaba su olfato y regalaba su paladar. La privación de los colonos, a través de quince días de incomunicación y calabozo, justificaba la avidez y la fruición. La sobriedad resultaba un pecado frente a la bulimia que traducían. «Katanga» trató de disimularlo. Saboreaba con moderación la apetitosa parva. Se hartó enseguida. Y pareció deliberado su contraste; pues mientras los demás repetían la ración, él se demoraba perplejamente enrulando los tallarines en el tenedor, para sorberlos después en degustación voluptuosa y sibilante.

La discusión reanudó:

–Atora, dicame in po: ¿havía tagliarini nel paese, antes?

–No. Pero tampoco había gringos. Todito era felicidá entonce...

La risa volvió a subrayar la respuesta. Y hubo resquemores. La discrepancia no se formulaba con palabras amables. La urbanidad, que otrora fue de estilo, cedía plaza a la pifia y a la mofa. ¿Para qué discutir? Si la pugna de las ideas se ha vuelto infructuosa. Si consecuentemente, los caracteres susceptibles, excitables, levantiscos.

Saverio Di Noto sabía eso por experiencia. Y reclamó más bondad, más comprensión, más tolerancia.

Era un toscano fornido, de mentón anguloso y frente prominente. Su bigote, con guías para abajo, corría en el borde de dos hondonadas laterales. Sus pupilas retintas miraban con suavidad de terciopelo; pero al concentrarse destellaban el fuego frío de la entereza y del valor. Desde años atrás venía bregando en la zona para alzar el nivel intelectual del chacarero. Tenaz en el esfuerzo, su vida era un ejemplo de contracción y propaganda. Por él se fundó la primera cooperativa. Por él se mejoró la producción: semillas de *pedigree*. Sistemas modernos de

siembra. Implementos racionales. Silos. Elevadores. Entonces surgió su lema: «A cereal de calidad precios remunerativos». Estaban hartos de explotaciones inicuas. Resueltos a no vender un solo grano. ¡Podían resistir! ¡Resistirían! Rey Fils y Ponce y Lord lo «tocaron». ¡Ilusos! ¡Sobornarlo a él! ¡A un hombre de esos que concitan la simpatía del designio y del afecto; que refundan en crisoles de progreso la obra del bienestar colectivo! ¡Jamás! Y comenzó la guerra. Retiraron sus agentes de compras y movilizaron agentes provocadores. Minado el comercio, vinieron días terribles de restricción de crédito. Minada la voluntad blandengue de algunos campesinos, irrumpieron las primeras desavenencias. La desunión facilitó el fracaso. Intervinieron jueces y policías. ¡Y todo se vino abajo! La confianza en el líder, las estibas de trigo, la dignidad de los colonos, los precios exigidos... Él y cinco más no cejaron. Salieron a la calle. Organizaron *meetings*. Cursaron protestas. Pero era poca valla para evitar la dispersión. Poco dique para atajar el desaliento. Y aconteció lo de siempre: el respeto y la admiración que le profesaban rodó al fango. Y la fe y la solidaridad esponjosas de los agricultores fueron vencidas por la fobia compacta de unos cuantos capitalistas... Cuando se dio cuenta de la textura venal de los colonos, ya era tarde. ¡El hombre vale cuando acierta en la conciencia de los demás! Se mide el éxito a través del interés ajeno. ¡Egoísmo puro! Nadie se sacrifica por nadie. No se estima la efusión vertida en el ideal. No se cotiza el fervor del ahínco. ¡Buscaban exclusivamente el aumento de la ganancia propia sin condicionarla a la ganancia de los demás!... Detenido, procesado por vilezas de amigos y vilipendios de enemigos, él y sus compañeros de causa vieron pendular la Ley de Residencia, más que sobre sus cabezas extranjeras, sobre sus hogares argentinos. La deportación era inminente. ¡Al fin los pulpos del trigo y del maní podrían extender de nuevo sus tentáculos que succionan la savia de la tierra y el sudor de los hombres! Entonces... Entonces fue cuando supo que el dolor de la impotencia tiene amigos. Amigos leales que sobrepujan todas las vicisitudes. Amigos como el amigo que contemplaba al frente, sereno, con la serenidad que traer

las fatigas exaltadas. Amigos como los amigos recientes, que llegan desde la casualidad y extienden la mano. Amigos como los amigos sepultados en el anónimo, que piensan como él y lo defienden así, pensando que la justicia vencida por la canalla no es injusticia, sino justicia, justicia más pura y digna, puesto que ostenta en su ultraje la consagración de la infamia.

«Katanga» no sacó su mirada de su recia estampa de conductor. Mirada espectral que llegó al fondo del Renacimiento y se localizó en la admiración similar de esbeltos especímenes del Bronzino. Vio a la par la opulencia de senos de su esposa. Opulencia benigna que hubiera tentado los pinceles del Tiziano. Y, dulcemente, su imaginación forzó la frente cargada de penas del uno a hendir el tranquilo golfo del pecho conyugal. Y a reposar. A reposar en él, mientras caían sus palabras:

Saverio: Ser animador de las fuerzas nobles del individuo no es tarea fácil. Requiere la intuición de la triste armonía secreta que vincula a los seres –la necesidad– para educarla en normas de optimismo y erigirla en órdenes de ventura.

No basta conocer el viejo oficio de ser hombre. La honradez, que es el espejo limpio donde uno se mira, es turbio azogue para muchos. No convence. Cada cual se cree mejor Y todo se malogra. Porque la prosperidad de los pueblos radica en el equilibrio de su grandeza moral y la eficacia del esfuerzo. Porque el esfuerzo de la mayoría es submoral, inmoral, amoral.

Hay en la vida de la sociedad etapas de desdén y dejadez que no sintonizan con lo generoso de las intenciones. Conseguirlo, es la apoteosis más bella del altruismo, es la misión de los seres privilegiados. Pero ¡ay! el privilegio de esa misma superioridad es el lastre maldito del fracaso.

Su tragedia me conduele, querido Saverio. Poco importa su encarnación de virtudes próceres, de ejemplos gallardos, si abajo la grey masculla el rosario que le dan y la mansedumbre que le imponen. En el balance de la conciencia pública actual, usted siempre arrojará un déficit amargo. Es un gran crimen no saciar con beneficios inmediatos la esperanza de los desheredados. Pero un grande honor haberlo intentado; porque en los balances de la historia esos déficits se computan entre las fuerzas propulsoras

de la humanidad. Deje, entonces, que anticipe la gratitud del futuro en la expansión de mi sentimiento. Y con ello ponga un poco de bálsamo en su herida. ¡Porque la civilización ha recibido un nuevo lanzazo en su pecho lacerado y simbólico!

La criada movía las nalgas como se mueven dos mofletes comiendo. Ese vaivén alternado de su grupa tenía encandilado a «Viejo Amor». La mandaba bajo cualquier pretexto:

–Che, muchacha: traeme un poquito de sal. El lechón está bien adobado, pero le falta un poco de sal, para mi gusto.

Traída la sal se le ocurría que le portara un vaso:

–Quiero beber agua pura. No me gusta mezclar el vino.

Diligente, servicial, la criada salía al encargo. Y ávidos sus ojuelos de víbora escalaban las piernas rollizas para instalarse en la grupa, saltar de una nalga a la otra y mimar sus redondeces. De vuelta, pellizcos y piropos furtivos. Promesas de regalarle talismanes y dijes maravillosos. Y otra vez, al retirarse, el regodeo sensual, baboso, de ver sus nalgas moviéndose como si fueran dos mofletes.

El Secretario, ausente de tales desahogos, explicaba a «Aparicio» cómo se verificó la liberación de los presos, ya en trance de deportación.

–No vaya a creer que anduve con asco. Sé cómo se maneja esa gente. Fui a ver al caudillo local. Sin decir agua va, le pasé la plata por las narices. Y le dije: *–Son dos mil pesos; mil para usted y mil para los que labran el sumario. A usted le consta que lo que hacen con Di Noto y los demás, es una chanchada sin nombre, planeada por los acopiadores de cereales. Su padre mismo ha sido víctima de Rey Fils y Ponce & Lord. –Es verdad, replicó; pero el Ministro del ramo está interesado en sofocar estos movimientos. Imagínese si se generalizaran. Los ferrocarriles no transportarían ni un pito e Inglaterra nos llamaría al orden. Voy a telefonear a Córdoba. –Haga lo que quiera –repuse–; pero en cuarenta y ocho horas esta gente debe estar libre.*

–¿Y? ¿Aceptó?

–A medias. Demostró un pudor muy curioso. Merced a sugestiones imperialistas se hablaba ya de la injerencia del oro ruso. No quería contaminarse. Y, por las dudas, exigió mil pesos más, dado el riesgo...

–No comprendo. ¿Hay diferencia de cambio entre la moneda nacional y el supuesto oro ruso?

–Nada de eso. Quería sacar mayor partido. Usted no sabe las tretas de tales tipos ni se figura los escrúpulos conque manejan su improbidad. Y hubo que dárselos. Prometérselos, mejor dicho. Ahora que están en libertad veremos la forma de juntar fondos. Son capaces de procesarlos de nuevo... por falta de pago.

Las casas extendían sobre el patio quince metros de alfombra de sombra, tachonada de geranios, malvones, claveles y albahacas.

Por entre los árboles, a lo lejos, reverberaban los fuegos de la tarde en decadencia.

Pampa vacía.

En el silencio confinal, mugidos de vacas y cencerros de madrinas. Bordeando el galpón, la curiosidad de un rebaño tímido.

Hora de mate de yerba y mate de café. Hora en que se desensillan los cumplidos y la conversación se apea en la franqueza.

Los concurrentes se diseminaron en varios núcleos. Naipes. Fonógrafo. Pastelitos.

«Viejo Amor» y el cuñado de Saverio optaron por el vino. Paladeándolo, el primero farfulló:

–Aquéllos son vinos ¿eh? No esta porquería hecha a base de tanino, ácido sulfúrico, fucsina y mil componentes más.

–¡Non me dica: un veleno mortífero! Tutto nell'Argentina é mistificazione. In veche, recoerda lei y vini di Frascati, Albano, Lanuvio, Velletri...

–Me embriago con la simple memoranza. Yendo por la campiña romana, a la orilla del camino, en la mesa rústica de albergos y trattorías, ¡cúantos litros de Frascati, Albano y Velletri he zambullido en la panza!

–¡Eh! Lo mecor que poede hacer:

Se lavora e se fatica
Per la panza e per la fica;
E quel poco que s'avanza
Peri il mánico della panza...

–¡Bravísimo! ¡A su salud!
–Salute, mío caro.
–Allí sí que da gusto beber. El vino resulta sagrado. ¡El propio zumo de la tierra donde están nuestros muertos! Ellos cuidan que las raíces cumplan con su deber. Y arriba, por respeto a los de abajo, minga de tongos. Allí el vino es la ofrenda de los muertos al cariño de los vivos. Aquí...
–Salute, mío caro.
–Salud.
–Veríssimo. Io o bevuto il sangüe del mío padre. Il camposanto e propio al lado della mía casa.
–Aquí el vino es –hip– una ofensa... Parece –hip, hip– un escarnio de la tierra.
–Salute, mío caro.
Las fisonomías estaban encendidas. La frecuente libación despertó la consabida meiosis itálica. Cada uno a su turno comenzó a tararear viejas canciones del solar nativo. Cuando la canción era conocida, se pegaba la voz del otro, en dúo áspero, pero affiatado en el contento de recordarla. Revivían así, sus almas, horas felices, ingenuas, de algazara o tristeza, de amor o nostalgia, según la imposición de la letra y la modulación del canto.
En cierto momento, la estridencia llegó a límites inadmisibles. «Aparicio», arrimándose con el Secretario, tiró de la manga al compinche:
–Che, menos barullo. Hay señoras.
No surtió efecto la reprimenda. Siguieron cantando. Medio aturdidos, iban a separarse cuando pasó la criada. Rolliza y retacona, moviendo las nalgas como siempre. «Viejo Amor», imantado, dejó el canto y el corrillo: Fue a la zaga de la fámula. Y comenzó a convencerla:

–Vení. No corrás. Indicame dónde está el servicio. ¿Por qué te asustás? Tan luego vos, que sos la mujercita más guapa de la reunión. ¡Que no se diga!... Si fueran los otros mamarrachos, santo y bueno. Pero vos...

La muchacha se detuvo. Nadie conquista más rápidamente la simpatía de cualquier mujer que el que le habla mal de las demás. Especialmente si son sus amigas o superiores... Alargando el brazo hacia una casucha de material, con cortina de arpillera, señaló:

–Allá.

–Gracias. En pago de tus atenciones voy a hacerte un regalito.

Sacó del bolsillo dos objetos: el sarcófago y un amuleto circular atado con dos trozos de piolín. La chuncana fijó los ojos inexpresivos bajo las cejas espesas. Temblaron las aletas de su ñata y la barbilla, desde la cual abríanse las curvas de los cachetes. Nunca había recibido obsequios de varón. Quedó presa de azoramiento y curiosidad. Él insistió con palabras mojadas de lascivia:

–Agarralos... Son para vos... Un recuerdo sincero...

Deslumbrada por el dorado y el lustre reluciente los aceptó. Pero había algo de sospecha en su desconcierto. Algo que la cohibía, atisbando el rostro faunesco del donante.

–Son dos chiches muy interesantes. ¿Cuál querés ver primero? ¿Éste? Bien. Se trata de un amuleto que usan los marineros contra los naufragios. ¿Ves? De cada lado de la medalla hay un nadador. Ahora, observá. Los marineros la hacen girar así cuando están en peligro. Y entonces aparece la providencia que los salva. Acercate: ¡vas a ver la providencia!

La criada se acercó. Clavó la vista en el disco girando velozmente. Y no pudo más. Reculó tres pasos y le endilgó:

–¡Viejo sucio! ¿Qué se ha creído? ¡Mire que había sido cochino!

Tenía aún el sarcófago en la mano. Sin querer, tal vez por una leve presión de sus dedos, la tapa se abrió. Alarmada vio entonces el cuerpo yacente de un fraile:

–Sírvase. No quiero nada suyo.

–Pero, chica, si es un sacerdote. ¡Es un pecado que lo rechaces!

–Séia lo que séia.

Libidinoso, lleno de cachaza lúbrica, avanzó para recogerlo. Tomó sorpresivamente su mano extendida. Restregó con la palma derecha su piel, varias veces, hasta el codo. Y en plena estupefacción de la muchacha, apretó el resorte secreto que hizo oscilar un pene fenomenal entre la sotana.

Casi se ahogó de espanto. Dio un tirón para desasirse.

–¡Cochino! ¡Echen a este viejo cochino! ¡Es el mesmo Urdemales! ¡Cuidao! ¡Cochino! ¡Echen al viejo cochino!

Huía vociferando.

Las nalgas parecían desarticularse en su corrida, mezcla de coleo de ganso y trote de frisón.

Ya se habían despedido los demás. Dirigiéndose al automóvil con el Secretario y el dueño de casa, «Katanga» desgranó su teoría:

–Bueno. Hasta la vista. Muchas gracias por todo. Y no se aflija. Saverio. Estas cosas hay que tomarlas con soda. Como accidentes de trabajo. Cuanto menos seriedad ponga en función de la utopía y en ejercicio del bien, tanto mejor. El camino se hace menos arduo. Recuerde cómo me burlé de magistrados y policías en Río Cuarto. Así. Proceda así. El fuego del ideal debe mantenerse con espíritu alerta y alegre. Nada de insomnios lóbregos. Quienes se obstinan en empresas carbonarias, apagan la llama en la obscuridad. ¡Error! En los tiempos primeros del mundo, el fuego fue privilegio de la divinidad. Todos sabemos lo caro que le costó a Prometeo su magnífica aventura de robar al auriga Phaetón el fuego del sol, que Zeus hacía pasear en coche... El titán fue sujetado a una cumbre del Cáucaso, con recios herrajes forjados por Hefestos. Y en esa molesta posición, un águila se encargó, golosamente, de devorarle el hígado... Consolémonos, Saverio: este mito ha pasado de moda, tal vez por la superioridad *del pâté de foie gras truffé,* o porque ahora se prefieren las vitaminas del hígado de bacalao... Pero la vida no es más que una sucesión de mitos. Y la historia, que se encarga de complicarlos, no hace más que cambiar el nombre de sus

agentes, el lugar en que se realizan y las circunstancias en que acaecen... ¿Para qué sugerirle, entonces, que veo en usted un pequeño Prometeo, un «vidente precursor» según la etimología de ese nombre? Hubo en usted el afán nobilísimo de servir al ideal de los hombres, procurando brindarle un don de los dioses: la justicia. Pero le ha faltado táctica: se ha quemado en el fuego de su propio fervor. ¿Fracaso? ¡No! ¡Insista! La testarudez es el yelmo de todos los heroísmos. Pero, se lo repito, Saverio: prescinda de esa austeridad que maniata el carácter. Acostúmbrese a reír en vez de hacer restallar el odio. Vierta el dramatismo interior en prosa de comedia... Y al través nebuloso de los milenios, sobre el ara del porvenir, todos los que buscaron el trébol iluso del Bien, la Verdad y la Belleza, serán filiados, prontuariados, identificados. Y tendrá un mito jocundo, reñido por la historia y exaltado por los hombres. ¿Qué más?

El Secretario ya estaba en el volante.

Subieron.

Sobre el perfil azul de la montaña había un ocaso rojo de tragedia.

Arrancó el automóvil.

La testa de Saverio Di Noto tenía por nimbo al sol.

....

RÍO TERCERO:

Llegaron quizás demasiado temprano al prostíbulo. Pero era tanta la urgencia de «Viejo Amor», que «Aparicio» intercedió para que lo complacieran. El vino, el condimento, las nalgas de la criada y otros excitantes habíanlo encalabrinado a tal punto, que su sangre parecía impregnada de esencia de cantáridas.

«Katanga» accedió de mala gana. Estaba de regreso del amor y del sexo. Del sexo sobre todo. Muchas veces, perforando su aplomo, examinaba los repliegues más ocultos de su psicología abisal, en busca de su antigua libido. Sin éxito. Ahora, pesado de apatía, lo explicaba:

–Durante mi carrera ilusionista he tenido mujeres a patadas. Así, como doctor Inhell, he vivido el infierno de la realidad feme-

nina. Créame: estoy empalagado de tal manera de la facilidad de la mujer, que, naturalmente, me he vuelto difícil para ellas. Tanto que me mantengo célibe. Tengo el honor de decirlo: soy un solterón, un tipo *hors d'œuvre* del amor...

–Está bien; pero aquí no se corre peligro que lo devoren –replicó el Secretario–. Yo le he instado a que viniese, también, porque este burdel es una de las curiosidades de la localidad. Usted observe y verá...

Un buen número de bancos rodeaba el rectángulo de mosaicos del patio. Era una dicha ver las estrellas desde la semipenumbra y una desdicha ver las meretrices en la luz.

Permanecían concentradas aún en el salón del bar. Como si tal cosa. Groseras. Desmañadas. Opacas a la intimidad. En posiciones forzadamente incómodas. Como si buscasen en la distorsión o la tortura muscular, más que una voluptuosidad nueva, el castigo a su sensualismo. El tedio les mordía el rostro ya maquillado. Un tedio profundo, anatómico, que retorcía sus brazos como culebras antes de escabullirse por el abismo de sus bostezos.

«Aparicio» brutalmente rompió el silencio.

–¿A que no saben en qué se parecen las ostras y las prostitutas?

Y rápido, no dando tiempo a pensar, él mismo contestó:

–En que unas y otras se mueren de hastío en la cárcel de su concha.

Sólo «Viejo Amor» festejó con una risotada babosa la procacidad del chiste.

El Secretario y «Katanga» se hundieron en cavilaciones:

–¡La cárcel de su concha! ¡La herida que hiere y que hiede, al decir de Michelet! ¡La boca vertical por medio de la cual habla la especie! ¡La ranura donde uno pone su moneda para ver la vida reflejada en el hijo! ¿Es una cárcel? No, «Aparicio». ¡No es una cárcel! Es una herida, una boca, una ranura que es preciso dignificar. Seré romántico; pero discrepo con usted.

–Yo también soy romántico. Sin embargo, lo apoyo. ¡Oh, la cárcel de su concha! ¡El aburrimiento de la carne! ¡El fastidio de la fricción sin goce! ¡El hastío del contacto sin connu-

bio! ¡Qué cárcel inhumana! Es un acierto de frase. ¿Es tuya, «Aparicio»?

–¿Y no?... ¿De quién va a ser?...

Venía la Madama de sus habitaciones. Una mujer crepuscular de nariz ganchuda, papada fofa y vientre fajado hasta decir basta. Recamada de *bijouterie,* pasó delante de ellos con profusión de ruidos resplandecientes. *Aigrettes,* aros y broches de *strass.* Collares y ajorcas de cristal. Y prendida en la cintura, lado izquierdo, una cartera de cuero. Por la firmeza de su porte y la expresión autoritaria de sus ojos, se conocía su experiencia de patrona a través de orgías crapulosas, de clientes molestos y alborotos de borrachos. Eran las nueve. Dio una palmada. Y el elenco de rameras se difundió en el local.

Tuvieron, ipso facto, cuatro delante de ellos.

Ni bien una rubia petiza abrió la boca, «Viejo Amor» cedió al encanto de su voz ronca, tuberculosa, con falsetes que hacían cómico su cocoliche. Para despistar, opuso un poco de resistencia. Mas, cuando sus manos exangües mimaron los rizos de su barba; cuando la languidez de su compatriota rozó la fibra erótica, adiós: ¡«Viejo Amor» se incorporó!

Triunfante, ella comenzó a recitarle una parodia del Canto Tercero del «Infierno»:

Per me si va nel luogo desiato
Che in general bordello bien chiamato
Per me si va tra la perduta gente.

Che di puttane ahn nome nel presente
Per me si va nell eterno amore
Dove si fotte sempre in tutte le ore...

Y entrelazados, partieron balanceándose.

En su lugar se ubicó una criolla esbelta, de hombros anchos y cadera fina. La cabellera, de ondas charoladas sujetas a la nuca, exaltaba su fisonomía. Los ojos radiaban con el esplendor desmayado en tristeza de las mulatas. Había sin duda ascendencia negra en su sangre. «Aparicio» se lo preguntó. Y

no tardó la respuesta, más que dicha, runruneada en sus orejas con arrumacos felinos.

–¡Uruguaya! ¿De dónde?

–Vamos a la pieza. Ahí te lo diré.

Se pararon. Flexible, cimbreante, ella. Caldeado, vergonzoso, él.

–Estos de la otra banda se «bandean» enseguida...

–¿Y qué? Hay que lubrificar con amor las ideas...

–¡Lubrificar con amor las ideas! Tan luego aquí... ¿En esta estación de servicio?...

–Sí. ¿Qué tiene de particular?

–De particular, nada. De público, mucho.

–¡Uf! Vos... ¡Siempre el mismo! Vamos, chiquita.

«Katanga» recibió sonriente el reproche. Acababa de comprobar una vez más el nacionalismo subconsciente del deseo. En sus largas andanzas, doquiera halló una mujer del Islam, dejó de lado la belleza de las otras, para arrebujarse en su seno como en un oasis venturoso. Desde entonces supo que, si el amor es un instinto universal, el deseo es una apetencia condicionada en misteriosas fronteras interiores. Cada peregrino, cada proscripto, cada trashumante, por más que quiera arrasarlas, es una antena ansiosa de su patria. Imperceptibles razones inclinan, atraen, atan. No es la lengua, la raza, la idiosincrasia, del otro ser, sino la nostalgia común y la comunidad del recuerdo que brotan en los corazones distantes. Acercándose, se acercan a ella. Uniéndose, viven los mismos latidos y las mismas efusiones en la conjunción de los sentimientos nativos.

–De modo que si usted no halla una armenia...

–Así es...

De varias habitaciones ocupadas, las pupilas, asomándose desnudas, golpearon las manos:

–Agua.

–Una Quilmes blanca para la pieza quince.

–Agua, doña Raquel.

De inmediato una viejita –dos curvas: la del pañuelo atado a la cabeza y la de la espalda cubierta por una pañoleta– se

deslizó llevando pendientes, casi a ras del suelo, dos jarras enlozadas de agua caliente. Y un muchachón fornido –pantalón oxford gris y camiseta de jersey azul eléctrico– ocurrió sobradoramente con la botella y los dos vasos del llamado.

–¡Observe! ¡Observe!

–¿Qué cosa?

–La sirvienta y el mozo.

–Observo. No descubro su interés. ¿Qué tienen de raro?

–Después lo sabrá. Ahora vamos al bar.

Encaminándose, al lado de la puerta-cancel, un pobre anciano hacía de portero. A cada galope de timbre, se incorporaba del asiento. Corría el visillo. Divisaba pegando la nariz al vidrio. Y abriendo la puerta, fruncía los párpados, para escrutar a los clientes mientras el vigilante de facción los palpaba de armas.

–¿Se fijó en el viejito?

–Sí. Mal oficio para su edad.

–Mal y vil. Venga por aquí. Pase. Sentémonos en aquella mesa.

Hizo una seña. Vino un hombre de cincuenta años. En mangas de camisa. Tenía la tez blanca –amortiguada por el trasnochar–, los ojos biliosos –brillantes de desconfianza– y la boca deprimida con el belfo en mueca de resentimiento.

–¿Qué se sirven? –demandó uniendo las dos cejas enmarañadas.

–Café.

–Café. ¿Con gotas? –agregó como protestando por la insignificancia del gasto.

–Yo, solo. A ver, un momento: ¿solo, usted también? Sí. Solos. Con dos vasos de agua.

La consulta y la negativa le dio grima. Ni bien se apartó, el Secretario continuó:

–Yo no bebo nunca en el quilombo. Supongo que usted hará lo propio. Lo traigo aquí nada más que para que observe.

–Hombre: me intriga bastante con esa cantinela. ¿Observe qué?

–Al barman. Y espere: no se apure: falta, todavía...

La sala contigua era el «reservado». Esa noche, noche de sorteo, no había clientela distinguida: profesionales, casados infieles, autoridades en tránsito, comerciantes que despiden de soltero al habilitado del rubro... Había juventud. Y la juventud es una edad triste. Se veía desde allí, desde la atalaya del bar. Toda su vehemencia es fuego, no alegría. La alegría es privativa del hombre adulto, que se ha encontrado a sí mismo, que ya está en posesión de sus sueños. Desde su mesa veían la concurrencia cada vez más nutrida, pero nunca más amena. Ruido. Grosería. Alardes. Un receptor de radio difundía de tiempo en tiempo alguna pieza bailable, premio a tantas molestas partituras de anuncios. Cuando sonaba un tango, la algarabía de machos y hembras cesaba. Y trenzados en unción, lo bailaban con el entusiasmo paradójico de su aparente falta de entusiasmo.

–¡Rápido, rápido! Acaban de llegar. Observe aquella percanta de pelo colorado, de bucle sobre el ojo izquierdo, que ríe picarescamente y anda con un talonario en la mano.

–¿Aquella que luce una cinta de terciopelo al cuello y un delantal, negro también, sobre un traje ceñido color verde celedón?

–¡La misma! Es Wenzi.

–Aunque parezca una *apachinette,* por la pinta juraría que es judía.

–Polaca.

–Judía-polaca, entonces. ¡Una de tantas! ¿Qué tiene de peculiar la tal Wenzi?

–Mucho. Es la favorita del harén. No se prodiga. Tarifa doble. Con ella se cierra el misterio. A no ser un hermano macrof que está en la cárcel...

–Si usted me habla en turco, sepa que habla en uno de los pocos dialectos que no entiendo...

La radio difundía el tango «Rodríguez Peña». Se hizo una isla de silencio. Las pasiones virulentas entraron en un compás de espera. Y las grandezas carnales, que no ceden a la tentación, bajaron a la pista.

El Secretario y «Katanga» abandonaron la mesa sin tocar el consumo. Habían visto a «Aparicio» y «Viejo Amor» curioseando. Y fueron a curiosear también.

Terminada la danza, el locutor tomó la palabra:

–Queridos oyentes:

Estamos ofreciendo una audición de tangos del repertorio antiguo.

Cuando Jean Richepin hizo en París su memorable defensa del tango, y las contorsiones cadenciosas de sus cortes y quebradas se impusieron en los cabarets de la «Ciudad Luz», nuestra danza nacional, *par droit de conquéte,* se había enseñoreado del mundo.

Valses, mazurcas, schottis, lanceros, etcétera, quedaron eclipsados ante la torturada indolencia de sus movimientos y ante la quejumbrosa sensualidad de sus acordes.

El tango, que como baile tiene una perfecta relación al tango como música, lleva en sus ritmos una dulce melodía decadente. No hay en él los bríos brutales de la maxixe ni el vértigo de los valses. Una honda ternura de añoranzas, un hastío de placer gozado, una profunda tristeza de amor muerto, vibran en sus notas en amalgama suave y exquisita.

Yacen la pavana y el minuet en el dorado ataúd de la edad romántica. Agonizan la tarantela y la jota en un estertor violento como sus giros. Nació muerta la furlana en el alma inocente de Pío X. Los *one steps* y los *fox trots* se van hacia el olvido en el galope vertiginoso de su activo frenesí. Pero el tango –¡sólo el tango!– queda. Con su genuina languidez sentimental. Para animar, coronado de suspiros, las cadencias de Euterpe y, coronado de sollozos, los ritmos de Terpsícore.

Fue en vano el intento del *shimmy* por desplazarlo. Todo en él era falso y salvaje. Desde su música sincopada, robada y estridente, hasta la trepidación espasmódica copiada a las danzas hawaianas.

Hoy la rumba pretende imponerse. Inútilmente. Lo que vale es la emoción voluptuosa que filtra el

> dolor. No el desborde africano del ansia. Hay demasiada lubricidad en su zarandeo. Hay demasiada cópula en el mimo de sus figuras. Hay demasiada catinga en el sudor animal y en el sudor de la selva. Querer asimilar este baile de antropoides a los méritos del tango, más que una irreverencia a la evocación cargada de ensueños que posee, es un propósito ridículo de tirifilos y snobs.
>
> Las inspiraciones de la moda, cuando van en contra de lo más íntimo de nuestra idiosincrasia, deben proscribirse con recia altivez nacionalista. Y porque amamos la música nativa, henchidos de cariño, queremos que esta noche despierte en nuestras almas el deleite inefable dormido en la belleza de los viejos tangos.

No obstante la estupidez que implica aplaudir a la radio, bajo cualquier concepto, la mayoría aplaudió.

Llegando adonde estaban los compañeros, se sorprendieron de que «Viejo Amor» también lo hiciera.

–¡Cómo! ¿Usted, un italiano, aplaudiendo también? ¿No ha oído lo que dijo de la tarantela y la furlana?

–Después de amar se aplaude siempre al tango. ¡El tango revive el recuerdo del amor!

–¡Hola, hola! Se ve que un galopito de vez en cuando no le sienta mal al mozo...

–¡Es que usted no lo conoce!

Sonaban los primeros acordes de «El Entrerriano». La concurrencia se replegó formando pista a los bailarines. Wenzi era una llama voluptuosa ondulando en ese cerco de pasiones y deseos, de timideces y desparpajos, de depravaciones y sedes insaciables. Ella lo sabía. Y desde el tobillo a la punta del meñique, su carne –de carnación rosadorada de durazno prisco acuciaba la gula sensual con la promesa espléndida de su muslo, su vientre, su seno, su garganta y su boca.

«Aparicio» mostraba una corroyente melancolía. Algo minaba su equilibrio interior, empezando por sus ojos, socavados ya por una depresión inconfundible.

–¿Qué te pasa? ¿Estás arrepentido? Hay que pensarlo antes. Ya sabés: una hora con Venus y toda la vida con Mercurio...

–No, eso no. Es la cantidad de nostalgias que me ha destapado la fulana. Es de un pueblo vecino al mío. Conoce a toda mi parentela.

–¡Bah! Buena cosa la parentela, la tipa y todo esto. ¿Vamos a la cucha?

–¡A dormir! ¿Ahora, precisamente? –se alarmó el Secretario–. ¡Qué esperanza! De aquí a diez minutos se tira la rifa. Algo interesantísimo. Observe.

–¿Rifa?

«Viejo Amor» intervino:

–Debe ser ésta. No me he enterado aún. Al pagar el gasto del bar en la pieza me dieron este cupón. Tomá.

«Katanga» leyó el boleto. Quedó estupefacto:

–¡Pero es posible! ¡Nunca he visto cosa igual!

–Lee de una vez.

Leyó:

LA ESTRELLA

Gran Rifa Obsequio de los MARTES, MIéRCOLES y JUEVES (de 9 a 1.30 horas). A cada consumidor de $1. Serie A. Número 38. El poseedor de esta boleta tiene derecho a participar de la rifa de los premios que se detallan a continuación:

1.er premio: UNA DORMIDA Y UNA BOTELLA DE SIDRA, 2.do premio: OCHO BOTELLAS DE CERVEZA, 3.er premio: UNA VISITA Y UNA CERVEZA. (Léase a la vuelta.) El sorteo de esta rifa se practicará en esta casa a las 24 horas del día viernes de la semana correspondiente a la emisión de la presente boleta, y los números premiados se otorgarán en su respectivo orden de colocación:

ADVERTENCIA.- Los ganadores deberán reclamar el pago de los premios antes de los diez minutos de efectuado el sorteo: pasado este tiempo pierden todo derecho a reclamo.

OTRA.- El ganador del primer premio puede optar por tres botellas de sidra, o un cajón de cerveza, en vez de la dormida.

–Francamente, es extraordinario. Me gustaría quedarme con el cupón. No me creerán cuando lo cuente.

–Yo les decía... Observe: ya llevan el bolillero.

Wenzi, sobre una mesa, agitaba locamente una campanilla. El público numeroso de la medianoche –de esa noche y de las noches anteriores– empezó a conglomerarse en el patio. Era, prevalentemente, una concurrencia de mozalbetes, de empleados de comercio, de operarios humildes. Edad de furia y baile. Edad de sexo sin seso. Edad de unánime onanismo. Gente escasa de fondos, de vida difícil. En todos se notaba la avidez del premio. Cada cual especulaba secretamente. Jamás dispondrían de veinte pesos para pasar la noche *in baccho et veneris*, bebiendo sidra y folgando con una «mina». Las giras nocturnas al prostíbulo, a pie, con varios amigotes, para «franelear» un rato, divertirse bailando y consumir el peso que da derecho al número, constituía un programa económico. Y despertaba el incentivo de la rifa. ¡Oh, vivir el sueño que calienta la privación! ¡Salir siquiera una vez del pozo de la soledad! ¡Macerar con llanto, sudor y baba, la fiebre, la fiebre, la fiebre de la carne! ¡Oh!

«Katanga» observó impregnado de pena la facie macilenta y atormentada de esa juventud. Y mimando con buenos augurios el deseo de sus componentes, tuvo rabia y asco de sí mismo. Él había sido un infractor pertinaz de la igualdad del instinto. Había participado en el debut sexual de muchas vírgenes. Había conocido el anhelo despótico de varias solteronas y la depravación concienzuda de mil casadas. Hastiado y desdeñoso, contemplaba por contraste la plétora de mujeres que halló en su senda, desde el confín de la adolescencia hasta la raya misma del climaterio. Y sufría.

La barahúnda, progresiva, llegó a estrépito cuando dieron las doce de la noche.

Wenzi, encaramada ahora sobre el ansia inminente, reclamó silencio. Levantó arriba de su frente el bolillero. Giró rápidamente su esfera de alambre tejido. Y, en medio de la muda expectativa, proclamó:

–Primer premio el número treinta y ocho. Primer premio el número treinta y ocho.

–¡Yo! –gritó «Viejo Amor».

La concurrencia se volvió hacia él con agresividad visual, al principio; con sornas farfulladas, después. Ya empezaban las diatribas hostiles, obscenas y descarnadas. Pronto quizás comenzaría el vapuleo de la pasión defraudada.

«Katanga» columbró el riesgo. E intervino compulsivamente:

–¿Qué? ¿Pensás pasar la noche aquí, todavía? ¿No has estado ya en la pieza? ¡A ver: dale el número a cualquier muchacho!

«Viejo Amor» tragó saliva. Pero obedeció. No tanto por la reprimenda cuanto por el vuelco amenazante del público. Resultaba afrentosa la suerte de un hombre de su edad y catadura. Parecían significarle que el amor es privativo de la juventud. Que los seres maduros deben contentarse con el recuerdo de sus proezas eróticas, no competir con los ardores urgentes de ellos. Lleno de miedo, pasó el boleto a un joven escuálido, de luto raído, que lo asediaba con su rencor:

–Tomá. Andá a refocilarte.

No agradeció. Dio un alarido de hiena. Y abriéndose cancha a codazos, llegó donde Wenzi:

–¡Aquí está! ¡El ganador soy yo!

Cuando el bolillero volvía a girar, el Secretario indicó:

–Ahora podemos irnos. ¿Ha observado? ¿Es interesante o no?

–Lo que no me explico –interrumpió «Aparicio»– es la equivalencia de la dormida a tres botellas de sidra o a un cajón de cerveza. ¿Cuánto vale aquí la dormida?

–Quince pesos, tengo entendido.

–No hay derecho entonces de estafar al agraciado, en el supuesto que optara por las bebidas. ¡Si valen cuanto más cinco pesos! Se ve que son judíos. La uruguaya me ha contado cosas increíbles.

Transponían la puerta-cancel. El portero tendió la mano.

–Sanior: ¿no mi das oinas propinas? ¡Fijate in pobre viejos!

«Aparicio» alargó una moneda. Ni bien lo hizo, brotó sonriente el comentario del Secretario:

–Ya cayó usted también... Todo, aquí, es un mecanismo ominoso de explotación. Un conjunto de cosas increíbles. Sepa que ese viejo es el padre de la Madama y el abuelo de Wenzi...

–¡Cómo dice! –exclamó adelantándose, «Katanga».

–Como lo oye. Sepa, además, que la viejita que lleva el agua caliente a las prostitutas es la suegra del barman y la abuela del mozo. Sepa que éste es el cafisho de dos rameras y el hermano preso el macrof de tres más. En concreto: que todo queda en familia...

–¡Qué familia!

–¡Qué negocio!

–Abuelos, padres, hijos... Tres generaciones chapaleando los vicios y miserias de un burdel... ¡Es la aberración más fantástica que he visto en mi vida!

–Por algo repetía: observe, observe...

Eran las nueve de la mañana cuando emprendieron viaje de regreso. Demasiado tarde. Debían encontrarse a esa hora en el dique; pues el encargado de la usina iba a enseñársela a «Longines» y sus amigos.

Apenas abandonado el municipio de Río Tercero, las sementeras de maní comenzaron a lanzar sus flechas más allá del horizonte –ciudadela de muros diáfanos. Había adentro mil legiones agazapadas en los surcos. Y salían millones de flechas vibrantes contra los enemigos del campo y del colono. Enemigos astutos. Estrategas del hambre. ¡Con tal que no se mocharan en la libreta de cheques del primer acaparador o en el embargo de cualquier latifundista!

Después vinieron los batallones de maíz. Con sus verdes espadas blandinas y sus machetes y alfanjes sujetos al tallo. Estaban aguantando el ataque. Escondidos en valles y hondonadas. Bajo el mando de sauces barbudos. Y álamos centinelas con morriones de plumas. ¡Con tal que el filo de su fe no se mellara en el lucro y la desorientación!

Después, en el yermo de las mesetas, apareció la milicia indígena de churques *y* pajas bravas, con sus talas-caciques *y* sus espinillos-capitanejos. Ululos del malón. Huijas de gauchos. Y arriba, montaraz, la montonera autóctona de molles y de cocos, cuyos caudillos, ásperos, hirsutos –los algarrobos– tie-

nen un puñal criollo en cada vaina. ¡Con tal que el teodolito de los gringos no apuntase para desbandarlos!

Iban ligero. El automóvil, manejado por el Secretario, cuerpeaba las vueltas y baches del camino. Gambeteaba el escarnio inmóvil de los vacunos. Y dejaba atrás, flotante, la bruma de la polvareda cubriendo la retirada. Para llenarle los ojos de tierra a una civilización de perseguidores felices y sistemáticos.

De pronto, un viraje brusco. Una explosión. Raspones de guardabarros. Una frenada en seco. Imprecaciones. Insultos.

Pero el *chauffeur* que iba en sentido contrario no se detuvo, ni tuvo el vulgar comedimiento de ver las consecuencias del choque. Apretó el acelerador, haciendo rezongar tardíamente la corneta. Y se perdió en desenfrenada marcha rumbo a la población.

–¡Habrá hij'una gran puta! ¿Oyó bocina usted?

–No. Ni tampoco la suya...

El Secretario y «Aparicio» juzgaban el estrago: una cubierta rota, cinco rayos torcidos, el radiador abollado.

«Katanga» y «Viejo Amor» se quedaron mirando la lejanía en dirección al automóvil en fuga. Ya no era más que un rumor entre los cerros. Una vibración apenas. Un zumbido casi imperceptible. Permanecieron breves instantes así. En absorta hiperestesia...

Volviendo de esa persecución auditiva, todavía atentos al latido del motor, oyeron los latidos de su corazón. Latidos presurosos, angustiosos. ¡Taquicardia de anuncios trágicos!

Se interrogaron con la mirada. Estaban azorados. Mudos. Una tremenda inquietud ensombrecía sus frentes. Sendos escalofríos y sobresaltos. Una opresión en la garganta. Ganas de llorar...

Se escrutaron entonces a designio. Temblaban. El rostro ajeno reflejó lo aciago impreso en el propio rostro. Comprendieron. Y sin modular una palabra se acercaron, se abrazaron.

Y ahogaron un sollozo.

–¿Qué les pasa a ésos?

–¡Bah! No se preocupe. El julepe...

–Bueno. Ayúdeme. Hay que cambiar la rueda. Vaya sacando el gato y las herramientas.

....

EMBALSE:

En las adyacencias del dique había un movimiento inusitado. El Secretario pensó en un día de pago. Era sábado de quincena, es verdad; pero la gente no mostraba talante risueño. «Katanga» y «Viejo Amor» descubrieron en ello un síntoma adverso. Entrando a la calzada que atraviesa el muro de contención, una cantidad de individuos apoyados en la baranda, con la vista hacia abajo, confirmó la señal del presentimiento.

–¡Es terrible! ¡Ha pasado una desgracia!

«Aparicio» giró la cabeza:

–¿Qué decís?

–Algo terrible... Luto. Luto. Ha pasado una desgracia... No necesito averiguarlo. Hace una hora que me asedia la premonición. «Viejo Amor» también ha sentido el presagio... ¡Hay mensajes telestésicos! ¡Hay mensajes telestésicos! Luto. Luto. ¡Quién sabe quién!

Al bajar del auto, frente a la escalera que desciende en zigzag hacia la usina, un gendarme se opuso al acceso.

«Katanga», delirante, convulso, atropelló:

–Es un amigo... Déjeme pasar... Ha muerto ya... No... No quiero que muera... Debe vernos... No ha muerto aún... No me ataje...

Forcejeando con la desesperación de sus brazos y sus palabras, logró pasar. Y se precipitó por las escalinatas en un descenso peligroso y alocado. Los demás lo seguían. Antes de llegar, desde varios metros arriba, divisó a «Lon Chaney» tendido en un catre. En tres saltos estuvo a su lado, pálido, exangüe. Sin fuerzas para hablar. Como si en vez de bajar hubiera subido a cimas de horror. Trastornado por la fatiga de la emoción y el desgaste de sus nervios.

–¡Lon Chaney! ¡Lon Chaney! –prorrumpió golpeándose la cabeza.

Habían sido lavadas sus heridas visibles. La cura de emergencia no alcanzó más que la asepsia. «Katanga» se hincó. Le tomó la mano. ¡Fría! Como despertando de un sueño, buscó

entonces su pulso. Declinante. Comprobó el jadeo cada vez más débil. Y obsedido por el manso bajar y subir lastimero de sus párpados, gritó:

–¡Este hombre se muere, «Longines»!

–Sí. Se ha roto la base del cráneo.

–«Lon Chaney» se muere, ¡se muere!

–Es fatal. Esperamos al médico.

–¡Pero no es justo que «Lon Chaney» se muera! ¡No es justo! ¡No es justo! ¡No es justo!

Desvariaba irritado, confuso. «Dijunto» lo apartó. Le palmeó la espalda. Era todo efusión. Efusión sin lágrimas. Conformidad estoica. Dolor seco de Cristo de madera:

–Paciencia, «Katanga». Fue obra de la fatalidad. Hay que resignarse. Sé que carezco de consuelos para ti. Tranquilízate. Tu inteligencia sabrá convencer a tu corazón. ¿Para qué desesperarse? Anda. Ve a su lado. Contigo era el más fiel. Tú lo sabes. «Lon Chaney» te amaba. Te amaba con su admiración. No gimas. Anda a su vera. Tu presencia le confortará más que ninguna.

Fueron palabras suaves dichas con voz rugosa. Palabras-ungüento que restañan heridas ajenas sin curar la propia asperedumbre. Palabras-lenitivo que calman otras dolencias pero no la zozobra personal.

«Katanga» accedió. Y dócilmente fue a ubicarse al lado del amigo moribundo. Su ánimo había cambiado. Su rostro también. Después de la crisis, aparecía dulcificado, con la mansuetud que trae la comprensión de lo ineluctable.

Muchas veces, filosofando sobre la oportunidad de morir, había deplorado la dilación de su *kismet* al no brindarle una muerte así, en el momento álgido de sus triunfos. Una muerte limpia y laica, sin complicaciones médicas ni religiosas, sin rezos ni específicos. ¿Por qué turbarse, entonces, en la inminencia de la de «Lon Chaney»? Entregar la vida como si tal cosa, en una agonía tranquila, ¿no es, acaso, un privilegio de los seres justos?

«Lon Chaney» se transfiguraba.

Si morir significaba que la contraparte inmaterial del cuerpo físico se desplaza, para incorporarse a la hermandad eterna del

más allá, la carne encariñada con su alma imprimía en fugaces muecas su postrer angustia. Y a no ser la mañana radiante, de azul y de sol, se hubiera visto la aureola blanca y luminosa de su testa, desprendiéndose a su vez para el adiós de la partida.

El tránsito se deslizaba en sublime serenidad. No había el escollo de ningún sufrimiento. El alma se descarnaba, desangrándose en luz, engranándose en paz.

«Katanga» vio profundamente halagado cómo el cuerpo fluídico abandonaba poco a poco su envase de arcilla. Cómo la muerte iba recogiendo el tul de configuración humana que se oculta en los espacios intra-atómicos. Y cómo, en el cine de los fenómenos paranormales, el fantasma periespiritual de «Lon Chaney» sería pronto una realidad en la huella del cadáver.

Iluminado por el resplandor de la vida que se apagaba, para encenderse luego en la supervivencia, «Katanga» opinó para sí:

–¡Qué amarga debe ser la agonía de los hombres cultos, finos, probos, a quienes un fraile grosero, un pastor infame, un rabino venal con espesos consuelos llenan de garfios y asperezas el liso tobogán hacia la muerte!

Ya estaba casi restaurado su equilibrio psíquico. Había ido venciendo, escrúpulo por escrúpulo, la rebelión sentimental que provoca siempre la sorpresa de la muerte. Andaba ahora por sus ámbitos, con naturalidad. Conversaba con ella. Y hasta se permitió decirle:

–He logrado, al fin, un gran anhelo: ¡Ser como los centuriones, que jugaban a los dados, mientras Jesús moría en el Calvario!

El silencio circundante, fértil de anticipaciones fúnebres, fue agitado por la esperanza. Bajando las escalinatas de cemento venía el *chauffeur* con un valijín en la mano. Y atrás, sin igualar su rapidez, un hombre grave, a quien el descenso desarticulaba su gravedad. Era el médico.

Opaco, ceñudo, sin perder tiempo en saludos y averiguaciones, se dedicó exclusivamente a atender a «Lon Chaney» . Puso en él todos sus sentidos, incluso el zahorí que poseen los *clínicos* que se *inclinan* sabia y fervorosamente ante el paciente. Hizo cuanto pudo. Muy poco ya. Le dio una inyección para

beatificar su agonía. Y moviendo la cabeza y los labios en resumen escéptico, murmuró:

–¡No hay nada que hacer! ¡No hay nada que hacer!

Los presentes exhibieron más compungida su decepción. Mientras duró el examen del facultativo, habían incubado en el ensimismamiento y decantado en la concentración de todas las facultades del alma, las fuerzas morales que precisamente la tonifican en los trances difíciles. Así como la diatermia y la electricidad penetran y sanean los tejidos, ellos, desde la usina afligida del corazón, emitieron ondas con alto voltaje de amor. Ondas que pretendían vivificar la psiquis, mientras el médico se obstinaba en salvar la carne. Ondas ¡ay! que se perdieron, como sus afanes, en la ruptura de la bicorporeidad y en el eclipse de la ataraxia.

«Katanga», fiel guardián del silencio, hizo una seña a «Longines» para que verificase: «Lon Chaney» abría los ojos y la boca en rictus de estupor. Parecía iluminado por la presencia de un ser querido.

–Escuche. Modula algo.

«Longines» se agachó hasta rozar sus labios. En efecto: oyó susurro levísimo:

–Pas... grande... choo-se... É-glan-ti-ne... Ma... pe-ti-te... É-glanti................

Después fijó las pupilas. Rechinó los dientes.

Hubo una hemorragia de luz.

Y expiró.

«La mejor tumba de los muertos es el corazón de los vivos.» Ellos lo sentían así. Y no se preocuparon de otras tumbas. «Lon Chaney» estaba entronizado ya en el pecho de cada uno. En el altar directo. Junto a la pequeña Eglantine. Polo magnético de su andanza y desolación. Flor de su agonía. Y la flor de la amistad esparcida en pétalos de lágrimas. Lágrimas de llantos íntimos. Lágrimas de sollozos mudos.

El Secretario, siempre servicial, los sacó del marasmo. El médico ya había extendido el certificado de defunción. Era in-

dispensable, a su criterio, cumplir las prácticas habituales. Amortajarlo. Velarlo. Enterrarlo.

Nunca habían pensado en eso. Viviendo en Buenos Aires, en la soledad poblada de la miseria, jamás presenciaron semejantes rituales.

«Longines» expresó:

–Cuando alguien reventaba en «Villa Desocupación», venía un furgón negro, recogía el cadáver y nada más. ¿Por qué tanta historia acá? El cadáver de «Lon Chaney» no nos interesa. Podemos tirarlo al río. Que lo lleve la corriente.

–¡Cómo va a hacer eso!

–Bueno. Entonces, háganos el favor: encárguese usted. Busque arriba un cajón cualquiera. Haga cavar un hoyo en la montaña. Gaste lo que sea: tome dinero. Lo enterraremos inmediatamente.

–Imposible. Hay cementerios...

–¿Cuál, el más próximo?

–El de Santa Rosa. Quince kilómetros.

–Bien. Llamaré al *chauffeur*. Cumpla lo suyo. Cuanto antes liquidemos el asunto, mejor.

–¿Sin mortaja?... ¿Sin velarlo?...

–¿Se amortajan, se velan, acaso, los muertos en la guerra? Cada soldado muerto en la guerra ha costado veinticinco mil dólares en material bélico. No tengo noticias de que se haya gastado diez céntimos en sudarios y velas. Se cavaban grandes fosas y se amontonaban en grandes pilas. Tierra y fuego. A propósito: ¿no podríamos quemar a «Lon Chaney»?

El Secretario partió sin contestar. Había un extravío intemperante y cortante en sus conceptos. Y algo que no supo definir: La ternura ganada por la rabia. La fobia a la substancia que abdica y perece. Y el apremio de vengarse y aplacar –actualizándola– la sed futura de su espíritu.

Yendo por una rampa, el Secretario topó con un individuo. Recíprocamente parecieron reconocerse:

–Sos vos el del choque...

–¡Cómo, vos, hij'una gran puta!

–Bien pudo tocar la bocina...

–¿Y vos tocaste? ¿Ibas por la mano?

–...

–¡Hablá, carajo! Vamos a arreglar ahora mismo. ¿Por qué huiste?

–No huí. Iba a buscar al médico...

El Secretario cayó en un pozo de aire. Inerme. Tenía tantos motivos de gratitud para esa gente que, al conocer la razón del apuro, declinó a responsabilizar al *chauffeur*.

–Si es así, está bien. Disculpe, amigo.

–Me dieron cien pesos con tal que trajera al médico en una hora. Dése cuenta... La changa valía la pena. Si quiere le pago los desperfectos...

–No. No quiero nada. Dispense, me he bandeado.

–Psiii... Insultos, si fueran sopapos, todavía.

Al poco rato, desde el galpón perteneciente a la usina, bajaban un cajón casi cúbico, de pinotea, cruzado de leyendas en alemán. «Longines» complacido por su reciedumbre y procedencia tradujo mentalmente:

–*Siemens-Schuckert. Bobina tipo M/. Turbina. Tara 140 kilogramos.*

Y expresó en voz alta:

–Bien. Coloquemos los despojos del francés. Será un francés *Made in Germany* para los gusanos.

«Katanga» sintió la crueldad moral del acto. Conocía la ternura patriótica del extinto y reaccionó. Había visto un tarro de pintura en las adyacencias. Fue a buscarlo. Y mientras doblaban y acomodaban los restos no entarugados aún, borró los letreros y escribió con letras gráficas en la tapa:

CI GIT
PARCE QUE VIVRE AVILIT
L'AMI DIT
LON CHANEY
(MAURICE COUSCOI DE GONDRECOURT)
L'ÂME D'ÉGLANTINE
COMME UN SOURIRE DANS CES LÉVRES

Cupo exactamente el cadáver. Sólo los ángulos internos del cajón estaban vacíos. Cerca de una construcción vecina, «Katanga» advirtió grandes montones de cal viva. Pidió a «Dijunto» le trajese varias paladas. Llenados los intersticios y clavada la tapa, dos robustos obreros emprendieron la tarea de subir el cajón. Detrás, en obligada fila india, iban los compañeros, el Secretario, el encargado de la usina, el *chauffeur* y otras personas más.

Fue una teoría taciturna quebrándose en rigurosa geometría plástica. Marcha ascensional de seres agobiados. Marcha desde la pesadumbre al nivel de la indiferencia... Fue una ceremonia tocante por su simplicidad patética. Digna del cincel fúnebre de Leonardo Bistolfi. Digna del mimo de un coro griego...

Llegaron por fin a la calzada del paredón. La serenidad del embalse parecía lavar la angustia. Azul multánime del agua, del cielo y del dolor de las gentes humildes. Abrumados por la muerte, el respeto colectivo infundió cierto arrobo a la expresión de los rostros. Sólo «Longines» gruñía.

Una voz de campana rota, voz ganada por el llanto, clamó por último:

–Vamos. Todo está listo.

Y los autos se perdieron lentamente en el meandro de las sierras.

....

SANTA ROSA:

El Secretario no quiso que lo viera el Presidente de la Comisión Vecinal.

–He tenido un conflicto con él. Me da tirria. Es un chuncano lleno de vueltas. Tomé el certificado de defunción. Véalo usted.

«Katanga» se dirigió a una casa de adobe, pintada a la cal con hiriente mal gusto. Al golpear, desde adentro, alguien gritó:

–No es hora de oficina. No se atiende ya.

Quedó en suspenso sin concretar su actitud. Un chiquillo sucio y simpático, con un choclo tostado entre los dientes, le pispeaba desde el extremo del zaguán. Sacó un peso. Se lo dio. Y al instan-

te, tras de huir al interior de las habitaciones, se asomó de nuevo con un hombre en pijama, que preguntó amablemente:

–¿Usted ha llamado señor?

Era la misma voz. «Katanga» asintió con la cabeza.

–Es algo urgente: Si usted quisiera atenderme...

Mientras se aproximaba, extrajo el certificado del médico:

–Necesito el permiso para enterrar al finado que traemos desde el dique. Comprendo que he llegado tarde. Podría pagar la multa...

–¿Multa de qué?

–... la sobretasa por pedirlo fuera de hora.

–¡Ah! Bueno. Déme el certificado.

Entró al escritorio. Dos minutos después regresó con un talonario. Cortó una hoja:

–Sírvase. Son uno cincuenta de derechos.

«Katanga» entregó diez pesos. Embolsillados, su deferencia se explayó ladinamente, tapando la conducta informal:

–Ahora, señor, debe ver al encargado del cementerio. No sé si usted dará con la casa. Es un tal Abel Cuimno.

–¿Cómo?

–Abel Cuimno. Lo mejor será que le preste el chico. Ceferino, vení. Acompañalo al señor a lo de «Culo Horcau» –con perdón de la palabra, pues así lo conoce todo el pueblo.

El chico trepó al desvencijado faetón, cuyo porta-valijas llevaba el féretro bien atado.

Desde el auto de atrás, «Katanga» contemplaba el cajón con cierta desconfianza profesional. Él se había escapado miles de veces, ante los públicos más sagaces, de cajones semejantes, estando sujeto, embolsado y lacrado... ¿Por qué no iba a escabullirse «Lon Chaney»? La muerte tiene sus trampas y tramoyas. A lo mejor, en el primer barquinazo, cedía el resorte secreto. Y creyendo sepultar un cadáver, sepultaran una burla densa de piedras de cal. ¡Oh, «Lon Chaney» era capaz de todo!

Cuando llegaron al portón del cementerio, mientras Ceferino corría a llamar al encargado, «Katanga» estuvo a punto de bajarse para, como sus *partenaires* otrora, golpear la caja y preguntarle al muerto si estaba ahí. Fue un impromptu ridículo,

pero absolutamente lógico por asociación de ideas. No tuvo ningún pudor en constatarlo. Quienes manejan o han manejado los trucos y trapisondas de lo increíble creen más que nadie en la falacia de las cosas eternas.

–Dice Don «Culo Horcau» que ya viene –informó el chiquillo.

Sólo él comprendió. Los demás alzaron las cejas inquisitivamente. No era chiste. Y las cejas se bajaron ante la seriedad del dato.

«Aparicio» descubrió a la distancia, entre una barriada de ranchos, a un hombre que venía. Traía algo al hombro. Le intrigó su andar extraño, deteniéndose de trecho en trecho. Fijó la vista y la atención. Descargaba en esas paradas el pico y la pala. Estirábase los tirantes con ambas manos y proseguía la marcha. Estando cerca ya, analizó su facha extravagante: rancho de paja mugriento bailándole en el cráneo. Pantalón de gambron color mostaza, a la mitad de la canilla. Y un par de tirantes nuevos apretados al máximum.

Pasó desgarbadamente delante de ellos. Puso las herramientas junto al pilar derecho del portón. Estiró los tirantes. Al inclinarse para meter la llave, todos apreciaron la justeza del mote.

–¡Culo Horcau!

–¡Culo Horcau!

No habló. Hizo un ademán de pelele. Entraron entonces los automóviles al indefectible cuadro de ladrillos en donde se acorrala la muerte en la campaña.

«Aparicio» no pudo con su genio:

–¡Vaya un tipo mal ensillado! ¡Vaya un acierto de sobrenombre! ¡Sólo le falta sacar la lengua a Don «Culo Horcau»!

Nadie se rió. Preocupaba su andar indolente, desarticulado.

Requerido el comprobante, empezó la tarea de cavar la fosa. Su esfuerzo parecía exento de sentido, laxo. De vez en cuando, detenía la faena. Mascullaba algo y escupía las palabras como si fuesen una «chica» de tabaco. Volvía a estirarse los tirantes. Y continuaba.

Entonces pasó algo raro. Quizás una percepción idéntica. Tal vez un contagio psíquico. Todos le miraban ahora con unción y

respeto. ¿Qué los impresionó? ¿La alegoría de la arcilla erecta, nítida, al borde de la sepultura? ¿La imagen del hombre arriesgado que hace equilibrio en el filo de la tumba? ¿La trashumancia habitual por el istmo sutil que une los misterios del más aquí al más allá? ¿El desdén conque zambulle el contenido de la vida en el continente de la muerte? ¿Qué? Nadie supo. Fue una sensación incoercible, mezcla de miedo, admiración y asentimiento.

Cuando el enterrador ordenó que bajaran el ataúd, los rostros eran de piedra y las manos de arena. Obedecieron temblando. «Dijunto» pidió echar él las primeras paladas. No accedió. Balbució algunas palabras inquietantes, con acento subterráneo. Y tuvo una especie de furor voluptuoso y místico al rellenar la huesa.

Todo había acabado. «Viejo Amor» le alargó la propina mientras estiraba los tirantes. Guardó el dinero detrás del tafilete del canotier. Y luego se encaminó hacia el portón, como instando a la salida. Así, viéndole de espalda, cada cual recordó su apodo.

Pero nadie osó repetirlo. Callados, taciturnos, descoloridos, languidecían con el cerebro ahogado, en igual opresión ahorcadora que las nalgas del sepulturero.

....

RUMIPAL:

Llegaban a la pensión en el preciso instante en que salía el boticario. Llevaba como siempre una revista bajo el brazo y el garbo castizo de un hombre de cepa y de capa. Conociendo pormenores del accidente mortal de «Lon Chaney», había ido a referírselos a la dueña. Y tornaba.

No hubo sornas ni ironías en el cruce. Sino la dignidad de los silencios responsables.

Sentados, en rueda, llamaron desde el patio. La patrona, afectada, recorrió visualmente a los clientes. Individualizó en su memoria el que faltaba. Suspiró. Y acordándose, de improviso, de su rol, se lamentó:

–Es una lástima...

–Paciencia. ¡Qué hacer!

–Es una pena que recién lleguéis. Hubo al almuerzo unos cabritos al asador, riquísimos. ¡Figuraos: de los que triscan por estos cerros! Una ensalada de tomates y remolachas que era un dechado. Además... Vamos: un menú de chuparse los dedos.

–No nos hable de cabritos. Ni de menús... Imagine más bien que tenemos hambre. Tráiganos, urgente, pan casero y manteca de la colonia, jamón y queso, aceitunas y frutas. Cerveza y agua Villavicencio.

Quedó una silla vacía.

Todas las miradas confluyeron. ¡Y fue el prodigio! «Lon Chaney» estaba ahí, reconstruido con ecos, ternuras, recuerdos, simpatías. Estaba ahí con su jopo de payaso, su faz azorada y tímida y su angustia familiar disimulada bajo forros de *esprit*. Cada cual le adosó entonces la virtud predilecta: «Katanga», hábil en ocultarse en palabras, su capacidad proteica para ocultarse en actos. «Aparicio», lenguaraz y marrullero, su ficción pazguata llena de sabiduría. «Longines», pulcro y medido, la claridad y el orden de sus ideas. «Dijunto», enteco y servicial, la agilidad de su prestancia pesada y pesarosa. «Viejo Amor», fauno rijoso, la ternura exquisita de su pasión por Eglantine. Y «Fortunato», avaro gruñón, la eficacia de su técnica para pedir limosna.

¡«Lon Chaney» estaba ahí! La presencia del amigo fue una realidad en el ensimismamiento. Y hubo con él seis diálogos distintos y simultáneos.

«Fortunato», más adicto a la abstracción, se entretuvo mayor tiempo. Se remontaron con «Lon Chaney» a la época más lóbrega de la crisis. Buenos Aires se crispaba de mendigos y obreros sin pan ni trabajo. Salían juntos. Se bifurcaban por las calles opulentas y al anochecer se reunían de nuevo en «Villa Desocupación», para liquidar cuentas en la cooperativa recién formada.

–El relato de la odisea cotidiana nos divertía, ¿verdad «Lon Chaney» ?

–Evidentement! *La miseria es una cosa muy entretenida. Vos te enojabas a menudo y eso aumentaba mi dicha. Tu recuento arrojaba siempre sumas menores a las mías. Es que tu testarudez no quería convencerse. Imbuido de tu antigua ge-*

rencia de banco en Praga, confundías la posición del que da con la del que presta.

–Es igual: dando o prestando se ganan maravillosos réditos en el cielo.

–¿Lo ves? Todavía confundes la caridad con la finanza. Vos exigías, pidiendo la limosna. Y después salías con el consabido: «Dios se lo pague», endoso en blanco que no acepta nadie. Lo correcto, te vuelvo a decir, es fingir situaciones de penurias tales, que abismen las peores que sufran los donantes. De otra manera no se rascan el bolsillo.

–Tal vez. Pero a mí me repugnaba la teatralización tuya. Los maquillajes; los sacos y pantalones estéticamente andrajosos; tus muecas de dolor al alargar las manos que nunca recogías vacías; tu falta de probidad profesional, en una palabra. Para mí la caridad es un negocio garantizado por Dios. De tal modo no comulgo con la pesadumbre que infundías. Porque el descastado que no deposita su óbolo al que pide, no sabe lo que se pierde.

–Claro; porque vos deseabas jerarquizar el oficio: haciendo pensar a los seres compasivos que tu tragedia personal podía repetirse en ellos. Ahí reside el error y tu fracaso. Nadie quiere verse en el espejo de uno. ¿Por qué lo retenías con tus razonamientos? Yo, en cambio...

–Sí: mostrabas los más abyectos espejos deformantes. De susto, nadie osaba mirar. Lanzaban la moneda de reojo. Y se iban contentos de eludirte.

–¡Bravo! Mientras que a vos ¡te eludían apenados de encontrarte!...

La dueña trajo las cosas pedidas. Las distribuyó en dos mesas redondas, al mismo tiempo que propagaba una indefinible expresión de desconsuelo.

–Muchas gracias. Está bien todo. Ahora prepare la cuenta. A las seis nos vamos.

Desconcertada por la noticia, la expresión adquirió otro matiz:

–¡Qué lástima! ¡Clientes como vosotros no vienen todos los días!

Mienten los que divulgan que los duelos con pan son menos. Mienten a sabiendas. Las comidas mortuorias, cuando prima una emoción pura, son inavenibles sarcasmos. El simple ademán de llevar el alimento a la boca ofende al dolor que musitan los labios. Masticar es una tarea ímproba, desganada, que vencen los suspiros. Y deglutir, tal profanación, que sólo se lava con lágrimas. Mienten a sabiendas. Los que repletan su vientre son los deudos afortunados, que necesitan retener el luto con semejante lastre, para que no irrumpa a volar de alegría.

Hubo, casi en general, una inhibición profunda. Toleraron lo indispensable para amortiguar la sed y el hambre tróficos. Ninguna delectación. Ninguna codicia. En esa oportunidad –al almuerzo, tan luego, donde el *savoir faire* de «Lon Chaney» sobresalía– una garra dominante les oprimía el gañote. Lo comprendieron muy bien. Y permanecieron callados, mustios. Largo rato. Compulsando todo. Las fabulaciones de la vida y las fabulaciones de la muerte. Hora cruda de inspección. Hora agria de despego. Hora en que se recapitulan los fracasos, se lían las decepciones, se lacra el pesimismo, ¡y cada cual manda su mensaje!

«KATANGA»:

¡Eh, «Lon Chaney»! No vayas a creer... Me molesta un poco tu conducta: ¡Esa estafa a la dicha común que implica tu fallecimiento!... ¡Esa paz singular lograda por accidente!... ¡Oh, sí: abrigo mis dudas! La enfermedad, que es siempre un episodio transitorio, ofrece, mal que mal, una gentil pelea con la muerte: fintas de microbios. Defensas orgánicas. Contraataques terapéuticos... El accidente, no. Importa una infamia definitiva. Una traición que revuelca la salud en estupores. ¡Prefiero mil veces la enfermedad! Será le plus coûtex des luxes, *según opinara el doctor Berryer; pero deja, por lo menos, a deudos y amigos, la posibilidad de paulatinas adecuaciones y consolaciones en el decur-*

so del destino... Siempre sostuve que el hombre no debe perecer más que de senilidad. Ahora más que nunca. Viéndote a ti tan campante, vagando por los prados azules de ultratumba, me acosan pasiones bastardas: la envidia que apareja la vindicación inmediata de la muerte. Y la rabia que provocan los que se apresuran a la servidumbre eterna... Sí: puedes vanagloriarte. Estás libre de preocupaciones. Jarifo. Gozando la delicia del contraste; pues, mientras la vida es un discernimiento cernido de mentiras, la muerte es la transparencia de la verdad discernida... ¡Puedes vanagloriarte! ¡Pero eso está mal, qué diablos! No era lo pactado. Nadie debía morir. Salimos de Buenos Aires a disfrutar con el disfrute de otros, los pesos «raptados» a la avaricia insubstancial de Freya Bolitho. Recuerda: tú fuiste el más entusiasta en este viaje de turismo al ideal de los demás... Y he aquí que te plantas. Que te vegetalizas. Porque el ser que muere se planta, se vegetaliza. Echa ramas y raíces en el paisaje íntimo de la tierra. Y dispersa muy abajo o muy arriba de los hombres las semillas de su sangre... ¿Por qué partir así, de súbito? ¿Por qué tú, tan hábil en hallar apoyos en la existencia, te desmembraste en la muerte, desmembrándote de nuestro núcleo? Vivir es convivir. Nadie vive per se, *ni el súper-egoísta. La vida no vale sino en función de compañía y en compañía de amistad. Quien, como tú, coopera a la soledad ajena apartándose a dulces beleños consuma la peor felonía. Lo lindo de nuestra gira era la coexistencia innotada, imperceptible, en que transcurrían nuestras horas. ¡Oh, la simbiosis de siete fracasos en que se fundía nuestra decrepitud consciente! No perdono tu evasión.*

Bien podías haberte fijado. ¿Por qué rompiste la amarra y huiste? Sí: huiste. Era deber tuyo imaginar nuestro desamparo. Uno lleva muchas muertes encima: las muertes cotidianas que estructuran la larga agonía de nuestro decurso. ¡Así se vive! ¿ Qué amnesia, qué torpe distracción te indujo a olvidarlo y dar el paso fatal? No *quiero saberlo. ¡Calla!* No *pregunto yo. ¡Calla! Pregunta la angustia sumergida en mi pecho y contesta el carnet encontrado en tu valija. ¡Calla! Lo sé. Estabas harto de tu dependencia eslabonada al mundo. ¡Psssit! ¡Querías concluir de una vez! ¿ Y nosotros? ¿Cómo pudiste prescindir de nuestra expectativa? Dependíamos los unos de los otros. Tu extravío cancela y trunca nuestra fe. La fe que, para nosotros igual que para San Pablo, es la substancia de las cosas que anticipamos y la evidencia de las cosas invisibles. Sí, «Lon Chaney»: no puedo soportar tu apostasía. Tu muerte hará aún más inconclusas nuestras existencias. Uno vive para su posteridad, no para sí mismo. Debiste recordarlo. Y no dejar ahí, entre tus papeles, esa estrofa inicua de Laurent Athalin. Esa estrofa aseada, de buen burgués, que copiaste prolijamente, obeso de nostalgias y orondo de manfutismo. Esa estrofa indigna, que abruma porque delata que tu muerte fue un suicidio largamente anhelado; una renuncia decretada en secreto cuando nosotros, por superar la animalidad, queríamos vivir la tragedia máxima de todos los estertores. Esa estrofa canallesca que no te di el gusto que fuera tu epitafio:*

«O Maître, j'ai compris; la douleur a parlé.
Elle m'a dit tout bas les approches de l'Heure;
J'ai rangé tout en moi, j'ai blanchi ma demeure
Et, sur le sueil usé, j'ai deposé la clé».

«DIJUNTO»:

¡Ah, si pudieras rebotar desde la tumba como una pelota vasca! No imaginas, «Lon Chaney», mi tristeza. Nuestra tristeza. Juntos éramos un vivero de esperanzas. Cada planta daba brotes al futuro. Dispersándonos ¡quién sabe! seremos ramas secas. Hojarascas. Abono. ¡Ah, si se pudiera hacer recular el calendario como a un fordcito cualquiera! No admito que hayas muerto tú. Tú, que sabías engatusar con mil tretas a Dios y al Demonio. Tú, que sabías pintar la piel del burro con las franjas del tigre. Tú, que sabías los escondrijos de muchos seres en ti. ¡Me parece mentira que no hayas cuerpeado el resbalón! ¡Que no hayas lanzado un maniquí en tu reemplazo! ¡Que hayas dejado consumir tu pingo en pasto! ¡Vamos, «Lon Chaney»! ¿Para cuándo la astucia? ¿O es que quisiste morir? ¡¿O es que quisiste morir?!

«LONGINES»:

La muerte es un vulgar cortocircuito. Estalla el fusible ¡y adiós! ¿Quién se jacta de un descalabro? ¡Si uno tuviera cuerda eterna!... ¡Si uno fuera como esos relojes precisos, inalterables, cuyo mecanismo no se detiene jamás, pues funcionan merced a las oscilaciones de la presión atmosférica, santo y bueno!... Pero el hombre es un cilindro de barro frágil y estúpido. En vez de aprovechar las fuerzas naturales para vivir, las emplea para matar. A la verdad, el hombre no se muere: se suicida. Sí: a vos te lo digo. A vos, que estás engordando la mezcla de arena, arcillas, carbonatos de calcio, hierro, sales de magnesio, fosfatos y materias húmicas que

es la tierra. ¿Qué? ¿Que has hecho una hazaña? ¡Bah! La muerte hay que llevarla puesta como los pantalones, como la misma epidermis. Morir no es esa alegría póstuma que te regocija, sino la decisión de desnudar el alma a la intemperie; de desollar cada día el tatuaje de la aventura propia. Morirse sin morir. Rodenbach me dio la clave: Pour vivre aprés ta mort sois donc mort dans la vie.

«APARICIO»:

Yo conocí un ciego que todas las mañanas se enfrentaba al sol carajeándolo. Tanto lo irritó, que un día un rayo de luz penetró por sus retinas. Pero, en vez de iluminarle el mundo, únicamente le alumbró el sótano de miserias en que vivía. Ciego como antes, empezó a decir cosas trascendentales de tal categoría, que todo el pueblo lo tomó por brujo. ¡Cómo podía conocer tan bien la psiquis humana si sus ojos seguían blancos como los de las estatuas! Maldito, zurriado, escarnecido, fue proscripto al fondo de la noche. Yo lo vi a menudo, rodando solitario. Daba lástima. Vociferaba ahora contra la clarividencia de la introspección. ¡Alerta, «Lon Chaney»! ¡No te pavonees! ¡No hay peor ceguera que la de no saber mirarse!

«FORTUNATO»:

Cuando se elevaron los hermanos Montgolfier, una mujer lloraba gimiendo así: «–¡Qué desgracia! Ellos han encontrado el modo de no morirse más. ¡Y yo que tenga que quedarme aquí!». *Viéndote en el cielo estoy como la mujer de la crónica. ¡Felices los que pueden sol-*

tar el lastre de la carne y volar con el aliento de su espíritu! ¡Felices, sí, felices! Yo seré siempre un globo cautivo. Amarrado a un mástil áureo, mi corazón palpita entre gases terribles que no explotan jamás. ¡La peor tragedia! ¡Querer la catástrofe libertadora y soportar la pulcra normalidad de todos los días!

«VIEJO AMOR»:

¡Pobre «Lon Chaney»! ¿De qué te sirvió ser decente? Recuerdo las confidencias nocturnas, en las que siempre repetías el estribillo: EL MATRIMONIO ES LA TUMBA DEL AMOR. *A tu lado, mi soltería de viejo sátiro se ennoblecía. Tu dolor justificaba mi conducta. Yo amo todo lo que se puede amar con todas las fuerzas del instinto. La depravación, la vergüenza, la bajeza, no existen más que en la moral. El error tuyo fue creer que tu moral tiene algo que ver con la moral. Tu desesperación lo supo tarde: cuando era imposible desesperarse. Otros conjugaron a tu costa el verbo «cocufier» que tanto te mortificaba. Yo pertenezco a «los otros». Yo cornudizo siempre. He cornudizado en mi vida a todos los maridos que he podido. Y cornudizaré a cuantos pueda todavía, en jugosa colaboración con sus mujeres... La gran técnica del amor consiste en detestar las palabras y el respeto. En hurgar. En palpar. En ser discreto y caradura. En agarrar a las hembras como se agarran las tortugas: poniéndolas de espalda... En fustigarlas como a los camellos: obligándolas a agacharse, para montarlas... «Cocufier»: ¡qué gran verbo, «Lon Chaney»! ¡Ojalá pudiera implantar mi sue-*

ño: una agencia de adulterio a domicilio!... Una empresa similar a las que limpian cañerías de cloacas y aguas corrientes... ¡Qué negocio! ¡Hay tantos individuos que, al revés tuyo, gustan y admiten la cuchara ajena! Sí, viejo: es así. No reniegues más. No te fastidies. Estás en los cielos, a la diestra de Dios, Nuestro Señor Él te dirá en latín, como «Katanga»: AMA ET FAC QUODVIS. *¡Sí! Ama y comete todas las locuras que quieras. Verás que no hay pecados de amor ¡No seas sonso! El gran stock de amor que descalabró tu mujer y tu familia, lo salvó la ternura de Eglantine. Disfrútalo. Hay once mil vírgenes... ¡No seas sonso!...*

EL *CHAUFFEUR*:

¡Cien pesoques! ¡Ojalá hubiera accidentes así todos los días! Con cuatro changas como ésta pagaría la casita y me dejaría de joder el usurero. ¡Cien morlacos! No se ven juntos así como así. Me gustó la confianza del tipo al pagarme adelantado. VAYA URGENTE A TRAER UN MÉDICO: *Casi me maté pero lo traje a punto. ¡Cien bataraces! Es como para bailar de contento. Pero hay que guardar la forma. ¿Por qué pensará tanto esta gente? A lo mejor el fulano que cagó fuego es un millonario excéntrico. La pinta de todos es... no sé cómo. Parecen reos pero se portan a lo bacanes. ¡Cien duraznos! Por si pega, reclamaré un pago extra por llevar el cadáver y traerlos a ellos. Total... Conociendo lo manosuelta que son, sería una pelotudez no tirarme el lance...*

EL SECRETARIO:

La muerte es un fenómeno infausto en el tapete del azar. Seamos un pueblo de jugadores trágicos. ¡Que cada cual ponga su ficha! Yo he puesto la mía frente a los tahúres de la política. Si gana mi ideal, bien. Seguiré el juego en apuestas sucesivas. Tendré la gloria que emerge de las paradas felices. Si pierdo, igual. Me hundiré en el vacío con la conformidad de un jugador experto en matufias. Y abrazaré en el más allá el espectro de mí mismo, para consolarme de la eventualidad terrena... Ni un gesto. Nada de histrionismos macabros. Haya en nosotros la flema opaca de los predestinados, y la impasibilidad que comporta el sentido místico del mundo. Seamos los estetas del fin. ¿Hay que morir? Bueno, se muere. Muramos sonrientes, con cierto deleite de sensación higiénica... Lo mismo que el jugador que pierde el concepto del dinero, perdamos la noción de la existencia. ¡La vida sólo vale como triunfo! De otro modo, no le asigno ningún valor, ningún mérito. Mi plan es comprometerla siempre en función de la aventura: porque el riesgo describe grandes curvas de placer, porque la audacia poetiza las empresas ¡y el valor es la única generosidad!... Si podemos vencer la dificultad hostil, gocemos el voluptuoso sadismo del triunfo. Y seamos crueles. Si se malogra nuestro afán en la trama de una derrota, no nos aflijamos. ¿Para qué? Sufrir es una forma morbosa de gozar. ¡Gocemos como el masoquista en las garras de la maldad ajena!... Procuremos que nuestra alma sea un alma desnuda. Sin ropaje de hipocresía. Que se muestre tal cual es, íntegra en su ascendencia de chusma y de gleba. Que permanezcan

en su ámbito los sentimientos primarios, indomeñados por el feudalismo del expolio y la cultura. Y estamparemos doquiera el cuño de su pasión, grabado en una idiosincrasia que desdeñe el altruismo astuto y la piedad artera, para vivir intransigentemente la vida heroica que sublimiza el dolor fundamental... La existencia es una empresa deleznable, si no se la decora con halagos de audacia y peligro. Recorramos su curso con profunda hidalguía, como se recorre un túnel abierto entre dos luces. No nos detenga jamás la negrura que acecha y que hiere. Un resplandor lejano ilumina el anhelo. Propugnemos con todo, contra todo. Contra nuestra paz, primero que nada. Porque lo único que excita el coraje auténtico de los hombres auténticos es la muerte. ¡La muerte: luz escondida en las tinieblas del principio y del fin! ¡La muerte: luz que emerge sobre los horizontes íntimos con la angustia del alma primigenia! ¡La muerte: luz que anuda los confines del ser, y lo realiza!

....

CORRALITO:

Salieron de la pensión de Rumipal ya madura la tarde. La dueña gastó las sonrisas de un año y los consuelos de un lustro en su homenaje. Al cabo de la estada conocía la calidad de sus huéspedes. Tanta efusión molestó a «Longines». Casi estuvo a punto de recordarle la repulsa inicial, cuando, enfurruñada, les cobró adelantado.

El sol arrastraba el pincel de sus últimos rayos. Los autos, en dirección a Corralito, se metieron por caminos de tierra suelta y huella honda. Volaban tolvaneras doradas, a ras de suelo. Más arriba, los tordos, con alas retintas. Y en pleno cielo –entrecomillándolo– bandadas de patos.

Agonizaba el día. Se enanchó el resuello del crepúsculo. Hubo un ocaso velludo de churques y ladridos. Y la noche se vino encima como un poncho araucano sobre un nidal de ñandúes.

Viajeros dolientes, abatidos. Sombras cansadas, arrastradas en la sombra.

Motores y corazones, nada más.

De vez en cuando la espantada chúcara de algunos baguales. El estatismo mágico de la vaca extraviada. Y las alucinantes apariciones de los atajacaminos.

Se iban acercando. Lucerío de ranchos dispersos. Quietud de paisanos que pitan. La boca negra de la noche prendía allí y acá sus puchos.

Pasaban frente a la estancia del gringo Viccario. Chocantes lámparas de carburo alumbraban la sopa y la polenta. Algarabía de colonos ricos.

Al trasponer una lomada aparecieron los primeros focos eléctricos. Luces más dañinas que las «luces malas»... Llegaron.

Cesó el diapasón estridente de motores y corazones.

El andén estaba lóbrego. Faltaban doce minutos para la entrada del tren de Rosario. Se apoyaron a la verja pintada de blanco, junto mismo al letrero de la estación.

La brisa ungía sus testas. Hundieron sus sentidos en la obscuridad de la playa de maniobras. Y bajo la bóveda de cada frente, la raya sonora de los grillos y la raya brillante de los tucos, hilaron una hamaca de olvido y sosiego.

La campana de anuncio de vía libre rompió el encanto. «Katanga» extendió un billete de cincuenta pesos al *chauffeur*.

–Saque seis boletos de segunda a Córdoba.

–¿Para qué sacar? –interrumpió «Dijunto»–. Hagamos el «cuento de las gallinas»...

–Hoy, no. No tenemos ánimo para ello.

El Secretario se intrigó. Adelantándose a la pregunta, «Katanga», lacónicamente, le explicó:

–Es una invención de «Dijunto». Siendo muchos los que viajan es fácil eludir el pago de varios boletos. Todo consiste en moverse de un lado a otro, en ir y venir, en entrecruzarse en el coche, mientras el guarda o el inspector revisan los boletos.

Usted habrá experimentado, sin duda, la dificultad de contar gallinas, ¿no es cierto? Bien. Nosotros aplicamos ese método. No falla nunca. En el entrevero de los coches aumentamos conscientemente la confusión. El guarda o el inspector se enredan siempre en el cómputo. Regañan a menudo, porque presumen que uno los joroba; pero, al fin, desisten de contar y se van... Es un ardid muy cómico... Invención de «Dijunto»...

No alcanzaron a festejar la estratagema. Despuntando el Sur, la pupila ciclópea de la locomotora alargaba sus destellos rojos sobre el carril. Luego la trepidación de su mole de acero. Venía también el *chauffeur*:

–Sírvase. Importan veinte diez.

–Macanudo. Agárrese el vuelto. Y gracias por su ayuda.

–¿Gracias? ¡Gracias a ustedes! ¡Nunca he servido a gente más generosa!

–Bah, bah, bah... Adiós.

Mientras el *chauffeur* saludaba a los demás, «Katanga» tomó la mano del Secretario, traspasándole, en actitud de despedirse, un fajo de billetes.

–¡No, no! ¿Hasta cuándo? ¡Basta!

–Baje la voz. Con este aporte quedará todo allanado. Acepte. (Los dos rostros se iluminaron en el resplandor ígneo de la máquina.)

–Acepte –martilló–. Así podrán ustedes soltarse a la acción. Y aniquilar el hato de canallas que oprime a los obreros rurales de la zona.

Contrayendo los músculos faciales en gesto afirmativo de resolución, el Secretario guardó el dinero. Y, rápido, para no desparramar la emoción que lo anegaba, la trasvasó en seis abrazos rudos y cordiales.

Ya instalados en el coche de segunda, se arrimó a las ventanillas.

–Pierdan cuidado. Pondremos lágrimas, sudor y sangre. El estímulo de us...

(Sonaba el pito del conductor.)

–... tedes me ha hecho vibrar como nunca. Yo siempre quise la posesión de mi sueño. Desde hoy en adelante, les juro,

lucharé por la realidad del sueño de todos los que sufren. He hecho en su compañía...

(La locomotora dio la señal de partida.)

–... un gran conocimiento pasional. Me faltaba la fe...

(Ensordecían los chorros de vapor.)

–... de la solidaridad humana. ¡La tengo ya! Confíen en mí. Les escribiré. ¡Ya sabrán!

«Katanga» asomó el busto para disuadirlo:

–No sabremos jamás. Es preciso que se lo diga. La dirección es...

(El tren se movía.)

–... fraguada. ¡Perdónenos! ¡Tenga como nosotros la gran sabiduría de ignorarlo todo!

–¡..............!

Atónito, laxo, el uno; sonriente, conducido, el otro, miráronse, miráronse, hasta que las miradas se despegaron en la obscuridad.

....

MONTE RALO:

Viajaba mucha gente. Peones que regresaban borrachos de la junta de maíz. Chacareros desaprensivos que comían y gargajeaban sin ningún miramiento. Matrimonios con chiquillos traviesos. Familias humildes sin noción de higiene ni de urbanidad. Y la indefectible madre con hijas mozas –melancólicas y empilchaditas– cuya educación, superior a la «segunda clase», sufría resignadamente el desorden, la guaranguería y el desaseo general.

Por más que buscaron, ellos no encontraron mejor ubicación que la que tenían: cerca de la entrada al vagón, ahogada de ceniza y polvareda; cerca de la puerta, batida estruendosamente cinco veces cada minuto; cerca del compartimiento del *water-closet*...

El retrete lanzaba tufaradas malolientes en sus propias narices. «Katanga» se levantó a cerrar la portezuela. Imposible: carecía de picaporte. Fracasado su intento de trancarla mediante un tirón brusco, sin querer se asomó al interior. ¡Puff! Creyó

desvanecerse. Excrementos, vómitos, sobras, orines, en la taza, el suelo y las paredes. El foco de fetidez más nauseabundo y apestoso. Trastabillando, pálido, descompuesto, volvió a su asiento. Sacó la cabeza al contacto del aire que refresca la velocidad. Y permaneció así largo rato, muchos kilómetros, hasta que lo despertó la voz de «Viejo Amor»:

–¡Katanga! ¡Katanga!... Fijate allá... ¡Es «Lon Chaney»!... Se ha quedado en el andén.. Sí... Aquel ojo rojizo, que apenas parpadeaba... Aquel brazo extendido que saluda... Vino a despedirnos... ¡Pobre!... ¡Cómo llorará nuestra partida!...

Una veloz ojeada lo convenció que no soñaba. Escrutó la umbría del Sur. En efecto. Aún se veía a la distancia la linterna roja y el brazo tieso del semáforo. Pero la ilusión era perfecta en su recuerdo. Y para no desmentirlo, asintió:

–Tenés razón... Es «Lon Chaney»... Lo veo desesperado en el andén... No en el andén que hemos dejado... En otro... Agitando su alma en la penumbra... Oteando el porqué de nuestra ausencia... Sí, sí... ¡Es «Lon Chaney»!... ¿No sientes que su espíritu nos acaricia?... ¿No sientes su bondad amasada con sonrisas y lágrimas?... ¡Oh, los ecos interiores de la muerte, que repercuten en nuestra angustia!...

Y siempre apoyados en el borde de la ventanilla se llevaron la mano a los ojos y la frente.

Pasado un momento, fue «Longines» quien irrumpió en protesta. La inspección ocular y nasal del piso del coche le había enfurecido de repente. Restos de comidas, escupitajos, latas y botellas vacías, deyecciones de chicos, cáscaras de frutas y frutas podridas diseminadas en infecto basural. ¿Quién podría resistir su pestilencia, acrecentada por olores de cigarro «Avanti» apagado, de mugre vieja, de mal aliento, de sudor seco de axilas, de polvo de harapos, de pies sucios?... Ninguna persona decente. Y se irguió. Mostraba un brillo malsano en las pupilas y ensanchadas de asco las aletas de la nariz:

–¡Esto sí que es un estercolero!

–¡Cómo, usted, tan tolerante con todo!

–¡Es que esto es un tren! ¡Un serviɵio público! ¡Y uno paga! ¡Y hay reglamentos sanitarios!

Su cráneo de águila desplumada se agitó en movimientos belicosos. Hubiera seguido renegando, sin duda, si alguien le hubiese replicado. Felizmente, todos se callaron. Y engulló el enojo después de masticarlo con broncas imprecaciones.

«Longines» era otro. Desde esa mañana, ni bien aconteció el accidente de «Lon Chaney», su psiquismo andaba trastornado. Su parsimonia de acción y de palabra se convirtió en un afán expeditivo y sarcástico. Su ingenio y su prudencia en desborde irascible y porfiado. Y él, que de costumbre no tenía nada de imaginativo ni de arbitrario, a cada paso mostró la intemperancia que surge de las fallas sensoriales y su captación incorrecta en el cerebro.

Es fácil configurar en términos falaces –conmoción, shock, trauma– el trastocamiento interior que suele abrumar el alma de un ser, cuando la adicta del amigo sucumbe. Es fácil y cómodo. Pero no es precisamente la descarga emotiva la que anula o sensibiliza la facultad de discernir. Es el trabajo enorme para sobreponerse, que ello provoca. Es el surmenage de la conciencia, para resolver en lo profundo, el aislamiento que apareja la ruptura de la amistad. Porque la amistad para los seres de su carácter, no es una cosa baladí, sentimental, sino la ensambladura sutil y recia de dos intelectos. Porque ser amigo es jerarquizar en el pensamiento la vigencia del mundo total que poseía el compañero. Porque «Longines» reputaba que, si el amor es la tangente que toca un punto periférico de la vida interior, la amistad cruza diametralmente toda la substancia abstracta y moral en el más noble y puro de los fervores.

Un particular, de facciones agrias, ostentando en la solapa una ficha circular de bronce, reclamó la exhibición de los boletos.

Zamarreado «Katanga» para que los entregara, antes de meter manos al bolsillo, lo examinó de arriba abajo.

–Boletos, señor –insistió de mal modo.

–¿Quién es usted para pedirlos? –contestó en igual tono.

–¿No ve la medalla? Inspector.

–Yo no veo ninguna medalla: soy miope... Ni entrego los boletos sino a personal uniformado. Reglamento de la Ley de Ferrocarriles: artículo tal, inciso tal...

–Sí... ¿no?...

Una sonrisa filosa de grima anticipó el auxilio a un recurso lícito:

–Guarda: exija los boletos a estos pasajeros.

No hubo necesidad. «Katanga» se los alargó:

–Sírvase. Con usted no hay inconvenientes. Pero sepa, señor, que usted no nos engrupe ni nos lleva por delante...

–Sí... ¿no?...

Y perforó rabiosamente los cartones.

Dando un paso adelante para seguir su tarea, el Inspector chocó con «Longines». Fue una especie de cotejo mutuo. Los dos tenían el porte igual. Cara de hacha, afilada desde las orejas al perfil de la nariz. Caja torácica huesuda. Y dedos nudosos en forma de tornillo. Continuando la frase del camarada, «Longines» le espetó, también a la sordina:

–... y sepa, señor mío, que vamos a plantificar una queja por la falta de higiene del vagón: que... vamos a...

–Son ustedes los que ensucian.

Y pugnó por avanzar, despectivamente.

–¡No sea imbécil! ¡No le permito! ¿No ha visto que recién subimos? ¿Acaso no marcó los boletos? ¡Vaya a limpiar las letrinas! ¿Inspector?... Olfa. Lambeta. Alcahuete.

Había dado en la tecla. El Guarda, que presenciaba la escena colocado a su retaguardia, no pudo ocultar la justicia y delicia del vapuleo. Era, efectivamente, uno de esos inspectores serviles que la empresa desparrama subrepticiamente en las líneas para denunciar a los guardas que «degüellan». Tenía fama de perro. Inflexible en su bajeza, no trepidaba en embromar a antiguos compañeros de trabajo. En Retiro, al bajar del tren, un guarda despedido le propinó tal tunda de palos que estuvo hospitalizado dos meses. En Villa María, otro, al ser descubierto, le erró dos balazos. Hacía poco, parando el tren a mitad de trayecto entre dos estaciones, habían sorprendido a un colega con veintidós años de servicio. Total: ¡cinco pasajeros sin boleto! ¡Nueve pesos menos en el haber del balance anual! ¡Cincuenta y cuatro centavos robados a los accionistas ingleses!... Estaba ahora de peón de playa, en un poblado misérrimo, degradado por su malignidad.

No obstante la complacencia que le produjo el altercado, el Guarda estaba intranquilo, llevaba un pasajero clandestino desde Berrotarán. Bien aleccionado, es verdad, pero no lo suficiente para vencer sus argucias. El pulso le temblaba. Raspando al borde de la jubilación, la evidencia de la menor transgresión podía resultarle fatal: perder sus derechos. Perder el puesto. Perder el pan.

Cuando el inspector eludió la incidencia, plantándose frente al asiento próximo, el Guarda tuvo un presentimiento aciago. Y dijo para sí:

–*¡Ojalá todos los pasajeros fueran así: dignos! ¡Ojalá aquél no me comprometa! ¡Ojalá!...*

No pudo seguir. El Inspector había «juntado herrumbre». Y empezó a cargarlo con sus impertinencias.

«Aparicio», que ocupaba un asiento aislado con «Fortunato», se levantó. Por más que no alcanzó a oír absolutamente nada, debido a la trepidación y al ruido del convoy, su perspicacia pescó algo:

–¿Qué ha pasado con el tipo ese? De entrada no me gustó. Su color bilioso revela su mala entraña. Deber ser un fulano seco de vientre y seco de alma.

»Imaginate... Inspector... ¿Te acordás de aquel gordo en Junín?: –*Una de dos: o se van a segunda o pagan suplemento para viajar en primera.* Y la contestación de «Lon Chaney»:

–*Una de tres: o come menos o caga más o revienta...*

–¡Cómo no voy a acordarme!

–Igual... Prepotencia. Malas pulgas.

–Sí: malas pulgas –bramó «Longines»–. ¡Me ha llenado de malas pulgas! ¡Pero cada cual mata las pulgas a su manera!

Pronunció la frase con insidia mordaz. Hasta el ojo supurante cobró una vivacidad rara. Y medulando quién sabe qué cosas, sentóse lentamente en su lugar: cara a la puerta de entrada, sesgado al *water-closet*, cuyas emanaciones hacían más fiero el gesto de amenaza embutido en la base de su nariz.

El alto voltaje del odio huye por los nervios en punta. Pero la flema, el sigilo, suelen acumularlo y aprovecharlo de mejor manera...

«Longines» era un pozo de inquina. Cavado por la reflexión, la vida circundante quedó eliminada para él. Viéndolo, nadie sospechaba el baldeo pertinaz de su pensamiento. Ni el esfuerzo de hallar en su linfa un modo de vejación correcto. Ni el interés de agotar de su yo todos los escrúpulos. Nadie sospechaba la venganza que meditaba.

«Longines» era un pozo de astucia. A veces una imagen horrenda llegaba al brocal de sus ojos. Los cerraba púdicamente. Y una sonrisa ambigua se desvanecía por todo él. Otras veces, un chillido agudo –de aire absorbido entre dientes apretados– movilizaba su semblante en un pánico transitorio. Algo grave, seguro. Tal vez la proyección del gemido desgarrante de la roldana mental, descomponiéndose por la magnitud del despropósito. Tal vez el balde cargado de designios feroces, que escapa a las propias manos y cayendo en la propia conciencia salpica el rostro de infamia. Tal vez... Nadie sospechaba nada.

«Longines» era un pozo de silencio.

De pronto, en el extremo contrario del coche, irrumpió a llorar una criatura. Llanto de inflexión enfermiza. Llanto atormentado y atormentador.

Todos los pasajeros tuvieron un movimiento de piedad.

El llanto siguió monótonamente triste. Llora que llora. Penetrando con su barreno incesante. Superando el fragor del tren. Horadando las paredes del fastidio.

Muchos pasajeros se dieron vuelta, molestos.

El llanto aumentaba. Su diapasón se hizo lúgubre, con mucosidades y gorgoritos. Llorar lastimero. Lastimosamente lastimero.

Varios pasajeros bufaron en voz alta.

Pero la criatura siguió llorando. Llora que llora. Haciendo intermitencias falsas, que eran penosos ahogos. Llorando... Llorando...

Algunos pasajeros dibujaron gestos teatrales de resignación. «Aparicio» y «Viejo Amor» entre ellos. Creían ser magnánimos así...

Torvo, reconcentrado, llegaba el Inspector:

–¿No puede hacer callar al chico?

–¡Cómo quiere, señor! Tá enfermito.

–¿Enfermo? ¿Tiene autorización?

–¿Qué autorización?

–Está prohibido que viajen enfermos. Usted, Guarda, ¿cómo ha permitido eso? ¿Acaso no sabe? Cualquier enfermedad contagiosa puede originarle una mecha a la empresa.

–Se trata de un'hernia –aclaró el padre–. No es pa tanto. No se sulfure.

Como adrede, la criatura acentuó la furia del berrinche. Su llanto se anegó de lágrimas. Las pupilas desaparecieron bajo el líquido viscoso, dislocando la refracción de los focos eléctricos. Su tez de barro cocido pareció resquebrajarse en continuos hipos. Y llora que llora, la emisión se diluyó en un tono acongojado, desconsolado, desgarrador.

Fue entonces cuando «Katanga» giró súbitamente la cabeza.

(Había estado pensando, más que sobre el llanto del chico, *Sobre las lágrimas de los grandes*. El ensayo de Hilaire Belloc –que ostenta en el epígrafe aquel versículo del Evangelio de San Juan: «Y Jesús lloró...»– era para él como un vaso generoso de *Lacrimae Christi.* Su tesis bregaba también por la reimplantación romántica de la era de las lágrimas. La costumbre de llorar –una de las más graciosas expresiones de la nobleza humana– no tenía por qué mantenerse proscripta. Llorar es saludable, cuando no se incurre en demasías de Jeremías. Restaura el equilibrio tras los desbarajustes emocionales. Compensa el déficit de los balances patéticos. Y hasta desinfecta el ojo y la nariz con el gran poder bactericida de las lágrimas. Nada de bromas. Conocía el trabajo del doctor J. A. Goodfellow, de Londres, acerca de los beneficios de llorar a mares y la obra defensiva y antiséptica de la lacrimoterapia. Por consiguiente, la secreción lacrimal –que muchos cobardes tragan «para hacerse los fuertes» y que viles artistas simulan con gotas de margarina– no debía ser reprimida con diques de moda, porque afecta al *make up,* o por diques de remilgos viriles, por conspirar contra la entereza. ¡No, señor! Si en lo físico y lo moral el llanto es cosa útil, ¿por qué favorecer la intolerancia actual que impone un control severo reputando el llorar como «una aflojada»? ¿Por qué resistir los impulsos

naturales que buscan en el nivel de las lágrimas el nivel roto por las alternativas dolorosas de la emoción y las tensiones agudas del pensamiento? Él lloraba a menudo, con franqueza: para lavar la córnea del polvo trashumante. Y lloraba astutamente, con frecuencia, para lavar el espíritu de turbias picardías. Lo que quiera. No examinaba los coeficientes. Lo importante era llorar. Las lágrimas eran para él el mejor colirio y el mejor lenitivo. Y seguiría llorando, doquiera, ante quienquiera, auténtica, cinematográfica o cocodrilescamente; búdica, sardónica o sarahbernhardtescamente; como Escipión, de gusto, ante la caída de Cartago; como Thiers, de pena, ante la presencia de Bismarck; como von Moltke, de rabia, ante la derrota del Marne; ni bien la oportunidad se le presentara. ¿No había llorado, acaso, ante el juez de Instrucción de Río Cuarto y ante la evidencia de la muerte de «Lon Chaney»?)

Fue entonces cuando «Katanga» giró súbitamente la cabeza. Y saltó de su asiento:

–No me cabe la menor duda: el chico que llora es el de Don Rufo.

«Dijunto» y «Fortunato» clavaron automáticamente la vista.

En efecto.

–¡Don Rufo!

Estaba de pie, discutiendo con el Inspector.

«Katanga» tuvo el *impromptu* de ir de inmediato. Pero lo frenó la prudencia. Había tenido ya una pelotera con él. Cualquier incidente posterior podía resultar perjudicial para todos.

–Andá vos, «Dijunto». Averiguá como quien no quiere la cosa... Dale nuestros saludos a Don Rufo. Y decile que vamos también aquí.

Ni bien partido, se escorzó insinuantemente hacia «Longines».

–¿Qué me cuenta? Ese desgraciado de Inspector se ha metido ahora con Don Rufo. ¿Qué pudo haberle hecho un hombre tan hombre como él?

No tuvo respuesta.

«Longines» era un pozo de silencio. Quedó intrigado.

Serio, lacónico, de habitual, la vida de «Longines» estaba reglada en los cánones más rigurosos del deber y la caballerosi-

dad. Mientras los demás disputaban o alborotaban, él vertía su opinión y nada más. Nunca se inflamaba –salvo rarísimas excepciones– por una idea o por un ser. Su actitud pasiva de ese momento culminaba la conducta rara de la jornada. Jamás le habían visto vibrar en zigzags temperamentales como durante ese día. Ni sumergirse en el misterio como en esa ocasión.

Lo observó intensamente.

La circunspección exterior adosaba ahora cierta pizca de cinismo. No pudo desentrañar esa actitud incisiva. ¿Por qué esa versatilidad de su carácter? ¿Qué trastornos corrompían la pulcritud de su juicio? ¿Qué solapada intención nutría la ebriedad que excitaba su psiquismo?

«Katanga» levantó los hombros en signo de ignorancia. Pero, intrigado siempre, certificó para sus adentros la vigencia de un factor patológico mantenido en letargo hasta ahora.

«Dijunto» venía de la pesquisa. Al instalarse para relatar lo sucedido, «Longines» centró el interés alertando su oreja. «Katanga» advirtió tamaño interés especialmente atento desde su ángulo. Y a la par de oír, examinó:

–Pues verán ustedes: la discusión no era con Don Rufo, sino con el Guarda. Pero a causa de Don Rufo, que venía sin boleto. El Inspector –¡mala puñalada le den!– manifestóle furioso que lo haría expulsar. ¡Por la bicoca de un pasaje... o pasaje y medio! ¡Allá ellos! El berenjenal provino del llanto del pequeño. Ni bien Don Rufo le indicó que lo llevaba a operar a Córdoba, el jodido ese hizo un lío de infecciones y contagios de padre y muy señor mío. Después de increpar al Guarda que llevaba enfermos sin autorización, pidióle el boleto a Don Rufo. Y en diciendo éste que no tuvo tiempo para sacarlo, miró a uno y otro con chunga. Y comentó: *–Sí... ¿no? Pues yo les voy a dar acomodos...* No hay dudas que es un tipo ladino. En vez de preguntarle a Don Rufo la estación de procedencia, reculó tres asientos y demandó a una pobre mujer: *–Dígame, señora: ¿de dónde viene llorando el chico?* Sin conocer su malicia, ella contestó buenamente: *–Dende que subieron, en Berrotarán.* Entonces volvió sus pasos y al inquirirle a Don Rufo dónde se embarcó y contestarle: *–Monte Ralo,* blanco de cólera, se levantó como leche

hervida. Les gritó: falso al uno y estafador al otro. Casi se fueron a las manos. Fue en ese instante cuando yo llegué. El Guarda rugía:

–¿Cómo se piensa, carajo, que voy a emporcar, por un boleto, por tres pesos roñosos, veintinueve años de servicio?

–¡Nada!... ¡Insulte nomás!... Usted viene degollando a la empresa desde hace una punta de años. ¡Al fin cayó en la trampa! Ya va a aprender.. Y no es un boleto. ¡Son dos boletos!

–¿Dos boletos?

–Sí: dos boletos. El chico viene ocupando el asiento entero desde Berrotarán, tendido entre ponchos y frazadas. Niéguelo. Debe pagar así el pasaje correspondiente. Ya verá. Se va a acordar de mí toda la vida.

El tren entró en agujas.

Amenguaba la marcha.

El Inspector, que había empezado a tomar datos para el parte respectivo, cesó de escribir.

Cruzando delante de ellos, todavía farfullaba al Guarda:

–Ni bien salgamos haré el acta. No importa que no la firme. Sobran pruebas. Ya le voy a dar «carajo»...

Oyéndolo, «Katanga» se volvió repulsivamente.

–¿Sintió? ¿Habrá hijunagranputa peor que éste?

«Longines» meneó apenas la cabeza. Y clavando su ojo supurante en sus ojos iracundos le inyectó un fluido mordaz, terrible, que lo dejó frío.

En el extremo opuesto, desesperado, Don Rufo sufría por la suerte del Guarda sobre el dolor de su hijito.

....

DESPEÑADEROS:

Cuando arrancó de nuevo la marcha del convoy, Inspector y Guarda treparon a los coches de primera. Demorado el último en controlar los boletos de los pasajeros recién subidos, el primero se encaminó directamente a levantar el acta acusatoria.

En la Estación Despeñaderos, por telégrafo, había corroborado la certeza del «acomodo» del Guarda, comunicándo-

se con los jefes de Berrotarán y Monte Ralo. Todos los datos y testigos que contaba eran decisivos. Sólo faltaba redactar el documento necesario para virtualizar el fraude.

«Katanga», mientras tanto, notó alarmado la ausencia de «Longines». Subrepticiamente, so pretexto de comprar fruta, había bajado al andén. Oculto en la penumbra, le vio escurrirse tras de un cerro de ligustrums. Y encaramarse en las sombras, estando el tren ya en movimiento.

Como si hubiese recibido un pinchazo en la cintura, la intuición le hizo dar un sobresalto. Tuvo la certidumbre de lo ineludible. Y sin tiempo que perder, organizó un fondo de barullo ficticio para disimular su transitoria desaparición. El coche cobró una vivacidad inextricable. Un poco más acentuada que la habitual, sin que se percibiese en absoluto la capciosidad de la maniobra.

Charlaba con Don Rufo, cuando vio penetrar a «Longines» como si tal cosa. Sofocó un suspiro. Llevó el pañuelo a la boca. Y tosió para verter el aire opreso por la angustia.

«Aparicio» seguía ojeando *La Prensa*, extendida abiertamente cerca de la entrada, para obstruir la visión...

«Viejo Amor» y «Fortunato» seguían revolviendo las pilchas en medio del camino, no con afán de hallar nada, sino de entorpecer el paso.

«Dijunto» dio la orden de ubicarse como antes.

Ya todo normalizado, «Katanga» viró la conversación hacia otro tema:

–Supongo, Don Rufo, que sabrá lo de «Lon Chaney».

–No. ¿Le ha pasado algo?

–Algo, no: mucho. Murió esta mañana en un accidente en el paredón del dique.

–...

–Fue un episodio tremendo. El hombre que cae suministra la imagen más triste de la inestabilidad de la vida. Basta un mal paso, una malandanza, para demostrar lo frágiles que somos.

–Así es. ¡Pobre amigo! Tanto que parecía amar el sosiego del campo. Ricuerdo sus palabras al despedirse. Se había aquerenciao. Quería quedarse.

–Pues ha cumplido su deseo. Está cerca suyo: en el cementerio de Santa Rosa.

–¡Pobre amigo! Lo que es el mundo. Uno relincha de gusto hoy y mañana revienta como un sapo.

–Lo dice la Biblia, Don Rufo: «En otro tiempo diste un canto de vida, ahora una endecha de muerte».

–Un mal paso, una malandanza, ¿dijo?

–Un mal paso. Resbaló y...

–Es que por anda un malandrín y me va tráir una malandanza, ¿sabe?

«Katanga» cortó en seco:

–¿Me dispensa un momento? Ya vuelvo.

–¡Cómo no! Vaya. Hasta lueguito, pues.

Sentado al lado de «Longines» comprendió enseguida que se hallaba de nuevo con el compañero de siempre. No era ya el sujeto acosado por dentro. El sujeto que apenas sofoca su delirio. Sin cambiar una palabra, viéndole, supo que su capacidad de raciocinio vencía otra vez en él. Y que, extinguida ya la exaltación del yo –mediante representaciones anómalas y el acto violento de la repulsión–, toda su vida interior planeaba gozosamente sobre el recobro de la paz.

¡Longines! –resumió admirativamente.

Y se deslizó por el tobogán de una concepción fatal:

–Hay extraordinarias compensaciones subjetivas. La conciencia emotiva de los seres normales es una substancia plástica, uniforme y clara. El peso de la pesadumbre al caer en ella provoca indudables abismos, que elevan la materia sentimental desplazada en ásperas escarpaturas. El precipicio es melancolía; la prominencia, odio. La obra de las almas humildes consiste en escalar pacientemente el desnivel de su pasión. Y, dulcemente, con lenta eficacia, ir borrando escarpaturas y abismos en la minuciosa y enorme tarea de llenar con ripio de consuelo los precipicios del amor. Pero hay seres orgullosos, de voluntad amputada para el bien y para la bondad vulgares, que no admiten la zozobra del esfuerzo paulatino; que no quieren resolver el propio laberinto; y saltando las anfractuosidades del yo, prefieren cruzar los atajos de la personalidad, para aplastar los desni-

veles con un solo esfuerzo gigantesco. Son los seres titánicos, que causando una pesadumbre igual a la que sufrieron, allanan los terrenos sentimentales, alisan las sensaciones y disfrutan así la gloria de la cenestesia. ¡«Longines»! ¡«Longines»!

....

RAFAEL GARCÍA:

El Guarda se extrañó sobremanera de no encontrar al Inspector labrando el acta. Habíase encaminado hurañamente a eso.

Don Rufo, que tenía listo el precio del boleto y la multa, para tratar de arreglar el lío, se quedó con la plata, en expectativa.

Uno frente a otro, esperaron largo rato la llegada. Temblaban las manos y el bigote del Guarda. Lamentaba Don Rufo la trascendencia del conflicto.

–No es justo que pierda la jubilación por culpa mía. ¡No puede ser! Pagaré lo que indique.

Hablando, hablando sin cesar, respecto a la posibilidad de hallar una solución, intercediendo con ruegos, testigos, mediadores, no se dieron cuenta que el tren entraba en agujas.

Resignado, cariacontecido, el Guarda bajó a sus deberes, entre chirriar de frenos y resoplidos de vapor, que se confundían con los suyos en el complejo mecanismo de su ánimo.

La parada, breve, no hizo más que acentuar su desazón.

–*¿Estará, quizás, en su compartimiento redactando el parte acusatorio?*

Dada la señal de partida, subió anhelante para cerciorarse. ¡Nada! Corrió a lo largo de los pasillos, revisando los *water-closets.*

–*¡Ojalá pudiera serle útil, si lo hallase descompuesto! Así, tal vez...*

¡¡Nada!! Ocurrió alarmadísimo, entonces, a indagar el coche comedor. ¡¡Nada!! No quedaba más que el furgón. Presuroso, febril, franqueó todas las puertas. Y tras de inquirir al encargado de encomiendas y al estafetero, sumando su bamboleo al bamboleo del tren, clamó azorado:

–¡¡Nada!! Llegaban a Bower.

....

BOWER:

–A lo mejor se ha escondido en la locomotora. ¡El muy canalla, para joderme, es capaz de todo!

Corrió como un loco.

–El Inspector... ¿sabe algo del Inspector?... –preguntó ansioso al foguista.

–No me interesa un sorete ese infeliz –blasfemó sin dejar de enaceitar las bielas.

–¿Y usted, don Bernardo, no lo ha visto?... Subió en Despeñaderos...

–¿Yo?... ¿Qué tengo que ver?... ¡Ojalá se hubiera despeñado!...

–¡Ojalá se hubiera despeñado! –repitió abriendo los ojos, tamañamente, como si recién, pronunciando la frase, percibiera su contenido. ¡Ojalá se...

Se apartó a grandes trancos para hablar al Jefe:

–¡El Inspector!... ¡El Inspector!... Telegrafíe a Despeñaderos y Rafael García... ¡El Inspector!... ¡No está en el tren!...

–Salga, nomás. Pero ¿qué le pasa? Muévase. Salga. ¡Horario! Yo averiguaré y comunicaré a Coronel Olmedo.

Tocó pito dos veces. Confundió la bandera de vía libre. Trepó al estribo, resbalando casi. Farfullaba, accionaba, sin ton ni son, exasperado, tembleque, confuso de alegría, DE ALEGRÍA, DE ALEGRÍA.

....

CORONEL OLMEDO:

Cuando llegaron a la estación, «Longines» parecía entregado por completo a la molicie del sueño.

El coche de segunda quedó frente al letrero de letras blancas, que fosforecían sobre un fondo azul obscuro idéntico a la noche.

(El Guarda atravesó el andén corriendo.)

–Este Coronel Olmedo, si mal no recuerdo, comandaba el «Batallón Córdoba» en la Guerra de la Triple Alianza. Gracias a nosotros, los de la otra banda, la guerra fue ganada. De no, todavía los paraguayos...

(Delante del Jefe el Guarda gesticulaba.)

–Por favor, «Aparicio». Nada de historia. Los sudamericanos son propensos al ditirambo por cualquier macana «histórica». Mirá el barullo «histórico» que meten los argentinos porque el Sargento Cabral le cedió el caballo a San Martín o porque French y Berutti repartían cintitas bicolores el célebre veinticinco. No hay derecho a tanto aparato conmemorativo. Nosotros repartimos plata a manos llenas y, ya ves, ni fu ni fa... *(Subían Jefe y Guarda al coche.)* Por lo demás, me escorcha la fama ferrocarrilera que aquí se estila. ¿Quiénes son Gigena, Berrotarán, Rafael García? Ínclitos anónimos a pesar del nombre. Próceres que regalaron el terreno de la estación a los ingleses. Héroes cuya hazaña fue ser amigos del Ministro distribuidor de gloria... *(El Jefe tomaba datos a Don Rufo y sus vecinos.)* Sí «Aparicio», *je m'en fiche* de la fama que divulgan los guardas gritando a los pasajeros adormilados el apellido de cada estación. Para mí, el renombre legítimo del nombre está en la sabiduría del propietario al esculpirlo en el bloque del corazón humano. Detesto la fama de ludibrio que sólo suena en el oído público. Hay que reivindicar el sentido de las cosas. Admiro el temple de Pasteur, que hace de su nombre el verbo que pasteuriza al mundo. Amo a Volta, Ampère y Watt, que convierten el suyo en mónadas del enigma eléctrico. A Freud, *pionner* del subconsciente, que funda una empresa ecuménica para colonizarlo. Al mismo Taylor, cuyos principios fueron desvirtuados por la taylorización inicua del esfuerzo. Y hasta al mismo Victor Hugo, creador de hueras y enfáticas «hugolatrías»... *(Al salir, el Jefe se detuvo en la plataforma del coche.)* Esto es lo que vale. ¡Hacer de la propia personalidad un neologismo! ¡Hacer del propio neologismo un injerto inmortal! Renombre que jamás puede ser abolido por decretos. Fama que escape a la reacción de ministrillos, militaretes, presidenzuelos. Gloria que esplenda cenital en los espíritus.

–Acabala... Basta de chamuyo...

(Mucha gente se aglomeró examinando el estribo.)

«Katanga» calló. Frunció los labios como sellándolos.

–Bah... Ya te calentaste...

–En absoluto. Pensaba en mi fracaso. Abd-ul Katam ben Hixem no dejará un nombre perdurable sino el epitafio burlesco del sobrenombre: ¡Katanga!... *(El Guarda, ya calmado, señalaba ciertos rastros.)* Pude ser alguien. Caracterizar mi transcurso vital con la marca de fábrica de algo exclusivo. Mis trucos, mis tretas, mis trampas, mis tramoyas, fueron únicas en el tinglado de la farsa. Pude calificar con mi nombre una modalidad del artificio humano. Como Cagliostro, como Thurston, como Pickman. Dejar mi palabra. Blondín: blondinista. Fregoli: fregolismo... *(El Jefe llamó al Sargento de policía a la plataforma.)* Pero ¡ay! el Doctor Inhell se metió en el infierno de la filosofía. Quiso saber demasiado. Superar a la gracia y al ingenio barajando conceptos. Y cayeron sus trucos, tretas, trampas y tramoyas en el formidable artilugio del sofisma. Se quemó, desde entonces, en el fuego lento de la meditación y en las brasas de la propia inquietud. Y llegó a esto, a esto que ves, a ser un apodo que camina. ¡Katanga!

–¡Catanga bostera!...

–Exacto: catanga bostera... Un bicho que arrastra su bola de excrementos –reflexiones, remembranzas, etcétera–, para nutrirse en el invierno de la desolación.

(Al bajar todos al andén parecían convencidos.)

Sonaron las pitadas de partida.

«Longines» pareció despertar. Abrió los ojos: uno de halcón, otro de niño. Y volviendo a cerrarlos musitó con arrobo al oído de «Katanga»:

–Eres el pillo más redomado que conozco. Un histrión en toda la línea. Tu nombre debería perpetuar la facultad de simular artísticamente.

–¿Y por casa, cómo andamos?

Ya el convoy en movimiento, el Guarda volvió al coche de segunda. Se agachó en la plataforma frontera a ellos. Y, después de revisar el piso, se allegó a conversar:

–Ustedes, ¿no se dieron cuenta? ¿No vieron nada? El Inspector ha desaparecido. No hay ninguna noticia de él. Todos opinan que debe haber resbalado estando el tren en marcha. La policía ha recogido una cáscara de banana encajada en el filete metálico del estribo. La seña del resbalón está clarita. Yo, francamente, no deseo la muerte de nadie, pero...

Su conversación no fue más que un monólogo. Estaba tan eufórico que no dejó resquicio por donde se pudiera introducir una frase, una objeción, una respuesta. Iba de banco en banco. Dicharachero. Lleno de atroces deferencias. Repitiendo la novedad y sus pormenores. Variando apenas la inflexión de la voz: solemne, para exaltar «la justicia divina» del accidente; engolada, para proclamar «la prueba incontrastable de su inocencia»; y compungida, para mermar ante el criterio general la excesiva efusión de su contento.

«Longines» pareció desperezarse, hastiado y desdeñoso.

A los pocos minutos el convoy aceleró la velocidad. Rodaba, entre barrancos, por una pendiente pronunciada. Virando a la izquierda, se abrió en panorama, al lado opuesto, la constelación eléctrica del barrio de San Vicente.

–¡Al fin llegamos! –protestó un muchachón de bombacha, incorporándose–. Tengo las nalgas molidas. Vamu'a salir con el culo disfrazao de preso...

–Pa eso es el traste:

pa que se gaste...

La voz de la viejita provocó un regocijo barullento.

El suburbio, turbio de callejas y ladridos, se fue aclarando en dirección al centro. Rutiló como un alfanje el codo del Río primero, frente al Pucará. Y entre alegrías de campanas arribaron a los andenes de asfalto, colmados de abrazos inminentes y changadores cargosos.

La caterva saludó a Don Rufo, combinando fecha para verle. Y se perdió en la barahúnda, cada uno con sus bártulos.

En medio del maremágnum, lleno de fruición desde la insinceridad, «Longines» comentó:

–Horrible viaje, ¿no es cierto?...

....

CÓRDOBA:

Llevaban cuatro días de residencia en Córdoba.

Cambiada por completo la indumentaria, pasearon su desgano por todos los sectores de la ciudad. No se «hallaban». Incansables trabajadores del ocio –faena dificilísima de mantener al día– la pachorra provinciana los aprisionó en su melaza. Bostezos. Horas huecas. Noches inútiles. El activismo de su indolencia cobró un ademán inválido y una expresión cohibida. Estaban hartos de beatas con manto y alfajores con arrope. Notaron en el marasmo las mareas del tedio. Y diestros en el salvataje del espíritu, cada vez más rancio y mucilaginoso, resolvieron preocuparse en algo.

–Por lo pronto hagamos un censo de placas de bronce adosadas al alféizar de los zaguanes.

Igual que los pajueranos se descogotan en Buenos Aires contando uno por uno los pisos de los rascacielos, ellos gozaron en el ahínco de computar los profesionales universitarios. Dos días insumidos.

–¡El diluvio! El que no es abogado aquí, la pasa raspando.

–Hay en actividad, como los volcanes, echando fuego y lava por la boca, alrededor de mil doscientos.

–¡Qué tufo!

–¿Te acordás del paisano que seguimos por la calle 27 de Abril, desde la Catedral a Santo Domingo?

–Ya lo creo. Era descojonante aquel sortear abogados y mendigos en la vereda: *–Adiós, doutor; perdone, hermano. Adiós, doutor; perdone, hermano. Adiós, doutor; perdone, hermano...* Pero mejor fue el lío de los changadores, la noche de nuestra llegada. ¿Recuerdas?

Asintieron unánimemente, reconstruyéndolo. Fue, de veras, un espectáculo sintomático del espíritu forense de la ciudad mediterránea. Dos changadores, con dos valijas cada uno, acababan de acomodar el equipaje en el taxi. La dueña, una encopetada turista rosarina, les preguntó cuánto era. Con innegable decoro, el más viejo le indicó:

–Sírvase usted regular nuestros honorarios.

–Es que... no sé la tarifa...

–El arancel.

–¿No está bien un peso?

–Por mí, no apelo. Pero ¿y mi álter ego? Regule también al otrosí. Es mi ayudante.

–Bueno; tenga otro peso. Pero que conste: es un robo.

–No, señora: es justicia.

Se estaban vistiendo para salir a visitar a Don Rufo.

«Viejo Amor» y «Dijunto» se sentían incómodos dentro de la ropa nueva. Para ellos era un disfraz: algo molesto a sus idiosincrasias. Acostumbrados a la amplitud de las prendas, a la soltura de los ademanes, la presión del saco en las axilas y del pantalón en las nalgas, los abrumaba de muecas y chistidos:

–Che, ¿no me parezco a «Don Culo Horcau» con esto?

–No. Te va un poco estrecho; pero ya deberías haber vencido la aprensión.

–¡Vean quién habla!...

–Yo siempre he vestido y calzado bien. Claro que he corrido la liebre... Nosotros los rioplatenses guardamos la línea. No pijoteamos en la percha...

–Sí. Son muy «paquetes»... tan «paquetes» que los gringos tenemos que sacarles los lacres...

«Katanga», desde la pieza contigua, oyó la conversación trabada con «Aparicio». La juzgó bien y mal. El día antes, sin querer, había presenciado un *Tedéum* en la Catedral. Y quedó hecha su opinión:

–Acá, como en Buenos Aires, como en Montevideo, la gente gasta una barbaridad en vestirse. Pero no se viste: ¡se forra! Una cosa es usar trajes de calidad y cortes impecables y otra llevarlos correctamente. Son muy contados los que no entarugan el talle, los que no hinchan el pecho, los que no presumen de bonitos... En concreto, la generalidad –que es la masa rebañega de la moda– no hace nada más que contravenir ese instinto natural que es la elegancia. No comprenden que los sastres son viles mercaderes de la vanidad. Que la gracia y la esbeltez son atributos que no se dan, no se prestan, ni se fían... A pesar de las diferencias

de precio en la piel –digamos el traje– yo prefiero el cabrito a la nutria, la gacela al guanaco. Aquí son todos guanacos...

Hubo una transición y continuó:

–Ayer vi los hombres prominentes de Córdoba. Necesitaban una lección de dandismo. Mejor, muchas. Están lejos de esa displicente jerarquía donde la moral cede al influjo de la gracia y todo se juzga y sojuzga con la ductilidad del espíritu. Me renovaron un recuerdo estridente: aquel recibimiento de pintura fresca y cortinas nuevas que se hizo a Roosevelt. Los fracs fétidos de naftalina del banquete oficial. Y la fotofilia ridícula de todo un pueblo por posar a la vera del mandatario... *(Borraba, curvado, la raya del pantalón.)* Es cierto, «Aparicio», aquí muy pocos saben llevar el traje. La mayoría ignora que la primera condición de la elegancia es el olvido del indumento. De ahí que se pavoneen, consentidos. Y violen el precepto tiránico de George Bryan Brummell: «Para ir bien vestido no hay que llamar la atención»... *(Arrugó deliberadamente la corbata.)* Aquí las acciones y la mímica de las acciones salen de la voluntad con una fluencia que da grima. No hay el monopolio de una inteligencia sagaz que estampe su *label* de personalidad. Que las diversifique, en fin, de la estulticia corriente. La moda imbeciliza a todos por igual. Y hasta la venganza, que es un placer dilecto, se realiza con una ordinariez piadosa, cuando debiera ser un poema exquisito de satisfacciones. ¿No es verdad, «Longines»?... *(Hizo el moño «a la qué me importa».)* Por eso todos los dandys somos orgullosos. Tenemos celo de la voluptuosidad que gustamos. Y no ultrajamos el refinamiento con el contacto de lo burdo... *(Quitaba el brillo de los zapatos nuevos.)* Aulo Gelio, en pocas palabras, nos dio la clave del odio antiguo a la elegancia. De por sí, eso era ya la distinción de su alcurnia. Cualquiera puede despertar amor, ¡pero odio! No se ha eclipsado felizmente a través de las centurias. Por lo contrario, en la promiscuidad de los tiempos, mantuvo siempre el sello de su arrogancia, recalcándose en esas afectaciones encantadoras que sólo dispone la naturalidad... *(Impregnó el pañuelo con opoponax.)* Cuando se sepa por doquier que «el mundo pertenece a los espíritus fríos», según pronosticara el autor de *El Príncipe*, la humani-

dad habrá alcanzado una bella etapa de *souplesse* social. El calor de la pasión, de los designios, pesa como grilletes. Pues, ni bien el fuego transitorio del entusiasmo y de los impulsos vuela, cae su obscura ceniza en el fondo del temperamento... *(Deformó un poco el sombrero y se lo puso.)* Es menester arrojar del alma todo ese lastre, que impide el juego armonioso de conceptos y sensaciones. Ser ágil espiritualmente. Tener conciencia estética de las actitudes. Y gozar la intuición de la propia superioridad a través del desdén de los demás... *(Su pulcra negligencia resaltó en la contraluz de la puerta.)* Desde Alcibíades a Boni de la Castellane, la vida ha sembrado seres de esa prosapia. Hay que emularlos con la admiración impasible que Barbey d'Aurevilly puso en la apología del hermoso Brummell. Así, ejemplarizando, haremos el máximo aprendizaje: el de conocernos a nosotros mismos: para pulir las asperezas de la individualidad. En una palabra: ¡para no disgustarnos con nuestra propia estatua interior!

La piedra bola del pavimento, lleno de baches, daba a la calle Santa Fe un aspecto de cauce seco. La gramilla de las junturas y las matas de pasto tierno que festoneaban el cordón de las veredas acentuaban la nota silvestre. Para completar, doblaron la esquina, la vaca y el ternero de un lechero ambulante. La tarde se pobló de tintines y mugidos. Salió del frente una mucama con un niño de rizos ensortijados. Y se llenaron dos vasos de leche espumosa.

A la sombra, tendidos, más que sentados, en sillas tijeras, estaban los tres estudiantes de la pensión. Con libros cerrados en la falda. Ni bien vio a la mucama, el rosarino cruzó la calle a cortejarla. «Rescoldo» roncaba. «Patay» seguía el vuelo de unas palomas...

La escena y el escenario pastoril paralizó a los seis:

–¿Estamos en Córdoba o viviendo una égloga de Teócrito?

–A la verdad, no falta nada: cencerro, coloquios, ronquidos...

–... piedras, nubes...

–... leche...

«Patay» soltó una carcajada aplaudiendo el acierto del juicio. Y en tonada santiagueña, sibilante de eses, recitó por

asociación de ideas varios ejemplos bucólicos del texto de literatura preceptiva... No sabía más que eso: breves estrofas, cortos fragmentos. Sin embargo, sus ínfulas parecían jactancias de autor.

Lo aterrorizaron con una pregunta vulgar:

–¿Quiere decirnos qué tranvía nos lleva al Hospital de Niños?

–Al Hospital de Niños... ninguno. Tomen el número uno. Los deja cerca. Bájense frente a la estación del Central Argentino. Dos cuadras al sur.

–Macanudo. Gracias.

–Que les vaya lindo.

Habían intimado desde el primer momento con todos ellos. Con «Rescoldo», el riojano, por su austeridad en el silencio y la pobreza. Con él, por la picardía de la imaginación. Y con el rosarino –a quien llamaban «Fenicio», aplicándole el mote de su ciudad natal– por el desenfado envuelto en lirismo de su bohemia.

Veinte minutos después estaban en las adyacencias del hospital.

–Aquélla es la fonda. Corrientes al quinientos cincuenta. Al lado de una agencia.

–Sin duda: AGENCIA «EL SUEÑO DE ORO» LOTERÍA Y ANEXOS.

–Quiniela y redoblonas...

–¿Por qué piensas mal? ¿No ves títulos de renta, bonos de consolidación, debentures y monedas de cambio?

–¡Qué «Fortunato» este!

Entraron a la fonda. Don Rufo leía el diario recostado en la cama. Al irrumpir no pudo sobreponerse al susto. A contraluz, confundido por la vestimenta de los intrusos, creyó en el acto que empleados de investigaciones iban a detenerle.

–¡Ay juna el valiente!

–¡Mire que había sido gaucho flojo!

–Claro... De repente... A cualquiera se la doy... Ese asunto del Inspector me tiene a sobresalto corrido...

–Déjese de pavadas. El chico, ¿cómo está el chico? ¿Lo operaron?

–Entuavía no. Tá en oservación. Asigún l'hermana, el médico ordenó un tratamiento previo. Tá en güenas manos. Da gusto verlo al cachorro. Tan limpito, tan conformito, tan...

Hizo fuerzas para contener la emoción.

–Vamos. No se aflija. Todo irá bien.

–Ya sabe: cuente con nosotros. Lo...

–¡Entuavía más!

«Viejo Amor», sin efusión por los niños, como todos los donjuanes, había alzado el diario de la cama. Acomodado en un banco, leía plácidamente.

«Aparicio» dio un salto, como imantado. ¡Las letras enormes de la página del dorso! Se lo arrebató sin ningún preámbulo. Mostró el artículo a los circunstantes. Y se zambulló en el mar de títulos:

¿CRIMEN O ACCIDENTE?
LA TRÁGICA DESAPARICIÓN DEL INSPECTOR LEFÈVRE
¡LA HIPÓTESIS DEL SUICIDIO DESCARTADA!
TODO SE REDUCE A VENTILAR ESTE ENIGMA:

¿RESBALÓN O EMPELLÓN?
¿FATALIDAD O INTENCIÓN DOLOSA?

EXAMEN CIENTÍFICO DE LOS RASTROS DEL COCHE
Y DE LA SUELA DE LOS ZAPATOS DE LA VÍCTIMA

Inspección ocular al lugar del hecho

¡EL JUEZ VIAJÓ EN AUTO-VÍA!

MANCHAS DE SANGRE EN EL PUENTE
DEL RÍO TERCERO

¡Sensacionales declaraciones del peón
que halló el cadáver flotando sobre el agua!

OPINIONES DE LOCARD Y LACASSAGNE RESPECTO
A EMPUJONES Y RESBALONES EN CONEXIÓN
A LAS CÁSCARAS DE BANANA

¡FALTA DE MÉRITO!
IN DUBBIO PRO REO:
Pruebas insuficientes para dictar prisión preventiva

¿TIENDE A DEVELARSE EL MISTERIO?

ACTUACIONES DE AYER
DE LA JUSTICIA DE INSTRUCCIÓN

CÁLIDA NOTA DE ELOGIO A LA POLICÍA

¡UNA REPARTICIÓN QUE HONRA
AL GOBIERNO Y LA PROVINCIA!

Llegó al final extenuado, sin ánimo. Pero algo lo acuciaba. Revisó ansiosamente. No veía el artículo. Era una crónica típica de «policiales». Media página de títulos y un cachito de columna de texto.

Cuando lo encontró, tuvo la impresión de meterse en una bañera después de haber nadado en un mar de tinta.

–Lea fuerte –clamó Don Rufo.

Accedió:

Ayer continuaron las averiguaciones tendientes a esclarecer la muerte del Inspector Mario Lefévre, cuya desaparición se operó hace cuatro días en el tren de Rosario a ésta, vía Cruz. El Juez de Instrucción, con personal técnico de la sección «Seguridad Personal», verificó dos actuaciones de capital importancia: el reconocimiento del coche de segunda y la inspección ocular del puente próximo a Despeñaderos. El resultado de las pericias ordenadas con anterioridad no arrojan ninguna imputación concreta. El misterio continúa insondable.

La situación del Guarda ha mejorado sobremanera. La libertad por falta de mérito dictada a su favor, virtualiza que los elementos de cargo y las sospechas escalonadas se han disipado por completo. Mañana publicaremos la opinión de célebres expertos sobre la cáscara de banana en concomitancia con el delito. Además, otras in-

formaciones valiosas que la tiranía del espacio nos obliga a reservar.

No obstante persistir el enigma, el Juez ha cursado una nota de felicitación al Jefe de Policía, por el celo y la eficiencia de sus subalternos en cooperar a la acción judicial. Si eso acontece ahora, cuando aún no se ha descubierto nada, juzguen nuestros lectores los elogios que recibirá cuando no tenga absolutamente nada que buscar. Ello evidencia una vez más que nuestra policía, tal cual está, constituye un blasón de legítimo orgullo para el gobierno actual, que encarna e interpreta con sabiduría la voluntad popular; y un rotundo sosegate para los réprobos que niegan sistemáticamente sus méritos desde el ostracismo definitivo en que patean.

A medida que «Aparicio» avanzaba en la lectura, su fisonomía oliválcea, abollada, se fue emparejando por una sonrisa que lo iluminaba desde adentro. Mas, llegando a los últimos párrafos, los músculos se convulsionaron en sismos de risa:

–¡Qué manera de chupar la media! ¿Es el diario oficial, éste?

Don Rufo, todavía embebido por la noticia de la libertad del Guarda, asintió, modulando apenas:

–Sí. Es el diario oficial.

«Longines» daba cuerda a su reloj... Durante la lectura, como un solitario lleno de comunicaciones, se entretuvo en sintonizar las ondas psíquicas de los demás, sin exteriorizar otra cosa que la paciencia de su indiferencia. Pero, en lo profundo, radiaba de contento. Contento de sí y de sus camaradas, por la nobleza del acto y la solidaridad secreta que captaba. Liviano, sonoro de sí mismo –ya totalmente descargada la batería emotiva que cargó la pesadumbre de la muerte de «Lon Chaney»–, permanecía, se dejaba estar, estaba... Y siguió dando cuerda al reloj...

«Viejo Amor» sacó a todos de la inestabilidad del instante:

–¿Ha visto? No valía la pena afligirse... ¿Vamos a dar una vuelta por ahí?

–Vamos.

Mientras salían, «Katanga», arreglándose el moño de la corbata, chocó adrede con «Longines». Se detuvieron un

segundo. Hubo una leve hesitación. Y dos miradas tiernamente maliciosas...

Llegaron al bar L'Aiglon por la Avenida Olmos. Vetusta por un lado. Desigual por el otro. Ríspida de muros dentellados, al principio. Esbelta de edificios uniformes, al centro. Sucia de baldíos ahogados de afiches, al final.

Toda Córdoba era así: doble faz, doble expresión, como el atleta que llora y ríe de Scopas. Rémora y progreso. Beata agazapada tras la reja española y *flapper* en traje de baño que propaga su encanto. Ranciedad y *plein air.* Propaganda de vírgenes y piletas... Habían contemplado desde la terraza del Parque Sarmiento la *sky-line* de la ciudad. Y quedaron taciturnos: desigualdad. Desequilibrio. Desarmonía. Iglesias insolentes rodeadas de casuchas de barro. Molinos enormes rodeados de ranchos de lata. Palacios modernos rodeados de casonas de teja... Les desagradó esa perspectiva quebrada y horrible: compases de huecos y volúmenes. De presencias y sombras. De ritmos que saltan de la opulencia a la miseria. Y repudiaron categóricamente su perspectivismo absurdo y angustioso: sobre todo el que patentiza la voluptuosidad y el lujo de la religión –en las cúpulas brillantes como senos de bayaderas y los altares recamados con adornos que valen millones de hambres– dominando los tendones lacios de cemento de fábricas, mercados y talleres... Anduvieron después por plazas y calles. Ciudad grasosa de frailes obesos. Ciudad enteca de enfermos sin cama. Ciudad avispada de chicanas y arzobispada de dogmas. Les dolió la tozudez de bronce de los próceres locales y la ausencia de estatuas, exceptuando San Martín, de los grandes operarios de la nacionalidad. Toda Córdoba era así: contrastes, sin nexos en el contrapunto. Incongruencias, sin unidad en lo opuesto. Algo irrefragablemente contradictorio... Vieron la pacotilla colonial de un arte espurio, que se pretende jerarquizar como valores eternos y oponer al avance de los módulos nuevos que urgen la vida. Las teologías estupefacientes del siglo quince, que se procura inyectar todavía, estando las almas inmunes al error y la fe. Y la

antigualla de barro de claustros y museos, que sólo valen para documentar el fetichismo ambiente, puesto que no tienen la dignidad de lo antiguo ni la vejez de lo digno... Vivieron horas amargas, decepcionantes. ¡No era posible! ¿Dónde estaba la atracción que enfatizan los prospectos de turismo? ¿Dónde la belleza que *velis nolis* incrusta en los ojos la propaganda de los ferrocarriles? ¡Nada! Toda Córdoba era así: abolengo y *sans façon*. Doctoralismo y usura. Rezos *y* cocaína. Ciudad atascada de conventos y clandestinos. Ciudad que aspira a elevar su columna mental soplando por la espita universitaria... y no consigue que su espíritu se vea fuera del cerco de las barrancas. Ciudad aplastada por el marasmo burocrático, el olor a santidad del vicio y el tufo de las congregaciones... Tácitamente, ya habían dispuesto irse. Abandonar esa olla de sofocaciones de toda índole. Ellos, que eran una *coincidentia oppositorum*, no transigían con lo dispar atado por lo atrabiliario. Pero... Había una cosa estupenda: el clima. Y tres tardes consecutivas volvieron al Parque Sarmiento para ver el tránsito del crepúsculo a la noche. Allí, frente al panorama de la ciudad sumergida, experimentaban la dicha de vivir que los atenienses gozaron desde la Acrópolis y los latinos en el promontorio de Capri; la dicha que los ingleses, eternos proscriptos de la niebla, beben en las alturas de Funchal, Taormina y Cintra. Entonces, taxativamente, resolvieron quedarse. Por eso. Nada más que por eso: para sentir la caricia tibia del sol al esconderse tras el biombo de las sierras; la mano de seda de los tenues matices del ocaso; y la melodía exultante de la brisa abanicada por los plátanos...

Ocuparon dos mesas de la acera de L'Aiglon. Manteles de tela vasca. Sillas de mimbre coloreado.

Cuando llegó el mozo, «Katanga» se levantaba de su sitio, cambiando la ubicación con «Fortunato».

–Disculpen. Es algo invencible. La angurria me produce la peor repulsión. No puedo ver a la gente que come sándwiches superpuestos.

El Mozo y algunos viraron la cabeza. Efectivamente. Una joven esbelta, de cara angular, tez mate y recia dentadura, devoraba tres sándwiches a la vez.

–¡Quién lo diría! –murmuró «Aparicio»–. ¡Una flaca así, que parece un suspiro mal pintado!... Si uno no la viera pensaría que se alimenta con rebanadas de aire untadas con manteca... Y mete cada mordisco que es una muesca perfecta de sacabocado...

–¡Uf, hay cada tipa! –comentó el Mozo antes de demandar–: ¿Se sirven?

–Chops. Siete chops.

–No. Para mí un Jerez amontillado –corrigió «Longines».

–Y para mí Byrr con soda. Cinco chops, nada más.

–No hay Byrr, señor.

–Kola, entonces.

Ni bien retirado el Mozo, «Dijunto» se dirigió a «Katanga»:

–Es curioso. Un café tan elegante que sirva «Cola 'e cabayo». Si hubiera sabido pido un té de carqueja...

–Confundes, viejo. No se trata de ningún remedio de yuyero. (A propósito, ¿dónde andará? ¡Lindo criollo!) La kola es una bebida muy saludable para la vía digestiva. Se fabrica con yerbas del centro de Africa.

–Cerca de tu país.

–¿Cómo de mi país? Yo soy...

–De Katanga...

–¡Qué gracioso! Este «Longines» se apunta cada poroto...

–¿No es Katanga una región del Congo belga situada en el África ecuatorial, frente a Rhodesia? Entonces, ¿qué extraño que haya kola en Katanga?

–Claro: si cualquier catanga tiene cola...

–Reforzale el chiste, vos también. Si supieras que Katanga tiene las minas de radium más ricas del mundo...

–Con razón... Ahora caigo... ¡Hablando, vos curás hasta el cáncer!

Katanga quedó abismado.

La risa saltaba, retozona aún, mientras servía el Mozo.

Hacía calor. Los primeros sorbos fueron delectables, reconfortantes.

De improviso surcaron la mesa varios cascarudos. Tincazos entre los platos de entremeses. Hediondez entre los dedos alejados.

Nuevos sorbos. La presencia de otros cascarudos endureció su ceño. No se reparpilaban ya pinchando aceitunas y pinchando con sus pullas a «Katanga».

–Más cascarudos todavía. ¡Qué peste de bichos!

–Es el tiempo. Está por descomponerse.

Contemplaron el cielo. Mientras lo hacían, una falange de cascarudos accionó impunemente entre los platos de berberechos, maníes y ensalada rusa. Manotones irascibles. Imprecaciones.

–¡Vaya una plaga!

–¡Qué fatalidad: siempre abunda lo que revienta!

Hacía un calor raro. El asfalto guardaba la insolación del día. La tormenta inminente soltaba su red de sombras. Calor húmedo, impregnante. Calor de colores nocturnos, con todo el color de los calores meridionales.

Los cascarudos invadieron todo. La concurrencia desarticuló su compostura en ademanes y contorsiones violentas. Restallaba el fastidio por doquiera. Intervino el propietario del bar. Movilizó los lavacopas. Escobazos y pisotones. El asedio cesó en parte. Pero, a poco, el instinto estratega de los cascarudos volvió sobre sus pasos. Y, aun diezmados, incursionaron parajes en donde no es posible la vigilancia ajena...

Sólo «Katanga» permaneció tranquilo. Observándolos. Espantándolos serenamente. Exhibía un *humour* extraordinario. Como si la molestia de los demás promoviese en él una secreta complacencia. «Longines» iba a recriminarlo, cuando advirtió que él lo disuadía reclamándoles calma con la mano abierta. Tosió ficticiamente. Y, cierto de que lo escuchaban tres damas jóvenes de hermosa estampa, sentadas a la derecha, manifestó:

–Vamos... No renieguen... ¿Qué ganan con renegar? ¡Fíjense! Los cascarudos, como tantos bichos humanos, se dedican al *sport*. Tienen una manía alpinista que desconcierta por su pertinacia. En todos los animales lo asiduo de la muerte y la frecuencia del peligro genera un instinto de defensa. En los cascarudos, no. De tal modo, el tincazo rápido y enérgico que los desmorona

de la solapa, como si fuese la acróptera de un frontispicio, no ha curtido todavía las fuerzas obscuras de su subconciencia... Tal vez sea exagerado hablar de subconciencia... Tal vez sea exagerado hablar de subconciencia. Pero pensando en imágenes, ¿qué diferencia hay entre un cascarudo y un caradura que maneja un Ford modelo mil novecientos treinta? Ninguna, absolutamente. Los dos, con todo desenfado, se exponen a morir por el fastidio que ocasionan con su escape libre... ¡Porque hay que embromarse con el escape libre de los cascarudos!

(Compulsó el efecto y, alentado por sus tres sonrisas, continuó:)

–Fabre, el formidable poeta de los insectos –en cuyo homenaje póstumo los gallos de Rostand pusieron sordina a su estridor alegre– no ha explicado el quid de la manía ambulatoria y ascensional de los cascarudos. Todos sus recuerdos entomológicos, plenos de dulce bondad panteísta, tocan por otros motivos la huraña comprensión de los hombres. Por eso yo, en esta rambla de café, entre tufos de nafta y esencia de «juanitas», voy a afrontar la investigación de referencia. Dudo, sin embargo, el éxito. Recuerdo el caso de aquellos sabios alemanes que escribieron en tipo seis cinco volúmenes titulados: *DE POR QUÉ LOS GATOS NO VIVEN EN LAS MARMOLERÍAS.* Y temo, también, una conclusión apodíctica como la que consiguieron, al afirmar que *« los gatos huyen de las marmolerías porque creen que los fragmentos que saltan al golpe del cincel, al devastarse el mármol, les son arrojados intencionalmente... ».*

(«Longines» y «Aparicio» pescaron la onda... Las damas reían...)

–Bien. Los cascarudos poseen todo un prurito de curiosidad. No se avienen, como tantos usureros, a vivir en el hueco donde apenas caben con su mezquindad. Emergen de lugares recónditos, con la idea fija de atalayar la vida en torno, para juzgar si vale la pena de convertirse en hombre en la próxima metempsicosis. Parten, no obstante, de una premisa falsa. Creen que la humanidad es lo más alto que hay. Por eso, ni bien uno se sienta, escalan la rampa de las pantorrillas, hacen un leve descanso en la meseta de los muslos y se encaraman, audaces,

por el recto parapeto de la espalda. Han llegado, por fin, a la cumbre de los hombros. Allí se solazan con la perspectiva. Agitan sus élitros de charol como la capota de una limousine. Y se disponen a la ventura máxima: saber si el hombre o la mujer usan perfumes superiores al suyo...

(Las damas bisbiseaban, mirándolo de rabillo.)

–Los cascarudos son cautos y exploran la solapa y los escotes. Habría que indagar profundamente qué atracción poseen los repliegues de solapas y escotes en la vida de los cascarudos. Es en ese lugar donde acontece el noventa por ciento de los tincazos trágicos que da la amistad vecina. Pero esa cautela es infructuosa. Por más que uno esté gesticulando contra un whisky infame o contra un cocktail maligno, las patitas, al cruzar la piel del cuello, provocan una sensación súbita que se crispa en ¡ay! y en sobresaltos nerviosos. Y uno bracea entonces como si se ahogara en miasmas...

(«Viejo Amor» radió de gusto al cerciorarse. Un codazo lo aplacó.)

–Es evidente que obramos mal. Si cada cual tuviera la bondad exquisita que revelan las *fioretti* de San Francisco, «el hermano Cascarudo», satisfaría ampliamente su curiosidad, juzgando el agua colonia o la loción que nos perfuma. Pero, no: nuestra excitación los enfada. Y para humillar nuestra artificiosa poquedad, mientras la mano pugna por hacerlos caer, vierten en ella el juicio definitivo de su emanación mefítica...

(Las tres damas se erizaron con donaire y coquetería.)

–Los pobres cascarudos han dado de bruces en el asfalto o el mosaico. El escozor de su recuerdo inspira al pie para aplastarlos. A veces... Quedamos frecuentemente con el pie verdugo en el aire... Los cascarudos conocen la filosofía de las rendijas. Y se zambullen en ellas, sacando en la parte trasera de sus alas una especie de capita blanca, como un cartel de desafío que dijese: «Hasta luego»... Efectivamente. Momentos después dejarán, en el helado que se disuelve con bonachonería o en los cachetes reventados de las masas de crema, la tarjeta fragante de su visita... Al rato se internarán bajo el pantalón o la pollera, a pellizcar la liga y poner su rúbrica maloliente... Y, en

fin, con su pertinaz alpinismo, volverán a ostentar su silueta en el contraste del cuello, para escarnecer la violencia del manotón con su trascendente fetidez...

«Katanga» bajó los párpados, seguro del triunfo, como solía hacerlo desde el proscenio, después de un truco genial. Los aplausos remotos se concretaron aquí en el discreto cuchicheo de las tres damas hermosas. Había «actuado» deliberadamente para ellas, deduciendo por la innata distinción la calidad de sus espíritus. No se equivocó. Gratas al homenaje, hicieron perceptible el comentario a *«la gracia cuidada, bien hecha, llena de cosas simpáticas, de su discurso»*.

El término le crispó.

Con fino desparpajo, giró, entonces, el busto a la derecha:

–Discurso... ¡Dios me libre! Odio cordialísimamente a los oradores. Son una peste peor que los cascarudos. Con razón un amigo colombiano decía: «Un libro, un folleto o un discurso impreso se, pueden tirar por la ventana, se pueden regalar a un enemigo personal, se pueden esconder debajo de la mesa. Con un orador no se puede hacer lo mismo, sin encontrar serias dificultades»...

Tres juegos espléndidos de dientes aparecieron al conjuro de otras tantas sonrisas.

–Bien. *Pardonnez-moi la boutade. Si* quieren punirme obviaré las dificultades...

Ya habían pagado al Mozo. Incorporándose, el revuelo de sedas y gasas desparramó el perfume suave y sutil que emplean las mujeres cultas, como «mordiente» del perfume capitoso de la carne en sazón, de la carne a punto para los goces más hondos de la vida.

Mientras recogían guantes y carteras, deslizaron:

–A pesar del tema, deliciosa su *causerie*.

–Es el único cordobés *pasable* que hemos conocido.

–Nous sommes d'Entre Ríos. La bas la chose est assez différente...

«Katanga» hizo una alharaca festiva:

–¡Cordobés, yo! ¡Cruz diablo! –y continuó–: Calé de inmediato que ustedes no eran de aquí. *Charme... Gentillesse...* Créanme: ustedes han renovado en mi memoria...

–Adiós.

–... la dicha fugaz de escenas similares, insubstanciales pero eternas...

–Adiós.

–... que viví en los cafés de Montparnasse.

–*Adieu.*

–*Merci. Au revoir.*

Subieron a un lujoso automóvil color bordeaux.

–¡Seguilas! ¡Seguilas! –aconsejó entusiasmado «Viejo Amor».

–¡Silencio! ¡No seas imbécil! –gruñó.

Y alargó la vista hasta que se perdieron en la balumba del tráfico.

Quedó así, en suspenso, los labios entreabiertos.

Al regresar la mirada, sus ojos estaban llenos de ruidos, espirales y fulgores alucinantes.

Había, también, dos lágrimas perdidas.

Esa noche «Katanga» tuvo insomnio.

Embalsamado en el recuerdo de las tres damas, pasó largas horas mirando la obscuridad. Mirando el alma transcripta en el ámbito negro. Mirándose por dentro, pero hacia afuera. Proyectándose. Pues, invertida la sensación, la intimidad se hizo foránea. La frente una bóveda enorme. Y cada pensamiento una especie de hálito luminoso, de *sephirot* inteligente. Las ideas aparecieron caligrafiadas con ectoplasma en el cielo, como si un avión diminuto, misterioso, las escribiera. De tal suerte, no pensó ni dijo, leyó estos conceptos:

> ¿Puede uno amar a tres mujeres simultáneamente? –A miles. A millones. Al *amor intellectualis* no interesa la posesión, el orgasmo, las dichas horizontales. ¡Sino la levitación amorosa del cuerpo a la altura del pensamiento!
>
> Lo que más entusiasma en el flirt es que uno va ensamblándose naturalmente, como cosa

destinada a ello. Sigilos. Cautelas. Estrategia. Todo se torna elemento de ataque, en vez de recursos defensivos. Hay una peligrosidad confiada que redunda en beneficio. Y uno ríe porque el fantasma del amor resultó un chasco hilarante en el baldío del alma: una cáscara de sandía con tres ventanucos, iluminada por el reflejo lunar sobre una lata...

A mi edad es ya un axioma aquello de Chamfort: «*J'hais assez les hommes et n'aime pasassez les femmes*». Pero... ¿Quién se resiste al deleite inefable de abrasar tres cabezas como las suyas en la pira del corazón? ¿Quién no se atreve a comprar desazones con suspiros en holocausto de la última ilusión? ¿Quién rehúye la delicia estética de sahumar la gloria que esplende en el monumento de amor que son los treinta años de una mujer?

A propósito. Forjé adrede la escena en auxilio a tanto coleóptero maltrecho. Fricción de palabras. Masaje paradojal. La caridad excesiva hace reír. Lo sé. Reímos todos. Pero, cuidado con friccionar demasiado... Se frotan dos palos y surge el fuego. Se frotan dos mucosas y surge la vida.

¡Oh, la cascada de miel de sus crenchas góticas sobre el bastión del mármol de su frente! ¡Oh, su cabellera de paje del Renacimiento, dorando el golfo de su garganta con los reflejos de fuego de sus rizos castaños! ¡Oh, su melena ensortijada de heraldo merovingio, espesa de ondas negras, batiendo la comba ebúrnea de su cuello!

¡Cómo nos miramos al despedirnos! La mirada de la mujer parece vestir al hombre. Va de arriba para abajo. La del hombre la desviste. Va de

abajo para arriba. La de aquélla empieza en el sombrero, arregla la corbata, estira el saco, alisa los pantalones y lustra los zapatos. La de éste, golosamente lúbrica, adula las pantorrillas, se insume bajo las polleras, acaricia las nalgas, mima la pelvis y topa en el nacimiento de los senos.

Yo no encontré el amor oscilando sobre el brocal de la desesperanza, en el momento preciso en que la decepción iba a empujarlo al pozo del tedio para siempre. Eso es tener suerte: llegar a tiempo, todavía. Yo lo encontré ahogado en mí mismo y lo salvé baldeando lo pútrido de mi adolescencia. Sacándolo a hacer flexiones entre la mofa, el sarcasmo y la ironía. Ahora me pregunto desconsolado ¿para qué? No hice más que inficionar el contorno de mi alma y el dintorno de la conciencia.

¡Pobre «Viejo Amor»! Debo sincerarme de mi insulto. Es un francotirador tembleque... En el stand del amor hay personas que viven ensayando. Pero el pulso les falla en el momento decisivo. Otros ¡ay de mí! hacen impacto en la primera ocasión que se presenta.

Admiro la grandeza de quienes deponen el deber ante el instinto. Admiro la egofilia de quienes buscan denodadamente la satisfacción de ese instinto y conducen los pormenores del goce al hontanar sexual donde se extiende su alma. Pero prefiero ser lo que soy. Un hombre de regreso, que vive el drama abisal de su soledad. Y no obstante, sonríe...

Seguirlas... ¡Qué torpe invitación! Se sigue y se persigue a las mujeres que andan a pie. La seducción es cosa sencilla. «El hombre que tiene lengua no es

hombre si no puede con ella conquistar una mujer»... Tal dice Valentín en el tercer acto de «Los dos hidalgos de Verona». Ahora, en el primer cuadro de la era fordiana, es más sencillo todavía. Ni la lengua es menester... Basta cortejarlas en auto. En auto particular de marca y cerrado, sobre todo. Es curiosa la imantación instantánea de la hembra. Todo el substractum erótico vibra al menor guiño del tenorio del volante. Son famosos «los programas que se comen»... Varias cuadras o días de asedio y ¡ya está! Suben a la alcoba rodante. Un pique veloz y al parque solitario, al camino obstruido, al callejón nocturno. El automóvil ha creado un donjuanismo de perfil aerodinámico...

El amor es la imagen de la pareja reflejada en el estanque. Mas, cae una bellota, una flor... y todo se pierde en círculos concéntricos de dolor, nostalgia y olvido.

Don Rufo diría: «No hay toro que no se güelva güey»... Tal vez. He practicado el transformismo de Fregoli en desvestirme y vestirme en infinitas funciones de amor. Tal vez me atosigó la *gourmandise*. Hoy me complace, más que el ruego untuoso y el contacto untuoso, media hora fugaz de galantería socarrona. No se arruga la ropa. Y dura el hormigueo de la voluptuosidad...

¡Oh, aquel verso chueco que oí una vez!:

Alcoba de soltero
Ladino
Invernadero
De mentiras galantes
(Mejor si la que vino
Se marcha cuanto antes.)

> Aquí, las mujeres andan blindadas todavía por el respeto que se les tiene. Nacidas Afroditas Pandemos viven hurañas, como Artemisa. ¡Hay que abolir ese respeto! Aproximarlas a la comunión del amor. Devolverles la dulzura y el placer de la propia determinación. ¡Hay que abolir ese respeto! Resabio medieval, moderno cinturón de castidad, aprisiona el sexo bajo rejas y garfios. Igual que los que exhibe el Museo Cluny, su coraza marchita la juventud y seca las fuentes nutricias de la especie. ¡Hay que abolir ese respeto! Porque el respeto de los hombres –nielado de embustes, repujado de promesas, damasquinado de finuras– es la obra de arte de su duplicidad y concupiscencia.

Se le iban cerrando los ojos.

Apenas pudo leer:

> Tengo la pena de no haberme equivocado nunca en materia de amor; porque en ello cabe siempre la posibilidad de haber sido, aunque fugazmente, feliz...

Suspiró.

Se le cerraron los ojos por completo. Hubo una selva de ronquidos.

Y en su sueño, tres orquídeas de ensueño.

Durante varios días recorrieron los puntos principales de las sierras. Habían alquilado dos autos cómodos y contaban con dos cicerones espontáneos: «Patay» y «Fenicio».

Ambos se desvivieron por enseñarles los trayectos, paisajes y curiosidades lugareños más mentados. Conocían la ubicación de los boliches y surtidores de nafta y el precio de pensiones y hoteles tan bien como el nombre de dueños de chalets y

mansiones de la comarca. Fueron dos cicerones útiles, pero obtusos. Carecían del sentido del paisaje. No conectaban su sensorio con el alma agreste, sino con el perifollo de los veraneantes. Con su trajín urbano, trasplantado en *boites, bridgeparties, souper-dansants.* Las sierras valían para ellos como escenografía de la vanidad burguesa. Era encantadora la ingenuidad conque exaltaban lo fútil. Cierta vez, en «Los Cocos», «Fenicio» comentó:

–*Ese chalet ha costado cuatrocientos mil pesos. El dueño es un importador de Rosario. Toda la familia tuberculosa. ¡Se va desgranando como un collar! Éste de la derecha pertenece a un solterón chiflado por las dalias. Ha invertido en obras de jardinería más de cien mil pesos. ¿Ven allí, sobre la loma, una especie de fortaleza? Es el castillo del Doctor Tumini. Hay un mástil. Cuando está presente flamea «su» bandera. También es rosarino.*

–*¿No tiene puente levadizo?*

–*No.*

–*¡Es una lástima! ¡Qué no daría por verlo pasar con su cota de estupidez!*

–*¡Cómo! ¿No le gusta? Las mejores construcciones son de rosarinos.*

–*Pero, amigo, ¿cómo me van a gustar semejantes ultrajes? ¿No ve que son ínfulas atávicas de hijos de inmigrantes?*

–*Verdad: ¡qué lindas serían las sierras sin los rosarinos!*

«Patay», más cercano a la reflexión, alababa la variedad cromática, lo abigarrado de los parajes, el pintoresquismo. Superficialmente.

–¿Qué les pareció Tanti Viejo? La iglesita, el arroyo... ¡Ese «baño de obispo»! Yo lo prefiero a Tanti Nuevo.

–Bah, bah: turismo... *Tanti* da uno como otro...

Bajando la cuesta que bordea el lago San Roque, ya curvada la sobretarde, «Patay» quiso vindicarse. Detuvieron los autos. Y desde una eminencia señaló la plancha metálica del agua, cobriza del sol; la sombra de los cerros, recortando los chalets de los promontorios; y, sobre la mole de sauces de Carlos Paz, el humo dormido de las chimeneas.

–¡Es poético, eh!

–Sí, es poético –replicó «Longines»–. Pero ni usted ni «Fenicio» comprenden a la naturaleza. Un santiagueño, atascado de

polvo, y un santafesino, atascado de niebla, son una misma entidad ciega. Los churcales del uno y las mieses del otro han circunscrito su visión. Ignoran lo cósmico abstracto. La majestad de la montaña. La filosofía de los lagos. Cuando vayan a Suiza sabrán la...

–¡Ya apareció Suiza! –los salvó «Aparicio»–. Puros cantones, puros cantones. Y ni para remedio una revolucioncita... En la Banda Oriental, yo, con el Comandante Borges...

Los dos estudiantes se sintieron mortificados. No es que su buena voluntad no fuese cumplidamente reconocida y agasajada. No. Les fastidiaba el desdén sistemático, la acrimonia razonada a sus motivos de admiración. Para ellos era materia de fe la belleza de las sierras de Córdoba. Y sin conocer otras, guiados por el dogmatismo de la propaganda, no admitían parangones.

Hablando con «Rescoldo», le contaron:

–Son tipos cultos, sin vuelta; pero más jodidos que la urticaria. Protestan contra todo. Yo no trago eso de que los argentinos vayamos a las sierras a envenenar el paisaje, vencidos por crisis de amor, salud o dinero...

–Sin embargo...

–... o con el afán de figuración, para lucir trajes de baño y jugar al golf...

–Diez puntos...

–Ya estás, vos también. ¿Sabés lo que les gustó en la gira de hoy? Figurate: ¡los nombres! Tulumpa, Salsipuedes, Cavalango, Ischilín, Ongamira, Yuspe, Quimbaletes... Son así. Se fijan en macanas.

–¿Macanas, la toponimia?

–Lo que sea. ¿Te acordás, el domingo, en Cabana?

–...

–Sí. Aquella discusión sobre el minero y el juntador de hongos.

–No fue discusión, propiamente. Apenas una discrepancia. Algo –¿cómo diré?– lírico. Estuvo bien, che. La verdad en su punto.

A ver si se acuerdan –se interesó «Rescoldo», todo ojos tristes y sonrisa dulce.

Era un temperamento apocado. Recluido en sí mismo, maduraba los jugos de su odre en el silencio y la apatía. Pero su comprensión era la más fina de los tres. Intuyó algo substancioso y los instó de nuevo:

–A ver si recuerdan.

–No tiene nada de particular. En una ceja de monte, al lado de una cantera, aparecieron dos hombres: uno con un pico y otro con un canasto. Cada cual se dedicó a lo suyo. A cavar. A juntar hongos. Eso es todo. «Aparicio» y «Katanga» sintonizaron con el juntador de hongos. «Longines» y «Dijunto», con el minero. Y se trenzaron a discutir.

–Hay que decir las cosas como son. Éstos sostenían que el minero es profundo y el juntador de hongos, superficial. Que la fe apasionada del minero es una fuerza tan grande que llega con su ahínco a extraer provecho de la ilusión. Aquéllos renegaban de tal virtud. Preferían la indolencia al esfuerzo. Y alabaron la sabiduría de juntar hongos, mediante blandas torsiones de la cintura, frente a la fatiga colosal, a menudo estéril, del minero. Entonces fue cuando «Longines» hizo la exaltación del empecinamiento. La voluntad del minero, erecta como una barra, es un miembro viril simbólico que posee a la tierra y revela la fecundidad de su entraña. Es una figura mítica como la de Osiris. El juntador de hongos, en cambio, es un ser impotente, parasitario, que especula con el parasitismo de parásitos tan vegetales como él... ¡Y se armó la gorda! La divergencia adquirió tonos mayores acerca de la superioridad de los reinos de la naturaleza. Entre ser cosa, cabeza de piedra; o ser vida, cabeza de corcho. «Katanga» desarrolló varias teorías sobre el hombre-mineral y el hombre-vegetal. Sobre el cascote y el leño. Sobre el mérito nulo de ser vástago de generaciones metálicas y la gracia evidente de llevar la herencia de las selvas dantescas... Son tipos cultos, sin vuelta; pero más jodidos que la urticaria... A mí me tuvieron al trote, como estudiante de medicina. Yendo desde el caos gaseoso y nebuloso de la condensación primitiva, para justificar la prevalencia de la substancia inerte. Y corriendo, para justificar lo contrario, a través de todo el mundo vital que se extiende desde el desdoblamiento de la

ameba unicelular al vertebrado... Quedé con la atención hecha una veleta. No podían ponerse de acuerdo. Sólo cuando «Dijunto» trajo una laja de mica rutilante y «Aparicio» el paraguas húmedo de un hongo, la controversia amainó. Concentrados en la observación de ambos frutos de la tierra, comprobaron la existencia de una geometría idéntica en lo fugaz del hongo y lo perenne de la mica. La formación sutil de multiplicadas láminas o membranas, de películas de agua y escamas de luz, era análoga en la plástica de uno y otra. Constataron la semejanza fundamental de lo aparentemente dispar. Agua seca: la luz. Luz líquida: el agua. Proclamaron a dúo: *¡Todo es distinto, pero es igual!* Y concluyeron abrazando cordialmente sus conceptos en el panteísmo que crea y sustenta la mica y el hongo, la araña y la nube, el hombre y el árbol...

–¡Formidable! ¡Formidable! –prorrumpió «Rescoldo» enfatizando lacónicamente su entusiasmo–. Son tipos cultos, sin vuelta. Ni bien pueda, los llevaré a la Facultad. Quiero escarmentar a muchos imbéciles diplomados...

En el pregusto, elevó las pupilas en éxtasis.

Y tuvo una crispación gozosa.

....

SAN ROQUE:

Orondo y melifluo, «Viejo Amor» se disculpó de no acompañarlos esa tarde.

Alegó, como razón plausible, su designio de cuidar a «Fortunato», cuya gripe inspiraba recelos. A la verdad, su plan era otro. Lo revelaba la euforia que retozaba en su sangre y la solicitud falaz erigida de pretexto.

«Aparicio», que conocía los entretelones de sus amoríos con «la niña Visi» –la cuarentona dueña de la pensión–, le guiñó el ojo al despedirse:

–Que te aproveche... el escabeche.

¿Escabeche?... ¡Dulce de leche!

Y torciéndose la guía de un bigote inexistente, agregó, lleno de sornas:

–No sé...

El trayecto en tranvía hasta la estación del Central Argentino fue corto para su perplejidad. Le parecía mentira que una mujer así, tan pudibunda y santulona, aceptara los galanteos y asiduidades de un tipo de la catadura de «Viejo Amor». Algo más le intrigó sobremanera: el desembozo, la mutua alegría. Hay personas a quienes el amor entristece. Novios tristes, compungidos, como predestinados a la desgracia. Esposos acongojados, con los brazos sueltos. Viéndolos a ellos, no supo qué argumentar. La iluminación erótica los hacía radiantes. Tuvo, más que envidia, una sensación confusa. Avergonzado, chascó la lengua varias veces, como diciéndose:

–Allá ellos... Que se arreglen...

Pero el pensamiento no pudo libertarse. Retornaba al tema como sujeto a una noria mental. Y giró de nuevo alrededor de las deferencias especiales de Doña Visitación, percibidas por él en la atención de su ropa, en el cuidado de su cama, en las tertulias del patio y en el regalo de masas y confituras, a la hora del mate, en ameno *vis á vis...*

Entrando al coche-motor, la sorna de «Viejo Amor» repercutía aún en sus orejas. Chascó la lengua:

–¡Esa tosecilla de jubilado!... ¡Ese «no sé»... cargado de picardía!...

Sentados ya, abordó a «Katanga».

–¿No te has dado cuenta que «Viejo Amor» le arrastra el ala a «la niña Visi»?...

–El ala. Las bolas, querrás decir. Cree tener mucho arrastre... varonil. Y es efectivamente un pelotudo que acabará por comprometernos.

–¿Entonces, vos sabías?

–Evidente. Lo calé desde el principio. Ella me chocó de entrada. Sus pudores y remilgos estudiados son, a mi criterio, afiches de una perversión segura. Es cierto aquello de:

> Yo jamás contemplé mayor licencia
> Que la de Amor vestido de inocencia.

»Por otro lado, basta observar sus carnes fofas de solterona amancebada a golosinas, para deducir que es una mujer peligrosa. De yapa sus pies chicos. ¿Cuándo has visto una hembra de pies chicos que no sea una desorbitada sexual? *Parvus pes, barathrum!* O sea: pies chicos, vulva grande: ¡el infierno!

El cochemotor del ferrocarril del Estado partió velozmente. Ni bien cruzado el Río Primero, trazó un arco de círculo por el perfil de General Paz y Alta Córdoba. La ciudad era un marasmo de sopor. Sólo el chisporroteo del sol en el azulejo de las cúpulas. Frente al Parque Las Heras, pegó un chicotazo a la derecha. Enfiló hacia las quintas de los Boulevares y Rodríguez del Busto. Y ya en Argüello, encaró resueltamente hacia la montaña. El paisaje se escalonó en lontananzas *y pelouses.* Gamas de verde. Aire azul-dorado. En el kilómetro 16, la cascada y las toscas del arroyo Saldán, bajo el acueducto, trajeron una fugaz impresión romántica. Vino luego un retazo de Arcadia, compacto de sauces y plátanos. Frente al Caracol, el Valle del Suquía clarificó en abra espléndida la ruta oprimida de arboledas. Rutilaron como hoces y rejas los trechos curvos y rectos del río. Dos rápidas torsiones de cuello mostraron, a derecha, la mole parduzca de la fábrica de cemento, y a izquierda, la cabellera de mil ninfas que peina el dique de Mal Paso. No tuvieron tiempo de admirar nada. La vista se zambulló en el remanso de reflejos y escaló, descendiendo en el agua, los zigzags de los cateos y canteras de Dumesnil. Cuando volvieron a la superficie, patinando sobre el resplandor solar, los ojos posaron en el colirio verde de la fronda de Calera. Zangolotearon después en bruscos virajes. La velocidad escamoteaba, en la tarde rubia, las piedras, las vacas, los árboles. Fragmentos de imágenes. Vuelos truncos. Cabras enigmáticas. Empezaron a ceñirse los montes. A confabular los cerros. El Río Primero que era una corriente lumínica se acanaló de umbrías. Calígines brumosas. Lagos de silencio. Casa Bamba. Peperina. Berro. El trayecto pareció ocluirse. Moles graníticas. Sombras macizas. Se sintió el ahogo del no va más. Y fue la noche. Noche súbita y necesaria en el clima de la emoción. Porque, traspuesto el túnel, salió el sol de inmediato. Neto. Ciclópeo en la frente del cielo. ¡Y tajante! Pues como la espada

ondulada de un arcángel cayó sobre la pulpa de la sierra, onduladamente. Y se oyó abajo, en la sima, bullir la sangre del torrente, mientras arriba, zurciendo el peligro, seguía el cochemotor lanzando coordenadas al abismo...

–Dique San Roque. Boletos.

Bajaron en un santiamén.

Una exhalación de aluminio culebreó sobre el borde del embalse hasta perderse tras cortes y peñascos.

Estaban frente mismo al muro de contención.

Con idéntica ingenuidad escolar a la de niños con tiza delante el pizarrón, comenzaron sus miradas a rayar el muro de arriba a abajo, desde la balaustrada al chorro central; al sesgo, desde los vertederos a las escalinatas del talud. En todas direcciones. Fue una mecánica visual inconducente para la mayoría:

–Nos vamos a descogotar, todavía...

–Francamente, no vale la pena...

–Yo supuse...

–¿Cómo no vale la pena? –protestó «Longines»–. Con ese criterio el Parthenon es un rancho de mármol y la Torre de Pisa un silo ladeado. Hay que situarse en el tiempo. Medir las obras por las posibilidades técnicas y económicas de cada época.

–Sí, pero...

–Comparándola con el dique del Tercero...

–... esta obra es superior. Es útil. En aquél se han invertido años y millones, decenas de años y millones, ¿para qué? Para que pasee en yate el Ingeniero residente y pesquen mojarras sus amigos británicos... No hay un canal ni una turbina que aprovechen el agua todavía. Aquí, siquiera... Yo también podría decirles que el dique del Tercero es una garrapata comparado al de la gran presa de Boulder, en el Río Colorado, cuyas instalaciones completas, ¡llevadas a cabo en cinco años dos meses!, irrogaron más millones de dólares que el Canal de Panamá. Yo también podría reírme comparando su muro de doscientos veinte metros; su embalse de treinta y ocho billones de metros cúbicos, ¡ochenta veces mayor que el del Tercero!; y la capacidad productiva de sus plantas eléctricas, que generan cerca de dos millones de caballos vapor, ¡es decir, una potencia que excede en

cuatrocientos mil a la energía de todas las usinas juntas de la Argentina! Pero no me complace lo grande porque sí, sino en función al beneficio público. Por eso concreto mi preferencia por el Dique San Roque. No exalto lo ilusorio. No divago.

Nadie le replicó.

Sólo hubo un comentario *sotto voce* de «Katanga».

–¡Qué bien ha asimilado la crónica del *National Geographic Magazine*!...

Cruzando el puente que corona al muro, frente al busto miserable de Cassafouth, «Longines» se indignó:

–¡Es una vergüenza! Vean lo que traduce la gratitud de un pueblo... Veinte kilos de bronce mal trabajado... ¿Por qué permitir la ignominia de que un santo de capirote usurpe la fama de ingenio personal? En Boulder Dam, la represa artificial se llamó Lake Mead, en homenaje al Doctor Elwood Mead, que fue el ingeniero-jefe de la obra. Aquí se metió en la cárcel a Cassafouth y Bialet Massé... ¿Hasta cuándo se va a tolerar que San Roque ligue de arriba un honor que no le pertenece?

–Eso es cuestión de los monopolios eléctricos... Usted sabe que toda la electricidad del país está acaparada por dos supertrusts: la S. O. F. I. N. A. y la A. N. S. E. C. belga y yanquis, respectivamente. Los directores y abogados locales están constituidos por vendepatrias que son católicos fervorosos... ¡Cualquier día van a cambiar la nomenclatura! Así explotan a los consumidores en el nombre de Dios, o de San Roque, que es lo mismo...

En lento caminar, deteniéndose, llegaron al restaurante de la margen izquierda.

«Longines» insistía aún:

–Hay que situarse en el tiempo. ¡Hace cincuenta años! Ha sido una creación genial. Y sigue siendo útil, esbelta, osada. Allí, sobre ese islote, debió erigirse el monumento a Cassafouth. Algo gigantesco, en consonancia, como el del Conde de Lesseps, a la entrada del Canal de Suez. O si prefieren, labrada en la piedra viva de aquel cerro, una efigie enorme, semejante a las cabezas de cien yardas de altura que Gutzen Borglum esculpe en las rocas graníticas de Dakota con las imágenes de Washington, Jefferson, Lincoln y Roosevelt...

«Katanga» volvió a comentar en sordina:

–¡Qué jugo le saca al *National Geographic*!

«Aparicio», por su parte, lo interpeló en voz alta:

–Dígame, «Longines»: ¿Cassafouth era suizo?

–Hombre, no sé...

–¡Que no sabe! No puede ser. Si no era suizo la pasó raspando...

Ubicados en una glorieta, revestida de madreselvas y campánulas, bebieron con avidez sendos refrescos de ginebra, limón y soda.

Llegaban automóviles y más automóviles hasta la terraza frontera a ellos. La mayoría viraba en redondo y regresaba. Algunos se detenían. Bajaban sus ocupantes. Estiraban las piernas hasta el paredón del dique. Tomaban la consabida instantánea y abur...

–Por lo visto, la gente le hace poco gasto –comentó «Dijunto» al propietario.

–Casi nada. Se han fundido cuatro o cinco antes que yo. Si no fuera porque me acomodé en la convocatoria, ya estaría frito. ¿Qué quiere con los tirifilos que andan en auto? Gastan en nafta y repuestos lo que debían gastar en darle gusto al cuerpo. Después las Kodaks. No vienen más que tilingas. –*¿No tiene películas pancromáticas, supersensitivas? No, señorita. Tengo salame, fernet, bizcochos Terrabussi, kerosene.* Ufa. Me agarro cada bronca...

–No es para menos.

–Parajes como éste reclaman gente que sepa apreciar la belleza reposadamente –sentenció «Aparicio»–. La frivolidad de los turistas...

–Turistas... ¿Y los picniqueros? ¡Dios me libre! Prefiero los peones de la cuadrilla y los chuncanos de la zona... Lo único que les interesa es demostrar que han estado en las sierras. Vienen con tarros de pintura. ¿No han visto el puente emporcado de leyendas? No hay poste, baranda, peñasco, que no aprovechen. Después, fotos; meta fotos. No ven nada, pero se llevan lo que ve la máquina. Son verdaderos contrabandistas del paisaje.

–¡Contrabandistas del paisaje! ¡Qué pichón de acierto!

–No es mío. Es de un chiflado muy curioso, que vive en aquel recodo.

En esa coyuntura descendieron dos mujeres de un auto.

Habían dado unos pasos cuando, volviéndose, una le gritó al *chauffeur*:

–Haga el favor de traernos la pintura y la Kodak.

Ya no hay luz, señora.

–Tráigala. Tomaremos poses.

El propietario del restaurant, con ademanes de tirria, sirvió la evidencia:

–¿No les dije? Ganas de tirar la plata en films. ¡Qué cosa! Me agarro cada bronca...

Llamado desde el interior, ni bien se apartó el dueño del negocio, «Longines», demudado, presa de estupor, paralizó la atención de los tres:

–Sí... ¡Es ella!... La reconozco al caminar... ¿No oyeron su voz?... ¡Es ella, «Katanga»!... Ella...

Las miradas –veloces dardos– acribillaron la espalda de la mujer.

–¡Es ella!... No hay duda... La otra es su hija... La tuberculosa... Estoy seguro...

–Seguro ¿de qué? Vamos. Hable.

–Diga de una vez. Nos tiene con el corazón en la boca.

–Es Freya... Freya Bolitho... La misma Freya Bolitho...

–¡No!

–No puede ser. Con esa pinta...

–Si la despojamos de todo...

Era Freya. Pero una Freya distinta a aquella mendiga flaca, de tez dudosa, de pelo dudoso, nuca desnuda llena de grietas y crenchas al aire, como la cabellera de víboras de la Gorgona. El propio descalabro la había aleccionado. Tras la depresión que le produjo el robo de la mayor parte de su fortuna, reaccionó con ímpetu. Guardó el resto en el banco. Abominó la vida sórdida de los limosneros con plata. Y sin renunciar al mundo astroso, organizó sagazmente la industria de la piedad, alquilando legiones de chicos desvalidos, ciegos y baldados. Sabía que la compasión es el gran torcedor de la conciencia...

Sabía que todo el mundo da, cuando se le mortifica instando con lacras, dolencias y defectos que no tiene, pero que gana momentáneamente en el azar de la propia suerte... Y ya en el tren de rehacer la cuantiosa suma, pensó en vengarse.

–*¡Ah, si encuentro a Jaroslav y al francés!*

Había jurado matarlos. ¡Eran ellos! El único que conocía su manía de esconder el dinero dentro de mendrugos de pan era Jaroslav Kopecky, alias «Fortunato». Y aunque no lo vio en la amarga escena de la desaparición de los sesenta y tres mil pesos, el único capaz de hacer el cambiazo con tal destreza era «Lon Chaney», el francés. Anduvo obsedida por la venganza. No quiso delatarlos. Creyó que el caudal malhabido iba a hacerlo, con la fiebre de ostentación que acomete a los enriquecidos de repente. Para sorprenderlos, acudió a todos los recursos. Hasta al de su propia superación. *Make up* y *haute couture*. Fue entonces, cuando rejuvenecida por el odio, recorrió uno a uno los lugares probables, oteando, olfateando, atisbando, firme el pulso en el designio y la Browing agazapada en la cartera. Sin éxito. Sin esperanza de éxito.

Llevaba cinco días en las sierras. No fue tanto el telegrama de Karen, su hija, como la necesidad de descanso lo que la impulsó a viajar. La pasión agosta el arbusto de nuestros nervios y seca el arbusto de nuestra sangre. Bastaron cuarenta y ocho horas de modorra para tranquilizarla. Lo de Karen, no había sido más que el susto. La mujer agria y magra que vino se templó en un olvido transitorio. Se hizo niña, cabe la ternura enferma de su niña. Y apuntalados por la efusión de su afecto, los nervios y la carne comenzaron de nuevo a brotar y florecer en la primavera eterna que es el fervor de una madre.

Regresaban del paredón del dique.

Las más obstinadas dudas se disiparon.

¡Era Freya! ¡La misma Freya Bolitho! «Longines» y «Katanga» le salieron al cruce.

Ya estaban convenidas todas las respuestas, calculadas todas las posibilidades.

El estupor del encuentro no halló otro comentario que sus lágrimas.

–¿Por qué lloras, mamá? –clamó una voz ronca, prolongada por varios golpes de tos más lúgubre que un llamado de socorro.

–La emoción, Karen, la emoción...

Y siguió explicándole en alemán la alegría de hallar un amigo de la talla de Herr Edmo Kumck. Sus bondades y servicios. Su abnegación en el favor cuando, recién muerto su esposo, la viudez percibía el mundo circundante todo negro, negro, negro. Su puntualidad en la ayuda cuando, ya agrietado el espíritu por la miseria, ella pensó poner un explosivo en esa grieta y él puso un rayo de luz.

«Longines» protestó la pequeñez de tal magnanimidad. Y torció el tema lóbrego que ya empezaba a inquietar a la hija.

Solícitamente, Freya acompañó a Karen hasta el auto. La incitó a que se arropara un poco. Y retrocediendo, se volvió hacia «Longines».

–Mi hija ignora todo. Reside desde hace cuatro años en Villa García, a un paso de acá. El clima le sienta bien; pero la ausencia de cariño malogra su mejoría. He resuelto venirme en junio definitivamente. Con lo poco que salvé del desastre –unos veinte mil pesos– y la mitad de los ingresos de la pandilla –de mil a mil quinientos pesos mensuales– me desenvolveré sin apreturas. Mi socia es una profesional avezada. Conoce la industria de la limosna a fondo. Y es decente. ¡Ah, si no hubieran sido aquellos perros malvados de Jaroslav y «Lon Chaney», yo, dentro de poco, habría redondeado los cien mil pesos que ansiaba para retirarme! Pero no importa. Si no consigo vengarme, el dinero robado me vengará; porque el dinero que se roba a la gente que sufre es una maldición como la lepra. ¡Ojalá les haya gangrenado ya el cuerpo y el alma! ¡Cómo me gustaría verlos caídos, postrados!...

–Freya, por favor: a nadie se le desea tanto mal –aventuró «Katanga», encandilado por la visión de la caída mortal de «Lon Chaney» y la postración actual de «Fortunato».

–Yo lo deseo. Sí. Soy franca. Quisiera verlos podridos, inmundos, llenos de lacras, muriendo sin morir en una agonía sucia de arañas, miseria, escuerzos y quejidos.

–Freya: hablemos de otra cosa –rogó «Longines».

–¿Por qué? ¿No los maldije así la misma noche del robo, cuando usted fue a consolarme? ¿Acaso no son ellos? Infames. Perros.

La interrumpió en seco la tos persistente de Karen. Acudió presurosa.

–Debo irme. No dejen de venir a visitarme –continuó hablando desde el automóvil–. Recuerden: Hotel de Villa García, un poco más adelante de Carlos Paz. Necesito hablar detenidamente con ustedes. Sé que vendrán. Es preciso que me ayuden a vengarme de Jaroslav y el francés.

Fue una despedida confusa y rápida. Las manos y los adioses se confundieron con las explosiones del escape. Sin atarse. El pique violento los dejó con las manos extendidas. «Longines» y «Katanga» se miraron interrogativamente silenciosos. Divisaron por última vez el auto retumbando entre las breñas. Y entreabriendo los labios, bajaron, al fin, los brazos.

En la glorieta los esperaba la ansiedad de «Aparicio» y «Dijunto». Sin embargo, de primera intención, no atinaron a decir nada. La entrevista crispada de maldiciones, cifras y ternura les había dejado una sensación rara. Sin concierto previo, ambos sacudieron la cabeza y, después, el saco, por debajo de las solapas. Coincidían subconscientemente en la urgencia de desmoronar algo. El virus de algo misterioso y trascendente, que notaban dentro y fuera de sí. Para complacer la expectativa, intentaron explayarse:

–Estamos absolutamente a salvo. Pero...

–En concreto: nada de particular. Pero...

«Aparicio» regañó:

–¿Cómo es eso? Estamos a salvo (pero...); no hay nada de particular (pero...). Déjense de peros y vamos al grano.

Costó mucho explicarles. Freya no sospechaba ni remotamente que «Longines» hubiese planeado el despojo. Ni que ellos usufructuaran los millones de andanzas, simulaciones y bajezas que implica juntar sesenta y tres mil pesos mendigando. Jamás serían descubiertos. Podían estar seguros. Pero... Y se les trancaba la garganta.

–¿Hasta cuándo con los peros?

«Katanga» hizo un gran esfuerzo:

–Le sobra razón. Lo que hay es que yo creo en las maldiciones más que en las amenazas; en la efectividad de los presagios más que en la venganza. Y la vieja Freya nos ha atontado a maldiciones.

–No contra nosotros –corrigió «Longines»–. Hay que señalar bien las cosas. Freya vomita maldiciones contra «Fortunato» y «Lon Chaney», a quienes considera instigador y ejecutor del robo. Y las maldiciones ya se están cumpliendo: «Lon Chaney»... que en paz descanse. Y «Fortunato»... enfermo de cuidado.

Como iluminados por un presentimiento, cortaron la conversación. Hiato mustio. Compás acerbo. Y de improviso golpearon las manos al unísono. Vino el dueño. Pagaron de igual modo, superponiendo gestos y ademanes inútiles. Los acuciaba una prisa secreta. Para mayor certidumbre preguntaron el horario del último tren.

–No hay tren, ya.

–¡Cómo! ¿No pasa después del último cochemotor?

–No. Al revés. Ahí va el último cochemotor.

Mudos, lóbregos de resignación, parecían aterrorizados en la fatalidad.

La galería del restaurante se fue poblando de personal de la cuadrilla de obras públicas. Armadas las ineludibles partidas de truco y tute, «Aparicio» y «Dijunto» sintieron la atracción del bullicio. So pretexto de buscar hospedaje y hacer preparar la cena, se disponían a abandonar la glorieta. De pie, para confesar su propósito, los detuvo la persistencia del aplastamiento de «Katanga» y «Longines». Al descubrirlos así, como dos fantasmas tristes sumidos en las sombras del crepúsculo, tuvieron un instante de hesitación y lástima. Pero midieron la demasía y cada uno increpó:

–Parece mentira. Déjense de aspamentos.

–Da grima ver personas como vosotros, que razonáis todo, afligirse por los dicharachos de una bruja.

Entre el jolgorio circundante ajustaron lo necesario. Había comodidades. Pasarían la noche, campantemente, en las sierras. Y al día siguiente, a las ocho, como si tal cosa, en Córdoba. ¿Para qué preocuparse?

«Dijunto» corrió a la glorieta a transmitirles lo tratado, cierto de merecer su beneplácito y de alejar la penuria borrosa que les abrumaba.

No estaban.

No se alarmó. Pensó en alguna necesidad fisiológica. Y escrutando a diestra y siniestra retornó al lado de «Aparicio», ya con «piernas» para una jugada de tute, por el aperitivo.

La noche era pura y andar una acción purificante. Nada ofendía la pulcritud profunda del cielo, a no ser la grave dignidad de las estrellas. La noche era un templo y ellos dos cariátides movibles. Iban dialogando. El gesto menos adusto. Depurándose. La corrección de sus movimientos ritmaba con la armonía sideral. Sentían el encanto de ser dos vidas mínimas gigantizadas en la inmensidad estática de la noche. La línea confluyente o huidiza de los cerros se avenía al arabesco intelectual de sus palabras. Y la línea ideográfica de los abismos a sus silencios interiores. Pronto comenzaron a callar. A ser estatuas clásicas. Vencía la dialéctica enorme de la piedra. Sus esbeltas alegorías. Sus toboganes panteístas. Sus abstrusidades filosóficas. Opacos, sin resonancia, se inmovilizaron sobre el plinto de una roca. Quedaron así largos momentos. Más estatuas que nunca. Embebidos en la majestad inédita de no ser más que estructuras. Y llegaron al olvido total, absortos en la tarea límpida de la contemplación.

De repente, surgiendo de las breñas, avanzó una mole de tamaño humano. ¿Vital nudo de piedra o pétreo nudo de carne? No discernieron bien. La obscuridad apretaba el tejido de su manto. Un vozarrón bronco perforó la noche, como un trabucazo:

–¿Qué hacen ahí? La calma es mía. El paisaje es mío. ¡Afuera! ¡Afuera! Turistas...

–Bien. No se irrite. Nos vamos ya.

–Pero sepa que si la calma es suya, la noche es de todos.

–¡Afuera, he dicho! Rápido. No quiero que ningún romanticismo corrompa mis montañas.

–Turistas... Romanticismo... ¡Déjese de joder! Aquí no hay ningún turista ni ningún romántico. Somos tan dignos como usted. Y respetamos la soledad mejor que usted –lo increpó «Katanga», con frases talladas a golpes de rabia.

–¡Ah! –balbuceó.

Fue como una credencial. Acercándose, el vozarrón perdió su tono hostil:

–Dispensen. Hagan su gusto. He confundido.

«Longines» creyó prudente explicar.

–Yo soy suizo y sé lo que son montañas. He pasado muchas vacaciones a las orillas del lago Thun, en villorrios perdidos entre bosques de abetos y aludes de nieve. Conozco la dimensión del hombre en la inmensidad. La he medido ante el Jungfrau y el San Gotardo; y después, ante el Tronador y el Osorno. Ya en horas tétricas de ventisca y hambre; ya en horas benignas de confort y calma. Nunca pasó de ser un átomo miserable. Una partícula alucinada. Aquí, en las sierras de Córdoba, no me sentí jamás insignificante. Al contrario. Se impusieron mis ínfulas. Holladas durante varias semanas, me cansó su cromatismo pobre, su vegetación raquítica y la progresión de arcos de medio punto que repiten los cerros. Confieso que estaba fastidiado por la curva sensual predominante. Colinas en forma de senos y ubres, de ancas de percherón y nalgas voluptuosas... Confieso que el sol y la mica, los flancos resecos y los caminos polvorosos, de la zona peinada de Punilla o de la zona chúcara de Calamuchita, mortificaron mi retina en vez de ilusionarla... Pero me rectifico. Hoy, recién, acabo de sorprender su mérito. Acabo de conocer lo grandioso que hay en ella. ¡La noche! ¡Su gala nocturna! ¡La imponente belleza de su nocturnidad!

El vozarrón corrió hacia ellos trepidando entre los riscos.

–¡Colosal! ¡Muy bien! Quiero conocerlos. Ya me pareció que no eran contrabandistas del paisaje. ¿Quiénes son ustedes? ¡Yo soy el dedo que hurga el vientre de la noche!

–¡El Chiflado! –silabeó «Katanga».

–Pues... nosotros... mendigos. Mendigos profesionales en vacaciones.

La superficie del lago era un diamante negro, no agua nutricia. Búcaro el recipiente de la montaña. Y la solemnidad de la hora la correspondencia plenaria del éxtasis del cielo.

Dirigiéndose al restaurante pudieron filiarlo. Era un hombre hermoso, de perfil cesáreo, perfectamente rasurado. Ancho de espaldas, doblado por la altura y los años, su traje burdo y amplio revelaba un singular esmero.

–Simpatizo con ustedes porque han descubierto lo que yo he descubierto. ¡La noche! Vivir de día es un ahogo. La morrala dominguera de los picniquistas y la invasión cotidiana de turistas arrasan con todo. ¡Alimañas! ¡Acridios! Tienen una curiosidad dañina, no apego por la naturaleza. Usurpan, no contemplan... Lo asiste a usted la razón. Estas montañas son hembras: echadas y redondas. Por eso se aman de noche. Los Alpes y los Andes son machos; abruptos y empinados. Por eso se tratan y admiran de día. Yo vivo de noche, en coloquio sin fin, desde nueve años atrás. Todos los que amamos estas montañas femeninas somos habitantes tristes. Ya verán. El montañés de Córdoba no canta, no ríe, no baila. La cueca, la zardana y la tarantela; las canciones de Baviera, Lombardía y el Tirol; los trajes suizos, balcánicos y provenzales revelan pueblos de espíritu ágil y fresco. Exentos de la lacra del amor, que echa a perder todas las cosas. ¡Pueblos libres! Con una ingenuidad que ensambla en el encanto del paisaje, y empuja a vivir plenamente en mañanas de leche y tardes de miel. Aquí... ¿No han sufrido la sensación de abandono, de inacabado, de melancolía que abruma a las sierras de día? ¡Es algo tremendo! Aquí no hay nada recio, erecto, bizarro. Todo angustia, enerva, descorazona. Si no fuera el brincar de las cabras y los arroyos; si no fuera el galopar de las nubes y los potros, las sierras serían la imagen de la muerte. ¡Ah, pero la noche! ¡La pompa sublime de la noche! ¡Yo soy el dedo que hurga el vientre de la noche!

Llegaron al restaurante.

Al verlos junto con «El Chiflado» dialogando naturalmente, el dueño se alegró mucho. Profesábale esa simpatía protectora

que los bribones que se presumen cuerdos dispensan a los hombres cultos que se reputan locos. Simpatía lacerante. El mote probaba reversiblemente la ignorancia y estulticia de quienes lo calificaban así.

«Katanga» y «Longines» lo advirtieron de entrada. Y lo vindicaron otorgándole la confianza y la intimidad de un largo afecto.

Pasaron de tal suerte una hora espléndida de sutiles experiencias a su lado. Conocieron por él mismo la causa de su aislamiento: una tragedia de amor que impuso la catarsis de la soledad y el silencio. Y por otros parroquianos –que exacerbaron su modestia– que pertenecía a la aristocracia de Buenos Aires; que había sido escultor de fama y que su rancho era un primor de comodidades, logradas con elementos rústicos.

Lo instaron sobremanera para que cenara con ellos.

–Imposible. Mi regla lo prohíbe. No acepto ni doy. Menos con ustedes: ¡sería compartir la limosna!

–¿Y qué, le molesta?

–¡Claro que sí! –martilló transfigurándose de enojo–. ¡En toda benevolencia hay una sátira mortal!

Algo raro operábase en él. Su rostro se descompuso en rictus. Sus ojos pendularon de uno a otro de los invitantes. La egofilia, lacónica y solitaria, parecía compulsar sus fuerzas para repeler la afrenta. Recapacitó bajando la cabeza. Breves segundos. Y de repente, convulsivamente, atacó:

–La caridad es la forma vergonzante que tienen los ricos para reconocer la justicia de los pobres. Yo estoy exento del virus de la miseria y de la opulencia. Las odio por igual. No necesito la justicia de nadie. Ni menos su caridad, que es la mayoría de las veces trasunto de exasperados remordimientos. *(Salpicó de baba a los más próximos.)* Caridad implica siempre supremacía. Dan los que colmaron la medida exorbitante de sus deseos o los que, sin tenerlos, se abandonan a locos frenesíes de burla. Si la caridad fuera renunciamiento, las limosnas no lesionarían la dignidad humana. Pero quien las hace, goza el orgullo maligno de la superioridad, o sea una tara moral tan execrable como la que lo indujo a engrandecerse a base

del dolor ajeno. *(Salivó a diestra y siniestra.)* La caridad será abolida en un futuro cercano, pues los dogmas no coexistirán. Hasta la misma filantropía se resentirá por el equilibrio de las vidas. El amor al prójimo será vetado por el imperio de la equidad. Dar no significa nada. La beneficencia no se engalana ya con los quilates de otrora. Ser magnánimo es un vicio. Vicio de ricos, como el éter o la morfina. Y la caridad un morbo que reacciona solamente con teatrales inyecciones de vanidad. *(Escupió ahogado de fastidio.)* Es obvio que desapareciendo esta seudavirtud no habrá mendigos. Y menos mendigos de la estofa profesional de ustedes, que especula y explota la sospechosa susceptibilidad de quienes dan. *(Tosió explosivamente.)* La mendicidad es una estafa colectiva, más que un mal social. Un ardid que arranca a los corazones el óbolo de la piedad, golpeando en ellos la obstinación de sus falsos clamores. Así se vuelve opulento y escarnece su propia miseria. Y así aleja de los hombres la solidaridad que debiera hallarse por doquiera, para esplender la justicia auténtica, ya que todos arribamos al mundo con la misma aureola de derechos. *(Carraspeó lleno de náuseas.)* No es necesario ser clarividente. La supresión de la caridad será un hecho en la humanidad del porvenir. Y ustedes, viles corsarios del sentimiento, las piedras negras, musgosas, donde resbaló la bondad primaria de los hombres. *(Gargajeó con estrépito y entre el estrépito huyó.)*

Quedaron turulatos.

Después de unos minutos, despejados los malos humos de la diatriba, comentaron:

–No sé qué pudo afectarle que le invitáramos a cenar. –Y aunque le afectara, semejante sermón al divino pedo.

El dueño y otros parroquianos intercedieron bonachonamente:

–No hagan caso; a todos trata así. –Se arrebata por cualquier macana. –Yo les dije que era chiflado... «Aparicio» finiquitó la escena:

–¿Chiflado? *Altro* que chiflado. ¡Un loco de mierda!

....

CÓRDOBA:

A las siete y veintidós subieron al cochemotor.

Habían dormido mal.

La mañana introducía sus nieblas al recinto. Y como ellos también habían amanecido brumosos, el sol y el humor herían foscamente sus ojos.

No se acordaban casi de Freya Bolitho. Ni de sus maldiciones a «Lon Chaney» y «Fortunato». La monserga del «Chiflado» percutía bajo la piel de los rostros. Y la repujaba con su oprobio.

Es difícil apearse de sí mismo cuando el enojo se encabrita.

«Aparicio» quería reírse de sus propios absurdos, para aventar los ajenos y animar al corrillo. Pero no supo cómo. Compró *La Nación*. La abrió como se abre una ventana al mundo. Se asomó. Y contando con «Dijunto», tomó un pretexto cualquiera para debobinar el interés de una charla. No tuvo éxito. Ni «Katanga» ni «Longines» descabalgaron de su ensimismamiento.

–Diarios, revistas, lotería de Córdoba –volvió a pregonar el vendedor.

Compró un billete entero. Sabía que «Longines» gruñía contra el azar. Lo hizo palmariamente a propósito. Para provocarlo. La rabieta lo distraería. Pero no mordió...

Cambiando el rumbo, preguntó a «Katanga»:

–¿Qué te parece el 21.147? ¿Te fijás la cábula? Veintiuno, catorce, siete.

–¿Qué me va a parecer? A lo menos, si perdés, te consolarás. Cábalas y martingalas sirven para eso...

–Yo no busco consuelos –proclamó avivando la llama del diálogo–. Soy tan leal conmigo mismo que compro billetes de lotería nada más que para tener el derecho de putear si no saco nada; ¡porque hay muchos que putean sin jugar!

Sonrió.

Sonrieron todos.

La ganzúa había dado resultado.

–Es mejor así. ¿Qué ganan con fastidiarse por meras palabras de una vieja de mal agüero y de un loco de remate? Estamos muy por encima de ellas. Si fueran sopapos, todavía...

–Sí, *Monsieur de la Palisse:* entre palabras y sopapos hay que preferir las palabras.

«Longines» participó entonces:

–Nada de *Monsieur de la Palisse: ¡Monsieur de la Paliza!* «Aparicio» habla por experiencia. ¿No se acuerdan del vapuleo del Comisario de Amboy y del juez de La Cruz?

–*Monsieur de la Police,* entonces...

–Sí, desquítense ahora conmigo. Saquen rafa, nomás. Todavía voy a contratar al «Chiflado» para que aprendan a respetar a la gente.

«Katanga» se abismó breves segundos y manifestó:

–No voy a incurrir en la estolidez común de decir: «Estoy por encima de todo vilipendio», por la sencilla razón que no estoy por encima de nada ni de nadie, sino muy distante de todo...

–En apariencia.

–Pero hay que reconocer que «El Chiflado» es un tipo de clase. Su sermón no fue al divino pedo, como dije para despistar, sino un ataque certeramente dirigido. ¡También usted, confesarle que éramos mendigos profesionales!

–¿Qué podía contestarle a un fulano que proclama ser el dedo que hurga el vientre de la noche?

–¿El dedo que hurga el vientre de la noche?

–Sí, «Dijunto»; un dedo devastador de estrellas-ladillas...

El uruguayo radiaba de contento. Había logrado revolver la inquietud. Empero, la charla no era lo suficientemente franca. Con más perspicacia se hubiera dado cuenta. La reticencia de «Katanga» coincidía con las frases incidentales de «Longines». Simples concesiones a la amistad.

En efecto. La sátira de agudeza vitriólica del «Chiflado» quemaba aún su intimidad. Ellos, que habían escuchado las anatemas de Freya contra «Fortunato», debieron oír todavía la admonición contra la limosna, que era el gran baluarte de Jaroslav. Todos los hados parecían adversos contra él. Pensaron en su enfermedad. Y pensando en ella, se entenebrecieron;

pues los presagios y maldiciones son virus aéreos que minan la fortaleza de los hombres.

Se prolongó una pausa cavilosa y mustia.

El cochemotor partió de Dumesnil, como un bólido, en busca del sol. Tapado por densos nubarrones, sólo halló los parques del Kilómetro 16 velados de bruma gris y polvo de cemento.

«Aparicio» constató recién su derrota. Y se tornó triste, por contagio.

–Boletos: Córdoba.

El anuncio del guarda los dislocó. Cada cual tuvo la preocupación que agita a los pasajeros en la inminencia de la meta.

Recapitulando «Katanga» resumió trece kilómetros de silencio en algunos metros de picardía:

–Entre tantas cosas penosas, esta gira ha tenido para mí algo agradable: saber que «Longines» se llama Edmo Kumck.

–¡Edmo Kumck!

–¡Edmo Kumck!

–Sí: Edmo Kumck. ¿Qué hay de particular?

–Nada de particular. A no ser que Edmo Kumck era el *amigo amistosísimo* de Freya Bolitho... Que Edmo Kumck forjó el plan para desvalijarla *amigablemente* de la mayor parte de su fortuna... Que la bondad *amical* de Edmo Kumck fue tan fina en el atraco que, el accidente ficticio de llevar por delante al chico que la acompañaba mientras cruzaba la calle, despertó en la amiga el instinto primario, específico de toda mujer, de amparar a la criatura en desgracia... Que sólo provocando una coyuntura de esa índole había posibilidad de que Freya soltara –aunque leves segundos– el pan-alcancía: objetivo *amigable de* Edmo Kumck... Que verificando matemáticamente el atraco-accidente-de-tráfico, lo admirable, por su diplomacia y sutileza, fue la *conducta amistosa* que, nosotros ignorábamos, gastó Edmo Kumck con Freya Bolitho... Supe ayer que fueron tantos sus consuelos que la víctima aceptó la fatalidad del robo y resignó su llanto en la *amistad* de Edmo Kumck...

«Longines» contemplaba a «Katanga» con ufanía, desde la celda más recóndita del ser.

Entusiasmado, «Aparicio» lo palmeó vigorosamente:

–No conocía esos detalles. ¡Una obra maestra de relojería! Cuando se es desleal por el ideal es que la bondad raya en el sacrificio supremo. ¡Qué estupendo canalla había sido usted! «Longines» se ruborizó:

–Nada de eso. Edmo Kumck no hizo otra cosa que cobrar los honorarios de su bondad. No es un estupendo canalla. ¡Es un tierno canalla!

•

Bajaban del taxi, cuando desembocaron en la esquina sur «Rescoldo» y «Fenicio», a todo correr.

No habían pagado aún y ya estaban enterados de la terrible noticia:

–Los esperábamos. Mejor dicho los espera. ¡El pobre viejo se va! Tal vez no los reconozca ya. Ayer, ni bien ustedes salieron, empeoró como a propósito. Bronconeumonía. Forma maligna. Agarrada a destiempo. Me di cuenta enseguida. Traje dos médicos jefes de Sala del Hospital de Clínicas. Confirmaron mi diagnóstico. Fatal. Temperatura elevada. Pulso rápido. Respiración jadeante. Piel cianótica. ¡No hay nada que hacer!

Más que parados parecían paralizados de estupor.

–Entren. Casualmente fui por unas inyecciones a la farmacia del Hospital. Entren. Se las daré ni bien termine el Cura.

–¡El Cura! –clamó «Longines»–. ¡Si era protestante!

–¡Bagatelas! No hagamos cuestión ahora.

Cruzaron resueltamente el patio. La puerta entornada abatió sus impulsos. Cuatro suspiros se deslizaron a la pieza.

La escena solemne de ungir al enfermo, sudoroso, inmóvil, les llenó de lágrimas. Y el corazón de pena. Hubieran querido desatar sus sentimientos. Rodear la cabecera. Hacerse escuchar por «Fortunato». Pero el sacramento los cohibía. La constricción transformó el sollozo en grima. El sacerdote, orando ceremoniosamente, robaba instantes que les pertenecían. La grima fue convirtiéndose en odio. Estaban a punto de estallar.

Suspiraron a fondo.

El aceite de oliva bendito –el *oleo laetitia* que infunde la misericordia de Dios– humedecía ya sus párpados, sus labios, su frente.

Se aproximaron reptantes, ávidos.

Era profundo el recogimiento.

Entre estertores cavernosos e inspiración sibilante, cayó dulcemente la frase ritual de la extremaunción:

–*Per istam sanctam unctionem indulgeat tibi Dominus quid quid delinquisti. Amen.*

La emoción los ahogaba. No pudieron soportar más. Y antes de cerrarse la cruz en el aire, cuatro voces unánimes prorrumpieron:

–¡¡¡JAROSLAV!!!

El Cura giró el busto con inquina. ¡Semejante escándalo! ¡Habían desgarrado la beatitud del acto!

En su desesperada efusión al compañero, los cuatro gemían y actuaban atropelladamente. «Katanga» borró la unción con paños sedantes de agua de laurel-cerezo. «Dijunto» daba fricciones de benjuí. «Aparicio» husmeaba un frasco balsámico de tolú. Había un afán morboso de hacer algo, cualquier cosa, para atajar la corriente de la muerte. Fue entonces cuando «Longines» retiró el crucifijo colocado entre sus dedos. Y en medio de la estupefacción general, colectando las chirolas de sus bolsillos, las puso tembloroso en la palma derecha del moribundo.

–¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio! –musitaron el sacerdote y la dueña de la pensión.

¡Pero las monedas obraron el milagro! Y hubo otras cuatro voces unánimes:

–¡¡¡JAROSLAV!!!

Ansioso, agitado, «Fortunato» movía la cabeza.

Descubrió, uno a uno, a sus camaradas.

Sereno ya, hubo en su rostro la ufanía de una gratitud inefable.

Quiso despedirse. Esbozó el esfuerzo. ¡Y cayeron de sus manos los discos de níquel!

La música de las monedas llenó de embeleso su postración. «Longines» se arrojó al suelo. Las juntó alocado. Y haciéndolas

tintinear frenéticamente, las puso otra vez en su mano. El contacto sublimó la postrer sonrisa. Levantó las pupilas hacia el amigo.

Quedaron fijas un momento.

Y derivaron definitivamente hacia la muerte en la más patética seña del as de espadas que vieron los ojos de «Aparicio».

«Viejo Amor» llamó a «Patay», «Fenicio» y «Rescoldo»:

–Hágannos un gran favor. Encárguense ustedes de los trámites necesarios. Nuestro estado de ánimo no nos lo permite. Aquí tienen trescientos pesos para anotar la defunción en el Registro Civil y para obtener un nicho a perpetuidad. Contraten la capilla mortuoria y las exequias para mañana. Inviertan lo que sea. Queremos un entierro decente. Pocos coches. De paso compren en la despensa licores y vituallas para el velorio. Si falta dinero, que manden la factura.

Había resuelto no consultar a los demás. Adrede. Conocía por anticipado su negativa a cualquier aparato fúnebre, a cualquier acto que enfatuara la humildad de la muerte. Y preguntando el efecto de devoción cristiana que causaría a «la niña Visi» para congraciarse con ella, prescindió de sus camaradas.

No le despertó ningún escrúpulo hacer evolucionar sentimientos egoístas sobre el cadáver de «Fortunato». ¿No había accedido a la extremaunción para bienquistarse ante sus ojos? ¿Por qué iba a retroceder ahora, suprimiendo la costumbre del velorio y del responso? El amorío, que nació bajo signos propicios, y engordaba notoriamente con el regalo de masas, confituras y platos especiales, se consolidaría así. En verdad le importaban un ardite las ceremonias. Buscaba tan sólo testimoniar sus respetos a las arraigadas convicciones católicas de «la niña Visi», como él mismo –adhiriéndose a la orden impuesta a la servidumbre– acabó por llamar a Doña Visitación.

Cuando llegaron los empleados de la funeraria con el cajón y los abalorios de la capilla ardiente, ambos se hallaban en la sala. Los vieron pasar como si tal cosa. Tomaban mate, parloteando de continuo, *vis á vis*. Y mientras las manos audaces de «Viejo Amor» provocaban remilgos y arrumacos, las bocas reían atascadas de capias, arrope y colaciones.

Son golosos de dulces y *patisserie* casi todos los que no abastecen sus deseos sexuales. Las muchachas casaderas, las solteronas, las monjas, se atragantan de bombones, budines, pasteles y otros sustitutivos. La gula de las beatas, la angurria de sacristanes y chupacirios, la bulimia de cartujos y mercedarios son proverbiales. La fama reposteril y destilera que ostentan como productores de masas, postres y licores, más que fama es el coeficiente del apetito carnal postergado en la avidez, el onanismo y la perversión. Es empalagosa, pero cierta, la conexión profunda del almíbar y el sexo.

Mordía la mitad de una yema de coco, partida por los dientes de ella, cuando resonó en el patio un grito perentorio:

–¡«Viejo Amor»!

Reconoció la voz de «Longines». Y sin moverse, siguió paladeando la delicia de su mano y el comentario de su boca:

–¡«Viejo Amor»! ¡Cómo me gusta su apodo! ¡Dios quiera que nuestro amor sea viejo en poco tiempo! Porque...

«Un *viejo amor* no se olvida ni se deja.
Un *viejo amor* de nuestra alma si se aleja
No nos dice nunca adiós».

Otro grito repitió el llamado, tercamente:

–¡«Viejo Amor»!

Gentil, haciendo cumplidos a la dama –que seguía tarareando la canción–, se incorporó. Y pidiéndole mil disculpas, hizo mutis con una cachaza que parecía dilatar el arrobo de su compañía.

Habían avanzado en el patio. A boca de jarro lo apabullaron con su reproche.

–¿Qué farsa es ésta? ¿Quién te ha autorizado a semejante escarnio?

–Tú conoces la norma. ¿Por qué entonces?...

–No es justo que ultrajes la paz de «Fortunato» ni afrentes la voluntad de todos.

–¿Acaso «Lon Chaney» tuvo tantas pompas?

–No hay que gastar el dinero en estupideces.

–Ni establecer diferencias.

–Eso aparte de que Jaroslav no era católico. ¿Por qué admitiste el Cura que torturó su agonía?

–Debiste imponer el criterio gen...

–¡Basta! Atiendan. ¡Yo nunca impongo nada! Nunca he impuesto nada. Menos ahora.

–Entonces, ¿por qué frailes... velorios... sacramentos?... –preguntó «Longines» interpretando el pensamiento unánime.

«Viejo Amor» ladeó la cabeza. Meduló cínicamente la respuesta. Pero la respuesta no fue emitida. Apenas un pliegue ufano en la comisura...

Todos comprendieron.

El suizo dibujó una mueca de reniego:

–Esto descarrila. Adiós viaje de turismo al ideal de los demás...

«Aparicio» hinchado de sorna, chascó la lengua. Y remató:

–¡Habrá sonso grandote! ¡Venir a embicar aquí un tipo como vos! ¿No te basta mostrar el sarcófago y los amuletos para lograr de ella lo que quieras? ¡Es ridículo! No hay derecho que ella te monte a vos y nos dome a nosotros. No hay derecho que los coqueteos de una vieja pécora...

–¡Silencio! ¡No permito!

–... corte nuestro itinerario. No hay de...

–¡Te callás o no respondo! La niña Visi y yo...

La emoción lo trancó en una pausa pudorosa.

–Doña Visitación y vos, ¿qué?

–... vamos a casarnos.

–¡¡¡...............!!!

Quedaron boquiabiertos, los brazos caídos. Desmoronados mentalmente. Con el escombro de mil ilusiones a los pies.

Oyendo los gemidos de la disciplina y la solidaridad –dos perras fieles– desnucadas por el desastre.

Estaban en pleno raptus de asombro cuando salió de la sala la dueña de la pensión.

El silencio gravitaba como un sol de plomo, en su decepción atormentada de bochorno y en el bochorno de la siesta cargada de nubarrones.

Pasando Doña Visitación delante de ellos, «Viejo Amor» dirigió los ojos amenazantes hacia «Longines» y «Aparicio», más que en desafío, en previsión a cualquier exabrupto. Ella sintió la custodia de su mirada. ¡Era suyo ya! ¡Cuando el varón vigila!... Infló el garbo. Y prosiguió pavoneándose como una matrona.

–No temas. No haremos ninguna escena.

–No la consentiría, tampoco.

–Esto se ha acabado. Mañana, pasado o cualquier día de éstos, arreglaremos.

–Cuando quiera. Tenga, por lo pronto, esta carta de «Fortunato», para usted.

Nunca la faz de «Katanga» se ensombreció de tal manera.

La consternación por la muerte del amigo se complicaba con la emoción abrupta de la reyerta. Si la agonía achica el alma con la dimensión obscura del más allá, la discordia la triza con su pasión rampante. No atinó a decir, ni a hacer nada. Inhibido. Trémulo.

La calma volvió a romperse agresivamente.

–Nosotros no estaremos en el velorio.

–Hagan lo que les plazca.

La fobia recíproca violaba ya los límites de lo correcto. El plural de «Longines» involucró a «Katanga» en una conducta indigna. Le dolió melancólicamente la inclusión. Y obligado por el cariño al pobre Jaroslav, insinuó:

–No hay que ser irreductible. Todo puede solucionarse. ¡Hoy más que nunca! Ante el cadáver del camarada, cualquier entredicho debe ceder. Unirnos en paz. ¡No juguemos sobre el tapete de la muerte!

Hubo un consenso amargo de rabia sofocada.

«Viejo Amor» se retiró con cierta altanería. Se juntó con «la niña Visi», que salía del cuarto de costura. Y amartelados, ingenuizados, se entretuvieron charlando.

–Sí. No debemos manchar la paz de Jaroslav. Iré al velorio. Después...

«Aparicio» llevó a «Longines» y «Dijunto» a la pieza mortuoria:

–No se preocupe. Déjelo. Nadie abdica de su idiotez. Ya las pagará todas juntas. Esa mujer será nuestra venganza... ¿Vos no venís?

–Ya voy.

«Katanga» se demoró deliberadamente.

La comprensión había disipado de una parte la crueldad lacerante de los conceptos proferidos. Su deber era borrar de la otra la insidia de su actitud imperativa. Conciliar. Apaciguar. ¡Pues ya no era posible solucionar!

Mirándolos casi paternalmente, extendió su simpatía hacia «los novios». Ni más ni menos: dos adolescentes. Pescó en el acto la metamorfosis. El amor rejuvenece amplificando la conciencia del yo y exaltando las potencias de la carne. ¡Cómo recriminar esa virtud! ¡Nunca! Lo que corresponde es vituperar las «ideas» que van en pos de nuestros prejuicios. Jamás los avatares que subliman los coloquios del amor.

Estimulado por un leve mohín de «la niña Visi», «Katanga» se encaminó hacia ellos. Acercándose, notó un fenómeno extraño en sí mismo. A cada paso su personalidad menguaba. Era el mismo hombre pulido, inmutable, proporcionado, pero reducido a un tamaño cada vez menor. Delante de ellos, el contraste lo conturbó. ¿Es que los fluidos del amor gigantizan a los amantes? ¿O es que efectivamente estaban fofos de ternura, rellenos de golosinas? No pudo explicarse la pequeñez de su presencia. Y ante los dos prometidos, gordos de caricias, obesos de felicidad, depuso sus palabras:

–Yo comprendo. El amor anida también en el corazón blindado de grasa de los obesos... Se equivocan los flacos cuando opinan lo contrario. En el bosque adiposo suele cantar, a la sombra de las nutridas células en flor, el jilguerito locuaz que nace de las miradas y vuela en los suspiros. *(Cruzó la imagen huraña de «Longines».)* Ver a un gordo en actitud ansiosa a la vera de la amada ha sido siempre motivo de irrisión. ¡Falsos conceptos de la vida! Muchos han creído en una incompatibilidad inexistente. Muchos se han regocijado contemplando lo que tildaron el éxtasis del tocino. ¡Falsos conceptos de las cosas! Midieron el peso del ridículo donde sólo había que juzgar lo ridículo del peso... *(Cruzó la imagen necia de «Aparicio».)* De ahí emana la nostalgia silenciosa y triste que los gordos esconden en su jocunda rotundidad. De ahí que se atormenten en el fastidio de la incomprensión. Y

que sean, en esa vulgar metáfora que es el mar de la vida, como simples boyas que marcan la ruta feliz de los demás. *(Cruzó la imagen enteca de «Dijunto».)* Yo sé que el amor también anida en el corazón blindado de grasa de los obesos... La dicha de la vida tiene, en su maciza corpulencia, un plinto sin igual. ¡No bajes nunca de él! Pero contempla con afecto a tus amigos, «Viejo Amor». No escatimes la bondad. Ya que en la muelle blandura de la amada hallarás la paz que buscara el poeta. Y podrás decirle como él: *«Ton corps est la tombe de ma volonté morte»*.

Cuando llegó la corona de flores llovía a cántaros.

«Rescoldo» la depositó ceremoniosamente sobre el ataúd.

Al principio no se dieron cuenta, porque cada uno de los cinco estaba cabizbajo o con las manos cubriéndose la cara. Mas, ni bien el perfume penetrante de jacintos y nardos se difundió por la pieza, la vista recíproca clavó esta incógnita:

–*¿Quién puede mandar flores a «Fortunato»?*

Estaban seguros del error:

–*¡Flores a Jaroslav!*

Uno tras otro, se pararon los cinco. Como a conjuro. Encubriendo la curiosidad con diversas artimañas: despabilar los velones, enderezar los candelabros, hablar con los estudiantes.

«Aparicio» fue el primero en descubrir la tarjeta:

VISITACIÓN GARCÍA BENGOLEA *Sincero pésame*

Demudado, chistó a sus camaradas. Entre un nimbo de rosas, la cartulina testimoniaba algo insospechado. Espontaneidad. Sentimiento. Fineza.

Fue un shock emotivo de onda repercusión cordial. Despuntaron muchas lágrimas. Si la flor es una idea perfumada,

la ofrenda de la corona simboliza un ciclo de pensamientos puros unidos por la fe del corazón.

Suspiraban para disimular la congoja, cuando «Viejo Amor» se inclinó para leer la tarjeta. Tocado también por la gentileza, alzó el rostro compungido. Iba a retirarse. Pero su compunción halló un asilo imprevisto. ¡Los brazos temblorosos de «Longines»! Y hubo una comunión de llantos en la entrañable comunidad de afectos.

La lluvia continuaba cayendo a chorros. Era uno de esos aguaceros proverbiales de víspera de carnaval, que malogran corsos y reuniones al aire libre.

A medianoche arribaron tres Practicantes y dos Enfermeros amigos. Traían puesta una máscara de pesadumbre. No por el luto de la caterva, sino por el fracaso del primer baile del Internado. El «programa» del velorio era para ellos un programa subsidiario. Por «Patay» y «Fenicio» sabían la cantidad y calidad de brebaje adquirido. Y con esa perspectiva, concurrían a expresar sus condolencias.

Venían empapados. «Rescoldo», friolento como siempre, tiritó al verlos. Les instó a sacarse el saco. Les alcanzó un frasco de ginebra Bols para entonar el cuerpo. Tonificado el primero, comentó:

–Che, riojano: lo que es vos debés estar contento. ¡Si llueve así en tus pagos!...

Sonrió nasalmente pensando con tristeza en lo contrario. Otros respondieron por él:

–No hay cuidado. Cuando Dios mea en otras partes en La Rioja se la sacude...

–Cuatro gotas. ¿Querés un tipo más seco que éste?

«Fenicio» presentó a los Practicantes como pichones de médicos, adjudicándoles una misión protocolar de pésame de los facultativos que atendieron a Jaroslav. Y a los Enfermeros como los empleados de la farmacia que tan bien se habían portado en los apuros de la enfermedad.

Hechos los cumplidos de rigor, el velorio devino tertulia.

«Katanga», entretenido con el santiagueño, fue el último en ser presentado. El grupo no le llamó la atención mayormen-

te. *En la apariencia,* todos los estudiantes de medicina son iguales. Lo sabía. Pero ignoraba que en *la realidad* son más iguales todavía. Y eso lo amargó; porque la unificación de las modalidades íntimas que crea el examen diario del dolor, en vez de elevar el nivel de la sabiduría, lo baja, ahogando en una medianía vocinglera y audaz los mejores anhelos de superación.

Uno de los Practicantes le produjo viva repulsión. Saludando a sus compañeros había advertido la manera peculiar de hacerlo. En vez de estrechar la mano naturalmente, alargaba la diestra con cautela, simulando el gesto de colocar una inyección. Al trabar conocimiento «Fenicio» agregó:

–Varela es empleado del Instituto de Sifilografía.

–¡Ah, claro! Ahora me explico.

–Se explica qué, «Katanga».

–El saludo del señor... Al dar la mano... Empujando el pulgar de la suya como si empujara el émbolo de una jeringa de Pravaz...

Era un maniático, a todas luces. Ni bien cambió con él algunas palabras, su iofobia, caracterizada por la obsesión de la sífilis, pugnó por infiltrarse a través de los resquicios banales de la charla. Son conocidas las estratagemas de la obsesión. La necesidad de comunicarla sin que el interlocutor lo note, desvía los tópicos, fuerza los conceptos y endereza el diálogo al interés exclusivo de su morbo. Tal cual. Logrado el propósito, su sonrisa enferma radió en la euforia:

–Sí, mercurializado amigo. La muerte de su camarada pudo evitarse con un tratamiento enérgico de solu-salvarsán. La sífilis está en todas partes. Trátese. Siendo alumno de cuarto año del Colegio Nacional, yo afilaba una pebeta que parecía una imagen de Murillo. Para conseguir lo que buscaba, le compré en una liquidación de Gath y Chaves un par de medias de esas que son una sombra leve sobre la pantorrilla. ¡Me costaron trescientos cincuenta pesos...

–¡Vaya una liquidación!

–... por el tratamiento anti-luético respectivo! No confíe en nada: ¡la sífilis está en todas partes! No hay más remedio: ¡terapia intramuscular! ¡Trátese!

La insistente alusión le pareció mal. Reprensible. Iba a retrucarle. Pero «Fenicio» le guiñó el ojo y optó por callar.

Apartados de él, supo por conducto suyo y de los Enfermeros muchas anécdotas de su nosomanía. Culto y alegre, su juventud se entenebrecía a menudo. El delirio científico lo exaltaba. Y preso de impulsiones mórbidas, despotricaba contra la lenidad del mundo ante el avance matemático, en progresión geométrica, de la avariosis. Su vesania intelectual hacía contrapunto, entonces, a las inquietudes del enfermo imaginario. Aconsejaba «tratarse» a quienquiera. Un compinche le increpó: –*Recibite de una vez. Ganarás mucha plata. Nadie con mejor derecho que vos puede instalar el «Sanatorio Luético EL BUEN TRATO»*... Copiando para la prensa un decreto del Director del Instituto, en lugar del consabido «comuníquese, transcríbase, etc.», los diarios pusieron de manifiesto su aberración más que la *gaffe: «comuníquese, trátese, etc.»*... Por lo demás, era autoritario y lleno de sutiles escrúpulos. Exagerando las precauciones conservadoras de la salud, puso en su gabinete, abierto al público, avisos que se hicieron famosos: «NO SEA INGENUO: USE FORMOL EN VEZ DE AGUA BENDITA, NEOSALVARSÁN EN VEZ DE PLEGARIAS». Intervino el arzobispo. Y tuvo que sepultar su celo enfrascándose en la delicia de su fichero de reacciones negativas de Kahn y Wasserman...

Don Rufo acababa de llegar.

La noticia del fallecimiento de «Fortunato» le había sorprendido momentos antes, después de una jornada insumida en la quinta de un amigo en las adyacencias de la capital. Su pésame y sus excusas tenían tantos quilates de fervor que «Longines» lo condujo al patio, juzgando irreverente la algarabía de los estudiantes como fondo sonoro a su afligida sinceridad.

Allí, recostados al muro, le explicó al detalle el proceso de la enfermedad. Y de paso, como una confidencia insólita, los amoríos de «Viejo Amor». Tuvo mucho agrado de ser explícito con él. A lo largo de la gira, Don Rufo encarnaba el carácter más semejante al suyo. Gustaba decirlo. Y se lo dijo esa oportunidad en homenaje a las efusiones cordiales que tradujo su condolencia.

La mutua franqueza los colmó de satisfacciones. Al suizo porque golpeó a su memoria la sabiduría de un consejo paterno: «*Entrega tu amistad tácitamente. Hazlo con seres que coincidan contigo de manera definitiva. Recuérdalo bien: los peores enemigos son aquellos que fueron amigos eventuales, que conocieron tus fallas, defectos y debilidades; porque irremisiblemente las explotará su canallería*». Y al criollo, porque nada halaga tanto su nobleza como la confianza que se deposita en ellos.

«Aparicio» y «Viejo Amor» se allegaron de improviso:

–Elija, Don Rufo.

–¿Cognac o guindado?

–Guindado.

La elección complació al oriental. Antes de que acabara de beberlo, le rebosó nuevamente el vaso.

–Epa, amigo, sujete. Me voy a mamar, entuavía.

–Para lo que vale la vida. Ya ve...

–A la verdad. Muchas veces m'he preguntao si no hacía una pavada gambeteándole al alcohol. ¡Toditos los borrachos son felices!...

–... cuando chupan –interrumpió «Longines»–. Frescos, no valen un comino. No se arrepienta, Don Rufo. La ebriedad es un modo engañoso de escaparse. El borracho no siente la vida. Y quien no siente la vida resbala hacia el vacío.

–Eso sostiene usted, porque nunca se ha pillado una tranca. Pero una tranca de vez en cuando es saludable. Aviva el fuego de la sangre. Agita el aire helado de la cabeza. Pone brasas y humo. ¡Amor! ¡Ilusión!

–Sandeces. Confundes. El goce no es la dicha... Será sed apagada. Deleite cumplido. Placer... ¡Pero el placer no es la felicidad! Por lo demás, todo inútil: ¡No se pueden conservar las brasas en tubos de celofán! ¡No se puede guardar el humo en las fiambreras!

La armonía difícilmente reconstruida por el dolor estuvo a punto de trizarse de nuevo. «Viejo Amor», algo achispado ya, pescó una alusión molesta en la réplica de «Longines».

Algo había de cierto.

Iba a contestarle, enfurruñado.

Pero se oyeron varias risotadas en la cámara mortuoria. Y previa libación del resto de cada vaso, paladeando el licor y la hilaridad, la nube se disipó.

Entraron.

Estaban todos en corro, charlando de los carnavales de antaño. ¡Viejos carnavales provincianos, olorosos de albahaca y agua de pomo... de huevos podridos y sudores del suburbio!

Los Enfermeros se hundieron treinta años atrás. Relatos vívidos de bacanales y chupandinas. Algarabías de costumbres que no volverán. Pintaban con gestos y palabras. Y achiquillados, seguían detrás –como otrora– las comparsas que describían.

Su voz se hizo untuosa de nostalgias:

–¿Te acordás de los reyes, condes, esclavos, escoberos, negros-viejos y toda la runfla abigarrada de colorinches, espejos y lentejuelas? ¿De los diablos sueltos y de los «locos unidos»? ¿De las peleas de «Los Negros Africanos» con «La Estrella de Oriente»? ¿De la rivalidad de las comparsas del Abrojal con las de la Bomba? ¿De los grupos corales de San Vicente y del Barrio de la Hilacha?

–¡Cómo no voy a acordarme! Meses enteros íbamos de noche, a la salida de la escuela, a las proximidades de El Degolladito, a un baldío rodeado de ranchos y sucuchos donde ensayaba la comparsa «Sol Brillante de Cuba»:

tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám
tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám.

»Era un plato, sobre todo en días de vísperas, como hoy, presenciar el ensayo general. El chusmaje se jugaba entero al preparar los respectivos disfraces. Sedas, terciopelos, pelucas, escarpines, cascabeles. Todo el chiniterío se citaba para dar los toques definitivos. ¡Había que ver a pobres pelafustanes, que andaban todo el año en alpargata y camiseta, soberbios con sus mantos de púrpura, ceremoniosos bajo atavíos cortesanos! Y meta candombe:

tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám
tam ta–rám tam–tam–tam–tam tara tam–tárn.

»La comparsa «Sol Brillante de Cuba» contaba con el mejor negro-viejo de Córdoba. Era el tiritador, el viejo poseído de la

tribu. Daba gusto verlo cuando el director del conjunto le ordenaba:

–*Tiritá, Lumbriz, que vai iegando al Palco le la Prensa.*

»Como si de repente lo atacara el chucho, el tétano y el baile de San Vito juntos, el tipo comenzaba a desvanecerse en una vibración continua y total, en un frenesí que ningún baile moderno reproduce. La cosa duraba. Excitado por la furia de los candombes y el martilleo de bujes pendientes:

tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám
tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám
tin ti–rín tin–tin–tin–tin tin tin–tín
tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám;

»y por la gritería de la turba adicta, el negro-viejo temblaba, sudaba, se crispaba y retorcía hasta que, desfallecido, lo agarraba el director para presentarlo a los cronistas con el orgullo del alienista exhibiendo un bicho raro del manicomio.

La bebida corría abundantemente.

Tomaban de todo, sin tino: ginebra, curaçao, cerveza, peppermint, cognac. Casi sin placer. Con brío de estudiantes pobres que no se verán en otra.

Varela, traspasado por la ingestión alcohólica, quedó con el busto endurecido pegado al respaldo de la silla. Tieso, igual que una momia, intervino en la conversación:

–Yo no me acuerdo de eso. Era muy pebete. Para mí el carnaval comienza con el auge de los bailes de disfraz. Mi primer blenorragia se incubó entonces. Desde esa fecha: mil novecientos quince, voy solamente para impresionarme viendo la cantidad de algodón que atasca los mingitorios. Y para calcular los alumbramientos de heredo-lúes que se producirán nueve meses después.

–Vos lo ves todo negro.

–¿Negro? Hace tres o cuatro meses vi un chico amarillo, deforme, despatarrado. Me hallaba en el servicio semanal de la Maternidad. Un caso magnífico.

–¿No era monstruoso?...

–Clínicamente. El obstetra interrogó a la parturienta: –*Dígame: ¿quién es el padre de su hijo? Hay que avisarle que ha muerto.*

La muchacha jadeando de gusto por la noticia, se largó a reír:

–*No sé, doutor. Fue pa los carnavales. Un mozo disfrazao de dominó...*

¡Ése es el carnaval que yo conozco! ¡El carnaval de los espiroquetas pálidos disfrazados de dominó!

–No me hables de dominós.

–Dominós, arlequines y pierrots echaron a perder una fiesta tan criolla como el carnaval.

–La agringaron.

–Incrustaron a Niza y Viareggio en la selva afroamericana.

–Exacto –intervino «Katanga»–. Exacto. En las islas del Caribe y en Brasil, en donde la resistencia ha sido más notoria, se percibe ya la descomposición de los valores autóctonos. No me consta lo que han sido aquí las viejas carnestolendas; pero cierta vez, en Pernambuco, vi la fuerza impetuosa y el frenesí alegre de los negros en el frenesí de sus danzas y desbordes. Su vocación por la pompa monárquica, por la espejería de blasones y estandartes de oropel, es algo que no comprendí directamente; pero sí por el absurdo del drama inmenso de su sufrimiento, al vencer el subconsciente con la realidad de la mascarada. Años después la decadencia era visible. La exuberancia del entusiasmo y de la indisciplina yacía reglamentada. Lo dionisíaco –el furor innato bullendo en la selva del instinto– era un remedo opaco. Constreñidos a la urbanidad, la energía del placer se había trocado en circunspección nostálgica de cuarterones y mestizos. Por lo que oigo, aquí no existe lo negro. Ha sido sumergido. Es sensible, en cierto modo. Entre la comparsa mulata, que reproduce una vez por año la corte del Negro Thyrión, de la Martinica, y la comparsa aristocrática que dilata su carnaval de punta a punta del año, la parodia es preferible. Por innocua, pintoresca y locuaz.

–Dice muy bien. Había que escuchar los himnos de los conjuntos, los coros pegajosos de tonada y los versos de cada cual, durante el cotejo de los concursos. Una delicia. Oigan este ejemplo:

Aquí viene este pobre esclavo
Que baila con mucho bombo,
Su padre murió en la cárcel
Y su madre en el quilombo.

Varias carcajadas asaltaron el relato:
–Edificante.
–Un *pedigree* macanudo.
–Pues sí, lindo linaje. Me recuerda la copla gitana:

Mi mare forforiyera
Mi pare esquila-perros:
¡Vaya una gente fulera!

Los Enfermeros hipaban de hilaridad. Borrachos de añoranzas y mescolanzas, no escucharon la cita de «Dijunto». Besuquearon la botella de anís que les pasó «Patay». Y fue más confuso el extravío en la batahola de congas y candombes que promovieron:
–Tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám.
–Adiós beias cordobesas
–Tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám
–Por delante y por detrás
–Tin ti–rín tin–tin–tin–tin tin tin–tín
–La comparsa se despide
–Hast'el otro carnaval.
–Tam ta–rám tam–tam–tam–tam tam tam–tám.
«Fenicio» trató de imponerse para hacer cesar la irreverencia. Tarea difícil. Los ebrios estaban tan imbuidos en sus roles, tan identificados a la objetividad de la memoria, que sólo el recurso de atosigarlos con alcohol pudo evitar nuevos cantos, bamboleos y contorsiones.
–Bien. Listos. Se acabó. Andando.
–Bueno... Ya vamos... Hip... No te enojés...
–Contá con nosotros para tu velorio...
Salieron, por fin. Trastabillando en el umbral. Resbalando en las baldosas flojas del patio.

Había un cielo puro, lavado, coruscante.

La calle parecía una trinchera, sucia de charcos y penumbra.

Desaparecieron.

Llevaban la luna de mochila.

Al alba sólo «Rescoldo», «Longines», Don Rufo y «Dijunto» estaban despiertos.

Hora agria, de aridez bíblica, en la cual se hiela el sueño y el ensueño. Hora de enigmas trasnochados, que se esfuman ni bien cunde el pánico del sol. Hora que roza los límites de la angustia y apronta la barca del día en las orillas de la carne. Hora agria, árida, angustiada.

«Aparicio», Varela y «Patay», los Practicantes, «Katanga» y «Viejo Amor» yacían diseminados por la pieza y el corredor en posturas absurdas, dormidos o adormilados en sillas y sillones.

Ellos comentaban los excesos habidos:

–¡Si así son los velorios, quien ha organizado éste debe sufrir una atrofia extravagante en el sentido moral! Prefiero mil veces la sequedad, el laconismo y la rapidez conque enterramos a «Lon Chaney».

–Cierto: se le jué la mano a los mozos...

–La mano y la vergüenza. Este descalabro no lo compone ni el Apóstol Santiago, que en paz descanse.

–Sé que lo sucedido no está bien. No voy a promulgarlo. Empero la culpa no es de ellos, sino de «Viejo Amor». ¡Miren que encomendarle el velorio a «Patay», que tiene la cabeza más vacía que un mandolín, y a «Fenicio», cuyo carácter es más bullanguero que una motocicleta!

Seguían molestos. La resonancia del escándalo percutía en sus entendimientos. Vencía las razones de «Rescoldo». Y erigía las llagas hirientes del sarcasmo.

El riojano propugnó de nuevo en defensa de sus compañeros. Siendo amigo íntimo de «Patay», sin que implicara una infidencia, cargó la romana en su contra... para justificar a «Fenicio», el principal culpable:

–No vale la pena enfadarse. ¡Estudiantes! Sinónimo de espíritus traviesos... Los santiagueños, sobre todo, poseen un gran poder imaginativo. Antiguos creadores de la sequía para favorecer los cultivos de secano, se han conceptuado siempre por una facundia que supera en sal a sus propias salinas. ¡Ese «Patay»! Yo no sé... Hay algo que los hace pródigos en iniciativas aberrantes. La sombra del mistol vernacular, las noches perfumadas de estrellas y poleo, la nostalgia del agua... Yo no sé. Lo cierto es que salen de vez en cuando con cada idea, que merecerían compilarse o inscribirse en doce tablas de quebracho para el futuro templo de la Eurindia...

«Longines», enfurruñado, replicó cuadradamente:

–Todo muy bien; pero la muerte, querido amigo, merece respeto.

–No discuto eso. Trato de imbuirle que un santiagueño de la catadura de «Patay» es la cosa más parecida a Pangloss que conozco. Habiendo chupandina «todo es para bien en el mejor de los mundos habitados». Hasta el irrespeto y la desconsideración. ¿Acaso no es nativo de Santiago del Estero, donde caen aerolitos de algarroba con tanta frecuencia como interventores? ¿Acaso no cabe a los aborígenes la gloria de haber inventado la chicha, la aloja, el bolanchao? Todo ello es ejecutoria que acredita un linaje de acción inigualable en el desenfreno.

Sañudo, clavando la nariz en su aliento, inquirió:

–Dígame: ¿usted está borracho, también?

–Los que conocen a los santiagueños a través de los tipos estilizados de Gramajo Gutiérrez o Gómez Cornet, están frescos. Y los que los suponen con el mismo ritmo indolente o pagano de los bailarines de Chazarreta, deliran. ¡Vean a «Patay»! En aquella provincia se vive con otros indumentos y se danzan zambas de whisky y carabanchel, que superan al progreso y al futuro.

Ya no era sólo el suizo. «Dijunto» y Don Rufo lo observaban con sorpresa. Tamañas incongruencias. Tamaños dislates... ¿Estaría, efectivamente, borracho?

–¿Que no? ¿Saben lo que se propusieron años atrás dos parientes de «Patay»: el Ingeniero Palmeyra y el Jefe de la Policía Coronel de la Zerda? Algo genialmente santiagueño. Algo que repugna al ancestralismo porcino del último. Algo que se remonta más allá de la altura patronímica del primero. ¡Nada menos que fomentar la aviación para cazar «cuatreros» en aeroplano!

El estupor llegó al colmo.

Deliberaron en secreto breves segundos. Acordaron que estaba loco en vez de borracho. La paciencia, que lo había escuchado con acrimonia, se tornó una paciencia benévola. ¡Era duro el contraste! Comprendieron: ¡«Fortunato»! Hasta hace poco el amigo sano que charlaba con él en la hora de la siesta. Ahora la sumisa flaccidez de su cadáver en la opresión de la caja de zinc. ¡Como para aturdir a cualquiera! Le suplicaron que fuera a acostarse. Palmeándolo persuasivamente, lo acompañaron hasta su pieza.

Pero «Rescoldo» rehízo el trayecto.

Desde el codo del zaguán atisbó lleno de alborozo el éxito de su estratagema.

Había envuelto a los circundantes en la malla de su taimería. Había desviado el reproche condigno a «Fenicio»... Y oyó a «Longines» comentar descorazonado:

–La vida es bella cuando la felicidad se equilibra en salud, honor y dicha. Pero las fuerzas del mundo pugnan siempre por romper ese equilibrio. Hay inescrutables contrapesos trágicos. Vean la prueba. ¡Pobre «Rescoldo»! Vean la carga de la fatalidad hundiéndolo en el abismo del desvarío. ¿Protestar con lágrimas? Vano empeño. Si con su riego germina mejor la pena, con el desconsuelo se apaga antes la reflexión. Nosotros debemos pensar. Pensar en la bondad de este muchacho, en la pureza de sus afanes, en el ejemplo de dolor que nos lega su conducta. Y salvarlo. ¡Salvarlo!

El riojano abrió la boca estupefacto.

–Este hombre... se la ha pillado... en serio.

Sabía que los temas cómicos se abordan forzosamente en serio. Que la esencia de la hilaridad está en la pulpa de lo gra-

ve o en la pepa cordial de los seres cejijuntos. Pero ignoraba lo contrario: que pudiera tomarse a la tremenda una charla insubstancial. Una charla como la suya, que derivaba la atención hacia tópicos banales... para que no embicase en reprimenda al compañero.

Iba a confesar su ardid. Su corrección se inflamaba por cualquier minucia. Por algo un amigo dilecto le decía siempre:

–*«Tenés el corazón más abierto que la boca de un sonso»*...

Alguien se interpuso, sin embargo.

Alguien que irrumpió por la puerta de calle, corriendo impetuosamente.

En la penumbra del amanecer, ni él ni los demás identificaron al intruso que trancaba la hoja y giraba la llave. ¡Era «Fenicio»!

Acezaba aún. Pidió que apagaran las luces. Entregó un cartapacio a «Longines». Se desplomó en una silla. Y jadeando explicó a los cuatro:

–Ian von Zuhlinder... Un atraco a Ian von Zuhlinder... El preparador de la Facultad de Ciencias Naturales... Un nazi rabioso... ¡Qué torbellino de furcazos!... Cuatro máscaras... Cuando me vieron con los Enfermeros huyeron... ¡Lo salvé de macana!...

–¿Y esta carpeta?

–Para mí fue cosa premeditada... El disfraz, para despistar... Esperaron que doblase la esquina... En un baldío... No sé si conocen pormenores... En la calle Neuquén funciona un comité nazi... Reuniones secretas...

–Pero ¿y esta carpeta?

–Los disfrazados se hicieron humo... Pero han vapuleado en forma... ¡Zas, fas, tras!... La cabeza del boche era una granada... Está sin conocimiento...

«Longines», exasperado, no pudo más:

–En concreto, «Fenicio», en concreto. Esta carpeta ¿quién te la dio?

–Nadie. La alcé y me la escondí sin que nadie viera... Se le cayó en el apuro a los... Para mí que pertenece a von Zuhlinder... Al jefe nazi... Es el jefe nazi...

–¿El Jefe nazi local? –clamó. Y abrió febrilmente el cartapacio.

Estaba repleto de papeles, escritos a máquina. Con dibujos de mariposas y distintas clases de insectos, finamente coloreados a la acuarela. Con cuadros gráficos y escalas numéricas en abundancia. Leyó como pudo el membrete: INSTITUTO DE ENTOMOLOGÍA. Algunas frases. Varios títulos. Revisó todo en afanosa búsqueda.

–Nada de particular. Papeles científicos en alemán –resumió.

–Por eso se los di... Usted y «Katanga» entienden ese idioma...

–Me gustaría examinarlos bien.

–Son suyos... Pero ¡cuidado!... Que nadie se entere... Podrían comprometerme.

«Katanga», malgarbado, se desentumecía entre rezongos. Había en la pieza un aire sucio de resuellos alcohólicos, flores marchitas y pabilo quemado.

Al sorprender el grupo, enderezó al patio cautelosamente.

Mientras la claridad de la aurora incidía en las macetas de doña Visitación, su sigilo, poco a poco, fue iluminando el cuchicheo de los amigos.

Y fue una luz rembrandtiana en la conciencia de «Longines».

Fue brevísimo el aparte.

El suizo le enteró en pocas palabras. Terminó así:

–Es un engaño creer que la verdad sea compacta. Está articulada por mil mentiras menores... Como la víbora por mil anillos. Por eso siempre la verdad es venenosa. Tengo la intuición de que aquí, en esta carpeta, hay mucho veneno escondido... Su malicia guiñó el ojo supurante.

«Katanga» asintió:

–Siendo alemán no me extraña: protestantismo, imperativo categórico, filosofía hegeliana, romanticismo, delirio cesáreo, música. Debe haber mucha música, también...

¡Risas, cascabeles, serpentinas!

Bajo guirnaldas de luz emerge la faz de Momo, bufón grotesco de un reino efímero. ¡Ya llega! Una cohorte estrambótica a su vera vocifera los rituales de la alegría.

¡Evohé, evohé!

En una atmósfera vibrátil de papel picado, el Dios secular agita su matraca simbólica. Como otrora, en la sagrada colina, su torso guarnecido de pámpanos y rosas.

¡Risas, cascabeles, serpentinas!

Balumbas de chiquilines. Estridencias de carruajes. Hay una lujuria polícroma de flores y de zumos. Y en las almas una cosquilla profana.

¡Evohé, evohé!

Rueda la comitiva con frivolidad profunda. Un filósofo muestra la lacra de su pesimismo. Momo al verlo aguza una mueca de ironía en su rostro maquillado de cómico en relache.

¡Risas, cascabeles, serpentinas!

Vuelan carcajadas como mariposas sonoras. Se desenvuelve la ilusión en la sierpe incoercible de una serpentina sentimental. Y van los besos, aderezados de perfume, en los pálidos pétalos de los jazmines.

¡Evohé, evohé!

Huyan al turbio pantano de la multitud, los eternos disfrazados. Los que en la farsa cotidiana usaron clámides raídas de envidia, interés y maldad. Momo no es el Dios de los carnavales póstumos. Por eso los odia. Y en el graznar de su matraca, graznan los cuervos inexorables.

¡Risas, cascabeles, serpentinas!

¡Dolor, angustias, lágrimas!

Bajo palios de sombra avanza la Muerte, cariátide inmutable del templo de la vida. Una caterva de seres tristes la conducen para inmovilizarla en el frontis de un sepulcro.

¡Ananké, ananké!

En un páramo de aciago desconsuelo, la Parca viste su mortaja a un pelele de arcilla. Sobre los prados del silencio se ciernen ya, como siempre, foscas bandadas de búhos.

¡Dolor, angustias, lágrimas!

Sollozos de hombres. Estridencias de espíritus conmovidos. Hay una congoja chillona de ayes y lamentos. Y en las almas un escozor divino.

¡Ananké, ananké!

Rueda el sepelio con gravedad austera. Alguien muestra la marca de su fatalismo. La Muerte, al verlo, mofa la docta ignorancia que anticipa, doble mal, la seguridad de la desgracia.

¡Dolor, angustias, lágrimas!

Vuelan suspiros como mariposas mustias. Se desenrosca la decepción del fuste de cada pecho. Y reptando a través del ensueño, vil oficio caduco y sin ponzoña, deja su pelecha en la cueva del corazón.

¡Ananké, ananké!

Huyan al exilio de su yo los seres sin doblez. Los que en la heroica pasión de vivir rehusaron los simulacros. La muerte los acoge en su antesala de meditación. Los ama. Y porque en el yermo plantaron siempre con amor, la paz germina en ellos y da flores de serenidad.

¡Dolor, angustias, lágrimas!

No satisfizo a ninguno de ellos la ceremonia de empotrar el féretro en el nicho. De haber sabido hubieran impuesto la costumbre milenaria de enterrar al difunto. Demasiado tarde ya. Estibado el cadáver en una bóveda de la Congregación de la Virgen del Rosario, el albañil que revocaba la tapa de mampostería señaló:

–Pueden escribir los datos.

«Katanga» se adelantó. Tomó el cabo de lápiz que le daba y trazó en la cal fresca:

JAROSLAV KOPECKY

Puso la fecha abajo. Y cerrando la leyenda, inscribió dentro del dibujo de un corazón el signo del tanto por ciento. Luego murmuró:

–¡Smetana, Smetana! ¡Tu *Suite Moldava* en este momento!

Y cerró los ojos en actitud unciosa.

Los Estudiantes y Enfermeros que asistían se miraron perplejos. No entendían ni pizca.

Él hablaba ya para sí:

–La muerte es epifonema. No letrero deleznable... Epifonema: culminación y resumen de una vida. Vida labrada como un soneto parnasiano, con paciencia de artífice, bizarría de héroe o sutileza de sabio... Me llena de sonrojo este epitafio de argamasa. Sepulta la emoción interior del poema vivido, sin asignarle ningún mérito. ¡Superficie burda, que debiera ser pantalla de transfiguración, espejo de alma!...

De impromptu, lápiz en ristre, asaltó a «Dijunto», «Aparicio» y «Viejo Amor».

–¿Cómo te llamás vos?

–Zenón Picalausa.

–¿Vos?

–Fermín Hupoa.

–¿Y vos?

–Olaf Olaffali. ¿Por qué?

–Vamos a ordenar inmediatamente la confección de dos placas. Esto es una porquería. La muerte es para muchos incapaces que se suicidan, para muchos tilingos que se dejan morir, la *ultima ratio* conque especulan salvar su anonimato. Para individuos como «Lon Chaney» y «Fortunato», que han abdicado de la vida propia para salvarla en otros, esto es una irrisión. Y no es justo que acontezca lo que acontece siempre. Hay una traición alerta para todos los que se adelantan; para todos los que vencen el orden de las cosas con el brillo de un privilegio auténtico. ¡No debe ser! No impugno lo irremediable, sino las zancadillas infames del olvido.

Crispado, concentrándose, volvió a cerrar los ojos.

Todos percibieron las *grimaces* de la mortificación traspasando su rostro, como sombras de nubes. Y su sismo interior en la trémula ansiedad del silencio.

Los concurrentes empezaron a desbandarse.

Alguien lo recobró invitándolo a andar. Siguió mecánicamente: las pupilas vidriosas y los puños cerrados.

Él lo distendió. Doblando ya la avenida de cipreses se detuvo. Contempló la entrada sórdida del cementerio. Y sonriente de insobornables grimas, dijo *sotto voce:*

–La muerte es un portal sobre el filo de un acantilado. Quiero uno para mí que sea suntuoso, mayestático. Labrado en el más puro estilo manuelino: mezcla de agudos éxtasis góticos, minuciosos arabescos de sensualidad bizantina, y raras imaginerías hindúes. Fachada beatífica de presentimientos y símbolos. Absorto en su belleza, sin darme cuenta, abriré la puerta y caeré en el vacío...

Bajaron frente a la marmolería.

El industrial se asombró sobremanera al conocer las características de las placas. Nada más que dos estrellas de siete picos, con el nombre de cada cüal labrado como destello. En el centro el alias del extinto. Y en ángulos opuestos un sapo y una mariposa.

Nunca, en cuarenta años de escultura funeraria, había recibido un encargo igual. En realidad, era un homenaje hermético para ellos mismos. Despojados del sobrenombre –indumento de azar y aventura–, la desnudez identificaba seres de idiosincrasia distinta a los vinculados por el apodo. Pero aseguraban así, en bajorrelieve, el cuño del enigma. Porque la simulación de lo legítimo es siempre más noble que la legitimidad de lo falso.

Le pagaron la mitad al contado, bajo promesa de entrega en plazo perentorio.

Ya habían combinado con Don Rufo la colocación de la placa respectiva en la tumba de «Lon Chaney». Rechazada la suma devuelta por el Comisario de Amboy y el juez de Paz de La Cruz, él construiría un pequeño mausoleo. Bastaban esos cuatrocientos pesos. El resto –los mil seiscientos malversados y dilapidados, que ellos se comprometieron a cancelar mediante pagos parciales– quedaba para atender la salud y educación de su hijito.

Al subir nuevamente al coche, «Katanga» y «Longines» se hundieron en meditación. Tenían muchas impresiones que transmitirse; pero el embarazo, en vez de prorrumpir, los instaba a callar.

En sentido contrario venía otro cortejo fúnebre.

El suizo eructó:

–¡El dinero que se gasta en estas pavadas! Cuando pienso que las exequias de María Antonieta, Viuda de Capeto, costaron treinta y un francos, presumo la tirria que agobiaría a «Fortunato» si supiese los centenares de pesos tirados en él.

–Tirados, no.

–Sí: tirados. Tanto más siendo él protestante y enemigo de rituales estúpidos. Debimos enterrarlo, aunque tronaran «Viejo Amor» y «su novia», en el cementerio de disidentes.

–¡Otra buena! ¡Recién me percato que hay disidencias en lo absoluto de la muerte! Uno no está seguro de nada. Tiene razón el proverbio: De las cosas más seguras, la más segura es dudar...

El coche iba a los tumbos debido a los baches del pavimento. A su diestra, en interminable desfile, continuaba el cortejo traqueteando también.

–Largo ¿eh? Algún ricachón.

–O muchos desocupados que pasean a su costa. Si aquí los concurrentes abonaran el carruaje, como sucede en España, no iría nadie...

El sarcasmo parecía la expresión natural de «Longines».

Su compañero dobló la cara malhumorado. Pero las ruedas del acompañamiento, trepidantes sobre los adoquines de granito, ovillaron su visión. Más fastidiado aún, sacudiendo la cabeza, renegó:

–¡Ruedas, ruedas, ruedas! ¡La vida del hombre está sujeta a la esclavitud de las ruedas! Gira que gira, desde el nacer al morir. Gira que gira, montada en etapas de siete años. Gira que gira sobre *chassis* de ruedas diferentes. Sobre ejes alegres, frenéticos o quejumbrosos. Dentro bujes lubrificados por el cariño, la pasión o la miseria. Jugando, chirriando o llorando. ¡Gira que gira! Ya en el candor ingenuo de coches-cunas, triciclos y patines; ya en el vértigo juvenil de bicicletas, motos y automóviles; ya en la adultez de trenes, carruajes a sangre y sillas de enfermo... Hasta que pisando los sesenta años –¡gi-ra que gira!– llegan las ruedas charoladas del carro fúnebre a pararse delante del umbral de nuestra casa. ¡Para esto! Para conducir el *chassis* inservible de la vida a la chacarita de un hoyo de polvo... ¡Ruedas, ruedas, ruedas!

Doña Visitación y «Rescoldo» aconsejaron:

–Lo mejor que pueden hacer es acostarse a dormir.

–Pero dormir como dormimos en La Rioja: varios días consecutivos. Hagan de cuenta que está soplando el Zonda. Tranquen el alma. Desenchufen la radio mental. Y no abran los ojos hasta que la tormenta haya pasado en ustedes mismos.

Aceptaron de plano.

La postración los arrastró a sus aposentos.

«Viejo Amor» halló el suyo con la cama preparada. La *lingerie* fragante de espliego lo hizo respirar tan intensamente que, cruzado por un ensueño rápido, la inspiración se desvaneció en suspiro. Yendo hacia la percha, el perfume seminal de un gran ramo de nardos, lo acosó de nostalgias. ¡Olor de amor! Gordo de malicia, se desvistió como pudo, ya obeso de lujuria. ¡Olor de amor! Y de bruces en la almohada, tendió su sueño sobre la ilusión caliente y fofa de la carne apetecida.

Los demás cayeron como troncos.

Excepto «Longines». Una preocupación lo mantenía alerta. Acompañó a «Katanga» al cuarto. Paralelamente, a compás, se desnudaron, se acostaron y apagaron los respectivos veladores. Pero él siguió despierto. Un borbollón de inquietudes estallaba en su pecho, mientras en el recinto sinfonizaban los ronquidos del compañero.

–Ian von Zuhlinder... Jefe nazi... Ian von Zuhlinder... Jefe nazi...

Si durmió algún momento, el sueño fue prolongación de su vigilia. El pensamiento hilaba, hilaba. No se distendió en el marasmo en que naufragan la lógica y la voluntad. Avanzó por intrincados laberintos de ondas y rumores. Activo. Con arrojo de *pionner*. Fija la decisión en un objetivo todavía nebuloso, pero real en la intuición. Tal vez las fuerzas secretas que emergen desde el fondo de la subconciencia salieron a su paso para favorecerle. Para allanarle el acceso al enigma. Algo inexplicable sucedió. En la borrosa desazón que conturba a los insomnes que duermen sin darse cuenta, él captó una interferencia del albur. Una voz muda, pero potente, que iluminó su cerebro, despertándole:

–¿Ian von Zuhlinder, espía?

–Sí. Ian von Zuhlinder, es un espía.

Cuando abrió las pupilas para oír con los ojos fijos –pues así se oye mejor en las tinieblas– creyó volatilizarse su convicción en el engaño de una alucinación auditiva. Pero auscultó la oquedad. Había una tonalidad flexuosa rondando en el aire, igual que la estela de un grito. Afinó la percepción. Nada ya. Sólo notaba el aleteo de su corazón.

Al sobresalto siguió un salto de langosta.

En un segundo, «Longines» estuvo frente al cartapacio, con el foco del velador a ras de los papeles, formando un disco luminoso lo mismo que la platina de un microscopio. Agachó su cráneo de águila desplumada. Y desde la altura de su inteligencia, el ojo apto lanzó una mirada perforante y sagaz.

Los papeles no trasuntaban nada. Leyó meticulosamente las páginas según estaban. Las dedicadas al escarabajo cornudo *(xylotrupes dichotomus)*, al gran saltamonte americano *(tropidacris cristata)* y al grillo común *(pygnogaster graellsi)*. Rebatían, *prima facie*, descripciones de la obra capital de la «Entomological Society», de Inglaterra, y señalaban, en prolijos dibujos, características dispares a los cuadros conexos de la «Societé Entomologique», de París. Nada de particular, a no ser el trato que los sabios ingleses y franceses merecían de Ian von Zuhlinder: brutos, hipócritas y degenerados. Lo insólito de tales términos en comunicaciones científicas le llamó poderosamente la atención. Revisó. Y clavó la vista en otra alusión idéntica:... *«tan canallas como..e.e..eau, sucio gorila de marfil viejo, ..o.. .eo..e, fox terrier lanudo de solterona, que tanto daño nos hicieran»*. La fuga de consonantes –Clemenceau, Lloyd George– le develó la pista. ¡Había algo oculto tras el aparente propósito científico!

Conmovido a fondo por el rumbo abierto por tan infantil exabrupto, «Longines», sin leer, pasó revista al texto alemán de las cuarenta y dos páginas. Lo acuciaba el afán de encontrar más nombres propios, inconducentes dentro la disciplina naturalista. Resultó inútil su empeño. Por allí, al desgaire, en alusión global, Ian von Zuhlinder se refería a varios presidentes sudamericanos: «*...son todos tsansas: cabezas reducidas al tamaño de un puño por Wall Street y el Foreign Office; tsansas: cabezas disecadas de indios y blancos, como estilan algunas tribus del Alto Amazonas*».

Semejantes descubrimientos, cuando esbozaba una mueca de decepción, le imbuyeron la certidumbre del anuncio onírico. Y antes de enfrascarse en la tarea medulosa de elucidar las

incógnitas de todo el legajo, se zambulló en el recuerdo de su juventud buscando la fuente que remoza la fuerza del ideal.

Era un humilde operario de los «ESTABLECIMIENTOS LONGINES», cuando tuvo el primer contacto con la criptografía. Durante meses enteros, su sección fue encargada del montaje de ciertos aparatos que le intrigaron superlativamente: ¡el célebre reloj cifrador de Wheatstone! Sus dos esferas, enrevesadas de letras; su disco movible alrededor de un eje común, lo sorprendieron en principio. La manecilla girando a voluntad de resortes más sutiles que los de la cuerda vulgar, no medía el tiempo. ¿Qué, entonces? Cuando lo supo, se descorazonó. Acostumbrado a reglar mecanismos para la compulsa exacta de fragmentos de segundo, ese reloj, que revelaba el pensamiento oculto de los hombres, le pareció un artilugio satánico. Pero se avino a él. ¡Y cómo! En la primer huelga que afectó a las usinas relojeras de Suiza, su rol virtualizó, en el triunfo logrado por los obreros, la eficacia de sus servicios como criptógrafo amateur. ¡Había descubierto precisamente la palabra clave –DJUMNAH, la recordaba bien– que ligaba las comunicaciones y desbarató la resistencia de jefes y directores!... Desde entonces, por mero dilettantismo intelectual, fue especializándose en las mil estratagemas de la escritura cifrada, de la correspondencia enigmática y de los códigos secretos. Su agudeza se afinó en el *Handbuch der Kriptographie*, de Fleissner, y en el libro de Beaufort: *A system of secret writing*, que acababa de aparecer... El joven aprendiz de Chauxde–Fonds dejó entonces el cantón de Neufchatel, su familia y los talleres donde sus manos sobresalían ya coordinando rueditas, engranajes, pernos y rubíes en la perfecta disciplina de latir –corazón diminuto– en cincelados estuches de metal. Un gran anhelo lo conducía a Ginebra: estudiar, estudiar. Quería hundirse metódicamente en las profundidades de lo hierático, lo ininteligible y lo esotérico. La paz que mima la ciudad tendida sobre el lago Lehman fue propicia a su desvelo. Y su desvelo se complugo en la prolija hermenéutica que descubre la intención que disfrazan unas letras por otras, guarismos por palabras, dibujos, diagramas y signos convencionales. Aprendió de tal suerte

–porque se lo aconsejó Porta, en *De furtivis litterarum*, y Conradi, en su *Cryptographia denudata*–, que los malos sistemas, los excesivos artificios, infunden sospechas. Y que el único procedimiento indescifrable consiste en un diccionario de vocablos convenidos, de valor arbitrario y variable, de acuerdo a leyes subrepticias fijadas por los interesados... Convertido en hábil solucionista, su ingreso a la Cancillería suiza en calidad de experto fue corolario de varios trabajos excepcionales. Y su retiro voluntario, una actuación estupenda:

La «Unión Suiza de Relojería» –que lanza al mundo la producción de Patek Philippe, Zenith, Vacheron, Baume & Mercier, Longines, Movado, Cyma, Duward, Omega y otras marcas de menor rango– tuvo referencias veladas acerca de un plan concebido por diversos establecimientos rivales de Francia y Estados Unidos para arrebatarle la primacía del mercado universal. ¿Cómo? El misterio más impenetrable rodeaba a los industriales coaligados. Por más que la unión destacó detectives, compradores y operarios ficticios, la vaguedad más angustiosa fue siempre el resultado. En la certidumbre del ataque las fábricas helvéticas no hallaron mejor expediente que restringir cautelosamente la producción. Fue en esas circunstancias cuando alguien señaló al Directorio la personalidad ya famosa de Edmo Kumck. Los detectives habían logrado algunas copias de correspondencia cifrada. A lo mejor el antiguo aprendiz de las Usinas Longines... Puesto al cabo del asunto, su ahínco chocó en el contenido oculto de las palabras, especialmente del vocablo «Pascal», al cual aludían siete de las comunicaciones interceptadas. ¡Todo el substractum del misterio estaba allí! Su sagacidad estuvo a punto de embotarse en la fiebre de la pesquisa. Desde el procedimiento primitivo del bastón y la tira de pergamino, pasando por las columnas fijas y movibles que emplea el Código de Hogg, hasta los procedimientos más abstrusos de la criptografía militar, todo, todo fue ensayado y controlado por el experto oficial de la Cancillería suiza. ¡Era un caso arduo! Desesperaba ya. La fatiga rondaba sus ojos y su cerebro. Fue, entonces, en un raptus de escepticismo, cuando sobrevino la inspiración propicia. Para

descansar, distrayéndose, pero distrayéndose en ocios afines, tomó *Les Pensées*, de Pascal. Leía sin tino, pescando aquí, pescando allá. ¡Qué bálsamo la *difference entre l'esprit de géométrie et l'esprit de finesse*! Al pasar a otro tópico, quedó deslumbrado. ¡Oh, el parágrafo diez de la sección segunda! ¡Eureka, eureka! Allí donde Blaise Pascal opone el tiempo metafísico al tiempo real. Allí donde concluye: «*je juge par ma montre*». ¡Allí estaba todo el quid! ¡Eureka, eureka! Porque, según relata el padre Guerrier, Pascal llevaba siempre el reloj ceñido a su muñeca izquierda. Porque «Pascal» significaba, en efecto, en los mensajes interceptados: *montre-bracelet*. Y, en fin, porque el plan de los consorcios rivales a la «Unión Suiza de Relojería» consistía en la inundación del mercado mundial con la moda frívola y útil del reloj-pulsera... ¡Qué apoteosis! Establecido el carácter y los pormenores del complot industrial, las usinas helvéticas siguieron al pie de la letra sus indicaciones y consejos. Fue una movilización enorme, cronometrada en el sigilo, y secundada por los técnicos más brillantes. Organizada la producción en serie múltiple se trabajó día y noche para ganar el tiempo perdido en el recelo. Los mejores orfebres, plateros, dibujantes, proyectistas y cinceladores fijaron las peculiaridades exteriores del nuevo tipo de reloj. Peculiaridades definitivas y oportunas. Había ya un notorio cansancio por el anticuado reloj de bolsillo. (No respeta las premisas de elegancia y sentido práctico modernos. La esclavitud de la cadena, onerosa y burguesa, encarece el producto. El bolsillo, a treinta y tres grados de temperatura más o menos, conspira contra la precisión; pues los cambios bruscos, al ver la hora, influyen en la marcha irregular. Diversos profesionales vociferaban. Los médicos en especial, tanto cirujanos como clínicos. Tomar el pulso, por ejemplo, reloj en mano, implica, al guardarlo, embolsillar virus que transmiten el contagio a propios y extraños.) ¡Qué revolución! ¡El reloj-pulsera era el mesías del tiempo nuevo! ¡Había que anunciarlo en forma! Edmo Kumck dio la pauta y marcó el compás. Astucia y previsión. La propaganda adversaria, de acuerdo a las cartas fraguadas, debía estallar con formidable estampido dos meses antes de Navidad

y Año Nuevo. La estrategia comercial aconsejaba aprovechar la bambolla del estrépito para lanzar la carga a fondo en el preciso instante, llegando a intermediarios y detallistas, con precios, calidad y arte, no con ruido. Se operó tácticamente de esa manera. Y la gran batalla de Navidad y Año Nuevo –fechas clásicas para obsequios, aguinaldos, *souvenirs*– fue ganada gloriosamente por la «Unión Suiza de Relojería».

De improviso «Katanga» se revolvió en el lecho. Hablaba dormido:

–¿Qué se cree? ¡No soy un nuevo rico de la ciencia! Einstein difiere de ciertas apreciaciones mías; pero James Jeans... En el «Sindicato Internacional de Profetas», yo...

Y siguió roncando.

«Longines» se plegó en actitud medrosa. Agazapó sus añoranzas. Y apagó la luz.

Fue un pánico de instintos. Sin fundamento, pero invencible. Le pareció que su soliloquio había trascendido. Que cada dato disperso podía extraviarse de la intimidad. Oteó en la penumbra. Esperó un momento. Y vibrando, a ciegas, se dirigió a la cama.

–¡Ojalá pudiera dormir! –musitó–. Ian von Zuhlinder está ya bajo mis garras. ¡Ojalá pudiera dormir!

Pero no pudo. Ni bien tranquilizado, la breve contención de la zozobra sucumbió bajo la corriente de sus recuerdos. ¡Cómo retener el aluvión de la jactancia legítima cuando se desbordan las vivencias que fecundan el cauce de la vida interior! Estaba en uno de esos estados de exaltación en que el amor propio comprimido por el renunciamiento estalla, para renegar del futuro esterilizado por el fracaso. Resonaban aún en su pecho los aplausos colosales del banquete consagratorio. Sentía los oídos ensordecidos por alabanzas y congratulaciones. ¡Mil personas en el mejor restaurante de Ginebra! Veía levantarse, uno después de otro, al Presidente de la «Unión Suiza de Relojería» y al contramaestre de las Usinas Longines para brindarle la demostración. Y veía a Edmo Kumck, al Edmo Kumck sepulto en el pasado, al otro yo de la edad dichosa, incorporarse en pleno delirio de las ovaciones para contestar y agrade-

cer: «*Adicto a una disciplina que honraron Plutarco, Bacon y Poe...*». ¡Qué principio feliz! ¡Y cuántos tópicos interesantes en su discurso! Su entusiasmo se afincó retrospectivamente en algunos pasajes. ¡Cómo gustó el relato del artificio primitivo, usado por milites y jerarcas, que consistía en escribir el parte secreto en el cráneo de esclavos pelados al rape, cuya cabellera al crecer disimulaba y hacía imposible descubrir el fraude; siendo preciso, para leerlo, que el corresponsal lo pelara nuevamente al rape!... ¡Qué silencio ávido cuando preconizó otra revolución en la técnica aconsejando la conveniencia de fabricar relojes más lógicos: que sigan el rumbo de la rotación terrestre; vale decir, que marchen al revés: de izquierda a derecha, de oriente a occidente, marcando con sus agujas el derrotero del tiempo proyectado en el relieve geográfico del mundo!... La lista de los honores no cedió en mérito a la lista de las gangas conferidas. Nombrado Representante y Distribuidor Exclusivo de la «Unión Suiza de Relojería» en Sudamérica, con sede en Buenos Aires, la fortuna lo acosó literalmente con su buena estrella. Sus negocios fueron obras tan perfectas de cálculo y sentido que merecieron el elogio de la envidia. Triunfar devino una costumbre. Ganar dinero algo banal. Una facilidad que degeneró en vicio. Y fue rico, burgués, magnate, sin proponérselo, mientras a su alrededor zumbaba la rabia del esfuerzo estéril y el odio del sacrificio inútil... Durante un largo período conoció la pena que cuesta librarse de la admiración: especie de blenorragia psíquica, que trae el contacto con la ambición ajena. La trató foscamente. En vano. Tuvo que soportarla hasta que la crisis del año catorce la extirpó febrilmente... Cuando decrece la fortuna, la admiración –como las ratas en los incendios– es lo primero que huye. Empezaba a gozar en el aislamiento; pero un grave quebranto en su salud cambió el goce en desgracia. Comprendió entonces que la vida tiene compensaciones y puso en la balanza todo el peso del estoicismo, a fin de nivelarla. Mas a los seres estoicos, por su misma receptividad moral, es a quienes se perjudica con más saña... Varios subalternos combinaron sus trapacerías y lo hundieron en una defraudación cuantiosa. Y a la zancadilla de la enfer-

medad, el desfalco vertió su alquitrán ardiente... De allí a la cesantía, de la cesantía a la depresión, de la depresión a la ruina, de la ruina a la vagancia, no hubo más que trechos huraños que él recorrió impasible, como recorren los vencedores vencidos, orgullosos de honor al revés, la *via triumphalis* convertida en *via crucis*. Estaba en «Villa Desocupación»...

Una sacudida de sábanas le cortó el aliento. Se mantuvo alerta. Bah. «Katanga» hablaba, otra vez, dormido:

–Sí, señor. Pertenezco al «Brain Trust»... ¡Imposible comprar con noventa y cinco pesos de melancolía cualquier juguete en un bazar de noventa y cinco centavos!... ¡Claro!... Déme cien millones de dólares y verá... Así como Baur, el campeón de la genética, se comprometió a criar una raza de vacunos sin patas, yo canalizaré el Valle de Lágrimas, explotaré la Viña del Señor... ¡Y habrá vino y alegría en el mundo!...

Se sintió el bamboleo de su cabeza en la almohada. Y siguió roncando.

«Longines» quedó exasperado. Sin poder concentrar las remembranzas ariscas, ni conciliar la dialéctica del sueño y la vigilia.

Bajó del lecho.

Cernida, entre la penumbra, entraba la transparencia del alba.

Abrió el postigo.

Juntó las hojas dispersas.

Y declamó:

–Sombras. ¿Qué son las sombras, sombrío von Zuhlinder? Esto. ¡Esto! Luz enferma. Fulgor amputado. Claridad envenenada. Pero yo sé el remedio. ¡Yo sé el remedio!

Y metódicamente, puso delante su perspicacia, la página uno del legajo.

A las ocho estallaron los primeros júbilos de «Longines».

A las nueve estallaron los primeros bostezos de «Katanga».

A las diez estallaron los primeros rezongos de «Viejo Amor». Habían convenido los últimos en salir a las nueve, hacia el centro de la ciudad, para liquidar algunas cuentas del entierro. La demora en levantarse lo irritó:

–Cuando se dice a las nueve...

–... Se interpreta a las once. Siempre ha sido ésa mi ley. Demorarse, demorarse: ¡qué hermoso compendio de filosofía!

–¡Filosofía informal! –agregó amoscado.

–¿Desde cuándo tanta puntualidad? Sabes perfectamente que dormir es mi única voluptuosidad. Y que le soy fiel. ¿Acaso apremia el amor al *signor* Olaf Olaffali?...

–Nada de chunga. ¿Vas o no vas? Tengo un compromiso a las once.

–¡Compromiso! Nuestra consigna es no comprometerse ni comprometer.

–Acabemos: ¿Vas o no vas?

–No voy. ¿Qué prepotencia es ésa? Vos estás cambiado, «Viejo Amor».

«Longines», ausente de la escena, prorrumpió, los brazos en alto de júbilo definitivo.

–¡Ya está! ¡Ya está! ¡Todo esclarecido por completo!

Pero su alegría naufragó en un silencio hosco. «Viejo Amor» y «Katanga» se observaban de modo jamás usado hasta entonces: con tirria agresiva, el uno, como harto de mofas y reprimendas; con sorpresa inédita, el otro, como alelado de ser él, precisamente él, el elegido. Pasaron un minuto así. Y de repente, girando sobre sus talones, «Viejo Amor» abandonó la habitación.

–¡YA ESTÁ! ¡YA ESTÁ! ¡TODO ESCLARECIDO POR COMPLETO!

«Katanga» siguió inmóvil. Apretó las mandíbulas. Y clavando la vista en el suelo, disminuido por su conducta, tuvo vergüenza de haberse defraudado ante semejante semejante:

–Es imbécil rebajarse, condescender Cualquier degenerado trepa por la bondad de uno y se aparea. Se aparea y ofende. Se permite devolver, envuelta en odio, la sonrisa que extendió la piedad. ¡No hay peor piedad que la que otorga la inteligencia

a la vulgaridad! ¡Ah, pero no importa! Aprovecharé la moraleja. No rebajaré más los quilates mentales con la aleación de lo burdo. Sé administrarme. ¡Y administraré el odio ajeno, significando al que odia la supremacía de la indiferencia!

–«Katanga»: ¡Ya está! ¡Todo esclarecido por completo!

La grima le había clausurado el oído. Rascaba por dentro los músculos faciales. Resoplaba el aire viciado por el ultraje. Azotaba los nervios en continuas crispaciones. Y reñía al temperamento su dificultad para rabiar y vindicarse a gritos.

Un zamarreo amistoso lo sacó de la abstracción:

–¡«Katanga»: ya está, ya está! ¡Todo esclarecido por completo!

–¡Ah!...

–Sí. ¡Todo! Ian von Zuhlinder, al trasluz, descubierto de cabo a rabo...

Notó que no lo escuchaba. Se explicó. Es preciso tener en el alma un lugar obscuro, una reserva analfabeta, una cisterna de ignorancia, un sótano defensivo, donde poder zambullir la luz ya aciaga de tan reverberante que es la cultura en el ámbito espiritual. Si «Katanga» la hubiera tenido, sumido el enojo, su flema andaría de nuevo al nivel de las cosas y de los hombres. Pero seguía perdido en sí. Sin escucharlas.

Perplejo, ante su atonía, caviló la manera de vencerla. Riéndose del propio recurso, lo asaltó, tironeándole del brazo:

–¿Te diste cuenta? Olaf Olaffali es un *summum* monstruoso. ¡Si hubiéramos conocido antes su nombre! Olaf, invertido, igual a falo. Fali, derecho, igual a falos. ¡Cuatro falos por lo menos para una sola persona! ¡Es algo descomunal, mítico, semejante a la Venus asiria con su doble rango de senos!...

Al principio no captó la humorada. Pero el germen había caído en ánimo propicio. Oyéndolo reír y reír, «Katanga» examinó la frase. Pronto una risa analítica empezó a barbotear dentro de su boca. Y ya sin reprimirla, la amplia cinceladura de los labios dejó escapar la esperada carcajada.

–¡Fenomenal! Olaf Olaf-fali. Falo + falo + falos... Verdad: ¡si hubiéramos sabido antes su nombre! Hay nombres que crucifican y azotan, pues definen y previenen. Nombres-claves,

impuestos por el misterio, que en un momento dado esclarecen todo.

«Longines» aprovechó su alacridad y sus palabras:

–A propósito: ya está todo esclarecido. ¡Algo formidable! Ian von Zuhlinder es un espía peligroso para la integridad de Sudamérica. ¡Algo formidable, «Katanga»! Vení a ver.

Se arrimó a la mesa a fin de señalarle las conclusiones de su noche de insomnio y pesquisa. Pero tampoco obtuvo su atención. Parecía trancado en la memoria de algo. En efecto:

–Olaf... Olaf.. Casi me rectifico. ¡Soy caballero de la Orden de San Olaf! Durante una *tournée* por los países nórdicos, la familia real de Noruega «se permitió el honor de insinuarme» una función a beneficio de los barrios pobres de Cristianía. Así piden los reyes: insinúan... Accedí. En aquel tiempo los reyes «me pedían». *Sic transit*... El Doctor Inhell...

–Tres en uno: Thurston-Houdini-Fregoli...

–... logró un éxito extraordinario. Añadí dos mil coronas de mi peculio. El cheque fue presentado a Su Majestad, la Reina, Presidenta Honoraria de la Cruz Roja. Dos días después vino un chambelán a anunciarme el homenaje. Y la víspera de mi partida recibí la Cruz de San Olaf, aquel vicking bravío y fanático canonizado por su celo cristiano y sus hazañas marinas. Olaf II, «el Santo», llevó la fe de los mártires hasta las islas Oreadas, cerca de cinco siglos antes que Colón pisara el Nuevo Mundo... y diez siglos antes de que yo llevara la condecoración a una almoneda de Valparaíso en circunstancias amargas. ¿No conoce usted la Saga Orkneyinga? ¿No conoce su leyenda a través del canto de los skaldas?

–Ahora no conozco ni me interesa más que esto. Deja a Olaf y sus falos de lado. ¡Lo importante está aquí! ¡En lo que acabo de comprobar! ¡Ian Zuhlinder es un espía pe-li-gro-sí-simo!

Viendo las páginas repletas de anotaciones, dibujos, signos, diagramas, revino a la cabal posesión de su sentido. Al enojo y devaneo que lo alejaron momentáneamente, siguió un anhelo frío y terco de cerciorarse en absoluto. Se sentaron a la par. Compulsaron hoja por hoja los textos en alemán y las características de los dibujos. «Longines», acuciado por

su interés, señaló el punto de partida de sus investigaciones criptográficas: los exabruptos contra Clemenceau, Lloyd George y algunos magistrados sudamericanos. Siguió con las curiosas ironías interpoladas en la descripción de la pulga del hombre *(pulex irritar)*. Con un pequeño esbozo de ftiriología, en el que mentaba el famoso insulto del Conde Luxburg a cierto canciller: «Es un piojo en alquitrán»... Y finalizando la primera etapa del estudio, la conexa alusión a la venalidad de la prensa del Hemisferio Sur, desarrollada bajo la imagen perfecta del grillo común *(acheta campestres)*...

–Hasta aquí, como ves, las referencias son discernibles, dentro de una salsa de apariencia rigurosamente científica. La salsa, sin embargo, es tóxica. Poniendo Inglaterra, donde dice: «Entomological Society»; Francia, donde dice Fabre; Alemania, donde dice «Zoologisch Institut»; Italia donde dice «Rivista Coleotterologica»; Estados Unidos, donde dice «American Museum of Natural History»; Brasil, donde dice *papilio; y S*ociedad de las Naciones, donde dice *thysania agrippina,* advertí de inmediato la existencia del diccionario secreto. Este género es el más hermético. ¡Pero la intuición perfora todo! La pauta me la dio la *thysania agrippina,* la mariposa de mayor extensión alar en el mundo, pues el *papilo homerus,* de Jamaica, queda atrás con su envergadura de siete pulgadas. ¡Bajo sus alas de veintisiete centímetros se ocultaba la Liga de las Naciones! Hechas las sustituciones respectivas, cambió de inmediato el sentido del texto. Quedé absorto de estupor. Se traslucía ahora la verdad: ¡un plan de apropiación!... ¡del Reich!... *¡manu militar!...* ¡Nada menos que todo el sur del Brasil!... ¡un sector del Uruguay!... ¡y las Misiones argentinas!... ¡¡Como si se tratara de territorios africanos!!... ¡No podía dar crédito a la revelación!...

–Ni debe darlo. Eso es descabellado.

–¿Descabellado? En la bocha de los boches no hay nada descabellado, a no ser la exaltación junker, racial o nazi. El idiota de von Zuhlinder lo prueba. Su fe patriótica... Pero volvamos. Quiero convencerte. Fijate bien.

Jadeante aún, la voz de «Longines» se explayó sobre los papeles como un estuario de sabiduría. Lento, prolijo, meticuloso, no dejó nada por explicar. Mostró quince páginas redactadas de su puño y letra, conteniendo sus conclusiones personales. Catorce tópicos de alto espionaje aparecían palmariamente dilucidados, especificándose el significado de signos, cifras y palabras y la equivalencia militar de las trampas encubiertas en perfiles, esquemas y dibujos entomológicos artísticamente realizados.

El desconcierto impedía razonar a «Katanga». El clímax de la emoción, cada vez más agudo, urgía evidencias que entraran por los ojos. Vinieron. Vinieron en cantidad. Y cuando aprehendió las tretas y simulacros escondidos en la apariencia innocua, palideciendo, reculó a sentarse en la cama.

Empapado de sudor y certeza, el suizo le instó:

–Arrimate. Vamos a examinar ahora la colección de mariposas.

Se arrimó.

Fue un formidable bombardeo de conmociones.

La primera se produjo al señalarle el croquis de la fortaleza de Porto Alegre, inscripto en el diseño de la *anaea suprema.* La segunda, al demarcar en las alas de la *cyrestis thyodamas* –la célebra mariposa mapa– la cartografía táctica de Río Grande do Sul y Santa Catharina, vinculada a Misiones. La tercera, al indicarle el plano estratégico de San Pablo, engarzado en el primor de la Gran Amazona: *argynnis children.* La cuarta, al compulsar en un espléndido ejemplar de *callithea sapphira,* la ubicación y potencia de las tropas federales escalonadas desde Uruguayana a San Borja, lado brasileño; y desde Monte Caseros a Concepción de la Sierra, lado argentino. La quinta, al revelarle en las ocho manchas blancas de cada sector inferior de la *catagramma cynosura,* el emplazamiento aconsejable para el sitio de Posadas. La sexta, al percibir los puentes y calles a la ciudad de Blumenau, estado de Santa Catharina, dentro de la mariposa *zeonia sylphina.* La séptima, al marcarle en las alas absolutamente diáfanas de la prodigiosa Cristalina de Menandro, las sutiles nervaduras que calcan la hidrografía de

Río Grande do Sul con los vados practicables. La octava, al observar las líneas de fortines y destacamentos de la frontera uruguaya, disimulados en el dibujo similar de la *catagramma cajetani*. La novena, al enseñarle, incrustados en la bella policromía de la *agrias amydon boliviensi,* los principales colegios, factorías y *broadcastings* nazis infiltrados al servicio del espionaje. La décima, al ver en una misma página dos mariposas típicas de la Argentina: la *colias lesbia* y la *danaus gillipus,* ocultando en su humildad las sedes oficiales, instructores y maestros de escuela desparramados en la comarca pretendida. La undécima, al determinarle las mejores picadas del estado de Paraná, en las estrías bien blancas que surcan la decoración mortuoria del *papilia philolaus*. La duodécima, al notar las rutas convergentes desde los confines hacia San Pablo, transcriptas en las nervaduras perecidas de la común *danaus erippus*. La decimotercera, al sugerirle los probables aeródromos de las fuerzas expedicionarias, esbozados en las manchas de cadmio que embellecen la *dismorphia fortunata*. La decimocuarta, al avalorar la importancia y cantidad de legiones hitleristas organizadas con colonos, disimuladas en las franjas parduzcas que atraviesan el *papilia epidaus fenochionis*.

«Katanga» yacía estupefacto.

Literalmente vencido.

Maltrecho.

Laxo.

Esa noche, después de las dos, «Longines» salió subrepticiamente con «Fenicio» y «Rescoldo».

Presumía a qué: a verificar algo dudoso. A fijar ciertos pormenores. A redondear su apreciación razonada. Presumía a qué: puesto que el suizo iba con paso aligerado por la alegría.

Conocía por experiencia la metamorfosis que inyecta el optimismo. La transfusión de euforia que anima hasta la más incurable incuria.

No pronunció palabra para no frenarlo.

Por lo demás, él necesitaba descanso y se acostó.

En vano.

Su paz era un silencio ajado por el bullicio de la meditación. Su reposo una fatiga de ceño adusto. Su imaginación un friso complejo de mariposas variopintas, de espías pardos y de alemanes con monóculo.

Atando cabos en la obscuridad –tal los operarios que establecen conexiones telefónicas en cabinas subterráneas– «Katanga» se acordó de un artículo de *The Times* acerca de la propaganda alemana en los estados sureños de Brasil. La concomitancia de propósitos virtualizó la certeza alcanzada por «Longines». Los métodos de espionaje y contraespionaje implantados por supuestos «colonos»; la educación y costumbres teutonas impuestas a sus descendientes; la fidelidad juramentada al Reich, no al país que los cobija; su desdén al idioma local y a la religión católica predominante, estaban meridianamente demostrados. No cabía duda, entonces, que los emisarios nazis obraban como agentes directos del Partido Nacional Socialista, controlando las actividades de las «colonias alemanas», cuya obediencia al Reichfürer descartaba la disciplina necesaria para el momento preciso del abordaje y consiguiente anexión.

La idea madre de Hitler, tomada de Gobineau: el racismo a ultranza, que exalta el destino del pueblo germánico, estaba palpitante en esa propaganda. La prohibición a los colonos de casarse con elementos nativos; la orden de embarcar todas las madres próximas a dar a luz para proteger a los vástagos con el pabellón patricio; el fomento de la natalidad mediante primas acordadas desde Berlín; la custodia y orientación de la niñez dentro de la tradición germana, eran testimonios flagrantes de que la intrusión del Reich no aceptaba en absoluto la soberanía brasileña.

La humillación y la pobreza que aparejaron la derrota del Tratado de Versailles afloraban así, insolentes, donde la confianza de la hospitalidad no intuía la inminencia del zarpazo.

«Katanga» experimentó como cosa propia la ignominia de semejante ingratitud. La revelación del port-folio de Ian von Zuhlinder evidenciaba, pues, la prolija seguridad del ataque y

la segura prevalencia de la maldad organizada frente a la candidez inerme del Brasil.

Cuando una nación agota la inventiva científica buscando productos sintéticos que cubran los déficits de sus necesidades, la abundancia natural de materias primas, en países poco evolucionados, resulta una tentación difícil de dominar. La «wollustra», la «bauxita», la «buna», sustitutos desesperados de Alemania, evidenciaban su afán por adueñarse de nuevos territorios. No se reemplazan, así como así, fibras textiles, metales, caucho. La «lana láctica», elaborada con hebras de caseína; el «hilo artificial», fabricado con residuos de algodón y yute; los combustibles costosamente logrados en laboratorios, en vez de resolver el problema, acercaban a cada espíritu, por contraste, la rabia de la privanza. Constató de tal manera el fracaso de la química por suplantar a la naturaleza. Y en las perspectivas de dominio desveladas, la voluntad agresiva de un pueblo que sabe preparar metódicamente sus empresas de conquista.

Ya en ese rumbo, creyó perfectamente factible la usurpación planeada, tanto más cuanto que Inglaterra y Francia, firmes en el designio de no devolver las antiguas colonias alemanas –Togo, Congo, Camerún–, harían la vista gorda a la invasión... Dadas sus escasas inversiones en esa zona sudamericana... Y puesto que saciarían sin desmedro el afán imperativo de Alemania en procurarse territorios vírgenes para abastecer la urgencia de materias primas, indispensables a su población e industria...

Revolviéndose nervioso en el lecho, iluminada su mente por la escintilación de la verdad, dijo con voz persuasiva, como si hablara a «Longines»:

–¡Basta! *Probatio probatissima!* Lo que incumbe ahora es obrar de inmediato. Sin demora ni timidez. Debemos conmover el ámbito continental. Agitar las cancillerías. Poner en guardia al pueblo y los estados. *Probatio probatissima!* ¡La revelación completa del plan nazi espeluznará por su osadía! ¡Los documentos descifrados malograrán el último acto, ya próximo a consumarse! ¡Quedará en el aire la expansión alemana a

costa de las ingenuas democracias de América! Tenemos la prueba de las pruebas. Sólo es menester una cosa: tino, cautela, astucia. Es tan despampanante la audacia del plan que debemos fijarlo, inmovilizarlo fidedignamente, para que no se desbarate en la incredulidad. Hay evidencias tan enormes que no se admiten sin justificativos. ¡Ojo, «Longines»! Hagamos de modo que no caiga en el ridículo y en el absurdo la virtualidad de su existencia. ¡Cuidado! Es preciso movilizar al unísono la Unión Panamericana de la Liga de las Naciones. La «United» y la «Associated Press» no serán adictas. Estados Unidos, después del Brasil, es la potencia más perjudicada; porque la Argentina y el Uruguay...

«Longines» encendió la luz de golpe.

Había escuchado todo.

–¿Vos sos el que reclama tino, cautela, astucia? Te ha oído el barrio entero...

Triste, descorazonado, su rostro radiante en la penumbra, se mostró caduco y abatido. Breve momento. La voluntad del suizo, hecha para afrontar dificultades, tornaba vencedora. Conocía las chiquillerías seniles que brotan en el tronco de la edad. Y la zozobra de «Katanga» fue apaciguada.

Se desvistió rápidamente. Un lirismo tumultuoso lo henchía de satisfacción. La hostilidad del enigma yacía bajo su férula. El entusiasmo dictó varios ademanes afirmativos. Apagó la luz. Y por conductos de sombra vertió al compañero sus últimas aseveraciones:

–Ya no queda nada por esclarecer. El stock de elementos corroborantes resulta fastidioso por lo nutrido. Ian von Zuhlinder, so capa de aficiones colombófilas, posee un palomar en continua actividad. Obvio especificar la calidad y cantidad de mensajes que recibe y transmite. Bajo pretexto de experimentaciones radiotelegráficas un adlátere tiene una *broadcasting* de onda corta y larga. Superfluo abundar al respecto. En el Bar Munich «Rescoldo» recogió entretelones estupendos de boca de un mozo despedido del Club Alemán. Resulta que sus excursiones científicas al territorio de Misiones son meras giras de inspección. Hay verdaderas cadenas de

espías en Brasil y la Argentina. Corpus, Puerto Mineral, Eldorado, Apóstoles, Irigoyen se eslabonan así a Blumenau y San Pablo. Según «Fenicio», en el «Instituto de Entomología» son incontables las manías y rarezas que se le asignan. Es un farsante insigne. Usa esos recursos para ocultar la normalidad condicionada a sus trapacerías filonazis. ¡Máscaras! ¡Pero ya le hemos arrancado las máscaras!

–*Le he arrancado*... No se achique.

–Máscaras la entomología. Máscaras los dibujos. A propósito: ¿constataste, de acuerdo a mi clave, cómo el perfil de las últimas mariposas reproducen todo el litoral marítimo que va desde Santos a Punta del Este? Es interesante. En ellas se señalan los puertos naturales para desembarco, las caletas de aprovisionamiento y la táctica de ataque a Paranaguá, Florianópolis, Laguna y Río Grande.

–Sí, «Longines». Todas las mariposas de Ian von Zuhlinder son maravillosas. Mejor: serían maravillosas si no las enfermara el histerismo del hitlerismo... Entre los griegos la palabra *psyché* significaba a la vez mariposa y alma. Los alemanes de hoy son mariposas enfermas, almas que no cumplen la evolución progresiva de la ley kármica. Su bestialidad los retrotrae. Son larvas rastreras en la vida. Crisálidas inmóviles en la muerte. Mariposas que ya no levantan vuelo hacia la inmortalidad.

–...

Eran las cinco de la mañana.

Miércoles de ceniza.

Iban los cinco en taxi, rumbo al Parque Sarmiento.

Cruzaban la ciudad en la modorra de la tarde. Calles huecas. De rato en rato una que otra jardinera de reparto. Gargantas y cornetas afónicas. Cenizas de serpentinas y papel picado en el suelo. Cenizas de insomnio en las fisonomías transeúntes. Cenizas de holgorio en el aire. La alegría fugaz había decantado alborozos y arrebatos dejando un tedio gris de sedimento.

Miércoles de ceniza.

Iban los cinco en taxi, rumbo al Parque Sarmiento.

Ascendiendo la Avenida Argentina, la brisa percutía en los bustos con soplos cada vez más agradables.

–La velocidad es lo único fresco –decretó la cachaza de «Aparicio».

Nadie dijo nada.

El automóvil viró a la izquierda, huyéndole al Museo de Bellas Artes.

En pleno alto, todos inflaron el pecho sintiendo el órgano de la brisa en el follaje innumerable, «Katanga» pensó en el murmullo de la selva, del Siegfried de Wagner. Los demás no pensaban en nada. Se dejaban arrastrar mirando la arboleda, las nubes, las aves.

De pronto –¡crac, crac, pum, pziii!– la conmoción y el estrépito de un choque. Restallido de insultos y puteadas. Acababa de ser violentamente embestido el automóvil que iba delante de ellos.

Desde el bar cercano acudió corriendo el agente de tráfico:

–¡Estos bárbaros! Ya no se puede salir ni a tomar agua.

–Yo venía por mi mano.

–Yo también. ¿Qué culpa tengo yo que los troncos obstruyan la visión?

–Por lo mismo; ¿quién lo mete a andar a ochenta kilómetros por hora? ¡Se necesita ser bruto!

–Más bruto será usted. Aquí el cochero puede indicar la velocidad que traía.

–Yo no he visto nada.

–¿Cómo no va a ver, si el choque fue en sus propias narices?

–Yo no he visto nada. Quizás el pasajero...

–Usted, señor, ¿podría decirme...?

–Mire, agente: yo ando paseando, refrescándome la cabeza. Me tiene loco un vencimiento para mañana. Venía cabuleando la manera de apechugarlo... ¿Qué quiere que haya visto?

«Longines» urgió seguir la marcha. No quería mezclarse en conflictos ajenos. Cuando el taxi arrancó, los damnificados, iracundos, calculaban el monto de los respectivos desperfec-

tos. El chauffeur –enjuto y nervioso, gorra y muñequera de cuero– vertió en acento catalán todo el pus del vocabulario contra el vigilante.

–La culpa es de ese badulaque, *dat pe'l cul.* Por no estar en su puesto. Por no hacer las señas obligatorias. Él debería pagar los deterioros.

–La culpa es vuestra –rebatió «Dijunto»–. Atropelláis, matáis, no respetáis nada. El pobre peatón anda a los brincos merced a vuestras insolencias.

–Cierto –agregó «Viejo Amor»–. Insolencias de bocinazos, escapes libres y salpicaduras a propósito. Los conductores son unos perfectos salvajes. Ayer casi me aplastan dos autos al cruzar la calle San Martín.

–El mal está en la vigilancia –apuntó «Aparicio»–. No debía de haber agentes de tráfico. El temor los obligaría a ser prudentes. ¿Acaso los viandantes tenemos quién nos dirija? Así aprenderían. Seguro que se acabarían los accidentes.

–El remedio para resolver el problema del tráfico es bien sencillo –intervino «Longines»–. Bastaría quitarles el carnet a quienes no tienen pago el auto. ¡El auto es ostentación! El automovilismo es la «deuda circulante» más grande del país. Así no circularía ni el diez por ciento de los autos que infectan las calles...

–A mí lo que me sulfura –señaló «Katanga»– es el apuro de cuanto vago empuña el volante. ¿Apuro para qué? Al pepe. Uno se apura por llegar a la victoria, para halago propio o admiración de los demás; nunca para apresurar la imbecilidad de encontrarse consigo mismo...

El *chauffeur* paró en seco:

–Ustedes disculpen. Pero tendrán que continuar a pie. Fallan las bujías, *voto a Deu.*

–Lo que le fallan a usted son la decencia y...

–... las intenciones. íbamos a bajarnos aquí, precisamente.

–Mejor. Son tres cuarenta.

Le alargaron cuatro pesos.

Caminando por la calzada de asfalto, bordeada de carolinos, habían llegado frente a la estatua del Dante.

–Menos mal que aquí no han tapado al germánico. Durante Aldiger...

–*Alighieri, tedesco? Va vía.*

–... con placas y leyendas estúpidas. Siempre me acuerdo de aquel monumento acosado de títulos que hay en la Costanera: «A Achával Rodríguez, jurisconsulto, Orador, Diplomático»... ¡Como si fueran virtudes iguales a culto, probo, bueno!

Apenas vertidas las palabras, un bramido avasallante los obligó a saltar a la base del pedestal. Sin detenerse, bufando motor y *chauffeur*, éste les arrojó un puñado de monedas e insultos:

–¡Mierda para ustedes! No quiero propina de idiotas, *dat pe'l cul.*

Picando en viraje redondo quedaron envueltos en una cortina de nafta quemada. Trémulos. Atascados de fobia. Vociferantes, sin decir palabra. Gritando con los ademanes y el pensamiento.

Les costó mucho apaciguar la irritación. Penetrando a los jardines sintieron el tumulto de la rabia dominando sus sensaciones. Cruzaron parterres colmados de azucenas. Su perfume no vencía la atmósfera interior crispada. A lo largo de un sendero silencioso, el aplomo comenzó de nuevo a aclimatarse en ellos. Se sentaron en dos bancos –uno frente a otro– bajo doseles de ligustros tachonados de rosas. La belleza del paraje, al fin, se hizo presente a sus ojos. Y volvieron a quicio, a girar sobre el gozne de costumbre, en la calma de la tarde.

Pero el ánimo de cada cual estaba molido por la escena soportada y por la expectativa de la reunión. Había germinado ya entre ellos la sorda rebeldía del individuo contra el grupo, la implacable inquina de la envidia por el exceso de los ideales y la furia tacaña de la mezquindad por los excesos del altruismo. Traían actitudes maduradas, antagonismos irreductibles, deserciones ocultas, que iban a aflorar ni bien trizara el debate la costra de pudor que los mantenía callados.

«Katanga» y «Longines» tuvieron el presentimiento del desbarajuste. Captaron las tensiones hostiles que engendran los

impulsos mandados por la utilidad inmediata. Captaron las ondas que emergen del instinto y atraviesan las zonas del entendimiento sin que el raciocinio las destruya. Captaron el desengaño que bullía alrededor, y llenos de penuria, pesando la decepción, se miraron y comprendieron.

–Bien, amigos: hablemos como tales, puesto que todavía lo somos. De aquí a una hora, tal vez...

–¿Qué palabras son ésas?

–No te permito.

–Yo me entiendo. Cada vez veo con más claridad la soberanía del espíritu, más acá y más allá de las claudicaciones de la carne. Su acción se expande y amplifica cuanto más evoluciona y se desarrolla, no obstante los muros del egoísmo y las zapas arteras que se le oponen. No andemos con ambages. Sumemos al fracaso personal que encarnamos, el fracaso colectivo de la gira. ¡El vínculo se ha roto! Somos una recua dispersa. Las cualidades de otrora, que conducían a finalidades magníficas, por medio de una solidaridad heroica, se han trocado en ambiciones ínfimas, en flaquezas vulgares y sucias. ¡No podemos hacer nada así! Confesémoslo con altura. Lo mejor es que nos escurramos como ratas, cada cual por su rendija. Es doloroso pero es así. Porque el ideal está arriba, en la cabeza, no a ras de la ingle o de la tierra; y es forzoso llegar a él por el cable-carril de una voluntad tensa. Con ustedes ya...

«Viejo Amor» y «Dijunto» protestaron con énfasis:

–El hecho de que vaya a casarme no es una traición ni una flaqueza.

–El hecho de que aspire a afincarme en una quinta no implica rebeldía ni ingratitud.

«Aparicio» quiso protestar a su turno. Pero naufragó en una actitud cohibida, vergonzante. A la verdad, él también quería «acabar de una vez». Obtener la parte respectiva. Desatar los ímpetus. Y salir a sus anchas, sin críticas ni censuras, en pos de su apostolado político.

El mutismo apretado que sobrevino trasuntó en ellos cierto contagio de desconfianza y reproche. «Katanga», asqueado, pensó retarlos a demostrar su disconformidad. Pero prefi-

rió morderse los labios. Lo mejor. ¿Qué reparo podía formular «Viejo Amor» sino los dictados por el amor espeso de Doña Visitación? ¿Qué ensueño podía superar en «Dijunto» la dicha de descansar sus huesos en la tierra gorda y el pasto tierno? ¿Qué arbitrio podría ganar en sabiduría a los caprichos bellacos de «Aparicio»? Los dejó mecerse en la necedad. Y cruzando las piernas, su desdén rindió el homenaje elegante que acostumbra la fineza a la obcecación: sonreír...

«Longines» seguía en guardia, dentro su trinchera de silencio. Seguía en guardia, expectante, con la carta de «Fortunato» y los papeles de von Zuhlinder como dos granadas listas para ser lanzadas. Sufría estoicamente. Una crisis de nervios, casi pudibunda de ser tan discreta, lo hacía vibrar de punta a punta. Creyó ahogarse dominando la explosión de la cólera. Y seguía atragantado por la constricción de la angustia, temblando para no gritar.

La desconfianza y los reproches irrumpieron:

–Bueno. Dejémonos de hablar inútilmente para adentro. Hagamos cuentas.

–Sí. Cuentas; no cuentos.

«Longines» se arqueó sobre sus bolsillos. Con las manos en garra, felinamente, para extraer sus anotaciones de tesorero. Tenía la responsabilidad y el control de los fondos «secuestrados» a Freya Bolitho. Ante los desplantes que afloraban, sacó también el dinero:

–Aquí está todo: plata y números. Tomen. Observen, revisen. ¡El que quiera separarse que se vaya! A ver: formulen las quejas que...

–Estos mil pesos...

–¿No te acuerdas ya? Fueron dedicados a entregar la suma exigida por los caudillos de Río Tercero para poner en libertad a los colonos próximos a la deportación.

–¿No son éstos?

–No. Ahí consta. Ésos fueron entregados a Don Rufo en retribución a su hospitalidad.

–Sí; pero Don Rufo se encargó de cobrar al juez de la Cruz y al Comisario de Amboy. ¿Cobró o no cobró?

–Cobró algo. Pero ¿no fue destinado lo que sacara para la operación del chico?

–Sí, sí, sí. No me acordaba bien.

–Te exijo, «Viejo Amor», que afines la memoria. Llegando a situaciones como éstas, cada cual debe conocer a fondo lo que atañe.

Cuando dos hombres se temen es cuando están más cerca de culminar en violencia. Como en el cuento de Chestov, el miedo recíproco azuza las amenazas, afila las pasiones. Y un falso sentido del coraje precipita el encuentro, el drama. Aquí el único que temía era «Viejo Amor». Sabía que en materia de puntualidad y exactitud, «Longines» era un portento, un cronómetro. Pero lo encaró merced al recuerdo festivo de cierto episodio: Una vez entró a una relojería de lujo a ver la hora justa. Recorrió con la vista todos los relojes en marcha, exhibidos por muros, pilares y vidrieras. ¡Nada más imposible! Y salió decepcionado –¡sin saber la hora, por supuesto!– ante la disparidad de tantos aparatos de precisión...

La experiencia lo empujaba. ¿Por qué no iba a abordar a «Longines»? Y aventuró sus observaciones, con la insidia valerosa que presta el temor: primero, por no pasar por tonto en la reunión que había reclamado insistentemente, y segundo, por no abdicar su hábito de «tirarse lances»... ¡Era especialista! En las fintas del amor, incontables ocasiones él había comprometido su audacia –en realidad: hambre sexual acosada– y el deleite de la entrega fue su premio. Con idéntica intención enfilaba ahora las dudas de otro tipo de audacia –en realidad: miedo moral acosado– para el logro eventual de otra clase de entrega.

Esta oportunidad, empero, chocó en algo duro. En la fortaleza de honestidad que era «Longines». ¡Un hombre que conocía como pocos el viejo oficio de la honradez! Y cifra a cifra, ítem por ítem, lo apabulló con la claridad meridiana de su exposición:

–Concretando, pues: de los sesenta y tres mil pesos quedan treinta y ocho mil quinientos. Aquí están. Te corresponden cinco mil quinientos.

–¿Cómo, cinco mil quinientos? ¡Siete mil setecientos! ¿Por qué se van a morfar ustedes dos las cuotas de «Lon Chaney» y «Fortunato»?

La imputación los enardeció instantáneamente. «Katanga» revoleó una mirada hiriente, de látigo, sobre la faz del ofensor.

«Longines» retrajo la nariz y estiró el belfo farfullando una maldición rebarbativa. No arremetieron de otro modo. Cualquier agresión hubiera implicado rebajarse. Pero no cedieron un ápice. Y continuaron sañudamente, con mirada de látigo el uno, con voz de vómito el otro, fustigando y expectorando, sobre la faz ya roja de sangre y vergüenza de «Viejo Amor».

«Aparicio» se interpuso, entonces. Consideró la demasía de los tres. Y buenamente, sorteando los enojos, opinó, por patatín patatán, que lo mejor era entregar los siete mil setecientos pesos a cada cual y santas pascuas.

La mirada flagelante de «Katanga» se suavizó. Y forrando el encono con sonrisas, como se envuelve el adoquín con serpentinas, se lo arrojó al mediador:

–Pero, che, ¿no has oído?... Son cinco mil quinientos pesos la cuota que nos toca... Las de «Lon Chaney» y «Fortunato» no son nuestras... Debemos resolver por mayoría la de aquél... Hay testamento de éste...

–¡Cómo testamento!

–Sí: la carta que le entregó a «Viejo Amor» es un testamento... Dejen leer... No atrepellen... Hemos venido a eso... Da asco tanta angurria...

El suizo leyó:

> *Queridos amigos:*
>
> *Al doblar de cualquier noche ustedes hallarán mi cadáver. Siento la muerte merodeando en torno mío. No tardará en entrar puesto que le he abierto la puerta. Quisiera morir de día para que la llama vital no se notara al extinguirse. Omitan todo velorio. ¡No se pueden encender las velas por las dos puntas! Nada de flores en mi caja. ¡Recuerdan el olor sudoroso de la fornicación! Que sea lo más simple mi sepelio. ¡Me repugna*

la levita de los cocheros! Yo sé lo que digo. He sido gerente de banco en Praga.

He sido y déjé de serlo por mi culpa. Uno es más culpable del triunfo que de la derrota. Siendo gerente defraudé trescientas mil coronas. Perito en chanchullos y finanzas, pagó el pato un pobre subalterno: Viktor Zilahy. ¡Cómo conforta decir la verdad, aquí, en este bordo de carne pútrida, que domina las mentiras humanas y divinas! ¡Que Viktor Zilahy me perdone como yo perdono al buitre de su hijo!

Tras el suicido del padre y el deshonor de su familia, llegó a Buenos Aires Markus Zilahy. Vino a matarme; pero prefirió agonizarme. Sí: agonizarme. Óiganlo bien: ¡la víctima es siempre el vencedor del delincuente! Agonizar, estar bajo la amenaza perenne de la delación es la peor pena que se puede sufrir. Es padecer la trompa del vampiro succionando el alma, sin poder espantarlo. Es vivir en continua anemia psicológica. Nunca sabrán ustedes lo que he sufrido en nueve años. ¡Es inenarrable! ¡Reptar la piltrafa de afuera en angustia y congoja! ¡Reptar la de adentro en aflicción y deseo! ¡Y no poder morir, porque alguien dispone la voluptuosidad de matar sin matar!

¡Oh! Siempre lo dije: héroes son los individuos que arrojan su ficha total, que se juegan enteros en el tapete del destino ¡y ganan! Yo necesitaba apilar monedas y monedas para comprar la gran ficha de mi liberación. Jamás lo conseguí. Mendigando, mendigando, he entregado a Markus Zilahy veintiocho mil pesos, en nueve años de rodar y rodar bajo su odio vigilante. Le debo aún siete mil pesos, para emanciparme de su saña inexorable y de los remordimientos míos. ¡Páguenle, por favor! Lo

pido con mirada de perro, desde el sucucho del alma.

¡Es amargo! El que muere ha perdido el puesto en la burocracia de la especie. Pero hay condecoraciones post mortem *para los que pugnaron con sacrificios incontables a la jubilación de la paz eterna. Tal vez no la merezca. Pero sean generosos. ¡No dejen que mi sombra sea deshilachada por la maldición! No es remilgo de moribundo. ¡Es el clamor de mi dignidad! ¡Es la dignidad de mi honor arrodillado! Yo sé lo que digo. He sido gerente de banco en Praga.*

Gracias, amigos. ¡Y que se agrande en la tumba el silencio que fue su anticipo en mi vida!

JAROSLAV KOPECKY.
P S.: Markus Zilahy vive en
Cochabamba 3714, Buenos Aires.

Fue tremendo el desencanto. Las circunstancias adversas castigaban con verdadera puntería irónica. El remezón destruyó esperanzas inconscientes y exigencias razonadas. Se veía el agobio que apretaba el alma. «Viejo Amor» no contó jamás con ese desenlace. A haberlo intuido, ¡cualquier día hubiera entregado la carta! Supuso lo contrario: que Jaroslav iba a favorecerlos aumentando con su porción el monto de cada cual. «Dijunto» tragó saliva. La quinta en venta que había visitado costaba ocho mil pesos. «Aparicio» se vio constreñido a conformarse. Los tres quedaron, si no abatidos, resentidos contra la potencia mefistofélica del albur.

Dueño de la situación, «Longines» enderezó la voz y su orgullo:

–Bien. Concretemos de nuevo: Base: corresponden cinco mil quinientos pesos nacionales a cada uno. Propongo que tomemos a la cuota de «Lon Chaney» los mil quinientos que faltan para cumplir la última voluntad de «Fortunato». Quedarían cuatro mil pesos a repartir entre cinco.

–No acepto. No tengo por qué contribuir a pagar los desfalcos de nadie.

Cayeron sus palabras como plomo derretido. Aludir a desfalcos en esa emergencia sonó heréticamente a todos. ¿Acaso el dinero a repartirse...? Tuvieron el pudor de confesarlo ante la conciencia. «Katanga» estuvo en un tris de vociferarlo. Pero se dominó una vez más. No valía la pena enojarse. Estaba delante de un sátiro fogoso y lúbrico, domesticado por «el amor». Delante de uno de esos tipos «braguetas-automáticas» que se abren y «se abren» ni bien lo indica una mujer. Le dio lástima. Columbró su destino. Ya la suerte le depararía el peor castigo. El castigo que anula a todos los patanes depravados: el matrimonio... Y rompiendo el *impasse* meditabundo, expresó:

–No piensen más. Yo correré con la suma necesaria. Ustedes quedan eximidos de esa obligación piadosa. Tengo el honor de «ir muerto» a la par de «Fortunato». Los muertos obligan a los muertos... no a los «vivos», querido «Viejo Amor».

La nobleza de la lección tocó la hidalguía de «Aparicio». Desde la rada en que estaban sus anhelos, avanzó uno, diligente y probo. Atracó sigilosamente a la vera del amigo. Y desembarcaron estas palabras en su oreja:

–Francamente. La conducta de este carajo me abochorna. Jamás he visto tanta duplicidad y falsía. Ha sido y es un hipócrita. Se ha revelado de cuerpo entero. Permitime que yo también contribuya a cumplir la manda del finado.

«Katanga» le arrimó a su busto apretándole el brazo derecho:

–Gracias. Gracias.

No dijo más. Había notado al principio de la reunión su actitud cohibida, vergonzante. No era justo confiar demasiado.

¿Por qué no vertió en alta voz su adhesión? A lo mejor, su enojo secreto era el enojo fingido del jugador fullero, a quien se le descubre el *modus operandi... y vivendi.* Pero se vindicó en el acto de toda sospecha:

–Acabo de ofrecerle mi cooperación.

–Todos debemos hacerlo.

–Yo lo haría también; pero... –insinuó «Dijunto» con inflexión quebrada.

–No se hable más, repito. Para mí no es ningún sacrificio. El dinero me es...

«Longines» preparó en corto espacio de tiempo las cuotas alícuotas. Sobre la base fijada, adjudicó cien mil pesos más provenientes de la porción vacante de «Lon Chaney». E hizo el reparto.

Del monto que le correspondía, «Katanga» extrajo los mil quinientos que integraban la suma debida por «Fortunato». Se los entregó a «Longines»:

–Sírvase. Mañana mismo haga el giro para el verdugo ese.

«Aparicio», menoscabado por la emulación, insistía solemnemente:

–He dicho que iba a contribuir y contribuiré.

–Es inútil. Guarda tu dinero. «Longines» te planteará esta noche la inversión más estupenda que puede presentarse a un patriota como vos. Es un negocio de gloria rotunda y fortuna rápida.

La liquidación había llegado a su término. Ya no faltaba nada que hacer. Empezaron a desplazarse indiferentemente. Tal vez pudieron verterse algunas frases como epitafio a la solidaridad de la gira. Pero nadie demostró interés en pronunciarlas. Tal vez no hubiera quedado mal la fútil benevolencia de algunos suspiros. Pero nadie suspiró. Fue una escena vulgar –como todo lo irremediable y definitivo–, la escena final del viaje sinuoso de alegrías y lágrimas de la caterva.

Iban llegando a la puerta, desperdigados, desgalichados, cuando notaron la ausencia de «Dijunto». Volvieron sobre sus pasos. Tal un terrón sobre el banco, tal un churque entre las rosas, le hallaron con el dinero en la mano, demudado, lloroso, triste, gimiendo:

–¡La miseria activa, siempre miserable! ¡La riqueza ociosa, siempre miserable! ¡La miseria activa, siempre miserable! ¡La riqueza ociosa, siempre miserable!

Nadie intuyó el sentido de sus palabras, excepto «Katanga».

–Vamos. No te aflijas. Tendrás la quinta que soñaste para tu vejez. ¿No te alcanza, no es cierto?

Meneó la cabeza afirmativamente.

–¿Cuánto te falta?

–Novecientos pesos.

–Bah, bah. No te preocupes. He aquí los cien mil pesos de «Lon Chaney». Vamos, pues. Ya la tienes... con escritura y todo.

Lo miró.

Se miraron.

(Hubo la mirada humilde del buey en la mirada húmeda del hombre.)

Eran las diez y media de la noche y «Aparicio» no llegaba.

Habían convenido reunirse en la habitación de Don Rufo para eludir hasta la menor sospecha. El cartapacio de Ian von Zuhlinder estaba sobre la mesa disecado metódicamente. Igual que un cadáver, el complot nazi mostraba su piel tatuada de cientificismo y las entrañas fétidas de ambiciones desmedidas. Los enigmas más recónditos yacían esclarecidos. En cada víscera ¡cuántos «tejidos de embustes», cuántos «vasos comunicantes», cuántos nervios educados en la traición del espionaje! La labor paciente y medulosa de «Longines» no esperaba otra cosa que la consagración del escándalo para autenticarse como un dechado de sagacidad en el consenso público.

Eran las once menos cuarto y «Aparicio» no llegaba.

«Katanga», por su parte, tenía preparada una vasta campaña de publicidad. Llenaba siete páginas de block. Era preciso polarizar la atención internacional con el formidable estruendo de la revelación y los detalles fidedignos del complot. ¡Imaginación, unidad, cálculo! Los aspectos diplomáticos y periodísticos habían sido estudiados con rigurosa autonomía; pero coordinados a la idea central de estimular los sentimientos adversos de América, inspirando confianza en el destino democrático de los pueblos hermanos. «Katanga» conocía por experiencia propia el valor de la propaganda. Sabía que el agente de publicidad es un psicólogo que estudia los coeficientes de flujo la sugestión humana a través del poder de la palabra,

los ins del arte y los móviles del interés. Juzgó el caso y la oportunidad. La primordial exigencia, examinar las oscilaciones de la conciencia política, fue propicia. ¡La animadversión hacia el nazismo era voz unánime en América! Tuvo presente, entonces, el valor acumulativo de la repetición y el encanto decisivo de la vivacidad. Y en ordenado elenco prefijó los temas destinados a difundir el complot y a provocar su repudio.

Eran las once en punto y «Aparicio» no llegaba.

«Longines» rechinó varios minutos aún. Pero no resistió más:

–Es denigrante. Yo soporto la injusticia, nunca la falta de puntualidad. Quedó comprometido a venir a las diez. ¡A las diez!... Siempre hay hombres y monedas falsos en circulación.

Acababa de llegar.

–A propósito: hablamos de vos... Yo me retiro. «Longines» tiene a su cargo la primera parte de la audición... Mientras tanto, iremos Don Rufo y yo a tomar café.

El suizo se explayó de inmediato.

–Bien, «Aparicio». No perdamos tiempo. Agarrate fuerte para resistir la sacudida. En veinticuatro horas serás el hombre más famoso del continente. Todos los diarios de América sembrarán tu nombre en la primera plana. Las revelaciones que harás, en mil entrevistas con corresponsales extraordinarios, en reuniones secretas con gobernantes, diplomáticos y técnicos de Uruguay, la Argentina y, especialmente, del Brasil y Estados Unidos, sumarán tanta gloria como no la has soñado nunca en tu vida. Toda esta enorme documentación, en clave, que ha llegado a mis manos por mera casualidad, prueba de manera irrefutable la existencia del plan de conquista más temerario y audaz que se conozca en la época presente. El Brasil, la Argentina y tu patria serán las naciones perjudicadas.

–¡Mi patria! –balbuceó ahogado de emoción. Y, de pronto, reaccionando en ímpetus enérgicos–: ¿Cómo mi patria? ¿Por qué mi patria?

«Longines» insumió cuarenta minutos en explicarle circunstanciadamente las vastas proporciones del plan nazi. No dejó ningún detalle, por ínfimo que fuese, sin elucidar en for-

ma clara y concisa. Cada dibujo, diagrama, cuadro sinóptico, etcétera, originaron en «Aparicio» dos sensaciones correlativas: una de admiración por el ingenio del espía y otra de triunfo por la agudeza del descubridor. El suizo recibió complacido el aplauso de su confianza. Y siguió hablando con la soberanía mental que da la certeza y la autoridad de una conciencia impecable. Habló de sus estudios criptológicos y del virtuosismo portentoso del espionaje. Conectó sus experiencias personales en la cancillería de Berna, con las proezas del «Intelligence Service» de Londres. Y explayándose sobre el sport de «la caza de espías» durante la guerra, señaló para sí la satisfacción incruenta de ser un «cazador de enigmas» durante la paz.

–Bien, «Aparicio». Esta presa –¡que ya la quisieran para su colección Sir Brasil Thomson y el General Baden-Powell!– ha sido cobrada para vos. Vos le sacarás las plumas; o, mejor dicho, sus múltiples alas, para exhibir ante el mundo la falacia de su color y sus líneas. Para revelar la sed de conquista y el plan concebi...

–¿Y por qué yo? Es tarea superior a mis fuerzas.

–Porque eres el único sudamericano en nuestro grupo. Porque tu temperamento se aviene al fervor que la obra reclama. Y porque, cuando la patria está en peligro, las fuerzas brotan desde la debilidad con vehemencias de juventud. ¡Es tu chance, «Aparicio»!

Quedó convencido. Mudo. Midiendo la responsabilidad que irrogaba y –¿por qué no decirlo?– el revuelo inmediato, la fama cercana y la apoteosis segura de su nombre.

–Acepto; pero quisiera cerciorarme bien de todo.

–No temas. En tres días te imbuiré de modo tal, que te expidarás con absoluta suficiencia sobre cualquier tópico que te aborden. Además...

Cuando «Katanga» regresó casi no tuvo nada que explicar. En el entusiasmo común, «Longines» había interiorizado al uruguayo de los pormenores de la campaña de publicidad. De las gestiones preliminares para lograr el apoyo de compañías de información universal. De las conferencias telefónicas a celebrarse con las Cancillerías y Departamentos de Guerra

del Brasil, Estados Unidos y Uruguay, logradas por intermedio de las embajadas en el país. Y en fin, de los trámites directos con el gobierno local.

La perspectiva, tantas veces columbrada, de llegar a ser una figura prócer en el ámbito de su patria, rebasó la imaginación con la trascendencia continental del asunto. Su fisonomía abollada, olivácea, pareció maquillarse con la responsabilidad. Al desgano habitual había sucedido una altiva nobleza. Lleno de prestancia se sentía ya depositario de un destino superior. E iba a culminarlo con la fe de los grandes realizadores del alma colectiva.

–«Katanga» te explicará ahora lo demás.

–Basta, «Longines». Creo haber interpretado todo. Ahora es preciso obrar.

–A eso vamos. Él te explicará lo que atañe al presupuesto de...

–Sí. Debes contribuir con cinco mil pesos, por lo menos.

–¡...!

–¡Ah! ¿Vos sos de los que creen que la gloria viene de arriba?... Pues estás fresco. La gloria no viene de arriba; va desde abajo. Cuaja en el cielo del ideal después de ingentes sacrificios. No hay ningún ascenso que no cueste. ¡No te alarmes! No basta sólo esa suma. «Longines» pondrá también cinco mil pesos. Y yo tres de los cuatro mil que me quedan.

–¡Todo por mí!

–Sí: por vos y para preservar la integridad y la libertad de América. He aquí mi parte.

–Y ésta la mía –ratificó «Longines».

Tieso, abrumado, con los billetes en la diestra, «Aparicio» basculó su cuerpo en una indecisión inédita. Pensó rápida y furtivamente en la garantía triunfal que implicaba la ofrenda. Y guardando el dinero, su mano buscó las manos amigas para trasvasar el júbilo de esa limosna de gloria.

Avisaron a Doña Visitación que se ausentaban en gira por tres o cuatro días. Y partieron... al centro de la ciudad.

En la mejor sastrería cada cual adquirió varios trajes. Rectos y cruzados. Ya para reuniones de tarde y noche, en colores oscuros o fantasías discretas. Ya para todo andar, en franela lisa, *saxony* o *tweed.* No escatimaron nada. Camisas blancas de cuello duro y blandas de seda legítima. Guantes, perfumes, cosméticos. En fin, las adecuadas prendas para una *tenue* impecable y sobria. Después de haber propagado mucho mal de sí mismo, descuidando el esmero personal, volvían al culto de la apariencia, que es el culto de los fieles sin fervor...

Elegantizados, su flema adquirió de inmediato la mesura distinguida de «los hombres corridos». Lo vieron bien al llegar al Bristol en lujoso automóvil y ocupar el mejor departamento. La cortesía de empleados y sirvientes era el reverso meloso de su gravedad templada y circunspecta.

Ni bien giraron la llave, tendieron la red. Red de cables y telegramas. Red de influencias y recursos.

Las tres conferencias obtenidas dieron el resultado ambicionado. En el primer avión de la Panagra se hicieron presentes los agregados militares de Estados Unidos y Brasil. Y en un Júnker del ejército, el subsecretario y el perito criptógrafo del Ministerio de Guerra de la Nación.

El cónclave funcionó en el hotel y en diversos parajes de las sierras. Reuniones de cerebro ardiente y voces apagadas. Todo lo especioso del plan nazi se inmergió en lo subrepticio de la reserva circundante. Fueron horas de evidencia documentada. Horas de énfasis contenido. A «Aparicio» le hubiera satisfecho más efusión en el elogio y el aplauso. Parecía ahogarlo ese clima de aprobación displicente. En cambio, «Longines» y «Katanga» respiraban a sus anchas. Sabían que solamente en esa atmósfera de susurro es posible que convivan las vehemencias diplomáticas y las pasiones que coloniza la frialdad.

Al día siguiente, a primera hora, llegaron en tren los jefes principales de la «United» y la «Associated Press». ¡Todo listo! El estupendo mecanismo que tritura la palabra para divulgarla hecha noticia estaba a punto, a sus órdenes. Fue un día de zumbidos telegráficos y runrunes telefónicos. Los embajadores respectivos seguían palmo a palmo el curso de las

reuniones, compulsando en las esferas oficiales sus efectos y alternativas. Conferencias con Washington y Río. Hilo directo al Palacio Ytamaraty y la Casa Rosada. Consultas a delegaciones. Despachos a consulados.

A la tarde arribaron nuevos técnicos. Cotejos y mensajes. Fotografías y comunicados. La reunión última de esa noche, verificada en el Sierras Hotel de Alta Gracia, fue concluyente, definitiva. «Aparicio» desempeñó su rol con soltura de maneras y firme dominio del asunto. Expertos y diplomáticos quedaron persuadidos de sus conocimientos y patriotismo. Frente al portfolio de Ian von Zuhlinder, alineó su falange de raciocinios y deducciones. Abundó en mil tópicos conexos. Y la verdad avanzó en escuadra por las grandes avenidas del pensamiento. Ocultos en callejas obscuras o en imprevistos vericuetos, abrieron fuego algunos reparos. Felizmente. Ello le dio ocasión para aniquilarlos con su dialéctica, allanando hasta los más recónditos refugios del subterfugio. El triunfo de esa noche quedó sancionado poco después. Volvieron a vibrar las ondas afiebradamente. Hubo dos horas agudas de taquicardia telegráfica y de otitis radiotelefónica. Y todo quedó finiquitado.

Regresaron a las tres y cuarenta de Alta Gracia.

Estaban rendidos de fatiga.

Lavándose las manos en el cuarto de baño, tuvieron la última conversación de la jornada:

–Bueno, «Aparicio»: no podés negar que eres ya un *vir clarissimus et illustre*. Tu prestigio circula en los centros más altos de América. Y mañana... ¡qué mañana te espera! Cuando las Cancillerías de Brasil y Estados Unidos revelen el *affaire,* tu nombre retumbará con ecos de admiración en el concierto de la humanidad.

–Mañana... Hoy me hubiera gustado. No comprendo esta dilación.

–Es lógica –apuntó «Longines»–. Las Cancillerías deben avisar a las repúblicas de la Unión Panamericana. Combinar, tal vez, una acción conjunta...

–Hoy me hubiera gustado. La prensa pudo iniciar hoy mis...
–Nunca. Jerarquía y protocolo. La prensa hará después lo suyo. Ya atronará el auditorio de las conciencias libres del mundo con las letras de tu nombre. ¡Qué apoteosis tendrá tu nombre, «Aparicio»!
Una mueca triste cercenó el acento lírico de «Katanga».
–Si yo tuviera nombre... en vez de sobrenombre...
Sentados en el filo de sus lechos, descalzándose, parecieron inmovilizarse un rato. En efecto. Cavilaban allí, «donde la acción no es todavía hermana del sueño». Taciturnos. Abstraídos.
El uruguayo quiso reanudar el diálogo:
–Hoy me hubiera gustado. Llevar esta noche las albricias a la pensión...
–Sin duda... Claro... Pero lo primero es lo primero. Durmamos ahora... No es digno abordar en camiseta semejantes problemas de protocolo internacional.

A las once de la mañana estaban de pie.
–Quedate vos aquí, por si acaso –sugirió «Katanga»–. Nosotros vamos al correo. Telegrafiaremos a Doña «Visi» nuestra llegada.
–¿Por qué no mandan un mensajero con el parte?
Salieron sin responder.
No era ése el objeto principal.
En la agencia de la Panagra, sin decir nada al empleado que les saludó deferentemente, extrajeron sus carteras.
–Yo tengo quinientos pesos. ¿Usted, «Longines»?
–Novecientos sesenta y tres con setenta centavos.
–Bien, señor. ¿Hasta dónde podemos viajar con mil cuatrocientos pesos en el avión de mañana?
–Hasta Callao faltarían veinte pesos... El ticket cuesta setecientos diez pesos con bagaje normal.
–Perfectamente. Entonces, dos boletos hasta la etapa anterior, sea la que fuere.
–¿Hasta Mollendo?

–Sí, señor; hasta Mollendo.

Risueños, comentaron festivamente:

–Macanudo. *Very exciting*...

–Nos sobran unos pesos para los primeros gastos...

Llegaron a la pensión de la calle Santa Fe a la hora borrosa del crepúsculo, en circunstancias imprevistas para «Viejo Amor» y la «niña Visi». Entrando como Pedro por su casa, sintieron de pronto un alboroto en la sala:

–¿Deseaban los señores?...

El indumento agregaba prestancia a sus portes, el garbo, distinción a sus modales. Doña Visitación, confundida, encendió su alarma y la luz del zaguán. Quedó suspensa:

–¡Ah! ¡Son ustedes! ¡Cualquiera los conoce!

«Viejo Amor» los indagó inquisitivamente con la vista. A «Aparicio», en especial. En tres días de ausencia su talante era otro. A la verdad, fueron tres días intensos, en los cuales engordaron de gozo sus viejas ilusiones enflaquecidas. La satisfacción había acabado por corporizarse en él. Sacaba pecho. Imponía... Ni él ni ella comprendieron su transformación. Lógicamente: no estaban al tanto de lo acaecido. Ellos sí. Con creces. La infatuación del uruguayo era resultancia del éxito de su rol. Tan identificado se hallaba al mesianismo del papel –ya reconocida la magnitud y trascendencia de su revelación– que no sólo se permitió algunos toques de ironía amarga contra varios delegados, sino también muchas ínfulas idiotas contra los autores de su apogeo...

(–¡Me irrita este pobre diablo! Hasta ayer mascaba el infortunio en el destierro. Ahora, vos lo ves... ¡Dejando a medio comer los canapés de caviar; a mitad, el vaso del «vieil armagnac cuvée Van 1884»; apenas empezado, el soberbio hoyo de Monterrey!... ¡Me irritan los piojos resucitados! No puedo remediarlo –murmuró «Longines» en cierta sobremesa del Bristol.

–A mí... no le digo nada –deslizó a su oído «Katanga»–. Es lo que repugna de los rioplatenses. Su petulancia de sabios, siendo brutos... Sus desplantes de bacán, siendo indigentes... Nin-

gún pueblo maneja la vanidad tan bien como ellos. Ningún pueblo embauca a los demás ni «se engrupe» a sí mismo con tanta naturalidad. ¡Lindos pelafustanes! Saben acartonar lo suave, empingorotar lo humilde... ¡Siendo tan grato el tino de no trascendentalizar lo puro, lo sencillo, lo simple!)

En la cena de esa noche participó Doña Visitación. La presencia de la dama cohibió a todos por igual. Quedaron suspendidas las charlas amenas y los cuentos habituales. Sin despellejar profesores, colegas y enfermeros... «Viejo Amor» había dispuesto un pequeño homenaje a «Dijunto». Dueño de la quinta ensoñada, su partida era cuestión de pocos días. Y aprovechó el acontecimiento de haber firmado la escritura de dominio –motivo en verdad indiferente para él– para anunciar pomposamente la fecha de su boda.

Fue un instante de ahogo que salvaron los estudiantes, mediante tres hurras estentóreos, y «Katanga», con su fineza de costumbre:

–En nombre de mis camaradas, las más sinceras congratulaciones. El hombre –ola de una marea enorme– tiene la responsabilidad de no esterilizarse en la playa del mundo; debe afirmar la especie en el testamento del libro, del invento, del hijo; en la trinidad que forjan el alma, el espíritu y la sangre. ¡Muy bien por «Viejo Amor»! ¡Que una felicidad estable ilumine el nuevo hogar!

Le constaba lo contrario: que lo que buscaba era una «fembra plazentera» para aplacar la libido. Que su moral infecta haría sucumbir la dicha en breve lapso. Y viéndole tan apagado de «su conquista», recogió la mirada volátil del epitalamio hacia su interior bullente de malicia...

«Longines» leía y releía, ausente del acto, la carta de Markus Zilahy acusando recibo de los siete mil pesos. Radiaba de contento. Cuando la pareja se disponía a abandonar el recinto y estallaron nuevos hurras, su alegría halló una espita impensada para expandirse. Se paró y dijo:

–Quisiera estar menos perturbado por grandes emociones para agregar un ramito de azahar a la corona de Himeneo. *(Sorpresa general.)* Acabo de ver las placas fúnebres de «Lon

Chaney» y Jaroslav. *(Espanto de la novia.)* Acabo de constatar la liberación del alma de «Fortunato» y la esclavitud voluntaria de los huesos de «Dijunto» a la madre tierra. *(Estupor.)* Acabo de ver a «Viejo Amor» bajo el antifaz romántico, gimiendo entre susurros, como nosotros antaño:

Mon ca ur soupire
La nuit et le jour.
Qui peut me dire
Si c'est l amour?

»*(Sarcasmo.)* Tales alegrías me enternecen. Porque nacen de la muerte. Porque las llamas que se extinguen encienden el trabajo y el cariño. *(Oprobio de «Viejo Amor».)* Mientras tanto los que dimitimos de la vida en pleno triunfo –«Katanga» y yo– apagamos la luz en la conciencia y regalamos el artefacto de la gloria. *(Sordo reproche de «Aparicio».)*

Estaba realmente perturbado. Imposible de interpretar en conjunto. Sino en fracciones zahirientes. Los prometidos se alejaron del comedor. Ella, meliflua y suspirante. Él, orgulloso, planeando sobre el aire de los suspiros con la destreza de quien domina los aires turbulentos de la diatriba.

Los estudiantes quedaron dueños de la tertulia.

A las doce de la noche, sólo «Katanga» permanecía con ellos.

«Longines», en su habitación, se afanaba, rabioso y prolijo, en arreglar sus bártulos. Mejor dicho, en preparar su abandono. No quería dejarlos como bienes mostrencos en la promiscuidad del desorden. Almas sumisas. Abrió las maletas. Reveló sus doble-fondos y los resortes secretos. Limpió los enseres. Acomodó las ropas. Y puliendo concienzudamente su cortaplumas-tenedor-cuchara-punzón-abrelata-tirabuzón-alezna-destornillador-cortavidrio-tijera, se aproximó a la mesa, y escribió:

«Aparicio»: Cuando vengas a preguntar por nosotros, estaremos quién sabe dónde. Hemos horadado los muros del éter para es-

> *quivar la responsabilidad de gloria que te dejamos. Los que vivimos en continua evasión no toleramos el ludibrio de la fama y el elogio. ¡Buen fardo tu apoteosis! Que esta deslealtad –único lastre– no caiga en el pasado vestido de recuerdos sino en el porvenir desnudo de este par de fugitivos. «LONGINES» y..........*
>
> *Lego a «Rescoldo» todas mis cosas, excepto los «diez mandamientos», que llevo conmigo.*

Cuando «Katanga» vino al cuarto, leyó la esquela sin inmutarse. Agregó la firma y estos renglones:

> *Te ruego, «Aparicio», que seas generoso con «Patay», «Rescoldo» y «Fenicio». Se aproximan los exámenes y tal vez no se rindan por falta de recursos. Han sido también factores de tu exaltación. Que esplenda tu hidalguía sobre ellos. Y cuando visites a «Dijunto» y «Viejo Amor»: ¡cuidado!: que no sea el escarnio que visita al fracaso que llora...*

Y se fundieron la soledad implacable de «Longines» y la soledad dócil de «Katanga» en la sola beatitud del sueño.

....

El uruguayo dormía a pierna suelta en el mejor departamento del Bristol.

(Fue natural que resbalaran por suaves declives de ensueños hacia la pesadilla. El secreto leitmotiv *de no traslucir su actitud final acabó por labrar un tobogán entre el designio y la subconciencia. Rodaron, pues, desde dos cumbres de gozo. «Katanga» desde la mansión imperial de Yildiz, ebrio con la sangre del último tirano osmanlí, llevando a su padre la cabe-*

za del Sultán Rojo. «Longines» desde la consagración de Ginebra, erecto el cáliz de la venganza, brindando la muerte del Inspector, las maldiciones de Freya y el oprobio de von Zuhlinder. Y cayeron en una mazmorra abyecta, en una espelunca espeluznante. Allí, en mescolanza de virus, fermentos y roña, hervía una multitud de parias constitucionales, ociosos convencionales y atorrantes internacionales: linyeras con facies de hambre; ciegos lincens; va-un-pieds *con piojos y dromomanía; mustios limosneros alisaveredas;* hobos *crápulas y calvos; inmundos vagabundos trotamundos; mendigos frota-umbrales engordados a diatribas;* lümmels *harapientos; tuertos lanzas; pordioseros nalgas-de-atrio; enclenques* accattoni; *vagos jorobados con lumbago;* clochards *cojos y vinosos; baldados de cóccix con patines; opas buchinilados;* beachcomers *piel de molusco rancio; desbraguetados poligrillos meaparedes;* lausbuben *de talón de acero; trogloditas ojo-de-puentes; patizambos con muletas de quejidos...*

Cuando se incorporaron, entre vahos de vómito, tufos de curtiembre y túnicas de peste, una voz rotunda y agria los anonadó:

–¡Al fin en mis garras! ¿No se acuerdan de mí? ¡Son ustedes los linyeras que buscaba!

–No somos linyeras.

–Seremos vagos en el peor de los casos...

–Es lo mismo.

–No es lo mismo. El vago es un hombre culto, haragán, que se deleita en el ocio; el linyera un pobre diablo, activo, que no soporta el tedio. El vago pide, exacciona con lástimas y perdona; el linyera roba, asusta con el rigor y odia. El vago es turista saciado, escéptico, de vuelta de la vida; el linyera un viajero hambriento, iluso, en marcha hacia la muerte. ¡No es lo mismo!

–Paparruchas... ¡A ver las manos! A mí no me embaucan. Aquí no hay Jefes cretinos ni Jueces pitucos... ¡En este calabozo mando yo!

Lo reconocieron estupefactos. Era el Pesquisa agresivo de aquella noche, bajo el puente, en Río Cuarto. ¡El profesional

de la duda! ¡El explorador de la mentira! ¡El único que jamás pudieron persuadir ni convencer!

–¡Tengo los prontuarios! Robo. Sangre. Infamia. Crímenes. ¡A ver las manos!

¿Cómo ceder al aherrojamiento? Se agitaron en convulsiones de ahogados. Saltaron revueltas las sábanas.

Venían ráfagas de fuego desde el pavor.

Atracaron en la rada de la vigilia. ¡Libres otra vez!

Sumisa, entre esperma de sombras, la jauría del escarmiento les lamía los pies.)

En la puerta de calle, frente a un proveedor, Doña Visi les interrogó:

–¿Vienen a almorzar? –Sin duda nunca... –Tal vez pronto...

La respuesta –bandada de palabras grises– quedó balanceándose en su ánimo.

Tomaron un taxi en la esquina: –Al Bar l'Aiglon. Iban mudos, pero radiantes. Café. Cognac. Diarios.

Las primeras planas, atravesadas de títulos enormes, anunciaban noticias sensacionales de contenido hermético para la generalidad:

¡ESTADOS UNIDOS ALQUILA DOCE DESTROYERS AL BRASIL!

LOS DESTRUCTORES YANKES VIGILARÁN LA COSTA SUD ATLÁNTICA

OFICIALIDAD NORTEAMERICANA Y TROPA BRASILEÑA

¿INTERACCIÓN DEFENSIVA?

No leyeron más. ¿Para qué? Comenzaba el pábulo internacional. Pronto reventarían los polvorines de la prensa...

–Quel brouhaha! Quel tohu-bohu!...

–Péle-méle et tóle-tóle ensemble!...

Sonrieron maquiavélicamente.

Tres cuartos de hora después, estaban en el aeródromo, escrudiñando las rutas maduras del mediodía.

Llegado el avión, subió un individuo apresurado y febril. Ya listo a partir el trimotor, un aviso telefónico demoró el *decollage.*

Dos pesquisas bajaron al pasajero impaciente.

–¿Por qué? –preguntó el copiloto.

–Espía.

La respuesta huraña y lacónica guiñó el ojo a la intuición.

–¿Ian von Zuhlinder?

–Sí. Ian von Zuhlinder.

....

Cantos rodados, pulidos de distancias, rodando porque sí alzaban vuelo por un prodigio del espíritu:

Alas de sabiduría... Plumas de bondad luminosa... Hendían ahora las líneas lisas del silencio y del azul.

Serenamente.

....

Y se perdieron en el cielo como la sombra de dos aves en la memoria.

Se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2006
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset
Viel 1444, Capital Federal
Tirada: 3.000 ejemplares